

PAUL GROUSSAC

DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE BUENOS AIRES

EL VIAJE INTELECTUAL

IMPRESIONES DE NATURALEZA Y ARTE

PRIMERA SERIE

Hoc quoque, nescio quid, nostris adpone libellis,
Diverso missum quod tibi ab orbe venit.

(OVIDIO, *Trist.* III, XIV.)



MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48.
1904

DEL MISMO AUTOR

<i>Ensayo histórico sobre el Tucumán</i>	1 vol.	Buenos Aires
<i>Fruto vedado</i>	1	»
<i>Ensayo crítico sobre Cristóbal Colón</i>	1	»
<i>Del Plata al Niágara</i>	1	»
<i>La Biblioteca</i>	8	»
<i>Anales de la Biblioteca</i>	3	»
<i>Santiago Liniers, conde de Buenos Aires</i>	1	»

EN FRANCÉS

<i>Le Cahier des sonnets</i>	1	»
<i>Prosper Mérimée</i>	1	»
<i>Une énigme littéraire</i>	1	Paris.

EN PREPARACIÓN

<i>La République Argentine. Géographie, his- toire, sociologie</i>	2
<i>El Viaje intelectual (segunda serie)</i>	1
<i>Ensayos de historia argentina</i>	1
<i>La Vie et l'œuvre de Cervantes</i>	1

PARA MI HIJO CARLOS
Á QUIEN DIÓ PATRIA MI DESTIERRO
RECOJO ESTAS ESPIGAS
DEL CAMPO QUE LE TOCA POR HERENCIA

P. G.

PREFACIO

Á trueque de no ostentar gran novedad, creo que el rótulo de este libro anuncia claramente su contenido. Estas páginas sueltas, varias é inconexas como las circunstancias que las inspiraron, señalan de veras otras tantas etapas de mi largo viaje por regiones intelectuales, no menos diversas que las reales á que me llevó mi vago é inquieta curiosidad. Algunos de estos ensayos pertenecen á mi juventud, otros á mi edad madura; los más fueron escritos en Buenos Aires, aunque los hay también de Madrid, París, y hasta de Chicago. Pero es sin duda mayor que su distancia en el espacio y el tiempo la que media entre muchos de sus asuntos. Necesito disculparme por haber juntado bajo la misma cubierta materias tan dispares como la filosofía americana y la sociología europea, la historia argentina y la crítica literaria, la psiquiatría de Morel ó Lombroso y la música de Bizet— además de tal cual pasaje en que los ecos de la Pampa forman singular acompañamiento á los rumores del Bosque parisiense.

Para atenuar lo que pudiera tener de displicente esta apariencia de Petrus in cunctis, que tal mezclanza de temas muy á pesar mio me presta, permitame el lector que me acoja al socorrido titulo. Nadie suele extrañar que un viajero, dejándose llevar de sus impresiones, pruebe á trasladarlas al papel, aunque la infinita variedad de los asuntos excluya de suyo toda pretensión de tratarlos á fondo: sólo se le exige sinceridad en el juicio y conciencia en la información. No creo que en las páginas presentes se echen de menos estas condiciones. Por lo demás, esta actitud es la más frecuente en el critico literario: fuera de una ó dos materias de su dominio propio, no penetra en las otras sino á titulo de huésped y transeunte.

Agregaré, siempre en son de disculpa, que he sido aficionado por destino, más que por inclinación. Me ha tocado vivir en países nuevos, y durante su periodo de rápido crecimiento: cuando la organización sociológica, todavía incompleta y provisional, poco soporta el especialismo, teniendo todos los obreros de la mano como del espíritu que ensayarse en varios oficios. Á más de improvisados, ó poco menos, muchos de estos articulos han sido de circunstancias, y en algunos queda todavía visible el punto de arranque ocasional. He tenido que dispersar en múltiples tentativas la fuerza que, aplicada á una sola, puede ser eficaz. Creo, sin embargo, haberme preservado de la superficialidad, gracias á la disciplina de un buen método critico y á las provisiones allegadas en mis «años de aprendizaje». Me sorprendería si las más de estas páginas resultaran gravemente inexactas ó completamente vacías. Espero, en todo caso, que se percibirá

en todas ellas el acento personal y la noticia de buena fuente.

He sufrido, pues, la ley del medio; y acaso más intensamente que otros, habiendo nacido y educádome en Francia, para sufrir, en pleno desarrollo, tan brusco trasplante y cambio de atmósfera. Á la operación siempre delicada de ingerir en un cerebro adulto un nuevo instrumento verbal, se agregaba en mi caso la permanencia en un ambiente exótico, que no es el del tronco ni propiamente el del injerto. La perturbación orgánica ha tenido que ser profunda; y acaso no salve los límites de la modestia, insinuando que no debe ser juzgado con toda estrictez, ni sobre mi prosa francesa de emigrado, ni por mis ensayos en este castellano de América, aprendido á la edad de hombre y entre dificultades materiales que no evoco sin amargura. Todo aquello pasó. Ahora, pacificada el alma por la experiencia y depuesta toda vana ambición, reconozco que el aclimatamiento no ha sido por extremo doloroso. Mis mayores aficciones han nacido de mi mismo, más que de las cosas: entre éstas y yo hubo incompatibilidad. Pero el destierro tuvo también sus dulzuras y sonrisas; no podía darme la gloria exterior ni la fortuna, siendo así que no dispone de la primera ni yo le he pedido la segunda. Hágase la voluntad de Dios. En suma, como su tierra, este pueblo es sano y generoso; sus ligerezas y extravíos encubren un fondo de inteligencia y nobleza nativa. Creo que cumplirá en gran parte sus promesas. Demos de barato el tiempo perdido, si lo presente repara lo pasado, y se abre intacto el magnífico porvenir. La misma abundancia de maleza que brota del suelo virgen revela lo espeso y rico de la capa vegetal, que sólo espera

cultivo serio y buena semilla para dar mieses opimas. Por todo esto, hace tiempo que mi edad madura ha perdonado á mi juventud; y, á despecho del principio jurídico que prohíbe tener dos patrias, he hecho mías las palabras del orador romano: Sic nos et eam patriam dicimus, ubi nati, et illam, qua excepti sumus.

Fuera de algunas correcciones menudas, que mi conocimiento algo menos rudimental de la lengua me aconsejara, no he modificado substancialmente estos artículos. Puede que resulten discordancias, y hasta contradicciones, entre ciertos pasajes de los antiguos y de los recientes; esta eventualidad no me inquieta sobremanera, bastándome que unos y otros hayan sido á su hora la traducción sincera y motivada de mi estado de espíritu. Reputo, por el contrario, que no existe preocupación más funesta para la razón y la moralidad, que este apego superstitioso á nuestras anteriores actitudes, con desprecio voluntario de cuanto nos hayan enseñado el estudio y la experiencia. No es sólo en el teatro donde el absurdo sibi constet horaciano entroniza la falsedad convencional, sino en la educación y en la vida. Á no nacer amoldados al servilismo mental por la preparación atávica de los dogmas teológicos y sociales, ¿cómo podríamos aún, después de la Reforma y la Revolución, en pleno reinado de la ciencia y la crítica, proclamar como un mérito nuestra supuesta constancia de opiniones, vale decir, la reproducción estereotipada del horizonte que contemplamos al pasar, diez ó veinte años ha, desde la cubierta de una nave en marcha? Tratándose de afirmaciones discutibles é indemostrables,—pues las verdades científicas no son materia de debate,—esta doctrina de inmovilidad y quie-

tismo importaría la abdicación del espíritu perfectible, si no fuera ante todo una capitulación de la conciencia y un mentido homenaje tributado á la costumbre tiránica. ¡Constante en su sentir, el sujeto voluble y vario de Montaigne! ¡Inmóvil, este pobre corcho flotante sobre el abismo de las apariencias!... En realidad, los que nos preciamos de pensar por cuenta propia y no seguimos de reata á la muchedumbre, bien nos damos cuenta de nuestra evolución. Comprobamos que nuestras ideas y juicios se transforman de día en día; pero rara vez nos atrevemos á confesarlo; y procurando una transacción «decente» entre nuestro credo de hoy y el de ayer, traicionamos á la par la causa de la verdad y la del progreso humano. Tal es el ordinario significado de nuestra adhesión á los principios y decantada firmeza de carácter. Es mera sumisión y cobardía: un sofisma de conducta, infinitamente más nocivo para la inteligencia y el alma que los «ídolos» de Bacón y todos los prejuicios sociológicos enumerados por Herbert Spencer.

En lo que atañe á la economía de esta miscelánea, siendo así que los fragmentos á mi ver aceptables excedían las proporciones de un volumen, he vacilado entre agruparlos por materias á conservar á este primer tomo su aspecto de muestrario—para no decir de «cajón de sastre». Me he decidido á sacrificar esta vez la armonía á la variedad, teniendo en cuenta no sólo la capacidad digestiva del público hispano-americano, sino la eventualidad de que se interrumpiera la publicación. Admitida la hipótesis, me ha parecido que podría interesar á mayor número de lectores este como specimen de mis múltiples aficiones. No hay autor que no desee ser leído, aunque—

huelga decirlo—no pueda entrar en esta vanidad la más remota esperanza de lucro. Es muy sabido que en nuestra América—¡ojalá no ocurra lo propio en España!—las letras no constituyen una profesión. Poco importaría que el sacerdote no viviese del altar, si no tuviera á veces que traer de su casa las velas para el oficio. Volviendo á esa otra imagen, más conforme á lo modesto de nuestra condición: aludía poco antes al cajón de sastre; debí agregar: «sastre del cantillo», en memoria de aquel artesano evangélico que, según la leyenda, se las arreglaba para coser de balde, poniendo el hilo. Todos somos aquí literatos de ocasión, aun los que vivimos entre paredes cubiertas de libros. Primum vivere, deinde philosophari. Esta intermitencia explica y excusa la ley generalmente un poco feble de nuestra acuñación, .

Recapacitando ahora las razones con que he demostrado cómo no podía este libro resultar excelente, me ocurre que al lector le parecerán todas ellas de mayor fuerza aún para disuadirme de publicarlo. Pero nunca hubo filósofo que lo fuera bastante para condenarse de buen grado al silencio. Los mismos pesimistas, que profesaron la negación del querer-vivir y l'infinita vanitá del tutto, no se desdeñaron de cincelar en frases cadenciosas su desprecio de la gloria mundana. Hasta tengo para mí que el autor anónimo de la Imitación no se resignó al eterno olvido, y que algún día desentrañaremos su verdadero nombre entre las asonancias ingenuamente bárbaras de su latín medioeval.

Entrego, pues, al público de habla castellana esta primera serie de ensayos, sin disimularme sus deficiencias y probables vicios de conformación,—si bien consentidos

algunos de éstos, en vista de otro concepto, menos español que francés, del estilo: el cual consiste para nosotros en rehuir la redundancia, los adjetivos parásitos y las frases hechas, esforzándonos para ceñir el objeto con el vocablo expresivo y el giro personal. A propósito de otro escrito mío, algunos críticos madrileños se dejaron decir (á vueltas de más graves herejías) que mi humilde prosa se presentaba «limpia de los galicismos que tanto afean, etc.» Serían finezas dirigidas al extranjero que procura hacerse inteligible. Confieso que tendría por ideal literario (en América, se entiende) alcanzar la corrección gramatical española sin perder el contorno ni tido y el andar nervioso del francés. Y no sé si es esto buscar la piedra filosofal, ó simplemente perseguir la transformación del hierro en acero, la que, sin alterar la densidad ni el aspecto del metal, le confiere, si no me engaño, otras propiedades. Pero así las cosas, y mientras las regenten los dómines á lo Baralt, que dan una en el clavo y ciento en la herradura (fuera de tal cual palmetazo en sus propios dedos), claro está que el galicismo tiene que ser mi achaque natural; pues, como dice poco más ó menos Ruy Blas:

Je serais déguisé si j'étais autrement.

Bien me doy cuenta, lisonjas aparte (¡otro galicismo, cometido por Lope!), del ingrato sabor exótico que mi locución ha de conservar para lectores castizos. Confío, no obstante, en que algunos, más liberales y despreocupados, atenderán á la calidad del fondo sin reparar en los lunares de la forma. Y aun respecto de ésta, quizá no falte quien vislumbre por momentos, entre los tropiezos

de la ejecución, la presencia de un escritor á quien la lengua traiciona, haciéndole balbucir lo que cabalmente concibe, y arrancándole como á jirones la clara visión del espíritu:—algo así como la obra desigual de un pintor que, teniendo inválida su mano derecha, probase á reemplazarla con lá izquierda, y malease una composición de artista con los toques novicios del aprendiz.

P. GROUSSAC.

Buenos Aires Junio de 1903.

SARMIENTO (1)

«...Mis carillas, corregibles *ad libitum*.
Lo de la *floxera*, puede usted atenuarlo,
voilà tout. Pero la batalla está *engagée*, y un
General de la República no retrocede...»

(*Carta de Sarmiento al autor.*)

Sarmiento ha muerto.

En el diálogo de Plutarco sobre los *Oráculos que han cesado*, hay una página de singular belleza que me volvía ayer á la memoria, al leer en un diario que un desconocido había traído la primer noticia á Corrientes, esparciéndose de allí á los cuatro vientos el fúnebre pregón. Refiere el Queronense que cierto piloto egipcio, navegando una noche por el mar de Jonia, escuchó una voz sa-

(1) Domingo Faustino Sarmiento murió en la Asunción del Paraguay, el 11 de Septiembre de 1888, á la edad de setenta y siete años. La noticia, esparcida por los pasajeros del primer vapor que llegó á Corrientes, se transmitió telegráficamente á Buenos Aires el día 13. Este artículo se publicó el 14 en el diario *Sud-América*. Además, pronuncié en los funerales un discurso que se halla reproducido en las *Obras completas* de Sarmiento.

lida de la sombra, que le ordenaba parar junto á las islas Equinadas, y anunciar en voz alta que «el gran Pan había muerto». Lleno de asombro y terror, el piloto cumplió el misterioso mandato; arrojó al espacio el grito lúgubre; y, al punto, del golfo y de las sirtes, de la playa cercana y del monte invisible, alzóse un coro plañidero, un vasto rumor de gemidos que repetía la queja universal, como si de un solo golpe la creación entera se sintiese huérfana...

Sarmiento ha muerto fuera de su patria. Al modo que el gladiador vencido se velaba el rostro y procuraba ocultarse del público para expirar, parece que él también, desde hace dos ó tres años, al sentir doblegada su orgullosa robustez, experimentase un como rubor heroico por la decrepitud ineluctable. Al acercarse la estación crítica de los ancianos, emprendía viaje á los países del sol, allí donde el invierno tropical prodiga tibias caricias; menos movido acaso por el afán de disputar á la muerte sus horas ya contadas, cuanto por el deseo obscuro de desaparecer entero del seno de su pueblo, en no sé qué legendaria asunción, guardando ante la posteridad la actitud militante y el gesto estatuario.

Sucumbe al fin, lleno de días y de gloria. Hace ya tiempo,—y casi diríamos á pesar suyo,—que no contaba enemigos; ni aun adversarios: los mismos que fueron blanco de sus ataques últimos se cruzaban de brazos, silenciosos, dejando caer á sus pies el dardo imbele del viejo Príamo. Gobernantes, estadistas, literatos, veteranos del Parlamento y de la prensa, todos saludaban reverentes esa lozana ancianidad, olvidando los extravíos humanos, para no

acordarse más que del buen combate librado por el talento y el patriotismo. Él mismo ha podido prever la apoteosis que le preparan todos los habitantes de la República; y, justiciero al menos en el trance supremo, no habrá llamado ingrato al pueblo que así exalta su memoria, y premia medio siglo de servicios con la inmortalidad.

No es el momento de juzgarle; hoy, sólo es permitido medir á bulto la estatura del hombre por el vacío que deja su ausencia. Y esta misma tarea piadosa, comprendo que la desempeñaría mejor un miembro de la familia argentina; pero no he querido substraerme á un pedido amistoso que parecía señalarme un deber. Acepto, pues, agradecido, el honor de llevar un cordón del paño mortuario. Y quizá contribuya también á demostrar la grandeza del que se fué sin decirnos adiós el hecho de que, para bosquejar su panegírico, se haya podido prescindir de los sentimientos personales y hasta de la nacionalidad del panegirista.

I

La biografía de Sarmiento reclama el libro. Sin duda alguna, la patriótica empresa tentará mañana á uno de nuestros escritores. Aun para el aprecio rápido de sus manifestaciones literarias, se precisaría mucho mayor espacio que el concedido á este improvisado artículo. Las numerosas y tan desiguales producciones de su larga actividad intelectual suministrarían materia para un amplio estudio

crítico,—muy diversamente interesante, según fuera un Goyena ó un Del Valle quien lo realizara. No necesito insistir en el carácter multiforme de aquella improvisación: historia, crítica, biografía, derecho, política, educación, filosofía, relato viajero, estética: todo lo abordó de carrera, todo lo acometió atrevidamente y con éxito casi igual.... Baste decir que su campo primero y último ha sido el periodismo, sea cual fuere la habitación (choza, escuela, sala de redacción, tienda de campaña ó palacio de gobierno) que el destino le deparase. El periodismo, se entiende, de su tiempo y de su país; es decir, el campo ilimitado é inculto, abierto á la libre correría, con su «negocio» anexo á la estancia, donde el viajero encuentra un compendio rudimentario,—inestimablemente precioso en el desierto—de la industria humana. Sarmiento, pues, ha sido periodista, y casi podría afirmarse que no ha sido otra cosa; empero, vulgarizador en grado heroico, al modo que Franklin era cajista, ó alfarero aquel gran Palissy, de quien él recordó alguna vez con instintiva simpatía.

La lista de sus artículos recolectados, desde su estreno en Valparaíso hasta su despedida en la Asunción, remeda el índice de una enciclopedia; y por esta presteza á asimilarse en globo lo que no sabía, y barruntar lo que no aprendiera, bien se nos muestra como el *representative man* del intelecto sudamericano: de ahí su popularidad—si no se verdadera gloria. En cincuenta años de caravanas literarias, acumuló sin sospecharlo una suerte de *Suma* político-pedagógica, mezcla de razón y absurdo, cuyas páginas, á semejanza de ciertos palimpsestos medioevales,

parece por momentos que contuviesen dos textos entrecruzados: el uno, vulgar y pueril, el otro, eficaz y fecundo en novísimas intuiciones. Atropellaba la crítica y la filosofía con la risueña intrepidez de la inconsciencia; cuando no fuese meter su cucharada en las más abstrusas teorías científicas, que sólo de reflejo conociera; y ¡suerte inaudita! por entre el chapotear ingenuo del autodidacta, bruscamente, saltaba a la superficie una verdad insospechada y genial.

Durante su belicoso noviciado en Chile, especialmente, da el espectáculo de una energía ciega que busca en vano su punto de aplicación: nos recuerda al león de Milton, que ya sabe rugir y agitar la roja melena, aun antes de desprenderse del barro elemental. Su misma propaganda antirosista, en el *Mercurio* ó el *Progreso*, logró importancia casera, más que exterior. Basta tener presente que el furioso cañoneo se producía con los Andes de por medio, para comprender cómo el resultado no correspondía en Buenos Aires á las descargas que allá ensordecían al artillero y sus vecinos. En realidad, el efecto inmediato y útil fué casi nulo; mucho mayor estrago causaron en la «tiranía» las bombas de mano que, desde Montevideo, arrojaban á diario Varela y Rivera Indarte.

No tengo que diseñar las grandes líneas de su vida política, hartamente conocida, ni recordar qué concurso de circunstancias le llevaron á Washington (donde fatalmente habían de hipertrofiarse sus cualidades buenas y malas), para restituirle de nuevo á su patria, ebrio de *yankismo*, y confiarle los destinos de la República. Sé que al hablar del estadista iría contra la preocupación popular, la cual, mi-

rando á bulto las cosas, quiere que un gran espíritu sea necesariamente un gran político. La gloria de Sarmiento no está para mí en su gobierno, sino en su prolongada y vibrante irradiación intelectual. Su presidencia fué transiti-va: al continuar la de Mitre, anunciaba la de Avellaneda. ¡Suprema ironía de la suerte! Ese temperamento de revolucionario tuvo que realizar un gobierno de conservador. Absoluto y reacio cual ninguno, vióse forzado á redondear sus asperezas para entrar en el molde circunstancial, porque, como dice Séneca, el destino conduce á los sumisos y arrastra á los rebeldes, pero rige á todos con igual imperio.

Estrechada entre la presidencia del general Mitre, de suyo fundadora y guerrera, y la esencialmente civil y legislativa del doctor Avellaneda, la de Sarmiento, después de completar forzosamente la una, no tuvo tiempo sino para iniciar ó comprometer la ardua tarea de la otra. No se resignó siempre con el secundario papel. Y por eso, entre otras medidas prematuras, se contrajo aquel inútil empréstito de treinta millones que, algunos años más tarde, habría conjurado ó acortado la primera crisis; y también se estuvo á punto de resolver al revés el problema de la Capital, enterrándola en el Rosario ó Fraile Muerto. Como heredero de Mitre, tuvo Sarmiento sus pequeñas batallas de Pavón, en Entre Ríos: campañas policiales con éxito previsto, sin alcance militar ni resonancia exterior. Tocóle ultimar los últimos caudillos, ver desfilar los regimientos que volvían del Paraguay. Por otra parte, sus importadas veleidades de pedagogo á voleo no dieron fruto, sino en

proporción mínima, y merced al cultivo de su ministro y sucesor. Cuadraba á su impaciencia creer, más que en la siembra humilde, en el injerto por corteza, sobre todo en el trasplante teatral. Poco ó nada subsiste hoy de aquellas cargas de caballería contra la ignorancia criolla, de esos institutos mineros ó agronómicos, de las bibliotecas que iban consignadas á comisarios analfabetos, ¡de toda aquella dictadura escolar! ¿Arriesgaré la paradoja? Entre tantos procedimientos *yankees*, entre tanto instrumento educativo y civilizador como introdujera en su patria el orador de Indianápolis y émulo de Horacio Mann, me ocurre que el más certero y eficaz contra la «barbarie» montonera haya sido el remington. Hubo algo más, por cierto, en su período gubernativo: supo, desde luego, elegir á dos ó tres ministros de valía, que manejaron sus respectivos departamentos con entera independencia, y acaso sea éste el rasgo más saliente de aquella presidencia «personal»...

Todo ello, seguramente, no aminora al autor de los *Recuerdos*, ni le impide ser el escritor más genuino y sabroso de Sud América, el rudo y sincero colorista de las llanuras patrias. Y también, por añadidura, no sé qué pensador ó «cateador» político, azaroso y despeñado: extraña mezcla de vidente y de somnábulo, que iba tropezando en nuestras aceras y disparándose por esas cornisas con pavorosa agilidad; pronto siempre á reverenciar lo simple y manosear lo complejo; dotado, al parecer, cual otro zahorí de las ideas, de una como presbicia maravillosa que solía empañar la realidad cercana, pero, en momentos críticos, penetraba aguda hasta la verdad soterra-

da y el tesoro oculto. Enorme y abrupto, excesivo y despiadado en sus arranques ultrajosos, *saniem eructans*, como el monstruo de Virgilio; armado, al igual que Mirabeau, con ese don terrible de la familiaridad: capaz de todo, en fin, hasta de enternecerse y suspirar, á semejanza del otro Polifemo siciliano, por una vaga Galatea de gorro frigio, ó en horas más raras y felices aún, de adelgazar su labio grueso con un donaire irresistible, y hacer cantar en la flauta cuyana su hálito de tempestad.

Tal aparece como escritor espontáneo desde el *Facundo*, su verdadero estreno literario; tal permanecerá hasta el fin, ya se produzca como orador ó polemista, ya como gobernante ó diplomático: impetuoso, arrebatado, desigual, siempre extremado en el elogio ó el sarcasmo; midiendo en cada paso de su larga carrera el espacio que va de lo sublime á lo ridículo, y, en lo que personalmente le atañe, tan inconsciente de lo primero como de lo segundo. Su estilo, según el dicho clásico, refleja admirablemente su caótico temperamento. En la misma página de su obra maestra, suelta como al acaso las bellezas y las deformidades, los rasgos originales y los remedos indigentes. Una pincelada á lo Tácito contrasta con una «gauchada». Después de estampar un pensamiento admirable y espontáneo, suele desleirle en una reminiscencia de sus mal digeridas lecturas, en que se codean Pascal y Dumas, Eugenio Süe y Volney, como en el pobre estante de un artesano estudioso.

Es que esto ha sido, ó poco menos, en su desamparada y meritoria juventud, desde la teneducha de San Juan has-

ta el laboreo de Copiapó. Su largo y retumbante clamor por la educación popular era el grito de su herida. Ha conocido la lucha por el pan, la pobreza dos veces amarga del destierro, la estúpida altivez del rico, que queda ignorante en su opulencia, en tanto que éste tendrá que robar al sueño las horas de su cultura incompleta y tardía. No ha podido adquirir á su tiempo la habilidad europea del artista, ni tampoco el método del sabio de profesión. Del primero, faltáronle siempre el gusto exquisito, la disciplina variada y sólida, la armoniosa y matizada maestría, el sentido delicado de las proporciones y de la arquitectura verbal; del segundo, todo: lo innato y lo allegable, la información teórica y la práctica prudente,—aunque se descarte toda idea de ciencia experimental y sólo se trate de crítica é historia. Está visto que no tenemos por delante á un literato y pensador, en el sentido francés ó alemán de la palabra. Para meterle á la fuerza en nuestros moldes clásicos, tendríamos que desfigurarle; para que cupiera en ellos cómodamente, tendría el Supremo alquimista que volverle á fundir...

¡Y entonces ya no sería Sarmiento! Es decir, el combatiente instintivo y temerario que se arroja á rienda suelta por lo desconocido, fuera de los caminos trillados y contra cualquier obstáculo, con el loco ímpetu de un torrente andino—¡el formidable «montonero» de la batalla intelectual!

Nosotros, gente menuda, necesitamos aprender lentamente las cosas para saberlas á medias. Cercamos el objeto, paso á paso, hasta lograr comprenderlo; analizamos

sus partes por orden lógico y deductivo, temerosos de desviarnos un punto del comprobado método. Imitamos al marino prudente que toma la altura diaria, refiriéndola al derrotero teórico, y que juzgaría comprometido el éxito del viaje, y su buen nombre, si omitiera un cálculo. El genio lleva, cual otra brújula, el vago instinto de su misión secreta; se siente obscuramente el mandatario de Dios. Y cuando tiende al viento la vela de fortuna, siempre acontece soplar, para la nave predestinada, el alisio infalible que orienta la proa de los descubridores hacia la soñada Atlántida.

II

Como su obra escrita, dispersa y fragmentaria, cortada de cumbres y barrancas, de verdes cañadas y yermos áridos, á semejanza de la cordillera natal: así aparece la vida de Sarmiento, y así también su exuberante y contrastada persona. Afirmo que cualquier trasunto de la martillada figura que no acuse vigorosamente dicho contraste, ha de faltar, no sólo á la exactitud histórica, sino á la verdad estética y aun al respeto que tal memoria impone. Reservemos para las siluetas de álbum, para las esbeltas y frágiles ilustraciones del día, nuestros retoques y composturas. El rudo perfil de Sarmiento no reclama ni consiente tales melindres. En el monumento triunfal que alguna vez su patria le erigirá, deberán de combinarse, al modo que

en su obra la realidad adhiere á la fantasía, los dos materiales representativos de la gloria: el bronce opaco y sombrío con el carrara cristalino y bebedor de luz. Y por triple razón, en este caso, tendrá el estatuario, como el biógrafo, que ajustarse al modelo, puesto que, según dije, la obra, la vida y la fisonomía concuerdan admirablemente, presentando éstas y aquéllas los mismos relieves de belleza, por entre huecos y lunares análogos (1). Quien borrar ó atenúe los segundos, en gracia de no sé qué ideal de escuela ó fórmula convencional, nos dará el disfraz, no la efigie de Sarmiento, y mostrará ignorar que los rasgos disformes son tan característicos y eficaces como los otros, siendo así que todos ellos tienen correlación orgánica.

Empero, entre los veinte elementos constitutivos del temperamento y del carácter, hay uno que domina á los demás y corresponde al motor central de la conducta. ¿Qué facultad soberana aparece en Sarmiento, que haga de las otras simples satélites, y nos dé la clave de su extraordinario destino? No hay duda posible: es la voluntad. Y en estos países de inconstancia y apatía, es altamente significativo, y acaso presagioso, que la admiración del pueblo converja hacia un héroe de la voluntad; y que sea esta potencia dictatorial la única que conserve, ante los que no la poseen sino enferma y desmedrada, todo su radiante prestigio de ultratumba.

Desde que he principiado este artículo, una palabra

(1) Sobre la manera como se realizó el vaticinio, véase en este mismo volumen el artículo titulado: *El «Sarmiento» de Rodin.*

latina solicita mi pluma: es el sustantivo *robur*, que designa propiamente á la encina, y se aplica, por extension figurada, á toda fuerza indómita que remeda la actitud rígida y bravía del árbol secular. Sí: tiene Sarmiento la fibra férrea, la majestad ceñuda, el titánico vigor del roble de la selva; y, además, una como virtud tónica que trae al recuerdo esa fronda severa y perenne que oculta las flores imperceptibles; aquellas ramas maestras, que el hacha derriba una tras otra, y que se dispersan por el mundo para construir la mesa del rico, el remo del bote costanero; el banco de escuela, el arado del labrador... Y la imaginación se remonta luego á la simbólica encina primitiva, que, por un contraste profundo bajo su forma vulgar, dejaba caer de la misma capa obscura el oráculo sagrado y la bellota vil, cubriendo con el misterioso rumor de su follaje el gruñido inferior del apetito.

Con todo, cualquier símil que vaya de lo simple á lo compuesto tiene que detenerse impotente en la mitad del paralelo. Junto á lo que indicado queda, y fuera de su dominio propio, ha encontrado Sarmiento alguna vez lo que por regla le faltara y parecía vedado á su recia condición. El roble humano ha producido flores vistosas y fragantes; el coloso ha sorprendido á ratos la dulzura risueña ó enternecida. El desbordado fresquista del *Facundo* ha sabido, en tal cual página de los *Viajes* y de los *Recuerdos*, delinear un contorno de camafeo; ha dado con la sobria y exquisita sencillez, que es el colmo del arte, cuando no el ritmo natural del genio en su reposo.

Y lo propio ocurría con su persona. En su borrascosa

existencia de batallador no faltaron intermisiones apacibles. Por momentos, su ceñuda vejez cedía al encanto femenino, con no sé qué desmaña de Hércules hilandero, no exenta de gracia, y una vez, sobre la tumba de una niña cordobesa, derramó un manojó de flores húmedas, dignas de exornar la urna fúnebre de Meleagro. En medio de los arrebatos de un carácter indomable, por entre las asperezas de un orgullo de titán y las pencas de un alma erizada que poco conoció la bondad y el agradecimiento, tenía sus horas de abandono y seducción. Entonces era irresistible. De tales horas he saboreado algunas en Montevideo hace cuatro años, y las líneas que encabezan este artículo pertenecen á una carta familiar (1), en que, á más de pintarse en dos frases, abigarradas de francés, se mostraba cordial, deferente y *dócil* á mis observaciones amigas, despreocupado de todo amor propio de autor, hasta el grado de dejarme podar libremente en sus frondosos originales.

Todo esto, y mucho más, habrá de tomar en cuenta el biógrafo futuro, si pretende ser completo y justiciero, realizando obra de artista á par que de filósofo. Sobre todo, tendrá que repetir, para ser digno de anticiparse al fallo de la posteridad que había en Sarmiento, á pesar de su educación improvisada y su equipo científico de baratillo, un gran descubridor de verdades políticas y sociales; y que el escritor pujante y casi siempre eficaz, con todo su gusto bárbaro y su lengua incorrecta, era el intérprete bal-

(1) Á propósito del discurso sobre el «Internado normal», reproducido en el tomo XXII de sus obras. Véase, en el tomo II del *Viaje intelectual*, el artículo titulado: *Sarmiento en Montevideo*.

buciente de un espíritu de alta presión que, por momentos, fatigaba la pared cerebral hasta vencerla, hallando obstruida la salida ó estrecha la válvula. Añadirá también que el tribuno ó el polemista han ganado algunas de las victorias memorables del parlamento y de la prensa; y que, por fin, el estadista patriota, si bien no siempre acertado, ha contribuído, tanto como argentino alguno de su generación, á la prosperidad y grandeza de su patria.

Y ahora: ¿qué quedará de Sarmiento, de sus libros como de sus actos públicos? Mucho y poco, probablemente: de todo, algún fragmento, casi nada completo. *Quedar*, en el sentido humano, que no es el bibliográfico, significa *vivir*: continuar sirviendo de alimento y deleite á las nuevas generaciones. Considerado bajo este concepto histórico y literario, fuerza es reconocer que el legado intelectual de Sarmiento no puede figurar entre los poquísimos que se perpetúan íntegramente. El tiempo suele mostrarse cruel con los que desdijeron su concurso. Sus ideas, como sus sentimientos, formaban una extraña amalgama de alteza y pequeñez, de arranques grandiosos y rapsodias vulgares; pero es justo proclamar que no fué en lo propio y casero cuando más desatentado se mostrara, sino en lo pegadizo y exótico. La parte más caduca de su obra administrativa ha sido aquella violenta inoculación norteamericana, que el organismo argentino, decididamente, no ha logrado asimilarse. Si no tiene como escritor una obra perfecta, ni siquiera una página irreprochable, tampoco ha realizado como político uno de esos actos trascendentales que inician una época. Pero deja abiertas á

todos rumbos infinitas sendas provisionales, que sólo nos toca corregir y ensanchar para que algunas queden como vías definitivas. Ha sido el infatigable desbastador de la República futura, y, por tanto, el colaborador anticipado de cuantos vengán á concluir sus rápidos esbozos y realizar lo que él soñó. Esta fué su misión y es su parte de herencia: los siglos venideros no olvidarán al que puso su fe en el porvenir.

Tal cual me aparece aún, espaldudo y macizo, rugoso y desarmónico, con su abollada máscara de Sócrates guerrero, cuyos ojos y frente de inspirado dominan una boca y una mandíbula de primitivo, mitad sublime, mitad grotesco, evocando á un tiempo el pórtico de Atenas y el antro del Cíclope—queda de pie en mi recuerdo como uno de los seres más extraordinarios que me fué dado contemplar.

Tampoco le faltó el don de los dominadores natos, que consiste en extraer fuerzas de las propias flaquezas, y hasta convertir en factores útiles el defecto personal y el achaque físico. Él mismo se reía del epíteto zumbón con que el público, ya ridiculizaba, ya disculpaba sus atropellos; y es difícil fijar hasta qué punto la «locura» de Sarmiento haya servido, no sólo á su popularidad, sino al logro de sus designios. Por fin, como entre burlas y veras le dije alguna vez, la misma sordera aisladora parecía menos afligente en quien, como él, había nacido para enseñar lo que de nadie aprendiera y perorar siempre sin escuchar jamás; así considerada, muy por cima de la humana miseria, cobraría fácilmente un significado simbólico, como la ceguera de los vates antiguos...

Alejemos, empero, de su imagen democrática y tribunicia el atributo clásico, cuya suprema elegancia, sin duda, él no habría deseado ni sentido. Acaso la única figura griega que, sin chocar el gusto ni desconcertar la admiración, pudiera esculpirse en su monumento, sería la del centauro Quirón, el preceptor de Aquiles y amigo de los héroes. Destacado del zócalo en alto relieve, erguiríase el divino Sagitario como en el mármol del Louvre: el torso atlético sosteniendo la noble cabeza humana, de frente pensativa y mirada augural, en tanto que la vibrante grupa ecuestre ondula, recogida como resorte de músculos, próxima á desprender del suelo el duro casco y soltar por montes y llanuras la frenética carrera...

Sarmiento no ha sido un escritor completo, mucho menos un sabio de laboratorio ó de archivo, quizá tampoco un político profundo ni un soberano orador; ha sido la mitad de un genio, único ejemplar de su especie en la historia patria, y, para decirlo todo de una vez, la personalidad más intensamente original de la América latina. Vedle ya inmortal. La gloria, como el reino celeste, padece fuerza, y los que la consiguen más duradera son los violentos que la arrebatan, *et violenti rapiunt illud!*

EL RELATO DEL ANCIANO (1)

Sine ira et studio, quorum
causas procul habeo. ,

Tac. Ann. I. 1.

I

—Me habéis dicho, hijos míos, que no satisfacía vuestra curiosidad la impasible narración de los sucesos históricos, tal cual de costumbre se la presenta, inanimada y como congelada en la forma de imprenta. Por ser hoy el

(1) Esta ficción retrospectiva, escrita al día siguiente de los sucesos (la revolución contra el Presidente Juárez Celmán, á quien sucedió el doctor Pellegrini), publicóse en la *Nación* del 10 de agosto de 1890. Sospecho que el lector extrañará un tanto el colorido violento de algunos pasajes. Yo mismo, al releerlo después de doce años, para incluirlo en este libro, me sorprendo ante el entusiasmo y el arrebato inusitado de la ejecución. Con todo, lo reproduzco íntegro, sin más cambios que algunos detalles de mera compostura literaria. Fué recibido entonces con general benevolencia, sin duda porque en su hora precisa respondía á una impresión sincera, que todos compartimos, sea cual fuere la parte de exageración que se mezclaba á la realidad. También las ilusiones colectivas pertenecen á la historia.

vigésimo aniversario del 7 de agosto de 1890, me pedís que os transmita directamente, no ya las peripecias de la lucha, que por los libros conocéis, sino la sensación palpitante y real, la vibración que electrizará el alma de este pueblo en la inolvidable jornada que señaló la reconquista moral de sus destinos. Queréis saber de dónde arranca, y si es legítima la grandeza de aquella fecha revolucionaria, para que aparezca consagrada y casi tan digna de memoria como la de vuestra Independencia, cuyo centenario acabáis de celebrar...

Han transcurrido veinte años: el que era joven entonces es un anciano ya. El mayor de vosotros no ha olvidado jamás esa descolorida mañana de invierno, la primera del alzamiento cívico—en que, llevado de la mano, cruzaba las calles de la ciudad airada, en busca de un asilo más seguro que su propio hogar. Como el troyano y su pequeño Iulo, fugitivos de Ilión perdida, íbamos silenciosos, «con desiguales pasos», por las aceras solas, hasta detenernos vacilantes en alguna bocacalle, más peligrosa por instantes que el abierto glacis de una plaza bombardeada. Pero, si el niño la recuerda, ¿cómo podría el padre olvidar la lúgubre cruzada: la impresión de inmensidad de las cuadras vacías, en que resaltaba enorme el precioso pequeño bulto que era necesario cubrir estrechándole contra las casas, incrustándole tras de cada relieve, de cada moldura de los basamentos,—procurando alejar la atención infantil de aquel extraño granizo que silbaba por los aires, descantando esquinas y cornisas hasta embutirse en la pared? ¡Y esta ciudad era la nuestra! Estas cuadras eran el

conocido teatro de los juegos del niño; estas casas cerradas eran amigas; las balas perdidas que podían herir por el pecho ó la espalda ¡eran igualmente arrojadas por manos argentinas! Sí; fué tan aguda y prolongada la sensación sufrida, que creo posible renovarla con su primitiva intensidad, resucitando en esta amortecida fibra los mil calofríos de angustia y horror que la estremecieron, durante las innumerables, las interminables horas de la semana secular...

Los hechos, los conocéis desde el colegio. Un gobierno impopular; la prédica de la prensa infiltrada como un fermento en la masa instintiva; la oposición subiendo como marea sin reflujo y estrechando día á día el islote presidencial; ninguna fe en el parlamento; el comercio arruinado; el crédito perdido; la túnica de la patria repartida en jirones entre los judíos de la especulación; un pueblo exasperado por el espectro de la miseria que se alzaba á su vista por primera vez; como contraste al lujo advenedizo y sensual del grupo repleto, los pródromos siniestros del pauperismo; las enfermedades de la vejez social en plena juventud; un moho de descomposición invadiendo el organismo nacional; el inmigrante soltando el pecho de esta madrastra, ahora más vacío que el de la madre pobre, pero sin la caricia de ésta ni su beso consolador; todos los ideales eclipsados; el escepticismo, amargo fruto de la ciencia en otras partes, profesado aquí por la ignorancia y la estultez; *¡después de mí el diluvio!* como divisa de progreso y engrandecimiento; el porvenir barateado, cual si fuéramos eunucos sin familia ni posible

posteridad; para substituir á los prohombres relegados en sus hogares modestos, una pululación parasitaria de arbitristas y advenedizos famélicos,—jefes administrativos que nunca fueron soldados, pilotos que se trepaban á la nave argentina como á galeón de Indias, iniciando su aprendizaje de marinos con escollos á proa y anuncios de tormenta; por fin, como conclusión y resumen, en todas las almas argentinas y extranjeras, el sentimiento formulado ó latente de una caducidad bizantina, tanto más grave cuanto más precoz; la creencia esparcida de que esta nación llegaba á la decadencia sin haber conocido la madurez:—tal era la situación general, si no en sus raíces profundas, al menos en sus exteriores accidentes... Hijos míos, ahora que sois hombres, puedo confesaros que en aquellos lejanos días de amargura y desaliento, horas hubo en que sentí el remordimiento de haberos dado una patria humillada y venida á menos...

De repente, de esta atmósfera de marasmo y postración brota una chispa precursora. Un jefe arrestado por sospechas de conspiración ha roto las puertas de su cárcel y sacado de ellas sus primeras armas, como el caudillo hebreo; la mitad del ejército le ha seguido; de la escuadra casi entera sale el zafarrancho de la adhesión. En el Parque invadido se instala una Junta revolucionaria, agrupando nombres queridos ó respetados. Acude al llamamiento de los primeros disparos la juventud porteña de la Unión Cívica, la que paseaba ayer por Palermo y los teatros su aparente sibaritismo. Un sacudimiento eléctrico recorre la población, que se alza con espontaneidad ad-

mirable para transformar en protesta del civismo el motín de cuartel. La fusilería y la metralla estremecen hogares y corazones... Sin duda, se ha puesto en marcha la revolución triunfante para tomar posesión de la ciudad, sólo llena de brazos abiertos. ¿Á qué fin se encarniza contra los fuegos del gobierno, dándole tiempo para reaccionar? ¿Qué espera para correr á la Casa Rosada, al arsenal? ¿Qué insurrección es ésta, que se defiende en vez de atacar, y extraer, como el gigante antiguo, fuerzas inagotables de la tierra materna? Así se cruzan como flechas sin punta, en los corrillos del pueblo estremecido, las vanas preguntas y las respuestas inútiles... Las horas se arrastran, pesadas, angustiosas; el fuego continúa sin intermitencia, dominado el tumulto por el potente cañoneo de la escuadra. Los cadáveres se amontonan en la plaza de la Libertad y calles adyacentes; los «cívicos» acantonados en las azoteas sostienen el soberbio ataque de Levalle con igual intrepidez... Y así llega la noche del sábado, la lúgubre noche ciega y sorda que apaga los fuegos y acalla la tormenta de sangre. Los revolucionarios han conservado sus posiciones; pero circulan ya rumores siniestros: las municiones escasean en el Parque; el Gobierno está recibiendo ya los primeros refuerzos, que aumentarán hora por hora. Revolución que no venció el primer día, está condenada á sucumbir...

¡Oh! ¡esa «noche triste» del 26 de Julio, tan desesperada y sombría como la histórica de los Conquistadores, nadie que la haya sentido pesar sobre el oprimido corazón podrá olvidarla jamás! Después de veinte años, evoco aún con

mi imaginación la tétrica bajada del firmamento opaco, lápida negra sobre el sepulcro de Buenos Aires. ¡Siquiera el apiadado cielo nos perdonaba la ironía suprema de las estrellas! Tampoco filtraba una claridad de las casas atrincheradas, cerrados sus postigos y bajadas sus celosías como párpados difuntos. Así, viuda de toda luz importuna, cuadraba al luto de nuestras almas esta noche hiperbórea, callada y sorda como el caos, cuyas mudas tinieblas parecían borrar toda esperanza en la aurora futura.— Vivíamos entonces en el extremo nordeste de la ciudad,— casi en el campo de batalla,— en el caserón histórico donde dos de vosotros han nacido. Con excepción del niño mayor, que se había guarecido en su colegio, la familia estaba en las provincias. Para sustraerme al enervante aislamiento, pasaba en el Círculo de Armas todas las horas de aquellos días de huelga, retirándome muy tarde á mis soledades. Conservo la impresión de la vuela siniestra. Á la escasa luz de algunos faroles funerarios que habían quedado ardiendo desde la víspera, la calle se extendía delante de mí, ilimitada y vacía como una galería de catacumbas, entre sus dos hileras de blancos columbarios. La acera desierta retumbaba bajo mis pasos con una sonoridad sepulcral. A ratos, sacudía bruscamente mi letargo un tiro lejano, denuncia probable de algún homicidio impune, pues el eco de muerte era, en momentos tales, la única señal de vida del vecindario. Luego, otra vez, el silencio absoluto, tan profundo como el que zumba en el oído del buzo sumergido en el mar. Y poco á poco, sin esfuerzo, confinando la meditación melancólica

con la alucinación, parecíame cierto que fuera Buenos Aires una necrópolis, un vasto cementerio para siempre dormido, cuyos mausoleos se alzaban á mi alrededor. . ¡Nunca más se agolparía en las veredas el alegre bullicio de la vida; en estas plazas sembradas de cadáveres, los niños no volverían á jugar; jamás se abrirían de nuevo estas ventanas para servir de marco á mujeres elegantes y risueñas! Todo había concluído: *securitati perpetuæ!*

Conocéis el final de la tragedia: el enervante armisticio de los días lunes y martes, la dolorosa capitulación del miércoles; el estado de sitio consagrando la victoria del Gobierno; la prensa amordazada; el inevitable desfile de los telegramas de felicitación. Los revolucionarios militares ó civiles volvían tranquilos á sus hogares; y, al dictar esta medida de clemencia, el Gobierno no hacía sino ceder al sentimiento público.—El fallo justiciero de la historia ha confirmado la sentencia del inferior. Por sobre todas las leyes escritas, se cernirá eternamente el principio de moral absoluta que absuelve, ante la conciencia universal, á todos aquellos que, en el tremendo juego de las revoluciones, arrojan desde luego su vida como envite de la partida.

La vida es el bien supremo; tal es la noción anterior á todas las convenciones sociales. Ahora bien, cualquier hombre que, sincera y valientemente, exponga su vida por defender una convicción que no nazca del egoísmo, por cumplir un mandato de su conciencia que no sea la satisfacción de un apetito, podrá ser condenado justamente por códigos ú ordenanzas: no mediando lesa patria,

nunca será infamado. Acaso la seguridad social y la vindicta pública exijan su castigo: no podrán deshonrarle y asimilar su actitud violenta á un delito común. El insurrecto sincero—lo propio que el duelista leal—es moralmente *justiciable* de la razón, del sentido práctico, de la prudencia colectiva que puede aprobar ó criticar su tentativa: su honor se substraerá á esta jurisdicción.—Por otra parte, desde el primer momento, el instinto público no erró: después del combate, confundió en un mismo sentimiento de simpatía á los soldados del pueblo y á los soldados de la ley; á los que con igual denuedo defendieron el orden establecido y el derecho escarnecido, cumpliendo unos y otros con la faz evidente de su deber.

II

En un organismo sano, la curación de una enfermedad localizada coincide en general con el recobro de la salud; en una constitución deteriorada, cualquier accidente aún curable puede tornarse, por un fenómeno sinálgico, un pretexto para la invasión de otra afección mortal. Al día siguiente de la capitulación, el Gobierno triunfante, sin prensa opositora, sin clubs políticos adversos, sin jefes abiertamente hostiles en el ejército, debía considerar su situación como consolidada. El mismo día salían del Parlamento las dos únicas voces elocuentes que, al parecer, pudieran perturbar la paz de que Varsovia iba á gozar.

Por otra parte, un documento presidencial anunciaba á la Nación importantes reformas de orden diverso, y nadie estaba autorizado para dudar de su sinceridad... Todo fué vano: el accidente curado había repercutido en el organismo entero. El choque de la revolución dejaba abierta en la obra viva de la nave oficial una vía que ningún tapón lograba cegar. El gabinete se desagregaba, sin que nadie acertase á reorganizarlo. Una contraseña anónima ya circulaba en las calles de la población, penetraba en las casas particulares, en los escritorios y estudios, se infiltraba insidiosamente en la Bolsa, en las Cámaras, en los ministerios; tímida al principio y débil como el «rumor ligero» de don Basilio, se reforzaba y crecía hora por hora hasta estallar, según el mismo texto de Beaumarchais, «en un coro universal de odio y proscripción». Y la palabra suelta no era *calumnia*, sino *renuncia*. No insisto, porque no conozco nada más inútil que las crueldades inútiles... En la tarde del 6 de agosto, el Congreso se reunía para aceptar sobre tablas la renuncia del Presidente de la República, y al día siguiente entraba en ejercicio su sucesor constitucional.

¡Extraña coincidencia! Desde la fecha de la capitulación hasta la víspera del día memorable, la lluvia mansa ó torrencial, mezclada al viento helado, había caído casi sin interrupción. El 7 de agosto, la capital, como lustrada por una semana de abluciones, se despertaba purificada, y volvía á encontrar, en un cielo azul de nítida frescura, al sol de sus leyendas, glorioso testigo de las jornadas triunfales. Ni una nube ligera empañó la atmósfera desde la

aurora hasta el anochecer. Al aspirar el aire vivificador que dilatava los pulmones, nos parecía también que se nos ensanchaba el alma para beber consuelos y esperanzas. Espontáneamente, diez mil banderas argentinas y extranjeras flamearon en todos los barrios de la ciudad; bombas y cohetes atronaban los aires; las campanas repicaban perdidamente. Formábanse corrillos bulliciosos en los umbrales de las casas, en las aceras, en las esquinas. Nos hablábamos todos sin conocernos; los mismos diálogos, absurdos y sublimes, saltaban de los labios risueños, en los veinte dialectos de esta torre de Babel. Y poco á poco, la doble hilera de las aceras henchía sus oleadas hasta juntarse en medio de la calle, formando ya un solo torrente humano que rodaba impetuoso hacia los barrios centrales, --hacia la casa del elegido feliz, que merecía personificar en hora bendecida la salvación de un pueblo entero.

¡Ah! hijos míos, yo también hasta entonces había pensado que el «pueblo» era una entidad metafísica sin consistencia alguna, fuera de cada molécula individual. Desde aquel día he creído en el pueblo, como en una realidad bien distinta de la anónima muchedumbre: he visto pasar el alma colectiva de una gran ciudad, que siente, palpita, sufre y se regocija separada y muy distintamente de sus elementos constitutivos. Entonces comprendí los delirios entusiastas y furiosos de nuestra toma de la Bastilla ó del Dos de Mayo español; y se me apareció el monstruo formidable, de cuerpo colosal y alma pueril;—pero un coloso de proporciones tan desmedidas como esas creaciones de la cosmogonía indostánica, que ostentan estatura de

montaña y disponen de la fuerza elemental. Este pueblo, pues, heroico y candoroso, era el que estallaba el 7 de agosto en frenéticas aclamaciones: persuadido, con su eterna inconsciencia, de que un simple cambio de administración resolvería al punto todos los problemas sociales, bastándoles á los sucesores ¡terrible compromiso! su ilustración y patriotismo, para curar por ensalmo los males consiguientes á tantos años de derroche!

Lejos de desfallecer, el entusiasmo popular crecía constantemente, alcanzando á la noche su apogeo. Repetíanse en los grupos los nombres de los nuevos ministros; enumerábanse los colaboradores de buena voluntad que acudían á la obra reparadora. Volvían á servir, después de largo ostracismo, los legítimos consejeros y directores de la nación. Cabezas y capitales aunaban su concurso. El recobrado paraíso se empedraba de buenas intenciones... Por la noche, las calles iluminadas y empavesadas rebo-saban de muchedumbre: ricos y pobres, nacionales y extranjeros, hombres y mujeres, apiñados en las aceras, miraban pasar las «manifestaciones» que iban á saludar al nuevo Presidente. Éste se adelantaba, conmovido y cordial, tendía al pueblo los grandes brazos viriles que iban á intentar el salvamento, soltando al vuelo las palabras anunciadoras de las obras; en tanto que, detrás de él, su ministro del Interior,—esfinge sin enigma para algunos; Cunctactor taciturno para otros,—estaba suputando tal vez la parte de realidad utilizable que contenía la inmensa ilusión popular. Y después proseguía la oleada su interminable itinerario, deteniéndose en la casa de otros ser-

vidores de la patria, estacionándose en las puertas de los grandes diarios liberales, que habían sembrado en años de propaganda lo que se comenzaba á cosechar. De los balcones llovían flores y aplausos sobre los oradores improvisados en cada esquina: por instantes, como ramilletes caídos en la corriente, algunos grupos de damas porteñas emergían de la masa obscura, confiadas y risueñas, seguras de verse abrir á su paso las compactas filas plebiscitarias. ¡Horas inolvidables! De esta armonía compuesta de tantas disonancias, de esta fugitiva comunión patriótica en el altar de la libertad, conservará aquel día sublime un perfume exquisito de elegancia mezclado á su grandeza. — Por lo demás, no asomó entonces el venenoso escarnio contra el vencido, el ultraje vengativo que deshonra el desagravio. Un lema de tres sílabas — *¡Ya se fué!* — ritmado por la cadencia callejera y parecido al irónico chasquido de látigo que suena en el aire sin lastimar profundamente, — á manera del famoso *Ici l'on danse!* del pueblo francés sobre las ruinas de la Bastilla: tal fué la única nota rencorosa del pueblo en el plenilunio de miel de la revolución... Desgraciadamente, el niño gigante no supo detenerse un punto antes de que degenerase en lazaronismo de carnaval su inofensivo alborozo. Hubo que reprimir excesos durante los dos días siguientes, hasta que el trabajo tranquilo viniera á iniciar para todos la única forma de reparación honrada y práctica.

Estos desahogos de cien mil pechos comprimidos son explicables y disculpables: acaso, con todas sus exageraciones y arranques irreflexivos, sean la condición neces-

ria de la virtud nacional. Pero nosotros, llamados á pronunciar, después de la victoria, palabras de enseñanza y sentencias de equidad, no conservemos las ilusiones infantiles que achacaran á un hombre, ni á diez, sea cual fuere su encumbramiento accidental, la responsabilidad de los males sufridos. Era rito periódico entre los hebreos la elección de una víctima propiciatoria, que cargaba en un solo día con todos los pecados de la nación: en seguida se arrojaba el emisario «á tierra solitaria», y quedaban los Beni-Israel satisfechos y, á su ver, purificados de toda iniquidad.

No imitemos á los fariseos; y nosotros, que venimos á reflexionar serenamente sobre los males pasados, y que en esta forma no pueden volver, no imputemos á un hombre solo las detestables consecuencias de un sistema. El sistema merece todos los anatemas, el hombre se acoge á las inmunidades del menor de espíritu. Tuvo muchas deficiencias y debilidades, sin una sola crueldad. De estas mismas, la mayor de todas, la única esencial acaso, fué la de aspirar al gobierno, no habiendo, á todas luces, nacido para gobernar. Más que su ausencia de doctrina, bastaría á probarlo el hecho de no haber buscado y hallado en el poder supremo más que satisfacciones extrañas á la altiva y severa ambición de los conductores de pueblos. Buscad la sabiduría, dice el Evangelio, y todo lo demás os será dado por añadidura. Por desgracia, la «añadidura» se antepuso para él, y durante cuatro años, á cualquier otra preocupación más noble.—Pero, de esto á considerar que ese «príncipe indolente», frívolo y manso,

labrase conscientemente la decadencia material y moral del pueblo argentino, hay un verdadero abismo. Sus grandes pecados, para emplear el estilo teológico, fueron sobre todo pecados de omisión. Como los últimos merovingios, vivió persuadido de que la función del mando no es una lucha, sino una fiesta; confundía la jerarquía con la autoridad, sin sospechar la suma de labor, de estudios y meditaciones que impone la primera para ejercer realmente la segunda. Su influencia perniciosa, pues; fué ante todo negativa.

Tampoco el grupo consejero y dirigente usó de su influencia, para impedir que la marea del sensualismo corruptor anegara el alma argentina con su grosera embriaguez, al modo que aquel duqué de Clarence en su tonel de malvasía. Nada hizo para enseñar al pueblo que la riqueza no nace de la desenfrenada especulación; para oponerse á que las energías fecundas se esterilizaran en el agio malsano que desbarata sin producir: Sobre todo, no contribuyó al *sursum corda*, al levantamiento de las almas, á la creación de las verdaderas aristocracias morales é intelectuales que son la sal de la tierra y la reserva de toda grandeza nacional. ¡Ay de los pueblos para quienes «la plata no tiene olor, sea cual fuere su procedencia», según la expresión latina, donde la honradez y el talento no son una nobleza y la indignación no es una virtud!

Pero, dicho todo esto, y cuánto se podría agregar, repito que fuera una afirmación pueril, la de atribuir á un presidente y su círculo familiar la pérdida de nuestra inocencia, pretendiéndose dividir el pueblo argentino en ángeles

y réprobos, según sea el partido á que pertenecieron. Los seres humanos no se transforman, ni aun tomándolos desde pequeños, como aseguran que ha dicho Leibnitz los que no le han leído. Son los mismos hombres que siguieron la corriente funesta,—muchos que desfallecieron por no haber reaccionado á tiempo contra el influjo deletéreo del ambiente enervador,—los que, aleccionados severamente y purificados por los reveses de la fortuna, se rehabilitaron más tarde, coadyuvando eficazmente al retorno de la prosperidad perdida y á la restauración intelectual y moral de nuestro país.

Y ahora, hijos míos, no necesito añadir muchas palabras para satisfacer vuestra primera pregunta. Es grande este aniversario, porque conmemora otra reconquista moral, apenas menos preciosa que la de la ciudadanía; y porque, después de veinte años transcurridos, este día luminoso señala la fecha decisiva en que manos enérgicas y leales torcieron bruscamente el timón de la nave que corría al escollo, para orientarla de nuevo hacia el rumbo glorioso que, hace un siglo, le auguraran los destinos.

EL GAUCHO

COSTUMBRES Y CREENCIAS POPULARES

DE LAS PROVINCIAS ARGENTINAS

*Conferencia dada en el Worl's Folk-Lore Congress de Chicago
el 14 de Julio de 1893.*

Señoras y caballeros:

Tanto se me ha ponderado vuestra indulgencia para con los extranjeros que procuran expresarse en vuestra lengua concisa y fuerte, que he sentido cierta curiosidad de correr el albur. Acaso la tentativa sea un tanto atrevida; pero, entre las muchas cosas que espero aprender entre vosotros, creo que la timidez no figura en el programa. En suma, la aventura no es muy peligrosa para nadie, ni aun para mí, puesto que no pongo amor propio en ella; y, unos y otros, debemos decirnos que un mal rato pasa pronto...

Con todo, un experimento reciente debería dejarme al-

guna inquietud. Visitaba hace poco un distrito minero del extremo Oeste, en compañía de un compatriota vuestro que se ofreció gentilmente para «pilotearme» (1). Este excelente coronel—¡pues sin duda lo era!—no menos instruído que solícito, me lo explicaba todo con una complacencia inagotable. Durante no sé qué permanencia en Europa había aprendido el francés; pero hace ya de esto algún tiempo, creo que en vísperas de la guerra de Crimea. Como hablase el inglés muy aprisa, yo no alcanzaba siempre el sentido de ciertas frases recalitrantes; inmediatamente me las traducía en mi lengua. ¡Oh! entonces era cosa muy distinta: cuando me hablaba francés, ya no entendía una palabra!—Sin duda era culpa de mi oído novicio; y seguro estoy de que me vais á entender casi tan bien como si no os hablara inglés. Me esforzaré por ser claro, si no correcto: vuestra benevolencia suplirá mis faltas.

Á pesar de la carencia de notas auxiliares, acepté en seguida la invitación que me fué dirigida, hace algunos días, para disertar en este Congreso sobre un tema familiar. He elegido el presente, por parecerme que viene á llenar una laguna de vuestro interesante y variado programa. Se trata de la vida rústica y aventurera, de las costumbres y creencias de nuestro *gaucho* argentino.

El nombre no es nuevo, ni tampoco la variedad étnica que éste designa, para el público instruído que se digna escucharme. Fuera de los relatos de los viajeros, creo que Walter Scott ha sido el primero en lanzar la palabra á la

(1) *To coach*, que corresponde familiarmente al francés *piloter*.

amplia circulación literaria; pero solía escribir *guacho*, americanismo que tiene ahora significado distinto. El gran Carlyle, en un admirable ensayo sobre el doctor Francia, dictador del Paraguay,—en que prodiga un poco el *humour* á expensas de nuestros héroes sud-americanos,—adivinó la fisonomía real del gaucho, indolente, estóico, desaliñado: en suma, pintoresco, por más que «carezca á menudo de jabón», como dice el ensayista inglés. Éste le ha pintado como él sabe pintar, con esa intuición aguda del vidente, ese arrojo de pincel y exuberancia de color que nuestro mismo Michelet nunca ha sobrepujado. El tema es vasto y difuso; sobre todo para los que lo estudiamos muy de cerca, y lo conocemos por todos sus aspectos variados y múltiples. Se trata de un grupo que alcanza casi á ser un pueblo. Y por lo mismo que se presenta esparcido y, por decirlo así, indefinido como el inmenso teatro que este nómade atraviesa sin ocuparlo jamás, debo limitarme á desflorar el tema demasiado vasto, sin intentar siquiera profundizarlo, dejando á vuestro conocimiento de las evoluciones y analogías etnográficas el cuidado de llenar los vacíos que hallaréis entre algunos pocos rasgos significativos. Por otra parte, los límites forzosos de esta conferencia, así como la composición de este público distinguido, tan vario en su lengua y procedencia, me prohíben á la par los largos desarrollos y las peculiaridades muy locales de la materia; mucho más las citas repetidas en un dialecto que, aun para los españoles ó los habitantes de otras comarcas hispano-americanas, requiere á menudo una interpretación.

A fuer de antiguo «educacionista», tengo tendencia á la enseñanza por el aspecto. Hubiese querido mostraros la escena antes de bosquejar al actor. Tendréis de ella una idea vagamente aproximada, asemejando nuestro territorio argentino á los Estados Unidos de hace medio siglo, limitados al oeste, desde el norte hasta el sur, por una altísima cordillera de «Montes Rocallosos»; pero de cuyo conjunto, por una desgracia que habéis logrado evitar, algunos de los ricos y populosos Estados del este se hubieran segregado. En la embocadura de un río mucho más ancho que vuestro Mississipí, á orillas del Río de la Plata, Buenos Aires se desenvuelve sin accidentes, con doble población que Nueva Orleans, en una inconmensurable llanura verde, donde, además de la Luisiana, cabrían ampliamente el Texas, el Kansas y el Missouri reunidos: aquella es la sabana pampeana que descende de los contrafrentes de los Andes y se alarga hacia el sur, hasta los desiertos de Patagonia. Allí era, y es aún, el hábitaculo propio del gaucho llanero, el que ha sido tantas veces descrito y á quien se conoce mejor.—Hacia el nordeste, sobre el río Paraná, en una orientación semejante á la del Illinois, otro grupo étnico, indígena en su mayoría, ocupa á Corrientes, no siendo más que una rama de los guaraníes que poblaban el Paraguay vecino. Al noroeste, por fin, en una comarca que correspondería poco más ó menos al Nebraska y el Dakota, un tercer grupo puebla el antiguo Tucumán de los anales españoles, cuyo nombre ha conservado una pequeña provincia muy rica, pero cuya lengua y primitivas tradiciones, apenas «mordidas» por la civiliza-

ción europea, se han perpetuado en las selvas de Santiago.—Por otra parte, os pido que no concedáis valor científico y preciso á estas vagas analogías geográficas, que aventuro al solo objeto de una orientación provisional.

De estas tres variedades étnicas, que la nacionalidad y la vida moderna vienen confundiendo más y más, puede decirse que el indígena casi puro de Corrientes y Misiones, que habla todavía guaraní y poco ha variado desde la era colonial, se encuentra suficientemente descrito en las relaciones jesuíticas del último siglo. Debe agregarse, también, que sus costumbres *gauchescas* no son innatas, sino adquiridas por frotamiento é infiltración. Las dos variedades reales, propiamente hablando, las forman el gaucho de Buenos Aires y provincias limítrofes, y el de las selvas de Tucumán, cuyo verdadero tipo vive en Santiago. Éste, sobre todo, á más de haber sido mucho menos estudiado que el primero, presenta un problema etnográfico muy especial: un caso de injerto lingüístico cuyo análogo creo que se buscaría vanamente en el resto de la América española, y que, filológicamente, recuerda el fenómeno de la Rumania latina, enclavada durante siglos, como una concreción parásita, en el riñón del cuerpo eslavo. En cuanto al habitante de los valles vecinos de Chile, pienso que se debería, en una descripción étnica, vincular ambas vertientes contiguas, tanto por causa de un parentesco probable, cuanto en razón del contacto incesante que las tiene de antiguo asemejadas.

La primitiva forma de ocupación de la pampa, ó del campo de Buenos Aires, es muy conocida: por lo demás,

tenéis de ella una reproducción bastante fiel en vuestros *ranches* del oeste. La misma palabra *ranch* es genuinamente española; pero, en el sentido californiano en que la habéis tomado, proviene sin duda de Méjico. En el Perú, un rancho es por lo regular una casa de campo y recreo; en la República Argentina, es propiamente la habitación del gaucho. Vuestro *ranch* del Far-West corresponde á nuestra estancia, y también en otros casos á nuestro *puesto*, que importa, por decirlo así, una sucursal de aquélla.

Antes que los ferrocarriles aproximasen las distancias, multiplicando á la par los centros de población y la subdivisión de las propiedades territoriales, el mar inmenso de praderas cubiertas de ganado suelto, en parte alzado y sin dueño, se extendía en un radio de veinte ó treinta leguas alrededor de la capital. Más allá comenzaba el desierto, sólo ocupado por las *tolderías* de los indios. En el centro de aquellas encomiendas rurales, vagamente medidas y nunca cercadas, la casa-estancia, con su galería cubierta y su techo de azotea ó de dos aguas, levantaba sus paredes de adobe blanqueadas con cal; casi siempre un ombú enorme ó un bosquecillo de duraznos arrojaba su nota alegre sobre el campestre hogar. A corta distancia de la casa señorial, algunos ranchos de peones y pastores dominaban apenas con sus techos de paja los corrales de las ovejas.

El ganado mayor, vacas y caballos, pacía en libertad. Los rebaños, manadas y majadas de los vecinos, se confundían sin gran perjuicio para nadie; en los días de *rodeo*, se marcaba á fuego el animal joven al lado de la ma-

dre, y se encerraban en el corral las reses destinadas á la próxima venta. Durante el rodeo, cada propietario reconocía y apartaba lo propio patriarcalmente, como en las edades bíblicas. ¡Y allí eran las grandes fiestas del año pastoril! Ahora bien: todos los que allí se afanaban, peones permanentes ó conchabados, compadres y transeuntes atraídos al torneo y al amor del asado en las brasas: cada cual montando su caballo enjaezado con el vistoso arreo chapeado de plata; vistiendo el rayado poncho recogido en los hombros, y con la lengua tan afilada como el cuchillo pasado al cinto,—todos ellos eran gauchos de la llanura, lo que simplemente significa: hombres adiestrados en el manejo del lazo y del caballo.

He hablado en tiempo pasado, pensando sobre todo en la antigua provincia de Buenos Aires, cuya extensión habitada, lo repito, no excedía, veinte años ha, ese semicírculo de unas treinta leguas de radio, alrededor de la gran ciudad, hasta la frontera de los indios. En el día, éstos han sido rechazados, dispersados en el desierto, donde, á semejanza de los vuestros, se están extinguiendo lentamente; y los gauchos, que tomaron su lugar, van retrocediendo á su vez delante de la inmigración europea ó transformándose con su contacto y transfusión. El encarecimiento rápido de la propiedad rural ha tenido por consecuencia su partición y medición exacta. La cría científica de los ganados de raza fina y el cultivo del suelo, cuidadosamente cercado, han creado la verdadera industria pastoril. Caballerizas y establos reemplazan el antiguo corral. Desde la vecina estación del ferrocarril, el propieta-

rio enriquecido llega en carruaje á su estancia: la antigua habitación rústica se ha convertido en una verdadera residencia de campo, algunas veces en un castillo con parques y jardines. Estancias hay, á unas cien leguas de Buenos Aires, que pudimos conocer como campos abiertos á las tribus indias, donde hoy los carruajes con tiro inglés recorren la llanura, y en cuyas mansiones lujosas se come en traje de etiqueta. Los criadores europeos han relegado al gaucho hasta las grandes heredades de antiguo estilo. Se ha cumplido la ley fatal: *De fuera vendrá...* Y el hijo de la pampa se ha refugiado en lo que de la pampa queda, por el lejano sur. Es allí donde se le encuentra aún, pero desorientado y empobrecido al contacto de la civilización invasora, cuando no ha logrado refundirse en el grupo urbano.

Esta última evolución, por otra parte, suele cumplirse sin gran esfuerzo: muchos hijos de gauchos han sido educados en el colegio y habitan en la ciudad. La transformación ha sido tanto más fácil, cuanto que nuestras instituciones y costumbres democráticas, muy semejantes á las vuestras, se aplican también entre nosotros á un elemento popular que no difiere esencialmente del elemento superior. Agregad á ello la presión creciente de la avenida europea, siendo así que las condiciones del clima benigno y de la tierra feraz designan á la República Argentina como el país de mayor atracción inmigratoria que exista en el mundo, después de los Estados Unidos.— En las demás comarcas hispano-americanas, casi siempre el aluvión sobreveniente ha tenido que refundirse en la

población indígena, muy numerosa, que ocupaba el suelo, y, algunas veces, como en Méjico y el Perú, había alcanzado un grado notable de civilización. Esta superioridad inicial ha sido un primer obstáculo para toda transformación profunda, y aparece hasta ahora como un factor contrario al progreso moderno. Fuera de algunas provincias de que luego hablaré, la nación argentina ha encontrado tabla rasa, ó barrido al desierto las tribus nómades que recorrían la llanura. Salvo en las primeras generaciones, por la alianza con las indias conversas, el pueblo argentino casi no se ha asimilado al indígena. Éste se volvió prontamente enemigo del cristiano, refugiándose en la soledad del monte y de la pampa. El mismo gaucho, flexible y esbelto, con su tipo semiárabe, no tiene en las venas sino una parte diminuta de sangre indígena, desleída después de cada generación en un agregado más rico de sangre europea. El primer cruzamiento con una inmigrante completa la depuración. Los cabellos castaños ó rubios abundan ya en el antiguo campo pampeano; por su aspecto y tendencias, el argentino rural se confunde con el hijo de italiano ó español; y, dentro de algunos años, el gaucho de la llanura no será sino una leyenda y un recuerdo.

Acerca de éste, han abundado los estudios y bosquejos, como que se le encontraba, por decirlo así, en las puertas de la ciudad. Los diarios ilustrados, y hasta los dramas populares, han esparcido por el mundo su silueta pintoresca y su traje desaliñado, mitad kabila, mitad incásico; el sombrero blando aplastado en la larga cabellera negra;

el pañuelo de seda, cuya punta cubre la boca del cuadrado poncho,—el cual es una simplificación del albornoz beduino; el *chiripá* (cuyo nombre creo ser el mismo que el *zarapé* mejicano) flotante como pantalón de zuavo, ceñido en la cintura por el ancho tirador de cuero escamado de pesos de plata, y cruzado por el largo *facón* para el trabajo y la pelea; por fin, los anchos calzoncillos bordados que caen sobre la bota de cuero de potro: ved ahí al gaucho de Buenos Aires.

Por su aspecto y visos orientales, se explica la tendencia persistente de algunos escritores modernos en pedir al vocabulario árabe la etimología de este nombre extraño, que no parece ser castellano ni derivado del francés, á pesar de su analogía. Pero este procedimiento anticuado es ya inadmisibile: este siglo no ha creado la filología comparada para continuar empleando los viejos tanteos etimológicos anteriores á la ley de Grimm. Tratándose de una sola palabra aislada, de una concreción extranjera y de origen desconocido, que aparece en el tejido de la lengua, no pueden aplicarse con eficacia las leyes filológicas; pero es entonces el método histórico el que debe guiarnos. Nunca se ha presentado el caso, ni podría presentarse, de un vocablo arábigo, apareciendo bruscamente en América sin haber antes permanecido y aclimatándose en el suelo español. Ahora bien, la palabra *gaucho* nunca fué escrita ni conocida en España sino por traslado americano. No se debería, pues, buscar en otra parte, sino aquí mismo, su etimología, si el resultado valiera el trabajo de la investigación. Por lo que á mí toca, he venido en

creer que el inocente *lapsus* de Walter Scott acaso encierre la verdadera solución, y que el autor de *Ivanhoe*, como el gallo de la fábula, haya dado con la perla buscando sólo el grano de mijo. La palabra «guacho» pertenece á la lengua incásica y corre aún en nuestros dialectos: significa *huérfano, abandonado, errante*, con un sentido algo denigrativo: se le aplica sobre todo á los animales criados lejos de la madre. La inversión silábica, que los gramáticos llaman *metátesis*, es muy frecuente en los pueblos de habla castellana: de allí, *guacho* transformado en *gaucho*, por el más lógico de los procedimientos, que consiste en la precedencia y acentuación de la vocal más fuerte. Os pido perdón por estas nimiedades que trascienden á explicación escolar (1).

En todo caso, le sienta el epíteto. Es sin duda un «errante», un hijo pródigo del grupo social, un *outlaw*, como el Robin Hood de las viejas leyendas sajonas, ese gaucho tradicional y nómada, cuya larga aventura comienza en su nacimiento y no termina sino en su muerte. Brotado en algún rancho de la pampa argentina, desprendido muy temprano del tronco nutricio y criado sobre el caballo, viene aprendiendo desde la niñez la lucha y el sufrimiento: sus primeras é indelebles impresiones se resumen en un sentimiento de abandono al par que de *self-reliance*. Se hace hombre enfrente de la naturaleza impasible, con esta noción siempre presente, si bien nunca formulada: que no debe y no puede contar sino consigo mis-

(1) Véase en este mismo volumen el estudio titulado *A propósito de americanismos*, donde el problema me parece mejor dilucidado.

mo. La pampa inmensa, sin árboles, sin caminos trillados, para él más estéril que el océano del viejo Homero, se despliega ante sus ojos, misteriosa, infinita: es ahí donde debe vivir, luchar, amar, morir. El desierto le rodea como al pescador insular el mar sin límites. Para vencer la distancia y procurar su alimento, tiene su lazo y su caballo; para dirigirse hacia cualquier punto de ese horizonte invariablemente circular, mejor que con el sol movible y las estrellas inconstantes, tiene el matiz de las yerbas, algún pajonal ó ramillete de arbustos que ha visto una vez y que no ovidará jamás. De noche, á cincuenta leguas de su pago, después de diez años de ausencia, sabrá encontrar su camino por el olor y el gusto de los pastos atravesados: dicen que así solía hacerlo el tirano Rosas. Punto perdido en ese vacío que para él es todo el universo, á semejanza del mohicano, tiene aguzados sus sentidos como otras tantas armas necesarias: se ha hecho el oído y el olfato de una fiera, la vista aguda de un halcón; y posee, por otra parte, la insensibilidad exterior, la resistencia al frío y al hambre, la facultad de soportar el dolor y curar sus heridas, propias de los organismos inferiores. En un rumor de tempestad, discierne si los rebaños huyen despavoridos al solo amago de la tormenta ó delante de un ataque de los indios. En un tropel invisible, alcanza á contar los caballos; distingue si vienen montados y si los jinetes son soldados, salvajes ó compañeros de correría. Un grito de pájaro, la fuga de un aveztruz, la oreja parada de su caballo, son otros tantos indicios preciosos. En la arena blanda ó la yerba pisada, su mirada fija de

zahorí sigue el rastro reciente hasta dar con el caballo perdido; la huella familiar no se le escapa en el confuso pisoteo de una tropa numerosa. Reconoce á la media legua, disparándose con las crines al viento, al potro que señaló el año anterior, entre centenares de compañeros. Individualiza cada bestia de la manada, al igual que nosotros cada persona; y sabe lo fuerte y lo débil, las cualidades y los defectos «morales» del caballo que ha elegido, como sabemos la psicología de un amigo.

Su existencia es azarosa y dura, pero no propiamente triste, merced á su fácil resignación, á su innato y estoico fatalismo. Desde la infancia, tiene endurecidos sus músculos y disciplinado su estómago. Se ha criado alrededor de su rancho, entre las astas de los toros, ágil y fuerte, jinete como un centauro; teniendo por primeros juegos infantiles el manejo del lazo y las boleadoras y la esgrima del cuchillo, que serán muy pronto sus únicos medios de existencia ó defensa. Se conchaba (1) más tarde en alguna estancia, casi nunca por mucho tiempo; pues prefiere vagar aquí y allá, en busca de fiestas, hierras y carreras, impelido por el deseo incurable de la aventura y la nostalgia del desierto: Indolente y pródigo, los pesos ganados se le escurren de los dedos. Da un galope á la próxima pulpería—la cual es un rancho algo más espacioso que los demás, y representa la venta, la taberna y el bazar de la pampa: se la conoce desde lejos por la bandera izada en su techo de paja, y sobre todo por la hilera de caba-

(1) Conchabarse tiene aquí otra acepción que en castellano: significa ajustarse como sirviente ó peón.

llos maneados ó atados del palenque. Allí es donde se bebe caña y ginebra, donde se juega al *monte* y á la *taba*, donde se baila el *gato* y el *cielito*, al rasguear de la guitarra. Allí también el trovador agreste ó payador improvisa sus lentas melopeyas, en el metro cantante de los antiguos romances castellanos. Se hace rueda á su alrededor; hombres y mujeres, sentados en cuclillas, con el cigarrillo en los labios, escuchan atentamente las tonadas y relaciones en modo menor, heroicas ó sentimentales, casi siempre tristes, en que se habla de guerras lejanas, de expediciones al desierto, de miserias y amores interrumpidos por el ólvido ó la traición. Y las chinas jóvenes con sus trenzas flotantes á la espalda, alzan sus ojos de azabache, de pestañas largas y pesados párpados, hacia el cantor que han elegido:—pues no hay desierto árido que no tenga su florescencia en primavera; y, á los veinte años, la misma pasión, el mismo empuje de la sangre ardiente hace latir el corazón, agitando con el mismo sueño de felicidad imposible el cerebro juvenil, ya sea de aldeano, ya de patricio. Y muchas veces también, incitados por el amor ó el orgullo, dos payadores rivales se desafián, y abren un torneo de poesía: con la guitarra terciada en la rodilla, se dan á improvisar alternativamente en el silencio general. El certamen comienza bien, en el estilo «amebeo» de los pastores de Virgilio; pero suele concluir más trágicamente. La alusión irónica y el sarcasmo agresivo pronto se deslizan en la cantinela. El que se mira perdido en el juego del consonante procura su desquite en juego menos inocente. Por entre las formas dialecta-

les y las metáforas sacadas de la vida rústica, que me sería imposible traduciros literalmente, el eterno alardear del guapo pendenciero se abre paso, lo propio que entre los héroes de Homero:

Alguien que la echa de guapo
Y en lo fiero se echa atrás,
Es poncho de poco trapo:
Purito fleco no más.

Y el adversario replica, en el mismo estilo, con la siguiente ó parecida flor:

Naides con la vaina sola
Al buen gaucho ha de correr:
Lacito de tanta armada
No ha de voltear la res...

Compréndese cómo, una vez tomado este giro, no se prolongue mucho la justa poética: los cuchillos saltan solos de las vainas, como los chassepots de Mac-Mahón, y, «en un dos por tres», queda en el sitio uno de los trovadores. Entre la gritería de las mujeres y el silencio de los hombres que recogen al herido, el otro echa la rienda á su caballo sin que nadie piense en inquietarle, se sienta de un brinco en su recado y se aleja paso á paso. Tendrá ahora que internarse en la pampa familiar, escapar á la partida, la cual, por otra parte, no le perseguirá mucho tiempo: vagará de pago en pago, contando su desgracia con más satisfacción que arrepentimiento, hallando donde quiera buena acogida, pues no hirió á traición ni peleó contra enemigo sin armas. Y el peón sumiso de ayer, muchas veces transformado en «gaucho malò»

por la fatalidad, emigra á las provincias vecinas, si no prefiere buscar refugio entre los indios.

Por lo demás, esta desproporción entre el delito y lo que pudiéramos llamar su repercusión moral, no es peculiar á tiempo ni país alguno: siempre y en todas partes, la relatividad del acto criminal más ha dependido del estado de la civilización ambiente que de la misma naturaleza de aquél. Y ello es la revelación más evidente de que, en nuestras leyes sociales, cabe una gran parte de convencionalismo extraño á los rígidos dictados de la moral absoluta.

Algunas veces, por gran casualidad, el gaucho era «habido» y enviado á la frontera. La vida del fortín no cambiaba mucho sus costumbres, como que sus actuales camaradas poco diferían de sus compañeros de ayer; en poco tiempo venía á ser un excelente soldado de caballería, sobre todo si la guerra le arrancaba con tiempo á los ocios y vicios de la guarnición.—Con estos soldados se hizo la guerra de la Independencia; con ellos San Martín pasó los Andes y arrojó al mar las tropas españolas que habían hecho frente á Napoleón; con estos mismos gauchos sufridos y aguerridos nuestros liberales acosaron á Rosas; y con ellos, por fin, la República Argentina desalojó de su guarida del Paraguay al dictador espeso y vulgar que aplastaba á ese pobre pueblo, ¡históricamente predestinado á tan diversas tiranías!

Tal es,—ó era,—á grandes rasgos bosquejada, la fisonomía pintoresca y, en resumidas cuentas, simpática de nuestro hijo de la pampa. Con todos sus vicios y peca-

dillos, se acaba siempre por quererle, porque es franco, valiente, hospitalario, muy leal y hasta ingenuo bajo sus apariencias hirsutas. Ninguno de nosotros desdeña su compañía. Y en los tiempos de las largas jornadas á caballo, en la etapa al amor del fogón nocturno, el viajero gustaba de atizar su plática sencilla, y de buena gana solía retardarse con él. Precisamente es lo que acaba de sucederme: y sólo me quedan algunos minutos para esquiciar la otra variedad del gaucha, que debía ser el objeto principal de esta disertación.

La nación argentina, como sabéis, constituye una república federativa, formada de catorce estados autónomos, fuera del distrito federal y de nueve territorios que directamente dependen del poder central: teóricamente, nuestra organización política es semejante á la de los Estados Unidos. En todas partes la lengua común, así oficial como popular, es el castellano. Un solo estado hace excepción á la regla: es la provincia de Santiago, parte integrante del antiguo Tucumán. Por supuesto que allí mismo el castellano predomina en los centros urbanos: pero la población campesina casi entera habla el *quichua*, la lengua de los Incas del Perú. Hasta ahora muy poco, era éste el idioma corriente aun en la clase superior, que lo entiende y habla todavía. Ahora bien: alrededor de Santiago, en el resto del Tucumán colonial hasta los territorios adyacentes al Alto Perú (fuera de algún rincón de los valles Calchaquíes), no se encuentra rastro de la lengua adventi-

cia: nunca ha sido hablada allí. He estudiado en una obra oficial, que corre impresa en castellano, este fenómeno lingüístico, y puedo resumiros brevemente los resultados á que he llegado.

Desde muy antiguo, ese territorio de selvas y sabanas, comprendido entre los ríos Salado y Dulce, fué habitado por una numerosa tribu india, que por algunos se denomina *Juri* y por otros *Lulé*. He procurado demostrar que es la misma palabra, ya pronunciada en indio, ya en castellano. Era aquél un pueblo industrial y de índole mansa, caracteres que resaltan aún en sus representantes actuales. Pero, hacia fines del siglo catorce, cuando el poder de los incas llegaba á su apogeo y era el Cuzco la capital de un inmenso imperio, aconteció una singular aventura histórica, que se consigna en los clásicos *Comentarios reales* de Garcilaso,—de cuya obra sólo poseéis fragmentos descabalados en vuestra *Public Library*.

Parece, pues, que estos buenos Lules tucumanos despertaron al rumor de la gloria peruana: sin aconsejarse de sus vecinos del norte ó del sur, enviaron una embajada—á pie, naturalmente—al inca Huiracocha, que entonces reinaba. Son cuatrocientas leguas de áridos desiertos y serranías con nieves eternas en sus cumbres, donde por largos trechos todo escasea, hasta el aire respirable: las he cruzado varias veces á lomo de mula, y puedo aseguraros que, aún hoy, el viaje es laborioso. Hubo de ser terrible para los pobres embajadores, habituados á la molicie tropical del suelo nativo.

Admitidos á contemplar al Inca, en medio de su corte

deslumbrante de oro y telas preciosas, los enviados depositaron al pie del trono las humildes primicias de su lejana tierra. En cambio de su sacrificada independencia, sólo pedían la civilización. Y para mí, este homenaje espontáneo, este arranque instintivo de una tribu obscura hacia la luz, es uno de los rasgos conmovedores de la historia sud-americana. Fueron escuchados con benevolencia y, sin duda, servidos según su deseo. Sin demorarse en la conquista del inmenso territorio intermedio, el Inca despachó al Tucumán, cuyo nombre acababa de serle revelado, á un príncipe de su familia con una numerosa escolta de oficiales, *curacas* y artífices, encargados de iniciar á los Lules en los bienes y en los males de la vida civilizada (1). Estos se asimilaron rápidamente los conocimientos, las industrias, y sobre todo la lengua de sus pacíficos amos,—con tanta eficacia, en lo que al idioma respecta, que el antiguo lule no tardó en desaparecer, y que el español, después de tres siglos de dominación política y social, no ha logrado desarraigar al «cuzco», como todavía llaman ellos al blando y cantante idioma que sus padres aprendieran con amor. Y es así cómo, en la más europea de las repúblicas sud-americanas, hay una provincia entera donde se habla todavía la lengua del antiguo Perú, traída allí en época muy anterior al primer viaje de Colón.

Ello, por lo demás, no es sino la confirmación de una ley general y constante en filología: un pueblo absorbido

(1) En una obra en preparación sobre la República Argentina, me hago cargo de ciertas objeciones que esta tesis puede suscitar.

ó dominado por otro no suele asimilarse más que el vocabulario de la lengua conquistadora; el injerto no penetra hasta la esencia gramatical, que subsiste en sus rasgos más profundos. Los santiagueños, como se les llama ahora, empalmaron en parte el diccionario quichua en la gramática lule; y es ésta la diferencia fundamental entre su dialecto y la lengua peruana.—Para decirlo de pasada, no tienen otro origen las variedades más notables que existen entre las lenguas neolatinas. Las invasiones violentas, las superposiciones de razas atacan el léxico de los aborígenes, el cual es un hecho social; pero casi nunca la estructura íntima y la médula del discurso, que constituye la misma índole del pensamiento, vale decir, un elemento antropológico y cerebral.

Nada aisla más que la lengua diversa; lo comprobamos hoy mismo por duro experimento, los que no hablamos aún el inglés con facilidad y corrección. Entre los quichuas argentinos, ó sea los gauchos de Santiago, se han «embalsamado», por decirlo así, las tradiciones, las costumbres, las creencias supersticiosas de la raza. En vano ha venido la Independencia, después de la era colonial de reducciones y servidumbre; la vida constitucional después de la anarquía: nada ha mordido en este bloque errático. Y, gracias á la antigua lengua conservada, es ahí donde se puede estudiar, acaso mejor que en parte alguna, la formación frondosa de los mitos y de las leyendas entre los pueblos primitivos.

Su lugar de habitación intensa, su «querencia» preferida, es siempre aquella vasta zona cubierta de bosques, á

inmediaciones de los ríos que ya nombré. La vida rústica corre allí muy fácil y feliz. El clima, cálido y seco, permite vivir al aire libre la mayor parte del año. Además del ganado mayor de las estancias, la oveja y la cabra prosperan maravillosamente: cada familia de peones ó agregados, agrupada alrededor de la población principal, posee un rancho de postes y barro, con su rebaño particular y su cerco sembrado de maíz, melones ó sandías. Los ribereños tienen á su alcance el pescado abundante y sabroso, que se coge, principalmente en las orillas del Salado, con arpón embutido en ástil de caña. Á todos, los bosques inmensos brindan variados recursos para la alimentación. En primer lugar, los Algarrobos que cubren todo el territorio; su vaina azucarada suministra un alimento muy apetecido, y, después de fermentada, un licor análogo á la chicha de Bolivia y al pulqué de Méjico. El fruto madura á principios del verano, cuando las enormes cigarras llamadas «coyuyos», ocultas en el follaje, estremecen la selva con su chirrido metálico. *¡Ya canta el coyuyo!* Al toque de llamada general, los ranchos quedan vacíos; hombres, mujeres y niños se pierden en las vírgenes soledades, llenas de rumores y perfumes. Allí, durante semanas, viven alegremente de su cosecha, que recogen en sus ponchos y costales. Tienen, además, la cacería, pues la liebre, el conejo, el *quirquincho* y las aves abundan: por fin, acopian las frutas del chañar, del mistol, las tunas ó higos chumbos del nopal, y la miel silvestre que extraen de la tierra ó del corazón de los quebrachos gigantes. Al caer de la noche, los grupos se dan

cita en un claro del monte; flotan en el tibio ambiente esencias de verbenas, enredaderas, lirios campestres, predominando la fragancia perturbadora y balsámica del *sombra-de-toro*, de hoja rombal eternamente verde. La guitarra marca el ritmo á las danzas lentas, ó acompaña sordamente endechas muy antiguas y melancólicas, *yaravis* elegíacos, traídos algunos de ellos del Cuzco original en el siglo anterior á la conquista. Y en tanto que las parejas jóvenes desaparecen en la sombra, viejos y niños se estrechan en círculo para injertar, en el incidente del día ó la visión de la víspera, la misteriosa leyenda que habrá de florecer como planta de hechizamiento.

Así han acumulado y conservan, de relaciones fantásticas con núcleo real, listas bastantes para llenar un *Flos Sanctorum*. Recojo algunas todos los años, durante los dos meses que vivo allí, en una propiedad de familia. Puedo decir que disfruto en aquellos montes, en la paz del alma y la alegría del campestre hogar, en medio de esa población ingenua que ha visto nacer y crecer á los míos, y para quien los padres son siempre jóvenes y los niños siempre pequeños, las horas más dulces y descansadas de mi vida. Si la edad cercana me deja espacio y fuerza para ello, referiré algunas leyendas del Salado, hojas arrancadas de sus anales supersticiosos y simbólicos. No falta alguna para todos los seres de la selva, todos los trances de su vaga existencia, todos los períodos que van del nacer al morir. Las mismas creencias religiosas se han enquirnaldado con emblemas risueños ó melancólicos, cual si estos pueblos recordaran siempre de su lejana evange-

lización por el suave apóstol san Francisco Solano,—nuevo Francisco de Asís tan ingenuo como el otro, pero mucho más agresteaún. En cierta aldea extraviada conservan una imagen milagrosa, bajada expresamente del cielo, si bien esculpida en legítimo palo de quebracho: el día de la fiesta anual, le traen desde muy lejos petacas de miel silvestre, cabritos, sandías; y el cura les otorga en cambio un responso para sus difuntos ó una cinta bendecida, á guisa de recibo. Como casi todos los primitivos, derraman sobre sus niños muertos los cantos y las flores; pero éstos consideran, además, como un beneficio la remisión general de la vida: hasta sobre el cadáver de los ancianos durante la fúnebre velada, los sonidos alegres de los instrumentos se mezclan al salmodiado lamento de las plañideras, lo propio que en la antigua Grecia. Y tal desprecio inconsciente del vivir, entre estas tribus ignorantes, no difiere en esencia del concepto pesimista que se nos presentaba ayer como la última palabra de la filosofía.

Atesoran anécdotas supersticiosas acerca de todos los animales silvestres: las hay terribles respecto del tigre y del puma; cómicas y burlonas sobre el *atoj*, el zorro, á quien llaman «don Juan». Las hay también muy melancólicas, como la referente á cierto buho que llora de noche en el follaje, llamando sin tregua á su hermano. Además de muy conmovedora, recuerda una metamorfosis de Ovidio: se trata de una joven que fué transformada en lechuza ó *cacuí*, por haber negado un poco de miel á su hermano, que volvía del monte, rendido de hambre y cansancio; desde entonces está condenada á arrojar en la no-

che esta queja lastimera: *¡turay*, mi hermano!... Para el cazador, el encuentro de ciertos animales es presagio infalible de *bredouille*; y en casos tales, el baqueano que me acompañaba solía aconsejarme no proseguir la expedición. Siquiera con el zorro, queda alguna esperanza si cruzó el sendero hacia la derecha; pero cuando fuera el boa ó *ampalagua*, que deja en el suelo su largo rastro ondulante y liso, parece infructuoso continuar la caza; y más de una vez he visto al rústico montero volver á atar en los tientos del recado sus boleadoras, que reputaba inútiles para todo ese día.

Tienen sus brujos, que son también médicos y conocen las yerbas; sobre todo brujas viejas, las cuales, según los casos, se tornan funestas ó benéficas. Unos y otras, así curan una puñalada ó conciertan un miembro dislocado, como os venden el secreto que procura el amor correspondido ó arroja á un enemigo el maleficio. Como sabéis, la práctica de hechizar á un hombre por medio de su efigie ha atravesado las edades; y es muy curioso encontrar, en una cabaña de Santiago, la muñeca de cera acribillada á sangrientos alfilerazos, que usaban ya la romana Canidia y Catalina de Médicis. Por supuesto que brujos y brujas concurren al *Sabat*, ó junta nocturna y semanal que aquí denominan la «Salamanca».—Otro rasgo significativo es la preocupación universal que, desde la antigüedad y la edad media hasta nuestros días, asociara en todas partes la magia y la ciencia. Los españoles de antaño llamaban «algebrista» al concertador de huesos; para ellos un sabio era ante todo un hombre que sabía latín;

y encontraréis aún al latino ó *ladino*, como guía y lenguaraz, hasta en las tribus del Chaco. Nuestra Salamanca indígena es sin duda un recuerdo de la famosa «cueva» salmantina, y por ende un eco supersticioso de la gran universidad española. El conventículo se efectúa en el fondo de los bosques, en una caverna subterránea, señalada por una entrada estrecha y redonda que quizá tomaríais por una vizcachera inofensiva. ¡Muy mal os iría si, pensándolo así, os colaseis por ella á gatas, sin contraseña! Es allí donde el «Malo» celebra á media noche su misa negra, rodeado de animales fantásticos que son otros tantos brujos, y con un lujo decorativo que hace estremecer, de puro atrayente y tentador...

Si la ignorancia es la raíz de la superstición, la poesía popular es su flor. Todos estos gauchos de Santiago tienen el sentimiento poético, siquiera su expresión permanezca casi siempre incompleta y pobre. Pero, sobre todo son músicos, apasionados de canto y melodía, dotados de una memoria y un oído realmente sorprendentes. Si la República Argentina logra algún día artistas inspirados, creo que de allí saldrán, continuando la tradición de los Alcorta, á cuya familia pertenece nuestro joven compositor Alberto Williams. Me falta tiempo para citar numerosos *specimens* de esa poesía cantada; por otra parte, están en quichua los mejores *yaravis*, y su traducción, sobre ser muy laboriosa, resulta casi siempre pálida é inanimada.

He puesto en verso español algunos fragmentos de muestra, para solaz de los oyentes que saben esta lengua,

procurando conservar el metro, que es la parte esencial de la composición. Lo que en ellos domina, no es la nota belicosa, ardiente ó graciosa, como entre los gauchos de la pampa; sino la tristeza, el amor, la *saudade* de las razas oprimidas,—lo que en estilo de romanza se llamaría la «nota sentimental». Así, esta estancia de un enamorado engañado ó despedido:

Su labio no se pintó
Con clavel, coral ni grana,
Sino con sangre que mana
Del corazón que partió...

He aquí todavía, en un tono algo diferente, el bonito principio de un madrigal que es toda una letanía amorosa, y concluye con este suspiro de reproche y desaliento: «Pero, todo eso, ¿por qué me lo dijiste: *Ima pachta nia-ranki...?*»

¿Cómo es, paloma mía.
Paloma blanca,
Que, para un pecho solo,
Tienes dos alas?
—Es que el amor cobijo
Que me entregaras,
Y dos alas preciso
Para dos almas...

Ved ahí el acento y el ritmo habituales. Pero alguna vez el tono se levanta; una imagen original y bella, una profunda reflexión filosófica brota de lo vivo del corazón humano, en todas partes idéntico. He escuchado, en un concierto campestre, conceptos dignos de la más alta poesía; he visto florecer en esos labios rústicos, imágenes que,

expresadas en estilo perfecto, podrían enriquecer cualquier antología. Sin saber cómo, acontece que un payador vuelva á encontrar el verso lapidario de tal ó cual gran poeta cuyo nombre no conoció jamás. He escuchado, por ejemplo, en la guitarra, una reminiscencia de la famosa décima del gran trágico Calderón, que algunos apellidan el Shakspeare español, aunque sus rasgos propios formen exacta oposición con el genio shaksperiano: *Cuentan de un sabio que un día...* Por fin, hasta el clásico *Feriant summos fulgura montes*, de Horacio, se ha presentado un día al trovador del desierto, bajo esta antítesis agreste y local (tranquilícense ustedes, será mi última cita):

Por ser más chico el pobre,
Es más seguro:
Hiere el rayo al quebracho
Y nunca al suncho...

Señoras y caballeros: termino esta conferencia, que sin duda creíais fuese interminable, y en la cual, no obstante, no he hecho sino bosquejar mi tema, plantando acá y allá algunos jalones para señalar el camino que se seguiría en un estudio más profundizado. Por incompleta y apresurada que haya salido esta charla familiar, veo que habéis sentido la riqueza y el interés de la materia, por entre las deficiencias de la exposición. Temo que sea ésta la disertación más larga que hasta ahora hayáis sufrido, y seguramente hubiera agotado la paciencia de un auditorio menos benévolo. Para disculpar esta verdadera indiscreción, no podía, por cierto, contar con la seducción de la forma ni el atractivo de mi acento extranjero. He olvidado

la máxima que Emerson, vuestro pensador más profundo, emitió en su estilo lapidario, juntando el precepto y el ejemplo: *The man is only half himself, the other half is his expression*. Por eso es, lo digo con toda sinceridad, que os quedo aún más agradecido por vuestra atención sostenida que por vuestros aplausos indulgentes. Ya que me habéis perdonado por esta vez mi mala elocución, os prometo disertar en inglés más correcto en los congresos de vuestra próxima Feria universal

El texto inglés de esta conferencia ha circulado en folleto, con este título: *Popular customs and belief of the Argentine Provinces, by P. G.* — Chicago, Donohue and Co., 1893.—La presente versión castellana se publicó en *La Nación*, de Buenos Aires, precedida de una breve introducción, cuyos párrafos más substanciales son los siguientes, que acaso no hayan perdido aún toda su oportunidad:

Creo que es necesario y urgente, antes que la rápida evolución del país acabe de borrar nuestras huellas originales, reunir en colección todos los elementos genuinamente argentinos de la antigua vida campestre, que se tornará muy pronto legendaria: hábitos, estilo, poesía, música—algunos de un sabor incomparable. Tal obra se ha realizado, total ó fragmentariamente, en casi todas las naciones europeas y americanas—y hasta en el Brasil. Para nosotros la empresa sería relativamente fácil, si fuera colectiva. Una comisión central en Buenos Aires,—que podría constituirse en la Biblioteca,—distribuyendo comisiones locales en todas las provincias y territorios, realizaría cumplidamente esta obra patriótica. Al pronto, no se trataría de seleccionar; habría que pedir y agradecer la colaboración de todos los hombres de buena voluntad que tienen ó han tenido contacto con la vida campestre (y ¿quién de nosotros no lo ha tenido?).

Los datos remitidos á cada sección provincial podrían ser allí mismo sometidos á un primer examen, para eliminar las innumerables repeticiones. Grano á grano, sin esfuerzo y creo que con placer de cada cooperador, se juntaría el trigo en la era, hasta formar un verdadero tesoro de poesía nacional. Un programa ó cuestionario de cuatro líneas bastaría á dirigir la recolección, que habría de comprender todas las tonadas con su transcripción musical, relaciones, bailes, «tristes», *yaravis*, etc., además de los cuentos, creencias, dichos metafóricos y refranes de la tierra. La tarea parece enorme; pero, lo repito, sería fácilmente realizable por este medio cooperativo, á manera de los edificios medioevales á los que cada creyente traía su piedra anónima. Reunidos los materiales en poder de la comisión central, vendría la hora de clasificarlos, resumirlos, conservar los verdaderamente criollos y significativos —y publicarlos en un volumen precedido de una buena reseña explicativa. Creo que nuestro *Folk-lore* contaría entre los más interesantes de su género, y representaría un precioso trasunto del alma popular argentina.

El pensamiento no es frívolo, ni debe dejar indiferente á ningún argentino. Deseo muy de veras que la prensa de Buenos Aires y de la República le preste su indispensable apoyo, aunque me suceda lo propio que con la *Biblioteca científica internacional*. Ocurrió, años atrás, que Sarmiento se dignó felicitarme públicamente por haber iniciado con el publicista Alglave gestiones tendientes á incluir la lengua española en dicha colección. Desde entonces, no hay aniversario del ilustre escritor sin la mención debida de su «gran idea» relativa á dicha biblioteca. Pues bien, yo aceptaría muy satisfecho y enorgullecido que la presente indicación fuese llamada también una «idea de Sarmiento»,—como que en verdad él la tiene más que formulada con su inimitable *Fa-cundo*.

CALANDRIA ⁽¹⁾

¿Será verdad que represente la civilización, en el sentido estrecho de la palabra, un estado artificial y precario, al modo que la domesticación para los animales salvajes y el cultivo para las plantas? Nos inclinamos á creerlo, cuando echamos de ver la gracia robusta del ser humano entregado á su desarrollo natural, y también el interés que donde quiera rodea á las individualidades enérgicas que declaran guerra abierta á las instituciones y reglamentos sociales. Nada más arrogante y brioso que el indomado potro que retoza, con la crin al viento, en la llanura pampeana; nada más bello también, bajo su aspecto únicamente bravío y pintoresco, que cuando el vigoroso animal humano sacude el freno y el arreo esclavizador de nues-

(1) Este bosquejo puede considerarse como un complemento de la conferencia anterior, aunque la precedió por algunos años. Salió á luz en 1884, en el diario *Sud-América*, á raíz de un viaje á Entre-Ríos, donde oí el relato en boca de un estanciero. Desde entonces *Calandria* ha hecho camino en la novela y el teatro. Creo innecesario señalar al lector español los pasajes en que se ha procurado conservar á la narración su acento criollo.

tras convenciones policiales, para buscarse, á través del peligro y del combate diario, el pan escaso de la aventura. El *bandido* ha sido siempre «poético»: el bandido, se entiende, en el sentido originario de la expresión; es decir, el hombre alzado y puesto fuera de la ley, el *banni* francés y el *outlaw* inglés,—el cual dista mucho del simple *bandito* italiano, que suele mezclar á su índole montaraz apetitos harto prosaicos de crueldad y rapiña.

Al ver la simpatía con que la muchedumbre, sometida al yugo social, acompaña al que se atreve á seguir bravamente la ley de la naturaleza, no parece sino que éste fuera un vengador del humillado rebaño humano.—Recordemos la admiración instintiva y apasionada que inspiraban á nuestra infancia las legendarias proezas del saón Robin Hood, de los *Hermanos de la Costa* y de los «Mohicanos» de las praderas ó de las ciudades.

En España, donde la fibra heroica no ha sido adelgazada por una civilización de trama tan estrecha como la de otros países, el bandolero ha florecido desde la Reconquista hasta nuestros días. Volved la vista á los últimos capítulos de la novela inmortal, y admirad con qué cariño de artista alza allí Cervantes la briosa figura de Roque Guinart. ¡Cuál resalta sobre el montón de comparsas tímidos, á quienes saquea y luego perdona desdeñosamente! El mismo caballero de la Mancha le estrecha la mano como á un compañero de hazañas, y parece tentado de proclamarle también desfacedor de entuertos y digno de compartir con él las riquezas del bello imperio de Trapi-sonda.

Hasta ahora pocos años, este prestigio de los bandoleros no había palidecido en España; el famoso José María, de quien se enamorara Mérimée, pudo pasearse años enteros por las fragorosas serranías de Andalucía, hallando donde quiera rancho seguro y protección. Al fin aceptó el indulto; el lobo envejecido se tornó buen perro de guardia, el bandido se hizo carabinero, para caer en una emboscada nocturna bajo el trabuco de sus antiguos compañeros. Lo propio ocurre en Sicilia y también en Córcega; allí el bandido gana el *maquis* donde se guarece de día, para arrimarse á las poblaciones al anochecer, contando siempre con la complicidad de los pacíficos moradores.

En la República Argentina han sido innumerables los ejemplares de gauchos alzados y montaraces; encarnan, puede decirse, la historia del país en sus primeras décadas de vida independiente, como se ha mostrado con admirable colorido en el libro más original é ingenuamente montonero de la literatura sudamericana. Los gauchos malos de nuestras campañas, *rastreadores y baqueanos* incomparables, han prestado su relieve violento y áspero á nuestra sangrienta infancia emancipada. Sin duda, el gaucho es en gran parte el producto de su tiempo y del medio en que se agitaba libremente; pero también hay que reconocer, en su rústico y salvaje perfil, algunas de las líneas fundamentales y persistentes de la idiosincrasia argentina. Creo que un buen observador descubriría, entre un caballero chileno y otro argentino, diferencias análogas á las que resaltan entre un *roto* y un *gaucho*. En las mismas manifestaciones intelectuales al parecer más desligadas del suelo

engendrador, como ser la producción artística y literaria, la variedad de filiación se acusa visible é indelible. La Argentina ha producido pocos escritores pulcros, correctos, respetuosos de la retórica tradicional como en Colombia y Venezuela abundan; pero en ningún otro país sudamericano ostenta la embrionaria literatura el brioso arranque personal, emancipado de trabas metropolitanas, de que la nuestra alardea.—Hemos tenido y tenemos escritores originales, si bien iliteratos: verdaderos gauchos de la inteligencia y centauros del arte, á quienes aplaudirían muchos de los que desdeñan á Hermsilla. No cito al más genial, temiendo que tome á irreverencia esta expresión un tanto cruda de una admiración sincera (1).

A medida que se completaba nuestra organización social, han ido desapareciendo, vencidos en la lucha, los tipos característicos del bandolerismo argentino. Los jefes montoneros, como Quiroga y el Chacho, al igual que sus soldados oscuros, no son ya sino recuerdos que el tejido legendario envuelve lentamente. ¿Quién recordará, dentro de cincuenta años, las hazañas de Alico, el baqueano del general Lavalle? ¿Dónde hallaremos una relación *sentida* de tantas fabulosas aventuras de poncho y cuchillo, de ríos salvados á nado ó asido el preso fugado de la cola de su caballo y todavía con grillos en los pies; de soldados escapados del campo de batalla, deshechos, hambrientos, cruzando el desierto y el monte argentino desde los Andes, para venir á «sujetar» en el Paraná?

(1) Se alude al autor de *Facundo*, que aún vivía.

La presente generación porteña, poco ó nada sabe ya de estas cosas agrestes; las desdeña, en su afán de europeísmo. La venidera, más enamorada sin duda de originalidad artística, las buscará con afán, sin encontrar de ellas más eco subsistente que algunas vagas reminiscencias en las trovas de los cantores campestres.

Decía que el gaucho alzado ha desaparecido ya de Buenos Aires; apenas si tiene posibilidad de vida precaria en algunas provincias interiores. Pero, allí mismo, el camino de hierro, la escuela, el ingenio, la colonia,—sin contar con el remington,—le hacen tan cruda guerra que prontamente sucumbirá. Santiago y Entre Ríos han suministrado los últimos tipos de montoneros armados. Y éste es el día en que las «taperas», donde algunos se albergaron, se han convertido ¡oh decadencia! en estaciones de ferrocarril...

Es muy posible que el último *outlaw* argentino haya sido el célebre entrerriano Calandria,—cuyas hazañas me contó un estanciero en cierta velada del Uruguay, y que tienen un sabor humorístico nada vulgar. Muerto hace muy pocos años, la leyenda le ha tomado por su cuenta; y es ya muy difícil desenmarañar, en su corta y accidentada vida, la fábula pura de la embellecida realidad. Deseo muy de veras que algún entrerriano muy culto ó muy bozal—pues un literato á medias lo echaría todo á perder—se tome el trabajo de completar y rectificar mis escasos datos, hasta dejar en plena luz esta curiosa fisonomía de gaucho enamorado y burlón.

Tenía nombre y apellido como cualquier hijo de ve-

cino—Servando Cardoso—pero nadie le conoció sino por el apodo de guerra que ilustró, durante los tres ó cuatro años de su duelo incesante con la policía de Entre-Ríos: vivió y murió siendo Calandria. A Ño Calandria conocieron y amaron más de cuatro morochas del Tala ó San José; para él había siempre un mate cimarrón, alcanzado desde la puerta del rancho, y aceptado sencillamente por el héroe con esta fórmula de refinada cortesía: «Vaya, pues, doña, ¡conforme se hay tirar...!»

El crédito de Calandria remonta al año 70.

A la sazón contaba apenas veintidós años. Era un lindo gauchito de estatura mediana, bien repartido—con el marcado tipo semiárabe de la llanura argentina: burlón y «piñador» como ninguno, pero manso y hasta cariñoso. Tocaba la guitarra y bailaba que era un primor; de á caballo ¡no se diga! Ha realizado diez hazañas mayores que la clásica de pegar el brinco y afirmársele á un bagual sin rienda, en el lomo pelado. Para él era un juguete escapar á las partidas que le perseguían, sentado en mancarrones sotretas que enseñaban cada costillar como tranquera, y parecían volar de puro flacos. Cuenta la historia que Rocinante alcanzó á galopar una vez en su vida: ¡montado por Calandria hubiera cortado á luz al mismo Babiecal

Calandria era peón del saladero de Concepción: no se distinguía de sus compañeros, sino por su inalterable alegría y su gracia socarrona. Por lo demás, era laborioso y honrado como el mejor; muy capaz, por supuesto, de abrir un ojal en el cuero del más ladino, si el caso se ofreciera; con todo, pacífico en el trato diario, como to-

dos los que conocen su fuerza. Así vivía en las inmediaciones del Uruguay, cuando es a ló el pronunciamiento de López Jordán. Simpatizó con la *causa*, y sin esperar que le arrastrara una de aquellas barridas al por mayor de la revolución ó del gobierno, se alistó á las órdenes del comandante Palavecino, muy mentado en Entre-Ríos. Se mostró tan hombre de recursos, al par que valiente y atrevido, que se conquistó las simpatías del jefe, hasta el grado de despertar la envidia de algunos subalternos. Éstos resolvieron matarlo: cuentas claras. Un alférez y un sargento con cuatro soldados esperaron á Calandria, que andaba campeando solo en el monte, y le acometieron, hiriéndole en la frente y en el pecho. Pero pudo afirmarse en un tronco y, sin más arma que su cuchillo, empezó á menudear los hachazos al montón, despachándose al sargento é hiriendo al alférez; los demás no escaparon sino para caer en manos del comandante, que los mandó estaquear y, por esta vez, con entera justicia.

Terminada la campaña, no sin otras muchas hazañas parecidas que cimentaron la fama de Calandria, sucedió, con ó sin razón, que éstas le fueron contadas como delitos, siendo destinado al batallón *Guardia Nacional*. Aunque apreciado por el coronel Blanco, que le nombró asistente suyo, Calandria no podía soportar la disciplina: el marchar en las filas se le hacía más cuesta arriba que tirar del arado con un redomón.

El coronel, que ya le seguía la pisada, solía decirle paternalmente: «Si te has de desertar, ¿no me llesves mi montural?» Y el otro contestaba con su gachonería habitual:

«La montura no, mi coronel, pero su caballo... puede ser». —Y así lo hizo, largándose al monte.

Y principió entonces un duelo sin descanso, que duró más de tres años; entre Calandria y toda la policía rural del Entre-Ríos. Acosado y perseguido de pago en pago, hallaba donde quiera asilo y protección. No robaba, no mataba, devolvía religiosamente lo prestado. Si se hallaba muy hostigado ó dejado á pie, cruzaba á nado el Uruguay y se daba unos días de resuello en la otra banda, hasta rehacerse. Pero la existencia aventurera, en que á diario jugaba su vida, volvía á atraerle muy pronto con su potente seducción. Se aparecía una tarde en la misma plaza del Uruguay arrojando un nuevo reto á la partida: *¡Aquí es á Calandria!* Y se alejaba sin prisa, golpeándose la boca en señal de nueva declaración de guerra. Al punto la cuadrilla policial recogía este guante de potro: con gran alboroto de latas y rebenques, salía á escape en busca de Calandria, que se quedaba riendo en un rancho vecino, y templando la guitarra para otra vidalita.

Consistía el rasgo más original y característico de esta cacería, en que era el venado quien desafiaba al cazador. Ya en la Banda Oriental, ya en la vecina selva de Montiel, Calandria hubiera podido vivir tranquilo; pero aquello era para él un caso de conciencia; practicaba á su modo *el arte por el arte*: era el matrero por convicción. Algunas noches se apeaba delante del «Club» del Uruguay: otras veces, después de desarmar al centinela del cabildo, montaba una guardia de comedia, mientras el piquete perseguía á un fantasma fugitivo. En un baile cam-

pestre que, por más señas, daba en el rancho de la célebre *Riojana* la misma partida policial, se presentaba gritando: *¿Quién quiere bailar con Calandria?* Batahola y disparada á toda furia; pero los soldados se encontraban con sus caballos sin estribos, ó, lanzados á carrera loca, se les quedaban de repente las riendas en la mano; y en tanto que volaban por esos campos sin poder sujetar, el muy trucha había vuelto á la casa y dado fin al interrumpido cielito.

Estas diabluras de Calandria serían el cuento de nunca acabar. ¡Era el mismo Mandinga! Su duelo con el alcalde había venido á ser la función de todo el año para la población entrerriana: donde quiera encontraba compadres y cómplices. La cosa iba tomando proporciones de burlesca epopeya, en que la parte seria se fundía decididamente en la jocosa. Pero el prestigio de la autoridad estaba comprometido; y sólo así se comprende cómo los jefes políticos pudieron conservar al drama su color sangriento, persiguiendo el desenlace trágico que á la postre debía tener.

La historia de Calandria se diferencia, en efecto, en un punto importante de la de Juan Soldado; y es lo de tener fin.—Vivía enamorado, encontrando en cualquier parte su *peor es nada*. La mujer, que es como la fortuna, ligera y mudable, se le parece además en su amor por los audaces. Pero, aquí como en todas partes, el único delito que ella nunca perdona es el olvido. Dice el relato (cuyo estilo he procurado conservar) que una amante celosa tendió á Calandria una emboscada. En esta cita de traición fué sorprendido una noche, nuevo Sansón de chiripá en bra-

zos de una Dalila criolla, y muerto bárbaramente por esos filisteos de rifle y sable herrumbrado...

¡Pobre Calandria! Era guapo, leal y hasta bueno con los buenos—lo que, al cabo, es suficiente bondad. No tenía más defectos que los del animal selvático que no acepta vivir en una jaula, y que, á la ración diaria, pagada con la obediencia servil, prefiere el hambre y la sed de la libre correría. ¡Que la tierra de Montiel le sea level!

Dentro de pocos siglos, cuando el hombre civilizado haya puesto bajo de su dominio y reglamentación al estrecho planeta, no habrá quedado rastro de fieras nocivas en las selvas, ni acaso tampoco de pájaros ociosos en la floresta. Los últimos tigres vivirán enjaulados en los parques, bajo cuyas espesuras sólo retumbará la griería de las aves de corral. Así en la naturaleza como en la sociedad, no subsistirán más especies que las utilizables y domesticadas. Por cierto que en las celdas geométricas de la vasta colmena social, no hallarán cabida aventureros ni «calandrias»; pero acaso hayan emigrado también del prosaico universo las voces armoniosas que en otros tiempos derramaban alivio y consuelo sobre el penoso afán de la existencia. El ejército sombrío marchará al combate sin músicos. No habrá poetas que acompañen, desde la mañana sin alborozo hasta la tarde sin misterio, el sordo tropel del triste rebaño humano.

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO DE LA VICTORIA
DE BUENOS AIRES EL 2 DE MAYO DE 1898.

Señores:

La comisión organizadora de esta función patriótica, tan feliz con otras designaciones, se ha equivocado grandemente con la mía, á pesar de mis esfuerzos para disuadirla: no soy orador en grado alguno, ni siquiera mediano lector. Casi me encuentro en el caso del músico de marras, que ignoraba si sabía tocar el violín «porque nunca había probado...» En más de diez años, sólo una vez he tomado la palabra en público y ¡extraña coincidencia que parece una ironía! ha sido ante un auditorio «yankee», en un congreso de Chicago. Pero hablaba entonces para los paisanos de Mark Twain; y es muy posible que los tropezones de mi perverso inglés pasaran por rasgos de ese humorismo sajón, tanto más apreciable allá cuanto más insistente y prolongado. Ello probablemente me prestó bríos oratorios,

pues no experimenté la inquietud que ahora me perturba, y que vuestra acogida benévola no logra desvanecer completamente.

Y por cierto que no son parte á disipar mi emoción sincera los acordes marciales que acabáis de escuchar, con un respeto que os agradezco profundamente. Estos acentos, no lo dudéis, no resonaron en la «lóbrega noche» que deploró inmortalmente vuestro poeta. Aquella vibrante *Marsellesa*, segundo canto nacional de todos los pueblos libres, no ha sido jamás un grito de opresión, sino la protesta indignada de los oprimidos: el himno de redención y esperanza que siempre retumbó cual amenaza al oído de los déspotas de la tierra, ya dominasen por el prestigio de cien victorias, ya por un resto de superstición dinástica, ora se llamaran Fernando, ora Napoleón. La conciencia francesa no ha justificado aún, ni siquiera amnistiado, la invasión de España. No faltan seguramente á nuestro orgullo patrio, en pos de ese mismo semidiós de la guerra-triunfos más legítimos y halagüenos que los que se persiguieron desastrosamente con el avasallamiento de una nación altiva, para encontrar, poco después, sangrientas represalias en la invasión de nuestro propio suelo por la Europa coligada.

Así opinamos sin ambages los que hemos conocido las torturas de otra invasión; tal juzgan el pasado los hombres del presente. Por fin, esta sana enseñanza es también la misma que han dictado á las nuevas generaciones dos historiadores ilustres, que hoy forman parte del ministerio francés,—y sin duda soportan impacientes la regla sin en-

trañas de la neutralidad, esperando el momento de traducir en actos de gobierno, según sus íntimas simpatías, el estremecimiento generoso de mi pueblo. Y por lo mismo que así pensamos y sentimos en causa propia, colocando la noción absoluta de la justicia y del derecho muy por encima de las vanaglorias y ambiciones egoístas, es por lo que podemos, es por lo que puede el más humilde defensor de esta doctrina santa, protestar en voz alta contra una empresa de mentira y traición, que ha necesitado ocultar bajo una máscara de independencia sus designios inconfesables; contra una agresión bárbara, escarnio de todo derecho y toda justicia, y que, al ensangrentar las aguas de Cuba y Filipinas, comete un crimen inexpiable de lesa humanidad.

Dejadme, entonces, españoles, dejad que en esta hora solemne un francés y un hombre de estudio evoque á vuestra vista un aniversario más alto, aunque más olvidado, que el de 1808: otro *Dos de Mayo* sin sombras ni amarguras, cuyo esplendor nos alumbra á todos como el sol, pues merece conmemorar eternamente, no sólo la grandeza española en el principio de su apogeo, sino el triunfo histórico de la raza latina. El día 20 de Abril de 1493 (1), —fecha que, como sabéis, corresponde exactamente al 2 de Mayo de nuestro calendario moderno,—los Reyes católicos recibían, en el antiguo palacio de los condes de Bar-

(1) Sin ser del todo segura, esta fecha es la más probable; parece aceptarla el minucioso historiador HARRISSE. En todo caso, el error posible sería de uno ó dos días; y ello representa, sin duda, una exactitud oratoria suficiente.

celona, al navegante genovés que volvía de Cuba y les traía el Nuevo Mundo. ¡Hora sublime y única en la historia del planeta, tan imponente por su brusco anuncio y sus consecuencias infinitas, que la más rica imaginación podría fingir la escena sin exceder ni alcanzar las proporciones grandiosas y el brillo deslumbrador de la realidad!

En el atrio ojival pavimentado de mármol, que la pintura de Balaca ha revivido; bajo el alto dosel de púrpura, en que leones y castillos cuartelaban el escudo de los reinos unidos, los soberanos, sentados en su trono, esperaban al viajero predestinado. A la derecha de Fernando, adusto y frío, junto al príncipe don Juan, esparcía Isabel su pácida majestad de reina y madre, apenas velado por la edad cercana su indecible encanto de mujer: esbelta, rubia, delicada, con su frescura pálida de joven abajesa patricia, su adorable boca infantil y sus rasgados ojos azules de hada bondadosa,—como inconsciente de la corona que ceñía su cabello de oro sobre la toca de blanco lino monacal... Así evoca su imagen exquisita la fantasía del poeta, más que por el cuadro opulento de Madrazo, por el esfumado retrato, decididamente auténtico, que se conserva en el Palacio Real:—y tal sin duda la contempló embelesado el pueblo catalán que obstruía los pórticos del palacio condal: sin cetro ni manto regio, bella con su sola belleza de lirio heráldico, y, numen protector de presentidas glorias, resplandeciendo con las ausentes joyas que habían sufragado la aventurada expedición...

En las gradas del trono guardias, maceros, pajes vestidos de seda y terciopelo (entre ellos Oviedo, el ingenuo

testigo de esos esplendores y su futuro cronista). formaban marco vistoso al grupo soberano; á su alrededor, destacándose sobre el fondo de bordados tapices, toda la corte de España lucía magníficos arreos: ricos-hombres de Castilla y Aragón, dignatarios de la Corona y de la Iglesia. La púrpura cardenalicia de Mendoza, arzobispo de Toledo, rozaba el hábito franciscano que aún vestía Cisneros, con su rostro macilento de Richelieu español. Entorno de Gonzalo de Córdoba, en su armadura de tomador de Granada, y que no era todavía el Gran Capitán, se erguían sus bizarros: compañeros de glorias y peligros en la guerra moisca. Pero, después de la reina, ningún príncipe ó magnate atraía la mirada al igual que Juan de Lanuza, virrey de Cataluña y Justicia Mayor de Aragón, en cuyas manos el mismo soberano prestara juramento...

Era una tarde primaveral, serena y tibia; se acercaban ya al palacio rumores de aclamaciones y músicas lejanas; hasta el atrio, invadido por el pueblo, llegaban por instantes ráfagas de brisa que habían recorrido todo el azulado Mediterráneo, glorioso y civilizador, desde las costas de Salamina y Lepanto hasta este «sagrado mar de España», que Góngora debía cantar en romances inolvidables. A poco acreció la popular algazara; y de pronto desembocó en la plaza un raro cortejo de nobles á caballo y pecheros á pie: labradores, soldados, mujeres y niños, cuadrilleros de la Santa Hermandad; algunos marineros de las carabelas rodeaban á seis indios casi desnudos, ataviados de plumas vistosas, collares y ajorcas de oro; otros llevaban aves extrañas, alimañas y plantas nunca vistas, maderas y pie-

dras que se decían de gran precio ó misteriosa virtud. Sonaron atabales y clarines; los heraldos de Cataluña aparecieron en el vasto recinto, precediendo á un robusto anciano de noble apostura y cabeza encanecida, que vestía el rico traje de Almirante de Castilla: y entonces, con asombro de todos, como si entrase alguien más grande que todos esos prelados y príncipes—los Reyes Católicos se pusieron de pie...

Cristóbal Colón, que según el cronista *parecía un senador del pueblo romano*, se adelantó hacia el trono. Pero los soberanos no le dieron lugar á que se hincase de rodillas; y, después de darle su mano á besar, le indicaron un sitio lujosamente adornado, frontero al suyo. Doña Isabel, entonces, cual otra reina de Cartago, pidió al navegante providencial el patético relato de sus fatigas, de sus peligros, de su final triunfo... Tal es, señores, el magno suceso que cumple hoy su aniversario cuatro veces secular. En la larga avenida de vuestra epopeya nacional, cuyas efemérides amojonan de gloria cada día del año, no he encontrado conmemoración mas augusta, más solemne, más *actual*, como ahora se diría, que la de esta fecha inolvidable, en que el «embajador de Dios» entregó á vuestros reyes sus credenciales y los venerables títulos de posesión de la riquísima «perla de las Antillas» ¡de esta misma Cuba, precisamente, que esos advenedizos de la historia se atreven á disputaros por la violencia!

Pero lo que Cristóbal Colón ofreciera á sus reyes en aquel 2 de mayo de 1493 ni él ni sus oyentes lo podían

realmente sospechar: lo presente no era sino el símbolo de lo futuro. Estos pobres indígenas de las Antillas representaban á otro grupo humano, tan antiguo como el nuestro, y que contaba en este continente vastos y poblados imperios; estas aves y plantas de dudoso valor eran anuncio de otra fauna y otra flora desconocidas; el puñado de oro, que brillaba en la trémula mano del descubridor, no era sino una muestra de las minas opulentas que, durante tres siglos, iban á derramar sobre Europa los metales preciosos, trastornando las leyes económicas de las naciones. La frágil carabela que había vuelto á surgir en Palos de Moguer, después de larga y llorada ausencia, acababa de trazar con su quilla el doble derrotero que innúmeras flotas de comercio y armadas de guerra habían de seguir—hasta la que hoy se dirige hacia Cuba, conduciendo bajo la bandera de España el arca santa del derecho universal. Colón no buscaba, y no creía haber hallado, sino un camino directo al continente asiático; y sonámbulo sublime, volvía como había ido, absorto en la ilusión de su fantástico Cipango, después de tropezar con los obstáculos para él im- portunos que cerraban el paso á su quimera, y eran las tierras de promisión de los vates antiguos. Ello no torna menos real y fecundo el descubrimiento. Era en verdad el Nuevo Mundo lo que Colón brindaba á España, y, sean cuales fueren los trámites de la historia y las vías ocultas del destino, debe proclamarse que es á España á quien lo debe la humanidad. Aunque no tuviera más títulos ante la civilización, esos bastarían, luminosos é infrangibles, para saludar grande entre los pueblos, al que, durante más

de tres siglos, ha derramado su sangre y prodigado su implacable heroísmo en esta América: conquistando imperios y poblando desiertos; impregnando de savia humana la tierra inculta; modelándola con mano ruda, á su imagen y semejanza, por la espada y por la cruz, con soldados creyentes como monjes y misioneros valientes como soldados—hasta dejarla preparada y apta para cumplir su misión futura de madre de naciones.

Pero estos títulos, señores, bien lo sabéis, no son los únicos que vuestra España pueda ostentar al respeto del mundo; ni son acaso los que más fuertemente le aseguran las simpatías de los civilizados en esta hora de silenciosa expectativa, en que parece suspensa la actividad diaria de los pueblos, y sólo tenemos oídos para auscultar, en el alambre que nos transmite sus latidos, el corazón convulso de la humanidad. En el gran drama de la historia moderna, cuyas jornadas se cuentan por centurias, hale tocado á España, después de su gran cruzada medioeval, ser protagonista en el acto que comienza con el Renacimiento y la difusión de la imprenta, para rematar con la constitución definitiva de los grandes estados monárquicos, siendo sus escenas principales, fuera de la conquista y colonización del Nuevo Mundo: la Reforma y las guerras de religión, el concilio de Trento, la sublevación de los Países Bajos, la pacificación de Francia y el edicto de Nantes, la batalla de Lepanto y veinte más que omito.

Recordemos que los soberanos de ese colosal siglo decimosexto, que se desborda invenciblemente sobre el que le precede y el que le sigue, se apellidan Carlos Quinto, Fe-

lpe Segundo, Francisco Primero, Enrique Cuarto, Isabel de Inglaterra; los papas se llaman Julio II y León X;— hasta los sultanes turcos, para ser dignos de tales adversarios, serán Selín y Solimán el Magnífico! Y entre tanto, sobre el escenario grandioso y trágico donde se deciden los destinos del mundo político, se agotan las mil creaciones del mundo mental: artes, ciencias, letras, industrias, manifestaciones exuberantes de savia y esplendor del genio humano emancipado. Ahora bien: durante esa centuria gigantesca, es cuando, indiscutiblemente, España, con su monarquía católica—vale decir, universal—alcanza y conserva hasta el fin la hegemonía.

¡Y, señores, no necesito enseñaros las sombras de tan brillante cuadro, ni deciros á qué precio se compran la gloria y el predominio nacional. Tampoco merece recordarse, por muy sabido, todo lo que faltara á España, aun en la hora de su esplendor, para realizar el ideal intangible y contradictorio de la belleza absoluta! Más le faltó y sobró á Roma para parecerse á la Grecia: el roble no produce balsámicas rosas, ni ostenta la sierra adusta las galas y frescuras de una vega apacible. Pero se admira á la encina mucho más que al rosal; y la áspera montaña, bajo su capa de nieve y arena, es la que reserva tesoros ocultos para los brazos valientes que romperán la estéril superficie. Durante el siglo de su apogeo, España alcanzó á la grandeza épica por el indomable orgullo nacional, la soberbia leonina de su actitud batalladora, el ardor invencible con que prodigara su sangre y su heroísmo por su doble bandera monárquica y religiosa, el sublime desdén con

que contemplara en torno suyo á los pueblos industriosos y mercantiles, que levantaban económicamente el edificio futuro y minaban al coloso por su base. Paladín medioeval, extraviado en los siglos calculadores que se aproximan, su brío generoso tendrá que sucumbir bajo el asalto de los que esgrimen las armas que él desprecia: á un paso de su culminación, bajo el segundo Felipe, ya comienza el irresistible descenso. Era ello fatal: el pueblo caballero, endurecido y como anquilosado en su actitud militante de diez siglos, no podía entrar en luchas de flexibilidad y ligereza con sus vencidos de ayer; su pasada excelencia era la causa de su inferioridad presente, y tenía que cumplirse la ley histórica que señala sucesivamente á cada pueblo su hora triunfal, en que las aptitudes nativas se adaptan completamente á las circunstancias.

Empero, esa hora suprema é indeleble en la historia de la evolución humana, España, lo repito, la ha conocido y saboreado en su plenitud. Deja acuñada eternamente su efigie enérgica y airosa en el monetario de los siglos; ha realizado á su turno un ideal humano de valor, de nobleza, de altivez caballeresca, de exaltado y místico espiritualismo. Eso bastaría para granjearle el respeto admirativo de la posteridad, como se lo mantuvo durante el siglo de su deslumbrante decadencia, aunque ésta casi no coincidiera con el siglo de oro, de su arte y de su literatura. ¡Sorprendente fenómeno, que causa asombro al historiador y sólo se explica el pensador artista! Ese siglo décimoséptimo, que vió derrumbarse el poderío político de

España, vió también estallar, si puede decirse, la florecencia artística y literaria más espontánea—y en lo que al teatro se refiere, diría más rica que se haya conocido, si no existiera Shakspeare.

Al lado de su profusa lírica, que no creó de raíz sino el género místico y acaso una forma del festivo, la literatura de los Felipes florece y pulula, genuinamente española, en sus dos ramas modernas del teatro y la novela; y desde Lope hasta Calderón, no necesito enumerar la pléyade de improvisadores geniales, que se estrechan y suceden en la incomparable escena madrileña. En cuanto á su novela, mezcla encantadora de idealismo superior y sano realismo, sabéis cómo Cervantes, en la aurora del siglo, improvisó de primera intención, ante el mundo maravillado, la única obra maestra, nunca igualada, acaso que grandes y pequeños de cualquier región puedan gustar completamente: creación prodigiosa que compendia toda la filosofía, pues hace sonreír al niño y pensar al anciano: parodia ingeniosa y profunda de la misma España, que oculta el sollozo bajo la carcajada, quizá, cuál otras creaciones inmortales, haya sido en parte inconsciente, siendo así que la humanidad encuentra en el *Quijote* mucho más de lo que puso en él su propio autor.

¿Y qué diría de vuestra escuela de pintura, á no faltarme tiempo para resumir las impresiones que me dejara en otros años cada visita diaria al Museo del Prado? Baste advertir que, así como sólo en vuestro teatro pueden pasar por genios de segundo orden Moreto, Alarcón ó Tirso de Molina, así únicamente en vuestra escuela pictórica,

puede no merecer el primer puesto el divino Murillo, teniendo que cederle á ese inmenso Velázquez, portento de realidad palpitante en la más sobria armonía de colorido, y, con Rembrandt, el pintor más extraordinario que existiera jamás.

Tal ha sido, españoles, sin mencionar otras manifestaciones múltiples, en que algunos os disputan el triunfo, vuestra colaboración propia é histórica en la obra infinita y colectiva del progreso humano. Me inclino ante la grandeza de vuestra nación en su apogeo y en su decadencia, protestando con todas las energías de mi alma latina contra las teorías excesivas que asimilan en absoluto el organismo veinte veces secular de una nación al fugitivo del individuo. Y por cierto que encuentro más visos de verdad en esta otra imagen consoladora: se me antojan las razas históricas semejantes á esos árboles sagrados de la India, que dejan descender de sus ramas abiertas las raíces aéreas destinadas á reemplazar al tronco primitivo, el cual sólo muere en apariencia para resucitar multiplicado. Pasan las generaciones humanas, las naciones se suceden en el imperio y predominio, pero no sucumben para siempre sino los pueblos que han sido infecundos. Seres efímeros, que nacemos con el día y con él vamos á desaparecer, no vinculemos á la nuestra la carrera del sol, que es infinita: nuestros hijos verán otras auroras, y la cadena de las generaciones se alargará interminablemente.

Entre tanto, señores, vivimos en lo presente, y creo que asistimos á una crisis suprema de la civilización. No he

aguardado que estallara este conflicto armado para expresar la mezcla de repugnancia y terror que me inspira ese novísimo molde social, en que sólo he visto refundidos los más groseros elementos del antiguo. La guerra de Cuba es un accidente, que terminará pronto y bien, lo espero, para honra vuestra y desagravio del derecho ultrajado. Pero, desaparecido el síntoma exterior, quedará el mal latente, y el peligro subsistirá, no sólo para el resto del continente americano, sino, y en porvenir no lejano, para la civilización misma á que nos gloriamos de pertenecer. Esta civilización europea, que en diez y ocho siglos de cruentas batallas contra la barbarie insuflara en la cristiandad el alma divina de su fundador, tiene por base é indeleble carácter su fe profunda en un ideal, decir vale el anhelo infatigable de un bien superior al apetito satisfecho. Desde las persecuciones de los primeros siglos hasta la Revolución francesa, esta ley del progreso se ha cumplido, bajo la diversidad de sus formas más terribles ó imprevistas. Las guerras de la Edad Media, las luchas fratricidas de la Reforma, las conquistas de tierras nuevas, las conmociones y querellas intestinas — lo propio que los inventos, las creaciones espléndidas del arte, las fundaciones religiosas ó caritativas, todos esos estremecimientos seculares, ya fecundos, ya nefastos, que señalan la marcha de la historia moderna, han obedecido siempre á un impulso ideal, — llámese religión, filosofía, caridad, noción abstracta de derecho, culto de la belleza ó de la ciencia pura. Por entre abismos y sangrientas colisiones, lúgubres retrocesos y largos desfallecimientos, la civilización latina tiene la glo-

ria inmortal de haber caminado durante mil ochocientos años con los ojos al cielo... He aquí, ahora, que en el umbral del siglo XX ella mira erguirse un enemigo más formidable y temible que las hordas bárbaras, á cuyo empuje sucumbió la civilización antigua. Es el yanquismo democrático, ateo de todo ideal, que invade el mundo.

En menos de cien años — pues tenían muy otro carácter las colonias de la Nueva Inglaterra — ha nacido y desarrollado entre sus dos océanos, desde el círculo polar hasta el trópico, un monstruoso organismo colectivo: pueblo de aluvión; acrecido artificialmente y á toda prisa con los derrames de otros pueblos, sin darse tiempo para la asimilación, y cuyo rasgo saliente y característico no es otro que el apuntado: la ausencia absoluta de todo ideal. Aquello no es una nación, aunque ostenta las formas exteriores de las naciones, ni se parece ya á pueblo alguno de estructura compacta y homogénea — divergiendo más y más del inglés, de quien sólo desciende el núcleo del Este, que está hoy diluído en la masa adventicia. Agrupamiento fortuito y colosal, lo repito, establecido en un semicontinente de fabulosas riquezas naturales, sin raíces históricas, sin tradiciones, sin resistencias internas ni obstáculos exteriores, se ha desenvuelto desmedidamente con la plena exuberancia de los organismos elementales. ¡Y los observadores adocenados le han admirado por su grandeza material, sólo nacida de las circunstancias, ó por su concepción del gobierno libre, que ha heredado de la madre patria y sólo ha modificado para malearlo! Aquel nú-

cleo primitivo de la Nueva Inglaterra preponderó hasta mediados de este siglo, bastando para mantener ilesos en apariencia, si bien ya desmedrados, todos los órganos indispensables á la sociabilidad; — así han podido los Estados Unidos aparecer á la distancia con simulacro de pensamiento propio, cuando sólo reflejaban el pensamiento europeo en las producciones de sus más ilustres medianías. Pero, desde la guerra de Secesión y la brutal invasión del Oeste, se ha desprendido libremente el espíritu *yankee* del cuerpo informe y «calibanesco»; — y el viejo mundo ha contemplado con inquietud y terror á la novísima civilización que pretende suplantar á la nuestra, declarada caduca. Esta civilización, embrionaria é incompleta en su enfermedad, quiere substituir la razón con la fuerza, la aspiración generosa con la satisfacción egoísta, la calidad con la cantidad, la honradez con la nobleza, el sentimiento de lo bello y lo bueno con la sensación del lujo plebeyo, el derecho y la justicia con la legislación ocasional de sus asambleas. Confunde al progreso histórico con el desarrollo material; cree que la democracia consiste en la igualdad de todos por la común vulgaridad, y aplica á su modo el principio darwinista de la selección, eliminando de su seno las aristocracias de la moralidad y del talento. No tiene alma, mejor dicho: sólo posee esa alma *apetitiva* que en el sistema de Platón es fuente de las pasiones groseras y de los instintos físicos. .

Y hay que ver, señores, como lo he visto con indescrip-
tible desaliento, lo que en medio siglo de ese brutal desen-
freno, han venido á ser allí la familia, el hogar, la religión,

el saber, el arte, el gusto, la caridad humana, la fina cultura social: todas las conquistas de nuestro progreso milenario, toda la herencia acumulada en nuestros veinte siglos de ímproba labor y lucha incesante contra la barbarie primitiva. Todo eso, lo he dicho en otra parte, y no hay utilidad en repetirlo. He mostrado la inferioridad incurable de esas improvisaciones ciclópeas; la uniforme fealdad de esas enormes adaptaciones; el tedio profundo que despide ese *comfort* advenedizo; la nulidad de un pensamiento que carece de vuelo original; lo frágil y deleznable de una organización sociológica sin hondos cimientos en lo pasado ni principios en lo presente.—Han tenido, sin embargo, un filósofo nacional, Franklin, que ha escrito el evangelio popular del enriquecimiento y resumido en este axioma su psicología: «el hombre es un animal que fabrica herramientas». Toda la civilización americana fluye de esa filosofía: se han enriquecido y han hecho herramientas—pues no son otra cosa todos sus inventos utilitarios; es lo que les debe la humanidad. Han rebajado y vulgarizado cuanto han tocado;—y hasta la guerra, salvaguardia extrema de la honra y lábaro del patriotismo, no ha sido para ellos sino un arbitrio de despojos y fructuosas anexiones...

Después de imponer la ley de Breno á sus vecinos más débiles, y amenazar á otros más lejanos, se atreven ahora á España y pretenden arrancar por la fuerza lo que no se les ha querido vender.—El discurso nutrido y vibrante que acabáis de aplaudir ha hecho la luz sobre el origen y el carácter de esta agresión injusta: no tengo nada que

agregar á esa exposición elocuente y varonil (1). Está en la conciencia del mundo que la presente insurrección de Cuba sólo se ha prolongado merced al oro, á las armas, á la complicidad efectiva de los Estados Unidos; está en la conciencia del mundo que la bandera, para algunos simpática, de la independencia cubana, sólo encubre el propósito secular é invariable de una anexión, que puede estudiarse en los archivos diplomáticos y en la historia. Y, señores, permitidme agregar una afirmación personal: ese designio, ese preparado plan de anexión, lo he tocado con mis manos, lo he discutido con ese espíritu ardiente é iluso de José Martí, primera y deplorable víctima de la guerra fratricida. Los argumentos que yo oponía entonces á su proyecto utópico, son los mismos que ahora acuden á mis labios. El sentimiento de independencia es legítimo y sagrado cuando es espontáneo y obedece, no á sugerencias extrañas é interesadas, sino á la plena conciencia de la propia capacidad política. Los medios se justifican con el fin; y no hay otro ejemplo histórico de una lucha semisecular, infructuosamente sostenida por una colonia contra la madre patria. Todas las colonias españolas del continente se han emancipado, sin apoyos ni auxilios exteriores, porque estaban más ó menos maduras para la emancipación. Cuba no se encuentra ahora en situación análoga, y la demostración irrefutable del aserto ella misma es quien la suministra. Además de las ra-

(1) En la misma reunión, el doctor D Roque Saenz Peña estudió la faz jurídica del conflicto.

zones supremas que condenan toda intervención violenta en las contiendas de los Estados, debe repetirse que Cuba, que envía á las cortes 13 senadores y 30 diputados, no es propiamente una colonia; es una provincia del reino, un pedazo solidario é inarrancable del suelo español, tan íntimamente articulado á la patria como las Baleares y las Canarias. ¡Oh, no ignoro todos los abusos y desórdenes administrativos que —antes, más que ahora— justificaran las protestas cubanas! Pero esta faz de la cuestión no es mucho más internacional que pudiera serlo el examen de un movimiento republicano ó carlista en la misma España. Mucho menos puede ser aplicable á las relaciones mutuas de los Estados soberanos la teoría del mayor bien, según la cual el más fuerte país impondría el orden á sus vecinos revoltosos ó ingobernables: éstos quedan, ante el derecho de gentes, tan libres y dueños de su suerte como aquél.

Pero, señores, sabemos demasiado que todas las razones teóricas de legalidad y justicia pesan muy poco en la balanza yankee. Los Estados Unidos saben mejor que nadie cómo se adapta la famosa doctrina abstencionista de Monroe á la intervención menos motivada en los dominios ajenos; de qué modo se fomenta la mentida independencia de una provincia mejicana con el fin de provocar su anexión, y como próxima consecuencia, el desmembramiento de Méjico, al que se arranca la mitad de su territorio. Hace ochenta años que codician á Cuba, cuyo «destino manifiesto», según ellos, no es otro que el de Tejas y California. Para que se cumpla este destino,

han creído que les bastaba tener consigo la mayor fuerza que les presta, además de la riqueza y la población, la proximidad de la presa codiciada. ¡Cuba tiene que ser norteamericana, porque la Habana queda más cerca de Washington que de Madrid! ¿Qué pesan, ante aquellos mercaderes insaciables, la comunidad de lengua y raza, los vínculos de la tradición, los títulos sagrados del descubrimiento histórico y de la posesión secular? ¿Qué les importa que la reina y primogénita de las grandes Antillas represente para la madre patria el postrer jirón de su grandeza colonial,—algo así como la última heredad, resto de pasados esplendores, que el hidalgo arruinado no puede enajenar sin abdicar sus títulos señoriales y renegar para siempre de su abolengo? Son éstas razones sentimentales, es decir, vanidades añejas, como la nobleza, como el desprendimiento, como el heroísmo, como la gloria, para los campeones de la novísima civilización: bástales calcular que tienen fuerza.

Espero firmemente, señores, que los cálculos del sórdido mercantilismo saldrán fallidos: confío, como otras veces, en el arrojo de los soldados españoles y la pericia de sus jefes. Aunque os faltara en el mar la fuerza que nace ahora del número y de la masa, creo que sabríais restablecer por tierra el equilibrio y rechazar de Cuba al invasor. El mundo ansioso sigue vuestras banderas. Como hace tres siglos en Lepanto, vuestra causa actual es la del derecho y de la civilización. Pongo mi fe y mi esperanza en el Dios de las batallas, que es también el Dios de la justicia. Empero, si fueran otros sus designios inescru-

tables, y Él aplazase para otra hora el castigo inevitable de una ambición, que habrá de crecer fatalmente con la impunidad—sé que sabríais sucumbir con gloria, legando una enseñanza á esta América imprevisora y un remordimiento á esa Europa aletargada; y que siempre podríamos repetir el grito que diera hace treinta años el arrogante general Prim, al arribar á las costas de Cádiz: *¡Viva España con honra!*

APUNTES DE VIAJE

COSAS DE ESPAÑA

Madrid, Julio 1898.

El martes último, casi á puestas del sol (límite extremo para tener entrada en el puerto), cuando el *Chili* salva la barra del anchuroso Tajo, me siento aún vacilante entre seguir viaje por agua hasta Burdeos, ó tomar tierra en Lisboa y echar un vistazo por este Madrid.

Mi vacilación se acaba pronto. La primera lancha que atraca nos trae las terribles noticias de Cuba: combates alrededor de Santiago, destrucción de la escuadra de Cervera, todo el desastre irreparable. Agrega un boletín local que el gobierno portugués—*toujours gail*—previendo disturbios en España, moviliza fuerzas en la frontera!... Era mucho prever, como luego se verá; pero tomo mi partido al instante.

Desafiando las vejaciones sanitarias que esta aduana medioeval inflige al viajero, dejo que marche al lazareto

mi equipaje huérfano; me meto en un bote que cruza la tenebrosa Estigia y, á las diez de la noche, me suelta sin avería delante de la torre de Belem. Más que á vana curiosidad, paréceme que obedezco á un sentimiento de piedad por la causa vencida. Como quien deja su tarjeta en enlutado hogar, he querido, aun antes de pisar el suelo de mi patria, detenerme cuatro ó cinco días en Madrid. Muy breve será esta nueva visita, que más tarde espero repetir; pero tan tristemente sugestiva — aunque nada parecida al programa del boletín portugués— que, en el momento de tomar el tren para Francia, no sabré si arrepentirme ó felicitarme por haber gastado una semana en fotografiar estas vistas instantáneas de las gentes y cosas de mi querida España.

Por graves razones higiénicas; he tenido que perder un día en Lisboa. Teóricamente, mi equipaje debía sufrir una fumigación no menos severa que científica: por supuesto que, ni me he acercado al lazareto, ni la terrible *Alfandega* ha metido en mis cosas su indiscreta nariz. En tanto que yo recorría la ciudad y sus pintorescos suburbios, un especialista del *Avenida Palace* recogía mis baules y los facturaba «en tránsito» para Madrid. La única parte del negocio que haya trascendido á droga farmacéutica ha sido la «cuenta de boticario» que, por untos, propinas y demás excesos, me ha pasado el oficioso mediador. Merced á tan rigurosa profilaxia, es cómo Portugal logra rechazar cualquier invasión epidémica y conservar su proverbial alegría.

Por lo demás, la cárcel es encantadora. No he podido

esta vez visitar á Cintra, cantada por lord Byron, con su romántico castillo de la Peña, entre cuyas camelias dejé sembradas, quince años ha, mis últimas quimeras juveniles. Pero he saboreado nuevamente el hechizo oriental de la metrópoli lusitana, la belleza de su arquitectura gótico-morisca, la verde exuberancia de su naturaleza casitropical—más noble y hospitalaria, si menos deslumbradora y delirante que la de Río Janeiro.

Interminablemente, los arrabales semicampestres suben y bajan, retuercen su laberinto de estrechas callejuelas, cuyos paredones de granito cercan las quintas húmedas y frondosas. Junto á las villas modernas, de estilo recargado y barroco, se tropieza á cada paso, sobre todo hacia Bemfica, con residencias señoriales, mansiones históricas intactas ó restauradas, ricas siempre, de estético carácter é impregnadas de tradición. Hasta las casuchas populares brindan al viajero algún detalle artístico: arcos y nichos esculpidos, rejas de ventana curiosamente labradas ó finos azulejos de pared. No parece sino que, así moral como materialmente, estuviésemos á dos mil leguas del confortable advenedismo americano. Como hace tres ó cuatro siglos, en las blandas colinas que el horizonte festonean, innumerables molinos de viento siguen volteando sus aspas quijotescas. Pasan los aldeanos de calzón ajustado y gorro frigio arreando sus mulas enjaezadas, tan extraños á nuestros progresos y preocupaciones como sus felices abuelos, los contemporáneos del rey João. Pero al pronto el callejón desemboca en una ancha calle adoquinada, cruzada por tranvías y alambres eléctricos: estallan por

doquier cien notas discordantes y cosmopolitas... Al volver de la pintoresca excursión, mi carricoche alcanza, en la magnífica *Avenida da Liberdade*, á un corpulento oficial de caballería que viste *petite tenue* con gorro de cuti y monta un soberbio alazán: «O Rei», murmura mi auriga sin gran aspaviento, señalando con el látigo al augusto retoño de tanto Braganza. Es un robusto mocetón, rubio y coloradote, con más mofletes que nariz, ya obeso y como empastado por la ociosidad y la buena vida; paréceme que soporta mal, en esta pesada tarde de verano, el trote levantado de su *pur-sang*. Acompañado de dos lacayos, vuelve de su paseo diario, de *fazer a Avenida*, como un simple hidalgo lisbonense. Sin detenerse á contemplarle, los transeuntes se tocan el ala del sombrero, en tanto que él, cada diez pasos, lleva la mano á su kepí: No puede decirse que el entusiasmo popular raye en fanatismo. Mi coche de plaza, sin ceremonia, le ha tomado la delantera, y al parar delante del hotel, me toca ver á cuatro pasos á S. M. el Rey D. Carlos de Portugal. Su fisonomía burguesa, antes sajona que lusitana, apenas acentuada por el bigote rubio, carece á la par de carácter y de nobleza—hasta de esa altivez «profesional» que á los cortesanos se les antoja majestad.—Por mi parte le encuentro cierto parecido con el general Körner (1); pero el príncipe, más joven y pacífico, no revela soñar con empresas anibalescas, y la modesta

(1) Jefe alemán al servicio de Chile, y que, por su alta situación allí, personificaba, naturalmente, el partido de la guerra con la Argentina.

sierra, que por el Este limita al pequeño reino, es suficiente barrera entre los dos segmentos ibéricos.

A las diez y media de la mañana, tomo el tren de Madrid (por Valencia de Alcántara); la temperatura está sofocante: á las dos el termómetro del *sleeping-car* marcará 36° centígrados; pero el delicioso paisaje que vamos atravesando casi me trae la ilusión de la fresca primavera.

Hasta la frontera se suceden los campos cultivados, praderas y viñedos, alternando con los alcornoques y encinares. El ferrocarril orilla la sierra erizada de cactus y palmeras; en cada depresión corre un arroyo cristalino, sombreado por álamos y sauces, y los cortijos y fábricas rurales, muy apiñados en las cercanías de Lisboa, se espacian más y más á partir de Praia, donde la vía costea el Tajo.

El majestuoso estuario, en que el *Chili* hallaba ayer mejor fondo que en nuestro puerto de La Plata, de tal suerte se ha secado y estrechado á menos de cien kilómetros de su embocadura, que las barquillas de carga se quedan varadas en la arena. Abrantes, tan famoso en nuestra epopeya napoleónica, levanta sus baluartes de piedra por entre parques y vergeles; y luego entramos en la región, menos risueña quizá, pero seguramente más pintoresca, de la explotación ganadera y forestal. Alza el olivo su plateada copa junto al roble sombrío; los alcornoques, ya despojados de su corteza, yerguen sus troncos lisos y encarnados; y las enormes tejas de corcho, en haces cilíndricos, se amontonan en la selva ó llenan los vagones en las estaciones, cada vez más solitarias y distantes.

Esta parte de Portugal deja una impresión de extraordinaria fertilidad, debida á la labor humana no menos que á la tierra generosa. Pero el paisaje se arruga más y más al acercarnos á la frontera española: desde Marvão hasta Valencia de Alcántara, el suelo granítico acentúa á la par su esterilidad y su relieve. —Aquí: visita del equipaje por la aduana española y comida en la cándina. Los carabineros, indulgentes y locuaces, se ocupan sobre todo en relatarnos, sin exageración sentimental, las últimas noticias de Cuba.— Seguimos viaje por los desconsolados eriales de Extremadura, y noto que mi compañero de coche, español á las derechas, sufre crujías por lo humilde del panorama. Se esfuerza en demostrarme que este preludio de la Mancha encierra riquezas tan sólidas como invisibles. Al fin, en la lividez del crepúsculo, divisamos hasta tres melancólicas encinas inclinadas sobre un río seco, y entonces mi hombre exclama triunfante: «¡También hay montes por aquí.»—Pero toma su legítimo desquite en Arroyo del Puerco—¡ay, prosaísmo de la geografía extremeña!—donde nos sirve un refresco apenas tibio una virgen agreste de Murillo. Es perfecta de línea y color, de garbo y facciones, desde el combado pie hasta el fino perfil de camafeo, que resalta en la negra y opulenta cabellera, como pálida luna entre nubes de tempestad. ¡Misterioso laboratorio de la naturaleza! Esta campesina huraña, que con no aprendido gesto de estatua y gravedad patricia escancia vino riojano á pastores y arrieros, ha nacido (así se nos dice al menos) del viejo gitano achaparrado que cuida el mostrador, y de una horrible bruja

fregona, que asoma á la puerta de la cocina, evocando un capricho de Goyal. Por mi curioso compañero llego a saber que la maravilla se llama Eugenia: hubiese preferido Pilar ó Soledad. Pero no me cuesta confesar á mi Quijote que, en todas las ventas y *estalagens* portuguesas, hallaríamos igual ejemplar de belleza nativa y sin retoque;—hasta concedo desinteresadamente que esta flor humana valga por muchas fanegas de viña ú olivar.. Y luego viene la apacible noche de verano á calmar los celos patrióticos de mi amigo: la noche sin luna, que envuelve en el mismo crespón el paisaje indeciso, ya lo formen valles pintorescos y vergeles, ya mustios eriales sin agua ni verdor...

Me despierta la cruda luz torrencial de una aurora de Julio, que por la abierta ventana inunda el dormitorio. Miro pasar una faja de llanura amarilla, cubierta de trigales maduros, ralos y desmedrados, con una sierra pizarreña que cerca todo el horizonte. Acá y allá, grupos de trilladores en las eras; aldeas y alquerías sin una mancha verde, sin un árbol consolador: son los yerros clásicos de la Mancha y Castilla, el famélico reino de la literatura picaresca, cuyas peripecias se desarrollaban en un desierto de ayuno, con espejismos de hartura por único é intangible ideal... Nos hallamos, según el conductor, entre Cebolla y Vacas, á más de cien kilómetros de Madrid... ¡Vacas, Cebolla,—y la perspectiva de un paisaje igual ó peor durante tres horas!... Perfectamente: después de bajar con esmero mi persiana y correr la cortina, me adjudico un sueñito suplementario, para no abrir los ojos hasta la estación de las Delicias, en pleno Madrid. Sé que

ni mis lectores ni yo hemos perdido nada con ahorrarnos el cuadro de esos alrededores sólo famosos por su esterilidad.

Tampoco me detendré en fáciles descripciones de la corona villa, pues se me alcanza que la empresa ha sido acometida tal ó cual vez, desde el *Viaje* de madama d'Aulnoy hasta las *Guías* políglotas de nuestros días. Sin dejar de comprobar á solas los adelantos materiales que Madrid ha logrado desde mi último viaje—sobre todo hacia el Retiro, Salamanca y demás barrios del Este,—resumiré la impresión general que para mí resulta de algunas visitas y muchas escenas callejeras, espectáculos varios y pláticas con interlocutores oscuros ó ilustres cuyos nombres regularmente omitiré.—Soy un transeúnte; la circunstancia trágica que me trae á Madrid,—durante estos días caniculares en que han abandonado la capital la mayoría de los que yo buscara,—poco tiene que ver con fiestas y monumentos. La guerra desastrosa, la reciente catástrofe: tal es el hecho único que domina y absorbe, ó debiera absorber; toda la vida nacional en la hora presente. ¿Cómo ha repercutido en el alma española el tremendo descalabro que probablemente señala una era nueva en su historia—la era inaudita y nunca prevista, para la gran navegante y colonizadora de otros siglos, en que sale del campo de batalla, mutilada y empobrecida, una España ya sin marina ni colonias? Al igual que otras naciones castigadas de la fortuna, ¿sabrás ésta extraer de la desgracia una enseñanza, un *sursum corda* de virtud fortalecedora que importe una promesa de levantamiento y eficaz reacción?

Si no conociera yo, por antigua y reciente experiencia, la enérgica sanidad de la fibra española, el fondo intacto de patriotismo que este pueblo atesorara en diez siglos de historia heroica, podrían engañarme las apariencias. Diríase aquí que nada grave ha ocurrido. Al día siguiente de la catástrofe irreparable, bajo el prospecto de una paz humillante y ruinosa que nada puede conjurar, los conocidos cuadros de la frivolidad madrileña se desarrollan á mi vista. Los grupos de ociosos trasnochadores obstruyen siempre las aceras y llenan tabernas y cafés; la misma zarambanga indolente y vocinglera se desenvuelve hasta las tres de la mañana por la calle de Alcalá y el Retiro.

En la Puerta del Sol retumban carcajadas y chistosos dicharachos; hormiguan como siempre los cesantes y mendigos; peroran hombres y mujeres, soldados y curas, políticos y toreros, en corrillos compactos y festivos. Junto á los telegramas de Cuba y Filipinas, los diez diarios de la mañana ó de la tarde se entusiasman con las hazañas tauromáquicas de Padilla y Quinito; mueven polémicas las peripecias de la lucha entre colorados y azules en el frontón de Beti-Jai. Pululan los papeluchos de caricaturas y los «almanaques de la risa»; cruzan las calles los músicos ambulantes, chillan en sus cafés las cantadoras flamencas. No ha cesado una hora la eterna verbena popular: ópera en el Buen Retiro, con intermedios de carambola y quinielas por «distinguidas señoritas»; cabriolas en Parish y el Eldorado; cenas en Fornos y teatros de género chico por todas partes.—En el Apolo acaba de estrenarse (al día siguiente de la destrucción de la escuadra) otra

zarzuela del inagotable Chapí: consiste, como las otras, en el desfile de los mismos tipos callejeros, de chaqueta y mantón de Manila, con mucho *olé* y «ángel» andaluz. El irresistible protagonista, Pepe Gallardo, vive de otorgar sus favores á tres ó cuatro mujeres que se le arrancan. El éxito es extraordinario: *Pepe Gallardo* se reserva para la última sección, que comienza regularmente á la una de la mañana. Á esta hora matinal los palcos están llenos de familias; anteanoche estaba á mi izquierda la de un ilustre estadista. Entre los hombres de frac y las señoras de media gala que festejaban las gracias bodegonescas del «Alfonso» sevillano, una encantadora muchacha de diez y seis años—la única cara linda que haya visto en Madrid—dejaba vagar los ojos por la platea, en las escenas de gran estrépito. Hay una página agradable sobre el lángido ritmo tradicional:

¡Qué pena tan grande,
Qué pesar tan hondo!...

La crítica de arte se ha dividido respecto de su valor estético. Decididamente, este dúo ya famoso entre Pepe y Remedios, ¿será superior al de la *Revoltoza* é igual al de *El cortejo de la Irene* que, á juicio del crítico del *Imparcial*, es «lo más bello y perfecto» de la ópera cómica moderna? *That is the question...*

Estos accidentes externos del pueblo español, de impresiones fugaces é incurable índole optimista, no deben engañarnos acerca de su fondo moral, ni mucho menos conducirnos á calumniar sus sentimientos. Debajo de la en-

voltura frívola, la herida profunda gotea sangre. Y esto lo siento muy vivo y real al conversar con espíritus elevados como Azcárate y Silvela ó literatos observadores como Pérez Galdós ó Menéndez Pidal; lo propio que al interrogar á un hombre del pueblo, al mozo que me sirve, al cochero que me pasea por la ciudad. Uno de éstos, al cruzar la plaza de la Villa, exclama tristemente, enseñándome la estatua de D. Álvaro de Bazán: *¡Ese sí que no era un marino como Cervera!* ¡Pobre Cervera!

Desgraciadamente, todas las incitaciones y prédicas de una prensa inferior, que sólo obedece á móviles mercantiles ó partidistas, convergen á extraviar la opinión pública. Á raíz del desastre y ante la inminencia de una paz «caudina», que fatalmente acarreará la desmembración colonial (¡son rudos, dice Esquilo, los amos advenedizos!), sólo se escuchan recriminaciones amargas de los partidos, que se acusan mutuamente para retener ó escalar el poder y disputarse la presa. ¡Ay, no quieren ver que la presa es la misma patria agonizante! Anoche, á la media luz del Ateneo, el romántico Echegaray comentaba un artículo de diario: en este grupo senil, como en las tiendas y cafés, se declara abierta la sucesión del gobierno actual, asegurándose que el resultado inmediato de la paz sería, según la fórmula corriente, la abdicación de «esa señora», cuyo nombre nadie se digna pronunciar. Ya no está en cuestión la crisis del ministerio, cuya incapacidad es harto notoria; se anuncia ahora con serenidad otra caída de la dinastía, cuyos ineptos consejeros no han sabido preparar la guerra ni evitarla.

Suponiendo que triunfara una vez más el secular espíritu de pronunciamiento y anarquía que roe esta pobre España: ¿qué vendría después? ¿Qué fuerza organizada, qué manos enérgicas y prudentes empuñarían el timón de esta nave en peligro, que la tormenta arrebatada desamparada entre la Caribdis republicana y la Escila absolutista? Las lecciones de la historia contemporánea han quedado letra muerta para los españoles: digo los más sinceros, los más honrados, aquellos que, delante de mí, abogaban con igual candor por la monarquía de molde antiguo que, según los unos, devolvería á España su histórica gloria, ó por la república de molde nuevo, que, al decir de los otros, les brindaría la ansiada libertad... ¡Elegid entre la república tribunicia de Castelar, enfermo y decaído, que nunca fué estadista y ya no es orador, y la monarquía de derecho divino del duque de Madrid ó su ilustre retoño!

En estas horas aciagas, no es discutible la fragilidad de la armazón dinástica: parece infinitamente improbable que la regencia de «esta Señora» conduzca al reinado futuro de un pobre niño enfermizo é inconsciente. Pero ¿quién sabe?—En todo caso, vuelvo á preguntármelo, ¿qué vendrá después de Sagasta ó Silvela, igualmente convencidos de incapacidad ó impotencia? Aunque las fracciones republicanas depusiesen patrióticamente lo que las separa, para no conservar sino lo que las une: juntamente con el primer estremecimiento de la revolución surgiría el carlismo en acecho, que cuenta hoy, por vez primera en la historia de sus repetidas tentativas, con la sorda connivencia del ejército. Á raíz de la guerra exterior, cuyas heridas son

restañables, una guerra civil no podría traer á la nación exangüe sino un desenlace fatal. Ahora bien: en las circunstancias presentes, todo cambio violento de gobierno tiene á la guerra civil por corolario ineluctable.

Quiere la desdicha de esta noble y simpática tierra que no se levante una voz autorizada para desengañar al pueblo y confundir á los ambiciosos, demostrando infatigablemente que la monarquía constitucional, robustecida é ilustrada por el concurso leal de los mismos que hoy la combaten y debilitan, podrá ser la salvación del país. ¿Cómo no ven que no admite más, ni consiente menos, la España contemporánea, y que, si es quizá temprano para el liberalismo absoluto, es seguramente muy tarde para la absoluta ortodoxia religiosa ó política? Puede que todavía falte pueblo en España para la república, pero lo que no es dudoso, es que sobra pueblo para el carlismo. Volviendo á la clásica imagen: entre Escila y Caribdis, el mantener la nave al paio es una solución. El régimen presente podría ser eficaz y provechoso en razón misma de su carácter anodino y expectante: serviría de transición al régimen futuro. Pero fuera necesario para ello que, además de rechazar para siempre las soluciones violentas y peligrosas, se infundiera en las generaciones ascendentes el espíritu nuevo que hace la fuerza y la gloria de otras naciones europeas. Sería preciso convencer al pueblo español de que los desastres nacionales, cuando ocurren tan inevitables y previstos, no son culpa de Cervera, ni de Sagasta, ni de Cánovas, sino la consecuencia lógica de una larga inferioridad científica é industria: de-

bida por entero á un absurdo concepto de la vida moderna; al odio del trabajo y del esfuerzo, al desdén de la lucha pacífica que arma para la otra: á la contemplación infatuada y pueril de un pasado irrevocablemente muerto y que, en esa forma anticuada al menos, no puede ya resucitar.

COSAS DE FRANCIA

I

Primeras impresiones.

París, Agosto de 1898.

Cada vez que vuelvo á encontrarme en este único París después de una ausencia más ó menos larga (la última mía ha sido de cuatro años), compruebo al pronto dos sensaciones distintas, causadas en mí por el contacto de la gran capital. La primera, inmediata, indeciblemente reposada y placentera, podría asemejarse al bienestar físico que el cuerpo experimenta, tras una penosa jornada de polvo y sol, al zambullirse en cristalina corriente, de entibiada frescura, acariciadora al par que tónica, á la sombra de los álamos y sauces que franjan la ribera. Flota una emanación cordial y dulce en esta atmósfera parisiese; un efluvio sutil que alegra el alma. No hay revolución ni mezcla democrática que logre deformar esta obra maestra de nuestra civilización, ni abatir esta flor de lis

elegante y noble del escudo latino. Otras ciudades gloriosas han encerrado en sus muros históricos la fuerza, la riqueza, el esplendor de la nación ó del mundo: ninguna ha ejercido durante siglos este poder supremo de seducción, esta indisputada soberanía de la gracia y del gusto que parece fugitiva como una sonrisa y es tenaz como un hechizamiento. Y al penetrar nuevamente en el círculo de encantación, al sentir como antes obrar en mí aquel filtro infalible, recuerdo que la misteriosa virtud es tan antigua como la ciudad misma: ya la experimentaba el emperador Juliano, cuando su «cara Lutecia» no era sino un pobre *oppidum* cenagoso, encerrado en la isleta del Sena, que ha guardado su forma de cuna primitiva. Este corazón de la «dulce Francia» ha sido el imán de los Bárbaros, la obsesión invencible de trovadores y caballeros medioevales, como sigue siendo, contra los odios y las envidias impotentes, el centro adonde convergen los deseos del mundo, cual hacia el símbolo radiante de la misma sociabilidad.

La segunda sensación, de que he hablado, surge luego cercana á la primera, para amortiguarla ó desvanecerla, siquiera sólo sea temporalmente: así el termómetro, al penetrar bruscamente en un medio más cálido, dilata al pronto su envase y parece marcar una baja de temperatura. Es muy posible que este fenómeno interno pase para muchos desapercibido; es probable, en todo caso, que gran parte de su energía nazca de mi situación personal. Sin embargo, no dejaré de apuntarlo, puesto que, en estas notas de viaje, pretendo únicamente consignar mis impresio-

nes propias, muy distintas, por cierto, de las de un joven americano que llega para descubrir á París y, con su robusto apetito, sólo le pide las frutas fáciles que ruedan por esas aceras. Conviene agregar que las primeras impresiones exteriores son, por definición, superficiales y callejeras; lo que al principio se ve y siente de París, tiene que ser lo más trivial de su corteza: el París cosmopolita y bullicioso de los boulevares, del Bosque, de los teatros y restaurants—la insoportable caravanera de las exposiciones. Tal es el aspecto que en los primeros días, durante la breve é indispensable estancia en un hotel central, choca y lastima mi alma francesa, ávida cual ninguna de sensaciones patrias, nostálgica de tradición, de gracia, de belleza y de finura nacionales,—sedienta de naturaleza y arte, y, fuera del íntimo santuario, hastiada de todo lo demás...

Paréceme de veras que asisto á una invasión: la brutal conquista de París por los pueblos del orbe, mejor dicho, por la muchedumbre abigarrada y gastadora del universo semicivilizado. En las muestras comerciales de los barrios lujosos, en las grandes tiendas y bazares, en los frívolos diarios «eminentemente parisienses»—órganos oficiales del Snobismo,—las designaciones y nombres extranjeros pululan como en Nueva York ó Chicago. En la Bolsa y los bancos, lo propio que en los teatros y conciertos, me estrechan y codean los nómades refocilados, ingleses, alemanes, rusos, americanos: desgarran mis oídos los veinte dialectos de la torre de Babel. El exotismo ha descendido hasta los mozos de café. El grosero despotismo del oro ostenta su insolencia por esas avenidas: profanando los si-

tios históricos, deformando las obras y los grupos, espesando la discreta alegría de antaño, vulgarizando lo bello con sólo «apreciarlo» por su valor venal, tornando más torpes las contorsiones del vicio,—afeando, por fin, hasta la misma fealdad.

Los espectáculos escénicos se convierten más y más en exhibiciones de bufones y cortesanas; los teatritos de «género» suplen el chiste alegre con el ademán obsceno y reemplazan la pasada ligereza con la cruda desnudez. Aun en los teatros subvencionados que ahora funcionan, en la Ópera y la solemne Comedia, verdaderas instituciones que pretenden conservar intacta una faz brillante del arte nacional, es fácil notar una desviación, cuando no un descenso. La espléndida ejecución de las obras wagnerianas —que se suceden ya casi sin intervalo—se encamina á halagar el convencionalismo de un público forastero ó burgués, que no siente la belleza musical y mucho menos la vaga poesía de las evocadas leyendas. Los espectadores más sinceros son los que vienen á descifrar el sentido del drama, silabeando el libreto en francés del Rhin, mientras desarrolla la orquesta sus inútiles maravillas. Los *camelots* gritan á la salida: «¡El análisis de *Lohengrin*, *pour ceux qui n'ont pas compris la pièce!*» Y así se desquita el chiste francés.—En la «casa de Molière», está visible que se viene perdiendo la tradición del repertorio clásico; la minoría va por costumbre; la mayoría, por moda; y con razón fraternizan allí Bissón y Racine, pues los cómicos interpretan los *Plaideurs* con los mismos ademanes y acento que el *Député de Bombignac*. El público no percibe

la intención profunda ni el estilo exquisito de Racine; se sonríe á tientas ante la ironía amarga de Molière, y sólo festeja francamente y á contrapelo las inocentes bufonadas de los abuelos, prestándoles sentido libertino.

Durante los pasados siglos, y hasta principios del actual, París era sólo el corazón y la cabeza de la Francia: en él se resumían los rasgos del espíritu nacional, los esplendores de su civilización, las peripecias brillantes y sombrías de la histórica epopeya. Desde la Restauración hasta el segundo Imperio, vino acentuándose la transformación que le convertía en centro prestigioso y árbitro mundano de Europa. Hoy por hoy, ya no es París sino la tumultuosa encrucijada de las naciones. El estrechamiento del globo por el vapor y la electricidad; la difusión de la riqueza y de los progresos materiales; las colonizaciones, los fáciles y múltiples viajes, el imperio uniforme de las modas y costumbres europeas; la mezcla creciente de pasiones é intereses por el entrevero violento de los cuerpos ó la íntima compenetración de las almas; aquella vertiginosa evolución social que, en estos últimos cincuenta años, realizara mayores trastornos que la de los cincuenta siglos anteriores, articulando por músculos de hierro y nervios de vibrante acero las regiones dispersas, hasta animar al planeta inerte y convertirle en un monstruoso organismo solidario y simpático:—todo ello ha tenido, como resultado inmediato y consecuencia fatal, la expropiación de París por las caravanas gozadoras del antiguo y del nuevo continente. Lo que iniciaran los provincianos hace cien años y continuaron los europeos hace cincuenta, se remata

ahora por los nómades ultramarinos de todas razas y matices. Londres es otro centro de atracción potente; pero, merced á su situación insular, á su núcleo étnico más compacto y hostil, á su estructura refractaria y egoísta, se defiende mucho mejor que este París condescendiente y blando, pronto siempre á creer en quien le halaga y dispuesto á querer á quien parezca amarle. Londres es el varón, París es la mujer.

¿Es lo que vemos un fin de siglo ó el principio de otro? ¿Asistimos á la aurora de otra civilización, ó tan sólo al crepúsculo de la que, uniendo la gracia de Atenas á la «virtud» de Roma, hizo brotar nuestro Renacimiento? Lo uno y lo otro, probablemente. Pero lo que parece indiscutible, es que las aspiraciones y creencias, los anhelos ideales y las tendencias artísticas, que han caracterizado por diez siglos la civilización de las razas neolatinas, sucumben y ceden el campo á otras fuerzas más nuevas y «bárbaras». Francia, y desde luego París, podrá seguir brillando indefinidamente, gracias á la accesión de extraños elementos; pero será, más y más, á costa de su originalidad. Los materiales adventicios, que incorpora á su organismo, alteran su esencia al alimentarla. Por muchos años, París ha desempeñado la función de afrancesar al mundo que le visitaba; ya no bastan sus fuerzas para tamaña asimilación. Los huéspedes son demasiados: se han apoderado de la casa y mañana dictarán la ley, con acento extranjero. Ahora mismo ya levantan la voz y quieren ser servidos como en una hostería. Con su exotismo chillón, llen y pupulan al pie de nuestros monumentos; manosean

nuestras obras maestras, critican nuestras glorias, pervierten nuestras costumbres populares, rebajan nuestras artes al nivel de fructíferas industrias. Para agradecerle, la mitad de nuestra literatura rueda al proxenetismo, como las inmundicias á la cloaca máxima; la otra mitad se vuelca en la prensa diaria, que viene acercándose cada más al kaleidoscopio informativo é informe de los yankees.

Coadyuvando al propio fin que el exotismo, la marea democrática, socialista revolucionaria ó reformista (el matiz diferencial sólo revela un momento distinto de la evolución), bate sin tregua las vallas tradicionales, cuyas ruinas cubren el suelo,—y esto, con secreta anuencia del pensador sincero, si es cierto que las famosas conquistas del 89 hayan venido á resumirse en la substitución de la antigua nobleza por el lujo advenedizo y burgués. Y tan inevitable es esta conclusión entrevista, tan lógica y fatal la serie de sus fenómenos, que muchos espíritus desnudos de prejuicios contemplan sin terror la inminente aparición de algo nuevo—ó viejo—que barra de una vez este parlamentarismo averiado é irresponsable, aunque haya de producirse el alumbramiento por operación cesárea. Sí: el día, quizá no lejano, en que la alternativa solemne se formule entre el cesarismo y el socialismo, sólo dependerá la opción de que haya por aquí algún César oculto y disponible, capaz de responder con voz templada al llamamiento del destino!

Entre tanto, se elabora á toda prisa la próxima exposición;—y ello, lejos de infirmar lo que acabo de decir, bastaría para confirmarlo. Todas las naciones han tenido

exposiciones universales; pero han renunciado á ellas después de uno ó dos experimentos, suficientes para comprobar que estas funciones no producen lo que cuestan. Sólo París repite intrépidamente sus ferias decenales, y el resultado aumenta, cada vez, en proporción mayor que los gastos enormes. El comercio y la industria parisiense las reclaman á grito herido, y con harta razón, pues ya no prosperan sino por el extranjero. No es necesario demostrar que cada una de estas etapas decenales corrobora, por su éxito mismo, la tesis que he anunciado. Sabido es que, durante la mundial invasión, se atropellana quí las muchedumbres forasteras, ocupando los intersticios que los parisienses emigrados dejan en su gran ciudad, convertida por seis meses en abigarrada cosmópolis. Pasan las exposiciones, pero sus rastros quedan; algunos harto indelebles, para mortificación y tristeza de los que, amando de veras á París, sufren con encontrarle, después de cada una de estas prosaicas aventuras, un poco menos fino y «parisiense» que antes, algo más parecido á Londres ó á Nueva York. *Quod erat demonstrandum*.

Tal es la segunda impresión que París ha producido en mi ánimo, durante los primeros días. Es tan exacta como la anterior, aunque ni la una ni la otra sean completas ni excluyan á muchas otras que á su tiempo anotaré. No es posible *un cuadro* de París: apenas si se alcanzaría á reproducir su contrastada y múltiple fisonomía con centenares de croquis sucesivos.—Hame bastado para atenuar en gran parte aquella ingrata sensación de exotismo, mudar de barrio y de vida, dejar de concurrir á los teatros y

paseos, que para mi ya no tienen programas, y, sobre todo, volver á tomar el contacto con gentes de mi raza y de mi familia intelectual. Bruscamente todo ha cambiado. ¿Significa ello que eran inútiles y vanas mis primeras aprensiones? De ningún modo: las miserias de los arrabales son tan reales como los esplendores de los Campos Elíseos; y se puede, sin asomo de contradicción, describir á París, ya como un sitio de delicias, ya como un infierno de privaciones y torturas.

Nunca faltarán mentores indulgentes para persuadir á los sudamericanos—si necesitaran ser persuadidos—de que esta Babilonia sigue siendo el paraíso de los ociosos y disipados. Basta la impresión que he esbozado para mostrar que siempre abunda y sobra alimento para unos y otros; ni le es difícil al observador superficial, astilla del mismo palo, juzgar que del tal alimento vive París entero. Yo, que he venido á estudiar y, como de otros viajes, á extraer de éste también algún provecho y enseñanza, os diré algo cada quincena del París que trabaja, piensa y produce—del que ha quedado casi indemne y acaso ignorante de toda extraña importación. Este París estudioso y sano es el que acaba de tener sus grandes *assises*, en los colegios, en las escuelas, en el Conservatorio, en la Sorbona, donde el gobierno, los altos funcionarios, los representantes de todas las justas aristocracias de la Francia han ido á escuchar los discursos de Bourgeois, Delbos y otros sobre los estudios clásicos. He estado un rato en todas partes, aunque no siempre sin dificultad por no haber procurado á tiempo tarjetas de entrada. Tal me suce

dió en el Conservatorio de música; y para terminar con una nota ingenua esta carta severa, me permitiréis que os refiera sencillamente cómo logré asistir á los exámenes de ópera—por lo demás bastante mediocres en conjunto, si bien con dos ó tres interesantes excepciones.

Vi el anuncio en un diario, durante el almuerzo, dos horas antes de la función. Conociendo lo exiguo de la sala y el interés enorme que el acto despierta entre un público especial,—familias de examinandos, cantores, músicos, alumnos, etc.,—di por perdida toda diligencia y me resigné. Me puse, pues, á leer el programa, con el escaso interés de quien recorre un extracto de lotería, no habiendo comprado un décimo.

No obstante, y para descargo de mi conciencia, quise hacer una tentativa. Después de algunos pasos infructuosos, comprendí, á las doce, que no quedaba más recurso que irme derecho al toro. Metíme en el Conservatorio por la puerta de servicio del Faubourg Poissonnière, trepé bravamente la escalera y empujé la puerta del toril. Sa-lióme al encuentro el bicho en figura de viejecito almidonado, abrochado, condecorado: el *rond-de-cuir* francés... No me dejó concluir: «¡Cómo, á estas horas, en momentos de principiar! *Y pensez-vous!!...*» No esperé que me arrojara escaleras abajo; y mientras me escurría por el dantesco pasillo, la batahola de los instrumentos y trinos de ensayo prodújome el efecto de formidable silbatina.

Ganaba la calle, con paso triunfal, cuando reparé en la portería abierta; como quien se ase de un hierro canden-

te, penetré en el antro de Cerbero. Estaba vacío, pero del cuarto vecino se alzó una voz varonil: «Estoy ocupado, no puedo salir!» Me insinué tímidamente en la segunda pieza: un estrecho dormitorio, modesto y aseado. En el centro, un hombre robusto, con traza de antiguo militar, estaba inclinado sobre una cuna: «Estoy muy ocupado. ¿No ve usted (murmuró sin alzar la cabeza) que estoy dando su leche al niño?»

Me acerqué, interesado por la operación. La rolliza criatura revolvía en un impermeable su encantadora desnudez, con sus grandes ojos abiertos hacia la luz, en tanto que el padre, más absorto que cuando tiraba al blanco con su arma de guerra, mantenía un biberón casi lleno en la boquita chupona. Y se entabló este diálogo, más animado que coherente:

—¡Precioso muchacho! ¿Tendrá seis meses?... Si pudiera usted facilitarme una entrada...

—Ocho meses; la madre sale á trabajar... Siento mucho: regalé la mía esta mañana...

—¡Y qué bien traga el hombrecito!... Pero algunos de sus colegas... *Voyons, mon ami!*...

El guardián del Parnaso parecía deseoso de servirme; recordó, justamente, que un camarada tenía aún su tarjeta de favor; pero estaba de servicio en la otra puerta, calle del Conservatorio, donde el público se agolpaba ya. El tiempo urgía, y el buen hombre meneaba la cabeza: «No puedo dejar al niño...»—Puse mi sombrero en una silla: «Vaya usted ligero; yo me encargo de él». Y como el padre me mirase indeciso, agregué desdeñosamente:

«¡He criado sietel!» Y empuñé el biberón con mano experta, mientras el veterano salía á toda prisa.

No pareció que el delfín extrañase el cambio de ama. Le sostenía la cabeza con mi mano derecha, en tanto que mantenía el frasco con la izquierda—pues soy zurdo para decirlo todo de una vez. Yo sentía entre mis dedos su pelusita rubia, mientras escuchaba embelesado su gluglú satisfecho y seguí con interés el gentil pataleo de las piernitas desnudas. Cuando hubo concluído, quedó muy serriote, mirándome fijamente, con una gota de leche en los labios. Puse á un lado el biberón, y comencé á acariciarle para hacerle reir, acompañando mis cosquillas con farfuleo de nodriza criolla. Pero el pequeño parisiense no demostraba entusiasmo por mi jerga española; comenzó á hacer pucheros; y yo mismo, al oirme repetir el *arroró* que, hace dos meses... En fin, que volvió á tiempo el titular, blandiendo triunfalmente su tarjeta amarilla, para impedir una doble catástrofe.

II

El Alma francesa.

25 de Agosto de 1898.

Quand on n'a pas ce que l'on aime,
Il faut aimer ce que l'on a...

El estribillo es bien francés: ágil, suelto, retozón, provisto del indispensable retruécano que, como el picotazo del gorrión galo, le clava en la memoria; con su puntita de melancolía, apenas perceptible debajo de la sonrisa, y su contorno preciso, de una nitidez algo prosaica, resume á maravilla el fondo de filosofía optimista de la raza. ¿Cómo no habría de ser esencialmente contentadizo y «amable», un pueblo que *ama* todas aquellas cosas que á los otros sólo satisfacen ó agradan?

La lengua es una mina de enseñanza; y puede que á las veces se halle en un giro popular, mejores y más profundos indicios sociológicos que en todo el arsenal de la antropología y sus anexidades. El pueblo francés tiene que ser (estas afirmaciones van, por supuesto, *cum grano salis*) el más alegre y feliz de los pueblos modernos, porque,

de la mañana á la noche y desde la infancia hasta la vejez, vive conjugando el verbo «amar»: «*J'aime la gloire, j'aime la liberté, j'aime les fraises...*» El mismo vocablo sirve para expresar tan varias preferencias.

Y ello es que, de veras, ponemos los franceses un poco de pasión hasta en los afectos menores; «queremos» las fruslerías, siempre que revistan forma exquisita y sobriamente elegante: vivimos y morimos apegados á nuestra frivolidad. Basta asistir á la animada elaboración de un simple *menu* de familia, para comprender que colocamos en el paladar—sitio primitivo del gusto—una parte de nuestra alma ligera. «Viceversamente», como diría Rabelais, sabemos tratar como un menú las cosas más graves, y, por momentos, aparentamos amar la libertad exactamente como las fresas.

Hay excepciones, sin duda alguna. Una gran nación presenta muchas caras y facetas. Pasteur no aparece necesariamente como un hermano gemelo de Meilhac, ni en el Creuzot se fabrican encajes y peinetas;—hasta es posible que, buscándolo bien, se diera con algún francés y *cadet de Gascogne* que no pecara de bullicioso y parlanchín... Con todo, subsiste la observación en su exactitud general y aproximativa. Y tan es así que, sin extremar su alcance, se aplicaría á las mismas excepciones que, por vía de ejemplo, he apuntado. Pasteur y Meilhac han sido cofrades en la Academia Francesa; el festivo escritor de teatro y el profundo experimentador de laboratorio han tenido, como punto de contacto y rasgo común, el don de la expresión y la excelencia literaria. Por otra parte,

es muy sabido que en una locomotora del Creuzot suelen encontrarse análogas preocupaciones de elegancia y primor que en el *point d'Alençon*, siendo un mismo instinto artístico el que conduce el brazo del forjador de acero y los dedos ágiles de la muchacha encajera.

Hasta donde, pues, sea lícito extender á una colectividad histórica, compleja y múltiple, los dos ó tres elementos psicológicos, que con mayor frecuencia asoman en sus individuos de cualquier clase social, puede afirmarse que, además de los rasgos apuntados, caracterizan moralmente al pueblo francés, desde la edad media hasta la presente: su rápida mudanza de impresiones, por tanto superficiales y á flor de piel; la facilidad emotiva, madre del optimismo, como que permite reaccionar prontamente contra las fatigas de la existencia y las asechanzas de destino; en suma, la resignación filosófica, que es la fuente más allegada y segura del contentamiento.

Á pesar del terrible lastre de seriedad que recarga el alma moderna, manteniéndola erguida para la lucha sin tregua, no es dudoso que podría ser divisa de nuestra mayoría popular aquel epitafio encantador del decadente Adriano: *Animula vágula, blándula...* En Francia, las cosas más fútiles comienzan con un aspaviento y las más serias concluyen con un chiste. Somos siempre el pueblo medioeval de la parodia y del *fabliau*. Ni las grandezas épicas ni las catástrofes nacionales han logrado modificarnos profundamente; rebotamos contra el duro suelo de la realidad, y nuestra risa es una protesta invencible. Es muy posible que esta elasticidad orgánica sea un indicio

de debilitamiento: así lo afirman al menos los vaticinadores de nuevo cuño, los profetas *a posteriori* que hacen arrancar de Sedán la historia contemporánea y pronostican la agonía de la raza latina. «Recodo de la historia, fin de siglo, lucha de razas, etc.»: son otras tantas fórmulas verbales que circulan como moneda fiduciaria, sin que nadie examine su fondo de solvencia. ¿Qué significa, desde luego, aquello de «raza latina», que todo el mundo repite solemnemente? No hay raza latina, sino pueblos que hablan idiomas más ó menos derivados del latín, desde Lisboa hasta Bucarest y desde Méjico hasta el estrecho de Magallanes. ¿Por qué habían de ser los francos más patriotes de los godos que de los germanos?—En el fondo, nada menos parecido al alma francesa que el alma española; ó, remontándonos al supuesto origen: nada más distante del fuerte positivismo romano y de la antigua *cuadratura* itálica—¡tan rebelde á la voluta griega!—que muestra gracia flexible y nuestra simpatía universal, espontánea y generosa hasta la imprudencia. No se necesitan profundos estudios sociológicos para comprobar que nuestros rasgos étnicos más salientes y modernos son precisamente los mismos con que César y Tácito caracterizaban á los galos autóctonos. Más que el delgado aluvión y liga de la conquista bárbara, lo que ha modificado nuestra alma primitiva es la acción y reacción del largo conflicto histórico.

Hay moldes sociales caducos, no razas envejecidas; todos los pueblos de la Europa central tienen la misma edad adulta. Hace más de diez siglos que, por el brazo ó

el espíritu, Francia, Inglaterra, Germania, Italia, España, se disputan el predominio. Las naciones que de veras envejecen son las que no han podido renovarse, persistiendo en consumir exclusivamente su propia substancia: vivir es absorber y eliminar incensantemente. Pero, si el organismo étnico remonta á quince siglos, data apenas de tres la cohesión nacional; y sería singular evolución la que, para Francia, por ejemplo, colocara la decadencia instantánea junto á la pasmosa explosión revolucionaria y á las exuberancias triunfales y juveniles del Imperio. —No, decididamente: no somos el yate de recreo de la flota universal; desechemos la imagen mezquina que regocija á nuestros enemigos y á nuestros envidiosos. La historia de Francia, en su flujo y reflujo incesante, es ondulada y varía como el mar, cuyas olas, ya azules, ya sombrías, reflejan el matiz cambiante del tiempo: pero esa misma fluidez encrestada de espuma es la que soporta al glorioso navío secular que, por entre bonanzas y tempestades, va repartiendo por el mundo su carga mil veces renovada de riqueza y civilización.

El porvenir dirá si el pueblo sociable y asimilador por excelencia se detuvo bruscamente, en el umbral del siglo veinte, ante la marea creciente del individualismo práctico que otros representan. Si esto debiera suceder, puede afirmarse, desde luego, que el obscurecimiento de nuestro prestigio no sería un hecho puramente nacional. Parcial ó completo, definitivo ó temporario, significaría nuestro eclipse un cambio radical en el medio exterior, antes que una pérdida de substancia propia. Y si Francia hubiera

vivido ya como potencia irradiadora, ello indicaría que, cumplido su servicio, habrían caído en desuso las gracias y virtudes del ideal humano que esta nación, cual ninguna, ha sostenido y propagado. —Entre tanto, está visible que soportamos mejor que otros el peso de la vida contemporánea. Pobres y ricos, según el precepto baconiano, dominamos la naturaleza al aceptar sus leyes con sumisión risueña; y, volviendo al dístico inicial, «cuando nos falta lo que amamos, logramos amar lo que tenemos». ¡Profunda sabiduría!

Muchos elementos le faltan á París, en los meses presentes, sin que pierda del todo su proverbial encanto. Por el pronto, están ausentes los parisienses del grupo superior, intelectual ó rico, aristocrático ó burgués—el «Todo París» de la jerga cronista. El éxodo es general. Desde principios de agosto á mediados de septiembre, no debe pensarse en acometer empresa que requiera el concurso de capitalistas, políticos, escritores, artistas ó simples mundanos, gente de trabajo ó de placer. El verano abre un paréntesis que sólo el otoño cerrará; y esto, no completamente. Snobismo aparte, este rito europeo, religiosamente observado, constituye una práctica excelente para la doble higiene—¿acaso no es la misma?—del cuerpo y del espíritu. Así se explica, á pesar del esfuerzo intenso, la robustez del trabajador europeo; su actividad casi juvenil prolongada más allá de la madurez, y su actitud creadora á la edad en que nosotros, sudamericanos nativos ó connaturalizados,—aun los que habitamos en climas templados y sanísimos,—nos sentimos ya fatigados y decadentes, cuando no inválidos.

Y no es porque la productividad americana sea comparable, en calidad ni cantidad, con la de estos «sibaritas»; sino porque nuestra acción desordenada es una improvisación diaria, extenuativa en razón de su misma variedad é intermitencia. El tener que desbastar cosas siempre nuevas y á deshoras, no es solamente una condición para echarlas todas á perder, sino también para consumir en su malogro una suma de energía mayor que si se persiguiera la perfecta realización de una sola. Mientras éstos viven largamente con producir obras maestras, nosotros quedamos rendidos de frangollar chapucería, gracias á nuestro método, que es el desorden, y á nuestra regla, que es la improvisación. Ahora bien, no es discutible que la continuidad del mismo esfuerzo, la «especialización», como se dice bárbaramente, sea hoy más necesaria que nunca, no sólo para alcanzar la superioridad, sino para que el organismo rinda con sabia economía, y sin precoz agotamiento, todo el efecto útil de que es capaz. Y por supuesto que, al formular estas evidencias, me hago á mí mismo las debidas objeciones.

Hasta ahora hemos sido así—sigo hablando como argentino—porque no era posible que fuéramos de otra suerte. La forma de nuestra actividad parecía impuesta por la naturaleza de las cosas: ha sido múltiple y superficial, porque tenia que multiplicarse sobre una enorme superficie. La organización social, en los países nuevos y de vuelo rápido, como los Estados Unidos, la Argentina ó Australia, se efectúa por acumulación «madrepórica» más bien que por crecimiento interno: por eso resulta al prin-

cipio forzosamente provisional y rudimentaria. La obra es muy vasta y repartida para tan pocos obreros, que sólo alcanzan á esbozarla por sus mil aspectos diversos. No es justo exigir, entonces, de esos trabajadores de la primera hora, la producción concluída y primorosa de sus hermanos europeos, herederos en vigésimo grado de los que la comenzaron.

Con todo, lo que se puede explicar y disculpar no debe ser aplaudido como un progreso fecundo, ni mucho menos erigirse en doctrina sociológica. Tal doctrina es un simple sofisma, fundado en la omisión de un factor esencial: cual es la colaboración incesante de Europa, que nos permite ser por algún tiempo meros consumidores de la substancia civilizadora por otros elaborada. El desarrollo pasmoso de los nuevos grupos sociales se funda en dicho postulado. Pero, es evidente que esta existencia parasitaria, más propia de una colonia que de una nación, no podría prolongarse indefinidamente sin atrofiar los órganos superiores del mismo grupo. De este peligro, por ellos entrevisto ha medio siglo, procuran hoy salvar los Estados Unidos, si bien, á pesar de las apariencias, con éxito menos completo de lo que muchos creen. Pero han cumplido su deber sociológico con intentarlo; y es este mismo deber el que se impondrá también á la Argentina en un futuro próximo. La aptitud, siquiera parcial, para llegar á ser un país elaborador de su propia civilización,—ó, si preferís, colaborador *activo* en la civilización universal,—sólo se conseguirá con la aplicación de cada energía particular á un solo objeto y sus anexos, ó sea con la llamada división

del trabajo. Conviene, pues, que toda nuestra propaganda educativa tienda por ahora á este único fin: la eliminación de los aficionados enciclopédicos y la formación paulatina de los profesionales.

Ello, por cierto, no significa en modo alguno que yo admire sin reserva el extremo opuesto, á que tenían que llegar forzosamente estas sociedades europeas, harto compactas. Pero es ley ineludible, ya se trate de agrupaciones concretas, ya de entidades abstractas, el término fatal de toda evolución completa es el regreso, simétrico al progreso: la culminación ó plenitud es un punto matemático que sólo se alcanza para salvarlo inmediatamente. —He de volver alguna vez sobre esta otra «ley de bronce», aplicándola á la evolución de la democracia: me limito por ahora á señalar su diagrama en una fase del movimiento secular. También en América, nos es fuerza acometer resueltamente la obra del propio desarrollo, aunque sus consecuencias últimas hayan de ser, como en Europa, la inevitable decadencia: del propio modo que la juventud no puede tender á la madurez sin aceptar implícitamente la lejana senilidad.

Al paso que la edificación colectiva adquiriría en Europa más variada y sólida estructura, cada uno de sus elementos materiales venía revistiendo formas más simples y geométricas. En lugar de la piedra caprichosamente esculpida, que cada creyente traía á la catedral gótica, tenemos hoy el sillar uniforme y regular que se inserta matemáticamente en su alvéolo, con sujeción al plan trazado. Pero el levantamiento de la catedral, que era la realización de

un sueño de belleza, duraba cien años; la construcción de nuestros monumentos modernos, que sólo persiguen un fin de utilidad, se despacha en cuatro ó cinco. ¿Hay ganancia ó pérdida?

Resulta, en todo caso, que en este período de la sociología europea, se sacrifica más y más la molécula en beneficio de la masa, perdiendo aquélla poco á poco su espontaneidad é independencia. Recuerdo este pensamiento de Marco Aurelio: «todo lo que aprovecha al enjambre también sirve á la abeja». Es un error absoluto; lo que quiere decir: una verdad parcial y transitoria, como todas las verdades humanas. La grandeza colectiva se funda sobre el achicamiento y compresión del individuo.—Bien lo palpo en Europa bajo mil formas y por momentos. Para que resultare perfecta la adaptación del órgano á su función única, ha sido necesario que se aplique á dicho fin toda la actividad del ser entero, dejando que se atrofien útilmente los otros órganos sin empleo. No se encuentra un europeo entre cien mil que no sea una máquina de movimiento preciso é invariable. El aparato es infalible para su función limitada; por eso no hay que pedirle un cambio de función. Es la locomotora en su riel: con ella adquirís la velocidad y aprovecháis la mayor suma de energía, pero no le exijáis que descarrile para mostraros el paisaje que desfila á derecha é izquierda del camino.

Tal es, lo repito, el extremo fatal del especialismo; pero no se llega á ser nación en el sentido moderno sino merced á esta disciplina colectiva que importa una verdadera mutilación individual. Hay que resignarse á este corolario

lejano del progreso. Para la República Argentina; felizmente, el peligro es tan remoto cuanto inmediato y seguro el beneficio. Ella tiene mucho que andar todavía por esa Pampa ilimitada de su destino, tan vasta y despoblada como la material, antes de experimentar las consecuencias mórbidas del profesionalismo. En el presente, éste es sólo provechoso y fecundo; el porvenir tendrá otras preocupaciones y otros deberes ..

—Es necesario que los lectores de estos apuntes vayan acostumbrándose á seguirme con indulgencia en estas curvas y zigzás de la libre charla. Había principiado esta carta para decirles algo de las diversiones estivales y populares de París—los placeres honestos, se entiende, que son los que no cuestan nada al bolsillo ni á la salud.—Procuraré reprimir en mi próxima esta tendencia sintetizadora y sermonaria: lo menos que pueda recobrar en esta mi tierra, es el don nacional de no aburrir.

III

Socialismo sentimental.

París, 14 de Octubre de 1898.

En tanto que para mis lectores porteños (1) se inaugura la regocijada primavera, aquí nos invade á gran prisa el invierno, pisando los talones al otoño, su descolorido chambelán. En los parques y boulevares ralean más y más los herrumbrados follajes; las hojas de los castaños y plátanos se desprenden y caen al suelo con roce leve como suspiro. El día breve se desliza entre las brumas del cielo plomizo; la carta comenzada por la mañana se cierra con el crepúsculo. Después de una semana serena y tibia, el tiempo malhumorado sólo pide un pretexto, viento norte ó cerrazón, para hacer destilar la serie gris de las tardes agrias y noches destempladas. *Nous n'irons plus au bois...* como cantan las rondas de niños en las Tullerías: no iremos, por lo menos, á las mismas horas que antes.

(1) Los habitantes de Buenos Aires.

Propiamente hablando, no existe tal otoño como estación definida, así como hay tampoco una edad «madura» en nuestra existencia fugaz. Desde que pisa el hombre la cincuentena, se empeña la lucha melancólica entre la vejez que viene y la juventud que se va, con alternativas de victorias y derrotas. En puridad, quien ha dejado de ser joven va derrumbándose á viejo. Lo que llamamos cabello «gris», no es otra cosa que nuestro mismo pelaje negro, entreverado de canas demasiado legítimas. Y lo que es cierto del año declinante no lo es menos de la vida: la ilusoria madurez consiste en la accidentada sucesión de horas iguales á las pasadas, pero luego seguidas de otras que traen el sabor á ceniza de tétrico porvenir. Durante cuatro ó cinco días de la semana, no parece sino que se disfrutara todavía la fuerza y alacridad de los buenos tiempos; en los restantes, suele asomar intermitente la fatiga del anciano que llega á la decrepitud. Felizmente, lo que subsiste casi íntegro, y á veces robustecido por efecto de la lógica soberana que rige nuestro destino: lo último que pierda el que ha vivido trabajando, es la aptitud para el trabajo; así como el *vieux marcheur* conserva su adaptación para la «marcha», hasta la hora sombría de la liquidación. Hay también una crisis de retorno, una suerte de «menopausia» en la carrera masculina; es un campanazo de aviso que saben oír los que tienen trazada en la palma de la mano la línea de larga vida. El sabio cosecha á la vejez los frutos de la juventud: así el roble adusto resiste largos años los embates del cierzo invernal, que sólo puede arrancarle su marchita corona, el inútil follaje donde

ya no se anidan ensueños ni volverán á cantar las aves de la ilusión...

Quise decir que con el invierno regresan á su cara ciudad los parisienses. Se abren los comedores y salones; los teatros y conciertos renuevan sus carteles; el placer asoma su cara risueña por las aceras iluminadas. Se inaugura la estación triunfal para los favorecidos de la fortuna. Pero ¿y los otros? ¿Si habláramos también un poco de los otros?...

He sufrido noches pasadas una dolorosísima impresión que no se borra de mi memoria, porque ha querido mi mala suerte que yo fuera actor en el lúgubre y oscuro drama. Os referiré el caso sencilla y familiarmente, pues lo único que en mí vale algo es la ingenuidad. Era la primera noche cruda de la estación. Á las siete y media, iba á pie de mi casa á la Magdalena para comer; al bajar la acera derecha del bulevar Malesherbes, desierto y silencioso á esas horas, oí una voz de mujer que murmuraba, desde el banco en que estaba desplomada: «¡En nombre de Dios, una limosna! ¡Me muero de hambre!...» Me acerqué á la mendiga; pero, desgraciadamente, no encontré una sola moneda en mi bolsillo. Le pedí perdón, agregando que le daría luego, al volver de la fonda. No contestó nada, y seguí camino. Antes de la hora volvía, en efecto, por dicho punto, y—¡incidentes hay en la realidad que parecen arreglos de algún siniestro dramaturgo!—estaba llegando á cuatro pasos del triste banco aquel, cuando vi con horror que el bulto negro de antes se derrumbaba en el asfalto, sin ruido, como un lío de ropa. Levanté ese pobre

andrajo humano y lo arrastré al duro asiento. La carne estaba helada; pero, á la luz del fósforo que encendí, la pupila vidriosa se contrajo todavía. Era una vieja extenuada, de aspecto campesino; un hilo de sangre le corría del ojo herido, como lágrima roja brotada del crimen social. Por supuesto que en el acto se formó el círculo de transeuntes: despaché á un soldado por un agente de policía, una mujer salió á buscar un coche. Yo mismo me dirigía á la botica vecina cuando llegó el polizone; murmuró con indiferencia: «Es una mendiga». Y como le instase para llevarla en carruaje á la comisaría, me preguntó: «¿Quién paga el viaje?»—¡Se pagó el triste viaje! Y tuve naturalmente que ir al *bureau* para comprobar el fallecimiento, mientras las comadres alzaban tras nosotros un coro de alabanzas: «*Tout d'même, y a du monde généreux!*»

¡Generoso, el burgués repleto que sale del restaurant y deja caer á deshoras lo que momentos antes pudo salvar una vida!—Volví á mi casa, cabizbajo, oprimido el pecho, *en détresse*. Me encerré en mi cuarto para no ver á ese París que ríe y canta, mientras esas catástrofes anónimas se perpetran en la sombra. En toda la noche pude sacarme del oído la queja tímida en que no supe escuchar una agonía; esas gotas de sangre sobre la cara livida «me arrancaban los ojos» como dice Macbeth: *They pluck out mine eyes!*... ¡Oh lamentable epílogo de una existencia ignorada que no fué, sin duda, más que una larga cadena de sufrimientos! Y, sin embargo, aquel ser miserable que acababa de caer en la vereda, junto á las hojas secas y bajo el mis-

mo viento helado, había sido feliz alguna vez puesto que había sido niño; una madre le había sonreído, le había acariciado, saludando con júbilo y enternecimiento su primer balbuceo! .

¡Y ya llega el invierno, el lúgubre y cruel invierno para los desvanes sin fuego y las mesas sin pan! Sobre la nieve, bajo la escarcha, comenzarán á desparramarse desde el amanecer los enjambres de artesanos y obreras, apenas desayunados después de una noche mal dormida. Y con todo, éstos serán los privilegiados, á quienes envidiarán tantos otros que golpean en vano las duras puertas de los talleres, y, después de aplanar todo el día esas aceras, vuelven de noche á su boardilla para encontrarse con el montón de bocas hambrientas y de ojos dilatados por la consunción.

¡Oh! ¡Esto no puede seguir así! El clamor de la iniquidad se levanta al cielo: el coro de los lamentos proletarios ha de hincharse más y más hasta que estallen al fin las bóvedas sociales. Las olas populares de la miseria y del rencor ruedan ha tanto tiempo por sus históricas pendientes, que al cabo el hondo río tiene que salirse de madre y arrasarlo todo en su furioso ímpetu. No puede ser ¡Dios de misericordia y justicia! que la orgía materialista se prolongue con tal acompañamiento de ayes y protestas, y acudamos á nuestras fiestas entre hileras de miserables á quienes no sabemos socorrer. Sí; es un crimen el acto salvaje que hunde el puñal en el pecho de un anciano ó de una mujer, aunque el uno detente el poder y ciña la otra una corona; pero el grito de estas víctimas inocentes que-

da ahogado por los millones de sollozos, inocentes también, que en la *Città dolente* del pauperismo día y noche retumban. Está visto que toda nuestra caridad palabrera, que toda nuestra civilización de ornato es impotente para curar un mal que la misma civilización engendra. Entonces los enfermos buscarán—á ciegas seguramente,—el remedio heroico que los médicos no encuentran. Los desheredados harán á su modo la nueva repartición de herencias. Si las Sodomas de nuestro siglo no tienen que temer la maldición del cielo despoblado y vacío, si no cae de lo alto la lluvia de fuego, de abajo reventará, vengadora y terrible, y de esta sociedad estúpidamente suicida sólo quedarán cenizas flotantes sobre un desierto sembrado de sal.

En vano procuran los prudentes tal ó cual efimero paliativo, mientras los necios acuden á sus habituales devaneos. Es tarde ya: la segur está en el tronco del árbol. Los gobiernos europeos se ven de día en día acorralados entre la espada de la militarización y la pared en desplomo del socialismo. Aunque fuera cierto que ésta no puede «oxidar» á aquélla (síntomas recientes han revelado lo contrario), la situación no perdería su gravedad, siendo así que la nación se encuentra dividida en dos campos adversos, y que uno de ellos crece indefinidamente, en tanto que el otro permanece estacionario. Y luego, ¿qué estabilidad social puede fundarse sobre el abierto antagonismo del pueblo y del ejército?

Ya sabéis que acabamos de tener una huelga de los

peones camineros del «Metropolitano»: durante una quincena se han concentrado en París 20.000 soldados de línea para custodiar los obrajes, y garantizar el orden á la vez que la libertad del trabajo. Debajo de mis ventanas, en la Avenue Percier, un piquete de tropa está todavía acampado cerca de un pozo de excavación. El grupo invisible de los «terrajeros» que han vuelto al *chantier* tiene que trabajar con este recargo á sus fatigas: las amenazas y el odio de los huelguistas, á duras penas contenidos por los soldados. Por momentos algún forajido ó insensato se hace prender, pero se le sueita luego... Una gran tristeza se desprende del cuadro; no me parece que los *pioupious* cumplan su deber con mucho entusiasmo ni convicción. Ya no es el ejército un grupo profesional, un cuerpo extraño en la nación: es el mismo pueblo armado y temporalmente disfrazado. Algunos de los soldaditos, que representan allí la autoridad, son del mismo oficio que los huelguistas; lo abandonaron ayer para volverlo á tomar mañana, y sospecho que en el fondo participan de los sentimientos que hoy tienen que refrenar incondicionalmente. No creo que todo ello signifique una garantía de paz muy sólida ni duradera...

En cuanto á la moraleja del triste caso es muy difícil de formular en absoluto, y por eso los trabajadores no quieren ó no pueden entenderla. El pueblo es un niño colossal que sólo obedece á móviles muy simples. Tiene, sin duda, harta razón el obrero honrado y padre de familia al exigir que, en cambio de su ruda labor, alcancen su mujer é hijos la necesaria subsistencia: sus humildes preten

siones son legítimas. Pero el problema se complica cuando los patrones ó empresarios demuestran que, satisfaciendo tan justas exigencias, no podrían cumplir sus contratos, y que el aumento de salario traería la ruina de la empresa, ó sea la suspensión del trabajo; es decir, para el proletario la miseria en lugar de la privación. Se remonta al origen: ¿por qué el Estado ó la municipalidad no alza sus precios? Pero éstos son el resultado de la competencia: se tropieza con la famosa «ley de bronce» de Lassalle. Además, los presupuestos públicos agobian ya al contribuyente: ¿cómo recargarlos aún?... Así es como tras de cualquier problema particular, de fácil solución en apariencia, asoma la cuestión social en toda su magnitud y gravedad.

«El alimento, el vestido, el alquiler de casa son excesivamente caros» —grita el pobre artesano; y le responde por todas partes el coro lamentable de los agricultores que no pueden aguantar la *mévente* de los cereales y los vinos; el de los fabricantes de hilados y tejidos que luchan por la vida, el de los propietarios que no sacan el dos por ciento al año de su propiedad. Y es lo peor del caso ser todo ello estricta verdad. Agregad ahora que os estoy hablando de Francia, del país en que es mayor y menos inicuo el reparto de la riqueza: aquí, donde cierta armonía profunda de la raza equilibrada y contentadiza con su cielo templado y su suelo feraz, suaviza de antiguo lo áspero de la suerte, tornando la pobreza menos dura y cruel que en Inglaterra ó Alemania. ¿Qué resultará al fin de tanto peligro y amenaza? ¿Hallará el vapor social, cuya tensión

aumenta cada día, alguna válvula de escape,—ó seguirá empeñado el grupo dirigente en blindar el generador para resistir al empuje irresistible hasta que suene la hora de la catástrofe?

Entre tanto París se divierte. Los dichosos disfrutan su dicha: saboréan la hora presente, según el precepto epicúreo, sin mucho cuidarse de lo futuro. *¡Après nous le déluge!*

Ésta, por desgraciada, no es únicamente una divisa francesa, sino la de todas las decadencias; y lo que nos va en la parada, civilizados de todas las clases y regiones, no es sólo el destino de las instituciones ó de la forma de gobierno, ni aun del orden social establecido: sino la suerte de la civilización. —Al ver tales contrastes de opulencia y miseria, de risas y llantos; tanta frivolidad junto á tanto peligro, páreceme contemplar algún circo inmenso, donde las fieras hambrientas se revuelven y combaten entre sí bajo la mirada curiosa de los espectadores. Éstos aplauden la sangrienta refriega, confiados en las barreras fuertes y en el hábito tradicional que tienen las bestias de despedazarse mutuamente: no han notado que las sacudidas rejas empiezan á bambolear, ni que, al paso que aumentan las especies combatientes, interviene en ellas una suerte de tregua, dirigiéndose ahora al público los rugidos sordos y los crujidos de las formidables mandíbulas ..

Tal es el fondo obscuro de la situación, y está visible que todos los accidentes exteriores arrancan de ella, como

otros tantos síntomas de un mal interno. Acaso la crisis por que atraviesa esta Francia querida y envidiada sea la más grave que, desde la catástrofe del 70, haya conocido. El deplorable «asunto»—que me cuesta remover en público—no es sino la manifestación del malestar social. Sea Dreyfus inocente ó culpable ¿cómo comparar el alcance de su conducta con la del mariscal Bazaine, cuyos móviles reales no eran menos oscuros entonces, siendo así que el proceso se desarrollaba á la vista de la patria herida y desmembrada? No obstante, aquél pasó sin apasionar las almas ni agitar los espíritus, en tanto que éste viene, hace meses y años, convulsionando la sociedad, cavando la discordia en las clases y en las mismas familias. Una docena de miserables folicularios, sin conciencia ni talento, mueven la temible palanca de la prensa y abren sus esclusas á la avenida popular. ¡Ha bastado el esfuerzo liliputiense para que se pusieran en cuestión el parlamentarismo, la forma de gobierno—acaso la paz internacional! Y ¡cómo triunfan en silencio los enemigos seculares que viven en acecho de nuestra proclamada decadencia! ¡Cuál se revuelve la jauría hambrienta, que sólo espera la hora propicia para lanzarse á la ralea! Huelgas, revisión, conflictos en perspectiva por el lado de Egipto ó de China, veleidades equívocas de un aliado inseguro, ridículas maniobras de pretendientes monárquicos: todo parece de mal augurio para nosotros y excelente para nuestros adversarios...

No soy, por cierto, muy optimista, como acabáis de verlo. Pero, en lo que a mi país se refiere, después de estudiarlo y mucho reflexionar, creo que su estado general es

mucho más satisfactorio que el de otras naciones al parecer estables y tranquilas. La gravedad de la cuestión social es idéntica para todos los grandes pueblos europeos. En cuanto á la estéril agitación que nos enerva en el presente, juzgo que sea en gran parte la funesta consecuencia de un régimen de libertad absoluta, en disonancia con nuestra educación política. Puede que Inglaterra se preservara, gracias á su fuerte y antigua adecuación al gobierno libre; pero en el resto del continente, el mismo régimen de licencia diarística, que impera en Francia, acarrearía al punto peores desórdenes. En lo que á la opinión pública atañe, la calma de Alemania y Rusia es la de todas las monarquías militarizadas; y nos bastaría una buena oficina de censura, un bozal bien tejido y aplicado á la prensa, para disfrutar de aquella paz varsoviana. ¿Debemos hacer esfuerzos para conquistar tal panacea? En todo caso, no sería nueva para nosotros: ¡hemos gozado sus beneficios durante quince años, bajo el segundo Imperio!

IV

Política y religión.

Paris, 28 de Octubre de 1898.

El *Figaro* de esta mañana consagra tres páginas y media,—veinte columnas exactamente,—al eterno y malhadado asunto Dreyfus, con motivo de la primera audiencia de la cámara criminal de la Corte de casación. Dicho se está que los demás órganos de la prensa diaria imitan al citado, en la medida de sus fuerzas «reporticias»: entre los dos campos opuestos, donde clamorean sin tregua *L' Aurore* y *La Libre Parole*, hallan cabida todas las notas estridentes ó apagadas de la insensata vocinglería. Y por supuesto que el diario de Drumont y el de Clémenceau merecen la misma confianza y son dignos del mismo aprecio: puede decirse que están escritos con la misma tinta. Los extremos se tocan, ó para recordar una imagen que empleé en otra ocasión: nada hay que sea más parecido al polo ártico que el polo antártico; en uno y otro reina idéntica desolacion glacial, igual esterilidad. La misma ausen-

cia de convicción sincera, la propia exageración postiza del energúmeno en frío, se revela en el grupo que ha tomado á destajo la defensa de Dreyfus y en el que se ceba años ha en el antisemitismo. Tornan unos y otros al fácil é inagotable tema: el que mejor se ajusta á su indigencia mental y sus almas de histriones y proxenetas. La mina «broceada» vuelve á prosperar; la revisión le trae otra bonanza, y henos condenados por semanas y meses á otra feria de escándalos y desvergüenzas.

Que tal suceda con esa plebe parasitaria del diarismo, no es materia de asombro ni siquiera de gran emoción para quien mira de cerca las cosas. Lo triste y realmente significativo es que los representantes más serios de la opinión, como *Le Temps*, y el mismo *Journal des Débats*, á quien impone decoro un siglo de periodística nobleza, se consideren obligados á seguir la corriente popular, en vez de dirigirla ó contrarrestarla. Aquel *Figaro*, que antes citaba, no es por cierto ninguna virgen de Sión; su *hall* resplandeciente no dista mucho de una oficina de venalidad y elegante tercería; pero, al fin, su vasta circulación entre una clientela rica, así francesa como extranjera, le aconseja cierta *tenué*, si no le impone más altos deberes. Para que los diarios más importantes estén acordes con los más inconscientes ó frívolos en arrojarse nuevamente tras esa ralea malsana y servirla al público, es menester que de antemano sepan que éste no pide ni quiere otra cosa. Han logrado plasmar el gusto, si no el alma francesa, á su imagen y semejanza, y parece que el paladar estragado del público ya no puede saborear sino ese alimento putrefacto.

¿El alma francesa? No, á Dios gracias: ella no está representada por esa pandilla de aventureros políticos, ni simbolizada en esa prensa de baja explotación que nos degrada ante el mundo. Lo que aquí en mala hora bulle y se exhibe en público, para solaz de nuestros envidiosos, es un simulacro espurio del alma nacional, que ha usurpado momentáneamente su representación y figura. Los que se titulan órganos de la opinión son meros proveedores de la curiosidad popular, cómicos que se agitan y desabrochan en las tablas, beneficiando su propia ignominia; y ya es mucho que soportemos su éxito de mala ley, sin que todavía se confunda á los espectadores con los farsantes. Pero, ese éxito mismo todo induce á creerlo, tiene que ser efímero. El organismo fundamentalmente sano de la Francia hace esfuerzos visibles para vomitar el veneno absorbido; la desazón y ansia que experimenta son anuncios de la salvadora náusea. Veinte años de desgobierno parlamentario y de licencia callejera han podido perturbar las funciones exteriores de la nación, consiguiendo que el observador superficial confunda este vértigo pasajero con síntomas de parálisis ó anemia cerebral. Es una simple crisis, la centésima de nuestra historia, y nuestra patria saldrá tan ilesa de ésta como de las anteriores. *Fluctuat nec mergitur*: es la divisa de la nave parisiense y es también la de la Francia.

Hace cien años, cuando nuestra revolución estremecía el suelo europeo, y los albores del nuevo día semejaban fulgores de voraz incendio, el inglés Young recorría la Francia. Después de presenciar horrorizado y trémulo los

sacudimientos de este París, bajo los dolores del parto monstruoso en que parecía que la misma nacionalidad iba á perderse: bastóle atravesar las provincias del centro y del mediodía, comprobando en las campiñas la feracidad de la tierra, superada aún por la energía ahorradora de la población, para comprender que la Galia milenaria era siempre joven, y guardaba en reserva tesoros inagotables de savia y generosa virtud. Lo mismo he hecho yo en estos días, y el propio resultado me ha dado el experimento. Viejo *cadet de Gascogne*, al ir á visitar lo poco que resta aún de la desgranada familia y del apagado hogar, también yo, en la piadosa romería, he dado con la fuente perenne y profunda, que hace tantos siglos fertiliza el buen terruño natal. De la fina Turena al pingüe Bordelés, de la *Picardía nutrix* al valle pirenaico: después del dorado triunfo de las mieses que á mi llegada presenciara, lo que ahora contemplo, en los horizontes esfumados por la niebla azul, es la fiesta alegre de la vendimia, que envuelve en un inmenso festón de sana poesía la rica prosa de los lagares y fábricas. Y lejos, muy lejos de los estériles bulevares y sus teatros enfermizós, he sentido de nuevo bajo mis plantas el estremecimiento de la Cibeles antigua, eternamente fecunda y joven, para quien el reposado invierno no es sino la gestación de otra primavera próxima...

Este París encantador y bullanguero: mejor dicho, lo que de él trasciende y se propaga al exterior por medio de su prensa frívola, no representa, pues, ni mucho menos, el estado general del país. Mientras esta loca de la casa alborota la calle, en todos los pisos del colosal hor-

miguero, desde los sótanos hasta las buhardillas, se trabaja, se ahorra, se vive seria y modestamente. á la plácida sombra de la familia y al rescoldo del hogar. Ese despilfarro de fuerzas que escandaliza al extranjero, es la milésima parte de la riqueza interna que este pueblo produce y atesora cual ninguno. No existe en otro moderno grupo civilizado mayor fondo de honradez, de moralidad, de simpatía humana; y no es necesario repetir lo que respecto de su prestigio civilizador sabe todo el mundo, y por sobre los desfallecimientos ó las calumnias á todo el mundo se impone. Sin duda, las horas presentes son melancólicas y azarasas; pero conviene, para no obscurecer el pronóstico, penetrar más allá de la superficie y no tomar lo accesorio por lo principal

En un país de larga tradición como es la Francia, lo principal, lo único importante, no es la agitación política ni siquiera la forma de gobierno, sino la estructura social. Si ésta hubiere sufrido un cambio profundo, será el caso de examinar su carácter, y decidir si la transformación es favorable ó funesta. Ahora bien: está muy á la vista de todos que, no sólo el suelo, la raza, las energías intelectuales y colectivas han conservado su histórica virtud, sino que, á despecho de los trastornos políticos que desde la Revolución se han sucedido, la estructura social no ha sufrido variaciones correspondientes. Los elementos gubernativos se han democratizado, mientras la sociedad quedaba en su mayoría conservadora y jerárquica. Subsisten en el fondo los hábitos, principios, y hasta las preocupaciones del antiguo régimen, igualmente seculares y viva-

ces. Una revista muy poco parisiense, y por su contenido apenas francesa (1), ha publicado el artículo más sensacional de este mes—en que se han producido el deplorable incidente de Fashoda, la inesperada crisis ministerial y la revisión probable del «asunto»: es una pobre diatriba pseudónima é inexacta contra la nobleza francesa. El público arrebatava en los kioscos los números de la mediocre publicación, y por cierto que los compradores no eran en general descendientes ni allégados de los príncipes y duques aludidos. Es el principio atávico é invencible de la aristocracia. Si pasáramos de lo más superficial á lo más profundo, comprobaríamos la propia estabilidad del orden tradicional,—aun en lo referente al respeto de la justicia y al sentimiento religioso, que en el día presente parecen amenazados y vacilantes.

Francia es un país de tradición, acaso en mayor grado que Inglaterra, á despecho de nuestro cataclismo revolucionario y de los trastornos políticos que de aquél han fluído durante un siglo. Pero la robustez del marco político inglés nos engaña respecto de los deterioros del cuadro mismo. El hecho de ser allí *leader tory* y primer ministro el judío Disraeli, ó el espectáculo de un Gladstone, moviendo el ariete liberal contra la constitución secular de su país, significa algo mucho más revolucionario que todos nuestros manotones, precisamente porque ello se ha realizado en la esfera del gobierno y fuera de toda revolución.

(1) *La Revue de Revues.*

El francés es fundamentalmente casero, conservador y católico. (Por eso, desde luego, faltan estos rasgos en los elementos excepcionales y refractarios que viven en el extranjero.)—Por ser el burgués francés eminentemente sedentario, es por lo que resulta estéril y artificial nuestra vasta empresa de colonización, meramente administrativa y perseguida contra la corriente popular. La frialdad con que miramos el incidente de Fashoda, y que los ingleses no pueden explicarse, no nace únicamente de la frivolidad de la prensa, sino también de nuestra indiferencia por las colonias lejanas, es decir, por todo lo exótico. El carácter conservador no es menos patente. El desprestigio innegable de la República es consecuencia del sistema parlamentario, sólo posible en una monarquía: es fácil explicar cómo aquí, faltando el eje central y dinástico, aquél entroniza el desorden junto á la irresponsabilidad.

La ilusión funesta, que los estadistas franceses han sufrido, consiste en haber atribuído la excelencia del régimen inglés—fuente secular y modelo instructivo del parlamentarismo—á la única acción legislativa. No han mirado en el trono más que un mueble vetusto y anticuado que se conservaba por un resto de superstición atávica, en lugar de ver en él lo que hay en realidad: la condición vital del régimen mismo, que debe su persistencia, no á la liga accidental, sino á la combinación íntima é insoluble de la libertad, personificada en el Parlamento, y de la estabilidad, representada por la dinastía. Nuestros teóricos,—hijos eternos de la Convención,—sólo atentos al volumen enorme del cuerpo que llena un platillo de la balanza, han

considerado de poca monta el diminuto prisma de acero que forma contrapeso; hasta han creído que el sistema resultaría más homogéneo y el equilibrio más perfecto, si se sustituyera al cuerpo extraño un fragmento del mismo cuerpo que se necesitaba equilibrar. Y entonces, valientemente, han cortado en la mesa de corcho parlamentario un prisma ejecutivo de forma y volumen exactamente iguales á los del inglés, muy persuadidos de haber descubierto así la constitución ideal y el equilibrio estable. No han descubierto sino el movimiento perpetuo.

Tal es, en substancia, la historia de nuestra república parlamentaria. En lugar de un Rey inconvencible y revestido del prestigio histórico: un Presidente emanado del Parlamento, nominalmente irresponsable é inconvencible por siete años, pero en realidad tan destituido de este doble carácter, que de los seis elegidos en veintidós años, sólo uno ha llenado su mandato constitucional; y este mismo, reelegido, ha concluido con una dimisión. En lugar de una Cámara de Comunes formada por dos partidos disciplinados y compactos, que se suceden en el Gobierno sin coaliciones ni compromisos: una Cámara de diputados cuyos grupos y subgrupos, tan numerosos como inestables, se mezclan y amalgaman en cada formación del gabinete de cartón. En lugar, por fin, de una Cámara alta, jerárquica y hereditaria que haga el oficio del contrapeso corregido en la cruz de la balanza, arrojándose según los casos al platillo más ligero: un Senado impotente, tan destituido de eficacia como de iniciativa, y que remeda un palacio de Inválidos de la Cámara... El resultado está á la vista: por

sobre la Presidencia, reducida al papel de los reyes merovingios, se cierne una Convención casi anónima: conglomerado de mediocridades que hacen y deshacen ministros, traban aparcerías y compadrajcs con la prensa vernal,—sucedáneo de los clubs jacobinos de la Revolución,—y de paso desbaratan la cosa pública en provecho propio y de sus criaturas, al modo de esos viajeros que manchan y destrozan el mueblaje de un hotel... Si parece irrealizable, por ahora, una restauración monárquica,—y no podría imponerse una dictadura militar sin el prestigio de la victoria,—temo que sea tarde ya para desandar lo andado y volver al sistema presidencial de los Estados Unidos, único régimen lógico y compatible con la democracia.

Parecerá extraño y paradójico aquel otro aserto relativo al supuesto catolicismo francés, en presencia de las conquistas antirreligiosas de los últimos años y el triunfo del laicismo en la educación. Pero, fuera tan absurdo pensar que el pueblo francés sea en su mayoría descreído, porque florecen las logias masónicas y los diarios que interpretan su espíritu, como creerlo fundamentalmente republicano porque soporta la República. En uno y otro caso cabe la misma explicación, que se adaptaría también á muchos otros accidentes de la actualidad: ni la prensa interpreta la opinión ni el gobierno representa al país.

La Francia actual es una pirámide asentada en la punta; ó, si preferís otra imagen: nos encontramos en la propia situación que los pasajeros de esos grandes trasatlánticos que hacen la carrera entre Nueva York y Europa: la

inmensa mayoría es extraña á las naciones bajo cuya bandera se hace la travesía.

No es necesario acudir á las estadísticas: contar el número é importancia de los establecimientos clericales, desde la escuela y universidad libre hasta la institución benéfica ó bancaria; ni siquiera aquilatar en cualquier manifestación social la acción visible ó invisible del clero. Para comprobar lo dicho, no hay sino visitar la imponente basilica de Montmartre; menos aún: basta frecuentar las iglesias parroquiales, como observador «turista», ya que no como feligrés que va á cumplir con los mandamientos. — El domingo pasado fuí á *ver* misa en San Agustín, que es mi parroquia. La muchedumbre compacta llenaba el santuario y se desbordaba por el atrio y las calles adyacentes. Formaban una doble corriente, por el boulevard Malesherbes, los fieles que aquí venían y los que se dirigían á la próxima Magdalena, donde se agolpaban oleadas todavía mayores.

A la tarde, me encontré, por gran casualidad, asistiendo á vísperas en Nuestra Señora. Es el caso que me había dirigido sencillamente al Châtelet para asistir al concierto Colonne. Habiendo llegado antes de hora, me puse, para hacer tiempo, á vagar por las cercanías; sin pensarlo crucé el *Pont-au-Change*, y así me encontré en la Cité, delante de Nuestra Señora. Bien sospecho que en mi emoción estética entraba por mucho Víctor Hugo; sea como fuere, no bien hube pisado el atrio famoso, sentí que era tarde para romper el círculo de atracción. Penetré en la catedral maravillosa, á estas horas repleta de creyentes en sus cin-

co naves y altas galerías, llena de luces y armonías, vibrante y zumbadora como una inmensa colmena de piedra—y no salió hasta el anochecer. Aunque el oficio vespertino no sea de obligación canónica,—es muy sabido que no se asiste á él en América,—la muchedumbre, como dije, atestaba el templo inmenso, codeándose en los mismos escaños, hombres y mujeres, ricos y pobres, viejos y jóvenes. No: decididamente, mucho me temo que el Evangelio sobreviva al Larousse, y que no ocurra en este «fin de siglo» el entierro—civil—del catolicismo...

Por lo demás, he comprobado este último rasgo «sociológico» con la propia indiferencia crítica que los anteriores, como que en realidad los tres me aparecen congéneres, al modo que las faces concurrentes de la pirámide á que antes aludí. Una sola fuerza, la del hábito adquirido ó heredado, es la que mantiene erguidas las creencias religiosas y las preocupaciones políticas, lo propio que las costumbres familiares. Y por lo mismo que obra irrazonada é instintiva, merced á la acumulación atávica, esta energía elemental sería invencible si la masa popular, de suyo pasiva é inerte, no se moviera al impulso de sus jefes, como un elefante conducido por un niño. El *bourgeois* francés es hoy republicano y libre pensador, como hace un siglo fuera jacobino y ateo, para tornarse luego imperialista y concordatario, realista y santurrón, según resultaran ser todo eso sus guías sucesivos. En el fondo, la mayoría electoral, que la constituye entre nosotros la clase labradora, sólo cree de veras, y con igual convicción, en los milagros y los cuentos de nodriza. *Humanum pau-*

cis vivit genus. Así, aceptando en su doble sentido el verso de Lucano, nuestro ideal de progreso debe sólo tender á que gradualmente aumente en número ese grupo selecto, por quien y para quien se afana el pobre rebaño humano. —Y buscando un ejemplo tristemente ilustrativo de esto último, y de lo antes apuntado, acerca de las preocupaciones colectivas, cederé yo también á la corriente de la actualidad.

Me había abstenido hasta ahora de deciros una palabra del «asunto», que hace meses ocupa largas columnas de la prensa universal. Me siento tan incapaz de formular una opinión propia, como de afiliarme á un bando para repetir dócilmente una consigna. Después de leer libros y artículos, de escuchar afirmaciones contradictorias en todos los grupos sociales, de reflexionar tenaz y dolorosamente: la única convicción á que he arribado es que, fuera de una *decena* de actores y partícipes, *nadie sabe la verdad*, en el sentido crítico y racional de la palabra. Nadie, por consiguiente, está autorizado para formular en público una afirmación, pues ésta sólo nace del instinto de la «conciencia espuria», que diría Schopenhauer,—cuando no de sugerencias ajenas ó de rancias preocupaciones que, en la especie, serían criminales si no fueran indeliberadas. Ninguno de los que diaria y atrevidamente resuelven el asunto Dreyfus, lo conoce tan bien como los que, con toda buena fe, se han equivocado; ninguno es más inteligente ni sincero que Zola ó Cavaignac, que defienden con igual convencimiento sus tesis opuestas é incompatibles y se

han sacrificado por ellas. Me guardaré, pues, de pronunciar una palabra imprudente que pudiera arrastrar una creencia individual. Ignoramos: Ahora bien, en la ignorancia, el único deber es desear ardientemente el esclarecimiento de la verdad; la única actitud filosófica es el silencio.

Dicho eso, no puede admitirse que la honda y larga agitación que ha enloquecido la opinión y desorientado al gobierno—hasta llevarnos al atoladero de Fashoda,—sea obra exclusiva de los fautores de escándalos y empresarios de baja popularidad. No pueden tanto los Rochefort ni los Drumont. Aunque su autoridad ó circulación fuera proporcional á su violencia, la prensa que especula con el desorden no ha creado la íntima perplejidad que perturba las almas más sencillas, más imparciales, menos sectarias. Hay que proclamarlo, para honra del pueblo francés: el sentimiento que alza el grito en nuestras conciencias es más generoso que las antiguas preocupaciones religiosas, más digno que el odio á la plutocracia, más sagrado aún que las angustias patrióticas: es la protesta eterna é irreducible de la justicia inmanente. Desde la hora en que nació y tomó cuerpo la sospecha de un error posible, que entrañara en el sacrificio de un inocente, nuestra alma colectiva no ha conocido el reposo. Como el de Macbeth, el crimen social, aunque fuera anónimo y sólo presumible, ha matado el sueño de todo un pueblo. Tal es, lo repito en voz alta, la verdadera psicología del asunto Dreyfus; y no es en los papeles impresos donde se la descubre, sino en los labios trémulos y en los pechos palpitantes de los burgue-

ses, de los obreros y aldeanos, de los ancianos y de los niños, de los soldados y de las mujeres. Esta molécula de oro nativo, que he encontrado siempre, consuela de todas las miserias y escorias á ella incorporadas.

Se nos dirá que el espectáculo es deplorable y peligroso; que el *salus populi* aconsejaba el olvido, aun con sacrificio de un problemático inocente, inmolado en holocausto de las instituciones que son la dignidad y la fuerza de la patria. Y se agregará, por todas partes, que esta pública exhibición de delitos y flaquezäs ha mermado nuestro prestigio exterior, hasta engendrar la cuasidefección de nuestros aliados y la insolencia creciente de nuestros enemigos; y todo ello podrá ser razonable y sensato desde el punto de vista del interés nacional. Pero Francia tiene otros antecedentes en su historia y otros deberes ante la civilización. Su nobleza la obliga: ella será así ó no será. Que otros pueblos se curen en secreto envolviendo en galones la llaga vergonzante, que á ninguno le falta: éste no ha menester tales hipocresías ni tapujos: si no le queréis así, no le queráis.—Ha quedado proverbial la altiva respuesta de Alejandro á sugener al Parmeniön, que le aconsejaba aceptar las condiciones de Darío: «Yo aceptaría si fuera Alejandro». Y el héroe replicó: «Yo también si fuera Parmeniön». Así nosotros hubiéramos elegido el partido del silencio y del sigilo... si no fuéramos franceses.

ALPHONSE DAUDET

IMPRESIONES PERSONALES (1)

I

Durante mi última estancia en París, á principios del año 94, tuve ocasión (como que frecuentaba mucho más la ribera izquierda de los grandes bulevares) de enfilear algunas veces la calle de Bellechasse; pero nunca me resolví á entrar en esa casa del número 31, donde Alfonso Daudet ya vivía entonces y acaba de morir. Siempre pasé de largo después de una breve vacilación; y, al seguir camino hacia la Sorbona ó el Luxemburgo, procuraba analizar el estado de alma que me hacía aplazar indefinidamente una visita anunciada desde Buenos Aires, impidiéndome realizar un acto tan sencillo y natural. Por cierto que no me detenía la aprensión de ser recibido como

(1) Estas páginas fueron escritas á los pocos días de transmitirse por telégrafo la noticia de la muerte, ocurrida en París el 16 de Diciembre de 1897.

un simple *rastaquouère*, visitador de monumentos y celebridades. Constatábame que el tiempo y la distancia no habían alterado la benvolencia del maestro por su entusiasta admirador de antaño; sabía que el *brave Ebner*, el fiel y abnegado secretario, estaba siempre allí, inamovible, pronto para abrirme sus grandes brazos amigos y guiarme al sillón de paralítico, desde cuyo fondo me gritaría el «patrón», exagerando el acento de nuestro mediodía: ¡Té! Groussac... ¡también á V. le ha nevado encima!...»

Y entonces me tocaría contemplar de cerca la dolorosa ruina de aquel ser privilegiado que conocí once años antes en la avenida del Observatorio, ágil, movedizo, elástico; con su belleza casi femenina, aún intacta después de la cuarentena, su larga melena oscura y su dorada palidez arlesiana: todo vibrante de su gloria temprana que no era sino una faz de su felicidad, exuberante de talento y simpatía. Me tendería ahora con esfuerzo la exangüe y flácida mano de marfil viejo, que no me atrevería á apretar— y sería la misma que entonces manejaba nerviosamente el florete de esgrima en la salita familiar del Luxemburgo, la víspera de enviar tan bonita estocada á Delpit en el Vé-sinet...

Yo evocaba la escena. De antemano sentía el primer choque de estupefacción involuntaria (que no escaparía á su mirada de zahorí, aguzada aun por la neurosis), ante el original de aquella tétrica pintura de Carrière, incolora, esfumada, *blafarde*, como diluída en médula espinal— exacta hasta la atrocidad: la cabeza macilenta y dormida bajo su lacia cabellera que se ha amortiguado sin encane-

cer, la mirada sin vida en el rostro sin carne: todo el cuerpo exhausto y consumido, desplomado en el vago sofá, y cuyas ropas casi vacías remedan un expolio de humanidad evanescente. ¡Rasgo de indecible melancolía: el brazo extenuado circunda el talle de una niñita de seis años, delicado botón de rosa que palidece al reflejo de la agonía paterna! Y se recuerda invenciblemente que, durante días y semanas, la inconsciente criatura ha debido tomar esa actitud invariable, componer su postura, volver á hallar su expresión convencionalmente entristecida ante el pintor decadente, sólo preocupado de su éxito en el Salón y del hallazgo mórbido que arrancará un estremecimiento á la muchedumbre... ¡Oh! túnica de Neso del efectismo artístico, que nada arranca de las carnes, y ayer, alegre y llamativa, hoy lúgubramente macabra, sobrevive al derrumbamiento físico, al descalabro, al fúnebre presagio de la disolución! *Alas! poor Yorick!*

Así, por adelantado, la imaginación reconstruía la escena real con los elementos de la ficticia; y no es dudoso que el «antegusto» de la sensación que me esperaba fuera la causa inicial de mi resistencia. Parecíame que guardaba mi boca el amargo resabio de otras decepciones más íntimas. Ante los mismos seres de mi sangre—y no fulminados como éste por una primera muerte parcial—había sufrido la angustia de contemplar, deformados y marchitos, desvencijados por la vida cual un trasto por el uso, surcados de esas hondas arrugas que son las cicatrices del incesante y rudo batallar, á tantos rostros familiares, ahora casi desconocidos, y que reproducían irónicamente,

como en espejo de aumento (al menos así lo creía mi debilidad egoísta) el trasunto caricatural de mi propia decadencia.

Con todo, no era solamente esta aprensión enfermiza, esta como necrofobia irrazonada—análoga á las inhibiciones de ciertos enfermos de la voluntad—la que alzaba para mí, en el umbral de mi maestro y amigo, una barrera invisible, tan alta que finalmente resultó insuperable. Prosiguiendo mi examen «peripatético», llegué á convenirme de que mi desgana de visitar á Daudet valetudinario, á saberle sano no hubiera sido quizá mucho menor: era la misma que me retraía de renovar trato con otras celebridades literarias. Había perdido la fe; sentíame muy viejo para criar nuevos entusiasmos, muy escéptico para recalentar los antiguos que se apagaron ya. Estaba de vuelta de un viaje ideal mucho más largo y vasto que el otro. Encontraba mezquina, y por momentos ridícula, la importancia atribuída por nuestra civilización bizantina á esos juegos malabares de la frase, á esa literatura de palabras nuevas é ideas viejas: esa perpetua escultura de cáscaras de nueces por mandarines encerrados en su horizonte de teatros y bulevares, sólo atentos á aderezar la misma novela ó crónica burguesa; eternamente afanados en vaciar en el molde del día, con destreza chinesca, los rancios ingredientes de la «comedia humana». Juzgaba pueril la observación mundana de los unos, repugnante la fotografía basurera de los otros, igualmente estéril la obra superficial de todos ellos, naturalistas, parnasianos, psicólogos y decadentes, «niños que se chupan el dedo», según

la expresión de Renan (1). Por lo demás, tan extraños á toda ciencia real y á la evolución histórica ó presente del mundo; tan ignorantes de la fisonomía del planeta y de la labor fecunda y universal que la viene transformando, que algunos de ellos reducen el arte moderno á una suerte de fakirismo occidental (más estrecho que el otro, pues proscribía el ensueño): parodia del arte antiguo, que era fuente y compendio de la sabiduría contemporánea. Casi todos rematan en el periodismo maquinal; cubren sendas columnas de papel con palabreo pululante y efímero, que representa las colonias bacterias del pensamiento; los restantes aceptan el parasitismo burocrático y acaban de momificarse en alguna covachuela de ministerio. Veía á los más independientes, á los más «ilustres», someterse á los caprichos tiránicos de la moda, adorar el ídolo de la popularidad y agotarse, como los mediocres, en un inquieto eretismo de vanidad exhibicionista. Los más de éstos, consumidos de envidia mutua, sólo dejaban de denigrarse pública ó secretamente, para juntar sus impotencias contra los tres ó cuatro artistas excepcionales de su generación: Leconte de Lisle era un «bibliotecario, pastor de elefantes»; Maupassant, un cuentista para horteras; Flaubert, un erudito extraviado en la novela. En cuanto á Daudet: *au-dessous de tout, le pompier de Champrosay...* Los que así se desahogan en pequeñas revistas, son, por lo regular autores de una *plaque en préparation*.

Me encontraba con que Renan y Taine habían desapa-

(1) «Ce sont des enfants qui se sucent le pouce.»

recido: un año antes, el primero; el segundo, en los días de mi cabotaje por el Pacífico;—y es muy cierto que esta noticia me enlutó el alma como un último duelo de familia, mostrándome al pronto tan despoblada la patria del espíritu, que, súbitamente, casi miré con indiferencia la perspectiva de mi vuelta á Europa. Esta impresión sobrevivió á todos los incidentes ulteriores; y cuando más tarde llegué á París, sentíme tan extraño y desterrado como en este Nuevo Mundo que acababa de recorrer. Las cosas me interesaron mucho más que las gentes; vi á muy pocos hombres, y aunque se realizó para mí la máxima de la *Imitación*: «salí de su compañía menos hombre de lo que entré» (1). Yo, que ignoraba el asunto del día y desdeñaba todo lo que pasa, ¿con quién podía hablar de lo que queda? ¿De qué maestro ejemplar recibiría ahora la palabra que alienta y fortalece, la contraseña augusta que habría de traer conmigo á esta soledad?

Pasé, pues, delante de la casa de Alfonso Daudet enfermo y entristecido, sin llamar á su puerta; y ahora que me toca dirigirle de tan lejos las *novissima verba* del admirador afectuoso y agradecido, prefiero no haberle visto en su decadencia física y mental,—piadosamente disimulada al público literario por la colaboración anónima de su fiel compañera,—para no guardar de él sino el antiguo re-

(1) *Quoties inter homines fui, minor homo redii.* (*Imit. Christi*, I, XX.) El autor atribuye estas palabras á Séneca, sin citar el lugar. Refiérese (de memoria sin duda) á la *Epístola VII*; pero la máxima de la *Imitación* es mucho más precisa y fuerte que la de Séneca.

cuerdo, alegre y radiante como nuestras mañanas de Provenza, seductor y perfumado de ensueño como las horas juveniles en que le comencé á querer, ha veinte años, á la sombra de los naranjos de Tucumán. Transcribiré sin orden algunas impresiones personales. No es momento éste para ensayar el juicio sintético y definitivo de su obra, tantas veces analizada de paso, en Europa y aquí mismo (1). En pocos días más nos llegarán los ecos de sus funerales; y sin duda, oradores y cronistas abundarán en clichés tan gastados y triviales como las pompas del entierro. ¿Nos será dado escuchar un acento más vibrante que el de ese grueso Zola—el hombre más extraño á la pasión y á la gracia risueña ó conmovida;—más sincero que el de ese afectado Bourget, que ha encontrado la fortuna y el éxito en el culto del snobismo odioso á Daudet, y que hace quince años viene cortándose *smokings* elegantes en las viejas levitas de Taine? Ante esa tumba abierta ¿pronunciarán France y Lemaitre, sin reserva inoportuna ni oculta ironía, el adiós supremo, digno del que se ha ido y de lo que se va con él? Esperémosle, para honra y aliento de las letras francesas, que tan pobre figura vienen haciendo en la evolución ó crisis presente. Entretanto, procuraré resumir algunas de las sensaciones lejanas que en mí produjeron las dos ó tres obras maestras del admirable novelista, en la hora misma ó poco después de su aparición; recordaré, sobre todo, la impresión viva y

(1) Por mi sola parte tengo publicados cinco ó seis artículos sobre otras tantas obras de Daudet, en *El Diario, Sud América y Le Figaro*.

simpática que me dejara el hombre, generalmente mal conocido y no pocas veces calumniado, durante aquellas horas inolvidables en que recorría con él el barrio de las Escuelas ó me sentaba á su mesa de familia. Espero que el lector querrá disculpar una vez más la frecuencia del «yo odioso», teniendo en cuenta mi obligación de sustentar como testigo verídico ciertas afirmaciones, tendentes á destruir las leyendas que, acerca del carácter de Daudet y de sus mismos procedimientos literarios, han circulado en la prensa francesa.

II

Después de haber devorado, en mis años de colegio, la provisión romancesca de uno ó dos gabinetes de lectura, tocóme en la Argentina un período de juventud menos grato y propicio para tales devaneos. Entre el trabajar, *páne lucrando*, y el estudiar para aprender algo de lo ignorado ó no olvidar del todo lo aprendido, pasé diez años en Buenos Aires y las provincias sin mucho contacto con la literatura de imaginación. Tenía yo veintitrés cuando me establecí en Tucumán, donde á la sazón no había más librería que la del Colegio nacional. Esta biblioteca era interesante, pero severa; no escaseaban, fuera de los textos escolares, las buenas obras de ciencia é historia; pero en punto á literatura novelesca, sólo había, naturalmente, algunas españolas, y no de las mejores. Antes me había fal-

tado el conocimiento de la lengua para hincar el diente en Fernández González y Pérez Escrich; sentí, más tarde, que el entenderlos me impediría saborearlos... En suma, no leí diez novelas modernas, francesas ó extranjeras, en esos primeros años dichosos de Tucumán. Confieso que, para un futuro literato y bibliotecario, mis « años de aprendizaje » dejaban algo que desear; aproveché algo mejor los posteriores, mis *Wanderjahre*. Pasé viajando los cuatro años de 1874-78, desempeñando alternativa y agradablemente las funciones de Inspector nacional de educación y las de arriero de mulas en las provincias argentinas y bolivianas; y fué entonces—sobre todo en mi segundo cargo, ó carga—cuando volví á tomar el contacto con la literatura amena. No escribiendo aquí mis *Memorias*, no es momento y lugar para contar al lector en qué circunstancias conocí algunas de las más bellas obras contemporáneas. Era curioso, algunas veces, el contraste del cuadro ficticio con su marco real. Recuerdo, por ejemplo, que en una mañana estival del 75, yendo yo á caballo de Tucumán á Salta, la diligencia me alcanzó en la posta del río de las Piedras; el conductor me entregó un paquete de libros, envió de Buenos Aires, que acomodé en mis alforjas; seguí viaje hacia Chilca, y fué allí, después del churrasco en lo espeso del monte, donde saboreé á la siesta, debajo de un umbroso mistol, el exquisito y artificioso *Esfinge*, de Feuillet: triunfo reciente de Crozette en la Comedia Francesa, y de cuya interpretación por Sarah Bernhardt había de escribir diez años más tarde. Tales encuentros no eran raros; transmitía mis ins-

trucciones al corresponsal de Buenos Aires, calculando las fechas y las direcciones con una precisión de matemático y un refinamiento de sibarita intelectual, para recibir las «novedades» más flamantes en una aldea de Cuyo ó un tambo de Bolivia. Había, además, hallazgos casuales. La erupción educativa de Sarmiento había derramado á millares los cajones de libros de toda laya é índole por el territorio argentino; cualquier lugarejo provincial tenía su «biblioteca popular», contigua á la escuela; y ocurría que el celo mercantil de los proveedores porteños suministrara á los campesinos una alimentación un tanto imprevista. Por lo demás, esa mercadería sin dueño se dispersaba acá y allá, quedando en poder de quien la pedía; las obras en español, francés, inglés, algunas valiosísimas, se encontraban tiradas en las pulperías. En una escuela de Jujuy se me fueron los ojos tras una edición de Platón que no he vuelto á hallar en el país; y fué un poco arriba de Abra Pampa, cerca de Yavi, donde, por cuatro chirolas bolivianas, adquirí en el mismo rancho un excelente cordero mamón y un tomo descabalado del *Théâtre complet*, de Dumas hijo! No es dudoso que esta iniciación trashumante ha contribuído á dar cierto carácter incoherente y pintoresco á mi cultura literaria; después de tantos años transcurridos, quedan en mi paladar no pocos resabios del antiguo lector de chiripa—y *chiripá*. Conservo preferencias singulares y hasta debilidades inconfesables. De la primera lectura, ciertos libros guardan para mí un perfume sutil é indeleble, tan extraño y, á las veces, contrario á su substancia propia, que desconcierta mi sentido crítico:

es la impregnación del primer medio ambiente. Por eso, os lo confío con rubor, producciones tan entecas y subalternas como diertas rapsodias de Claretie, inferiores á las del mismo Delpit, me traen aún, á despecho del tiempo y del criterio más seguro, un vago efluvio de la fresca poesía que dos almas juveniles infundieron en sus páginas vulgares; é inversamente, no puedo ahora mismo abrir el sano y magistral *Middlemarch*, de George Eliot, sin experimentar de nuevo la acre sensación del ambiente sulfuroso é irritante que de noche respiraba en la fundición de Pilciao, donde recorrí esa obra por vez primera, hará unos veinte años.

En 1878 retorné á la vida sedentaria. Dirigía la Escuela Normal de Tucumán; enseñaba, aprendía, formaba una biblioteca; recibía de Buenos Aires y Europa cajones de libros y periódicos. Con mi salud impermeable á cualquier miasma ó agente mórbido, el poder de absorción indefinida de la juventud, representó aquello el paraíso de la inteligencia. Me sumergí durante años en inmensas y variadas lecturas; fué mi período de noviciado y verdadera iniciación, en que sólo existí para el espíritu, tan despreocupado de la fortuna, del éxito, de la gloria, de cualquier otra vanidad, como el monje en su claustro. Y nunca evocaré sin emoción agradecida, aquel gimnasio de disciplina severa y desinteresada labor, que vino á ser también mi hogar modesto y feliz, y donde viví tranquilo y obscuro de umbrales adentro, sin más divisa que *Trabajo y Saber*. Compartía los días largos entre la enseñanza y el estudio, igualmente fervorosos y sinceros: ya trazando á

mis alumnos el surco á flor de suelo que les tocaba fecundar; ya cavando á solas el pozo profundo que, si daba al fin con el agua cristalina, no sería nunca para surgir espontáneamente á la superficie en raudal artesiano, y quedaría siempre ignorado y sin provecho para el vecindario.

Era joven, con todo, y reía la juventud á mi alrededor: solía, pues, abrir paréntesis amenos en aquel austero y huraño trabajar. Un día del tibio y perfumado invierno tucumano, que es su real primavera, en Julio del 81, nos llegó *L'illustration* con los primeros capítulos del *Numa Roumestan*, de Daudet. Encabezaba la novela un gran dibujo de Bayard: las arenas de Nimes pululantes de abigarrada muchedumbre que desarrollaba la loca *farandole* tras los tamboriles y agudos pifanos, bajo el sol crepitante de Provenza; y allí en primer término, sobre el estrado, embriagado y teatral: el héroe del día y de todos los días para su pueblo idólatra, abriendo su ademán exuberante, entusiasta, capaz de fundir á su calor de volcán todos los témpanos polares... Quedé deslumbrado: «*Flamme et vent du Midi, vous êtes irrésistibles...*»

No conocía de Daudet sino algunos cuentos, fragmentos de *Fack*; los primeros me habían parecido encantadores, los segundos, algo monócromos y renovados de *David Copperfield*. Hice traer y absorbí la obra entera, prosa, versos, novelas, cuentos, teatro. Extraje de la *Galeria contemporánea* y puse en un marco elegante, bien á la vista, la gran fotografía de Goupil, en que aparece Daudet, joven, elegante, hermoso y apuesto como un trovador favorito de la reina Juana,—tal como lo soñaba entonces y casi lo en-

contré en París, pocos años después. Me conquistó é hizo suyo desde la primera hora y por mucho tiempo — por todo el período de influencia y tutelaje que para otros abarca la vida entera. Por cierto que en mí no fué tan largo el avasallamiento: ha tiempo que se consumó mi emancipación absoluta, no sólo de Daudet, sino de otras autoridades más altas y legítimas. Y si compruebo satisfecho que la admiración y el afecto han sobrevivido á los entusiasmos juveniles, me siento libre para juzgar el prestigioso talento y, en sus obras de valor desigual y múltiples aspectos, separar netamente las partes caducas de las sólidas y duraderas.

III

En aquella hora feliz de *Numa Roumestan*, Daudet no tenía dada á luz sino la primera mitad de su progenie literaria (1), si bien en este grupo figuran algunas de las producciones que mayor éxito han alcanzado y son consideradas por ciertos lectores como sus obras maestras; así

(1) *Les Amoureuses, Le Petit Chose, Lettres de mon moulin, TARTARIN DE TARASCON, CONTES DU LUNDI, Femmes d'artistes, FROMONT JEUNE ET RISLER AÎNÉ, Robert Helmont, JACK, LE NABAB, LES ROUX EN EXIL. Théâtre*; sin tomar en cuenta los volúmenes primitivos más tarde refundidos en alguno de los mencionados. La segunda «época» de la producción comprende: NUMA ROUMESTAN, L'ÉVANGELISTE, SAPHO, TARTARIN SUR LES ALPES, *La Belle Nivernaise, Trente ans de Paris, L'IMMORTEL, Souvenirs d'un homme de lettres,*

Risler, Jack, Les Rois en exil, sobre todo el *Nabab*. Acaso por las circunstancias que de paso he mencionado, ninguna de aquellas obras me pareció tan perfecta como *Numa*; y no temo agregar que, aun después de *Sapho*, que sin disputa domina el segundo grupo, generalmente inferior al primero, aquella impresión no ha variado y queda para mí definitiva. Por lo demás, no ignoro que casi nadie comparte mi opinión—ó casi nadie;—pero creo recordar que el autor me expresó alguna vez la misma preferencia.

No es dudoso que se hallan en *Risler y Jack*, no sólo cuadros de emoción y ternura que no han sido aventajados, sino alguno de los tipos más vivos y característicos de Daudet: Tartarin, el inefable Delobelle, el mulato Moronval, el poetaastro d'Argenson y su secuela de *ratés*. También es innegable que ciertos capítulos del *Nabab* y de *Los Reyes en el destierro*—así en el primero, la muerte y los funerales de Mora, el debate en la Cámara, las aguadas fiestas al bey; en el segundo, la abdicación y la velada de las armas—alcanzan á la trágica grandeza shaksperiana, á la pasmosa realidad histórica de Tácito ó Saint-Simón. En cuanto al segundo, fuera de aquella sorprendente *Sapho*, cuya perfección plástica queda incomparable,

Port-Tarascon, Rose et Ninette, LA PETITE PAROISSE, Théâtre (2.^a serie), *Soutien de famille* (póstuma). Se ve que la obra total (fuera de agrupaciones artificiales y colecciones de artículos conocidos bajo otros nombres, como *Lettres á un absent, La Fédor*, etc.), comprende unos 25 volúmenes, ocupando *Numa* exactamente el punto medio. Los títulos en versalita corresponden á las obras de real importancia, y se ve que también se subdividen por igual entre los dos grupos.

está demás recordar que abundan en *La Evangelista*, el segundo *Tartarin*;—¡de tan superior al primero! y en el *Inmortal*, los cuadros y tipos sociales, las creaciones artísticas no inferiores á las más celebradas,—debiendo agregarse que aquí es donde el estilo, con su concisión atrevida y brusca, su impresionismo arrebatado y agudo, ostenta hallazgos más imprevistos, bordados más originales y brillantes sobre una trama quizá menos sólida que en la primera manera.

Suele acaecer que la composición más significativa é importante de un autor—si se atiende al valor único de algunos fragmentos—no sea su obra maestra, en el sentido de perfección y plenitud que á la palabra atribuimos. Para citar el ejemplo clásico: nadie niega que se encuentran en la *Eneida* las páginas más bellas y vehementes de Virgilio; pero tampoco que sean las *Geórgicas*, y no la epopeya, la producción excelsa del poeta mantuano y de la Musa latina.—Hase definido la dicha humana: «la armonía del temperamento y de las circunstancias». Se podría decir, en términos parecidos, que la felicidad artística, generadora de la obra maestra, reside en la cabal adecuación del asunto á la idiosincrasia del artista. Así como la mediocridad de los hombres procede en gran parte de un error de vocación, también el malogro de muchas tentativas literarias proviene de una discordancia entre el escritor y su materia. Á pesar de su fino y avisado criterio, Alfonso Daudet no ha hecho excepción á la regla; casi en la misma hora de fuerza y completo desarrollo, cuando pisaba la cumbre estrecha que termina la subida y prece-

de el descenso, publicó sucesivamente, y en breve intervalo, *Numa Roumestan* y *La Evangelista*, las dos faces opuestas de su obra; pues si en la primera novela se consuma el más feliz maridaje del artista con su tema, en cambio la materia de la segunda era la más contraria á los gustos y aptitudes del escritor. Y ocurre que, con haberse invertido una suma de talento sensiblemente igual en una y otra; con ser probablemente mayor el esfuerzo gastado en *La Evangelista*, ésta resulta desmedrada y triste, pasando casi desapercibida, como la hija fea de la familia; en tanto que su estrepitoso hermano, radiante de salud y alegría, conduce bajo el cielo azul y el sol de Provenza su triunfo farandulesco, irresistible como las ráfagas del mistral.

Es, pues, la obra maestra de un artista aquella en cuya realización él ha podido juntar en haz compacto todas sus cualidades nativas y adventicias, manteniendo alejados y sin empleo sus defectos habituales, ó mejor aún, haciéndolos concurrir como elementos útiles al glorioso fin—á manera de esas victorias históricas, ganadas con el auxilio de los presidios. Todas las excelencias literarias de Daudet: brillo y nitidez descriptiva, arrebató pasional, gracia conmovedora y fantasía cómica, podían desplegarse á sus anchas en el escenario familiar de su provincia, y, por otra parte, acaecía que sus espumosas exuberancias, su incoercible y exagerado efectismo meridional—¡pues él también es de Tarascón!—todos los defectos que forman el reverso de sus cualidades, se encontraban esta vez en situación, contribuyendo á la vida y belleza del conjunto.

Así nació, vino y venció *Numa Roumestan*: obra relativamente perfecta y en cierto modo clásica, con su vuelo endiablado, sus paisajes ofuscadores, su atmósfera de polvo dorado por el sol, sus cigarras y tamboriles que parecen cantar música de Bizet; sus caricaturas enormes y debordantes de esa realidad gesticuladora y bullanguera, que es la exactitud tartarinesca. Las grotescas figuras de Bompard y Valmajour, la tía Duportal, la admirable Audiberte, hasta los comparsas más fugitivos, esbozados de un solo rasgo inolvidable, forman digno séquito al héroe triunfante,—tenor fenomenal de la tribuna, capaz de llenar y estremecer las arenas de Nimes, alma infantil y cabeza de pájaro canoro en una corpulencia rabelesiana, que sólo piensa cuando comienza á hablar y perora como otros respiran. Este compendio idealizado y genial de toda una raza, en quien Gambetta, Baragnon y diez virtuosos eximios de la frase han creído reconocerse, es una creación tan sugeridora y filosófica, que se ha incorporado á los documentos de la psicología, y que el más profundo filólogo del siglo ha completado con ella su teoría del lenguaje y la cerebración (I).

(1) MAX MULLER. *Science of Thought*.—A propósito de la creación de tipos, nada más anticuado é ignorante del proceso artístico que las «adivinanzas» de la crítica corriente. Los que buscaban un retrato en Roumestan—como en Mora, Jansoulet y otros tipos compuestos—se escandalizaban porque los hechos de la novela no correspondían á los de la historia: así el pobre Pontmartin. El artista no es una hormiga, sino una abeja: no allega materiales intactos, sino que los funde y transforma. Nadie ha dicho, por ejemplo, que la graciosa escena de Numa cantando el dúo de *Mireille* con la chica Bachellery en el gran salón del ministerio, es un recuerdo de

Sea cual fuere, lo repito, el alto valor fragmentario de otras novelas de Daudet, acaso más esparcidas y populares que *Numa Roumestan*, ninguna se iguala á ésta por la rica y sana espontaneidad, la fácil invención de variados caracteres, la viva pintura de paisajes rutilantes y cuadros íntimos, la gallardía y frescura del estilo y, finalmente, por la armoniosa adecuación del escritor fecundo á su creación luminosa y feliz. Si es cierto, como parece indudable, que la contribución propia de Daudet á la literatura contemporánea no sea la energía grandiosa, la intensa melancolía, el sarcasmo áspero y sombrío ó el vigor de colorido que accidentalmente aparecen en *El Nabab*, *La Evangelista* ó *Los Reyes en el destierro*; pero sí la pasión vibrante y nerviosa, la fina sátira, el doble y preciso don de las lágrimas y de la risa, la paleta de oro y luz que basta á transportar al lienzo los transparentes horizontes y el claro cielo de nuestra Provenza: entonces no se vacilará en saludar á *Numa Roumestan* como á la obra maestra del artista. En todo caso, es la que mejor reproduce su fisonomía simpática y da la medida de su talento, compendiando todos los méritos esparcidos en sus otras obras, anteriores ó futuras, desde la emoción contagiosa de *Risler* y *Jack* hasta la prolongada carcajada de *Tartarin*— caricatura un tanto vulgar y superficial, que hace florecer y desplegarse la imaginación de Don Quijote en un alma de Sancho Panza.

Morny. Y si alguien lo dijera, la crónica ininteligente se lanzaría sobre esa pista, ¡procurando reconocer al helado Morny en el herviente Numal

IV

Me he referido ligeramente á *La Evangelista*, la Cenicienta de la casa, y, sin duda, la novela de Daudet que menos profundamente ha penetrado en las muchedumbres. Más que un error de su talento, muestra una ilusión de su punto de vista. Por lo demás, mal podría yo tratar con desdén esta obra angustiosa, cuando le debo mis relaciones personales con el maestro, habiendo escrito de ella, con admiración y complacencia, en *El Diario* de Buenos Aires y *Le Figaro* de París (1).

Sabido es que fué aquí publicada simultáneamente en folletín por los dos diarios de la tarde, empeñándose una lucha cuyos incidentes tragicómicos había yo de referir poco después. En vísperas de mi viaje á Europa, publiqué en *El Diario* una crítica en francés, que yo creía ingenuamente admirativa y lisonjera, á pesar de ciertas reservas respecto al asunto; apenas llegado á París, con mi candor exótico, me apresuré á enviar mi artículo á Daudet. Me contestó cortésmente—una cortesía de diez grados bajo

(1) Todo lo que se publica en el *Figaro* cobra cierta resonancia: mi batalla de *La Evangelista* en Buenos Aires ha sido traída muchas veces á colación, con agregados fantásticos y, por supuesto, sin nombrarme. Hugues Le Roux también alude á ella en sus *Portraits de cire*, y la fragilidad de su memoria es tanto más curiosa, cuanto que fué él mismo quien leyó el artículo en casa de Daudet y con comentarios que, lo confieso, halagaban mi vanidad juvenil.

cero:—«mi artículo era bueno, *un peu province...*» Parece que logré despojarme prestamente de mi provincialismo: a los pocos días el *Figaro* publicaba mi *Evangelista en Buenos Aires*, con un encabezamiento elogioso, y Daudet me invitaba á comer en su casa para presentarme á Goncourt.

Goncourt no me deslumbró, ni entonces ni después; pero Daudet tomó posesión inmediata de mi ser intelectual, con una suerte de violencia simpática que más de una vez me trajo á la memoria el dicho del gran Flaubert. «*Celui-là, on l'aime comme une maîtresse!*»—No creo ser víctima de una ilusión al pensar que él también me quiso un poco, correspondiendo sinceramente á mi pasión admirativa. Por lo menos me dió de ello pruebas más positivas que todas las fórmulas afectuosas: llegó á sacrificarme parte de su tiempo, entreabriendo para mí su puerta de trabajador, severamente condenada, fuera de los domingos por la mañana. Yo solía recibir entre semana, en mi cuarto de la rue de l'Arcade, una esquila de su letra menuda, y al día siguiente acudía á la avenida del Observatorio como á una cita amorosa. Allí la deliciosa charla se prolongaba hasta el almuerzo; otras veces—¡escándalo inaudito que sorprendía á madame Daudet, y hacía asomar á su cara inteligente y buena el airecito *refrejon* de Rosalía Roumestan ante los meridionales!—salíamos á recorrer el Barrio Latino; me llevaba á las tabernas que frecuentara en los días alegres de bohemia y juventud, contándome anécdotas del Imperio y la Comuna... Se interrumpía de repente para mirar la hora y exclamar, con un terno en

patuá languedociano (1): «¡Basta de callejeo! tengo la sensación del tiempo perdido...» Y volvíamos hacia el Luxemburgo.

Daudet estaba entonces (1883) escribiendo *Sapho*, que, lo repito, sería su obra maestra, si la áurea densidad del estilo y la eficacia profunda de la observación se aplicaran á un asunto menos especial y estrechamente mórbido. Sabido es que se describe allí el peligro de las uniones libres—del *collage*, para emplear el término crudo que se repite mucho en el libro y era su título primitivo (2). Para que el estudio de un achaque ó perversión moral signifique una contribución valiosa á la ética y psicología humanas, es necesario que se trate de una enfermedad bastante frecuente y generalizada para que sus consecuencias puedan influir sobre el proceso social. Fuera de ser el caso de *Sapho* eminentemente parisiense, debe añadirse que allí mismo es esporádico en la juventud artística y literaria, y sólo por excepción reviste carácter de gravedad. Al atribuir tan excesiva importancia á una variedad erótica de la abulia, Daudet se parece al profesor de patología que consagrara un turno entero á la rara y casi

(1) Daudet no era propiamente provenzal; nació en Nimes, que pertenecía al antiguo condado de Tolosa y posteriormente á la provincia de Languedoc, cuya capital era Toulouse. Tengo mi puntito de vanidad lugareña en reivindicar á Daudet como gloria de mi provincia.

(2) La novela debía traer como epígrafe el famoso verso de Lucrecio: *Et quasi cursores vitii (por vitai) lampada tradunt*. El fino gusto crítico hizo abandonar la cita con su retruécano, que sólo aparece al final del capítulo IV.

problemática enfermedad bronceada de Addison. Era natural que Goncourt se extasiara ante «lo completo, humano y bello de la obra maestra», acaso concebida bajo su influencia de literato japonizante y autor convencido de *La Faustin* (1).

Por lo demás, la ejecución de la obra merecía todas las alabanzas; era la perfección de la factura, malgastada en una materia vulgar—algo así como la *Frine* de Praxíteles vaciada en cartón-piedra. El escritor llegaba aquí al punto culminante de su segunda manera, inaugurada en *La Evangelista*, y que, como casi siempre sucede, había de exagerarse defectuosamente en *El Inmortal*—para no mencionar las publicaciones posteriores que, decididamente, no le pertenecen por entero. Su novela, ya entonces, no se componía únicamente de una sucesión de cuadros admirables, pero apenas vinculados entre sí y casi independientes, como en *Jack* ó *El Nabab*; la formaba el desarrollo lógico de una idea maestra. *Sapho* tiene columna vertebral; revela en sus detalles la unidad de composición de un organismo. Por eso, también, faltan allí las efusiones personales y las prosopopeyas enternecidas, á lo Dickens, que amaneran y afeminan un tanto las producciones de la primera época. El escritor maduro, más y más convertido á la estética de Flaubert,—de quien procede toda la escuela contemporánea,—se desprendía de su creación: la dominaba de muy arriba para seguir su

(1) GONCOURT, *Journal*, VI: «*La SAPHO* de Daudet est le livre le plus complet, le plus humain, le plus beau qu'il ait fait,.. le livre méritant le nom de chef-d'œuvre».

desarrollo lógico, revelando como aquel maestro la fuerza impersonal y tranquila que, después de erguir en pie los personajes, deja que el drama surja únicamente del choque de los caracteres y de la fatalidad del medio ambiente. En sus proporciones menores y más limitado vuelo, aquella novela de Daudet casi alcanza la realidad pasmosa de *Madame Bovary*; sin duda, con menos relieve escultural y plasticidad impecable, pero también sin la tensión envarada que revela el esfuerzo titánico del Atlas que soporta un mundo, y transmite al lector algo de su fatiga. Á ratos, Flaubert—sobre todo el de *Salammbó*—nos hace recordar al *Hércules Farnesio* de Nápoles, rendido al peso mismo de su formidable musculatura, y que necesita apoyarse en su clava como en una muleta colosal. La energía de Daudet queda siempre más nerviosa que muscular; aun en las luchas del gimnasio, la silueta conserva su esbeltez de efebo; y es tan innata su gracia de artista meridional, que imprime un sello de suprema elegancia en su triste heroína: entre *Nana* y *Sapho* hay la distancia que va de la *grue* á la hetaira.

Por otra parte, no se encuentra en *Sapho* ni en *L'Immortel* un solo retrato de cuerpo entero: esos minuciosos é interminables retratos de Balzac, que pretenden vanamente enseñarnos á los actores; pero sí, en un momento dado, el relieve de un detalle físico, el rasgo esencial y el ademán revelador que caracterizan al personaje y no se borran más. ¡Qué lamentable y completa psicología, en esa pintura de Fanny dormida,—tan consumada cómica en la vida real, que ha logrado forjarse artificialmente una

belleza y una juventud,—y á quien su amante necesita sorprender en el abandono del sueño y el relajamiento inconsciente de la armadura, para conocerla de veras y adivinar su espantoso pasado! (1) ¡Cuánto croquis inolvidable, lapizado en tres rasgos rápidos, con negligencia aparente, y que son más sugeridores y profundos que un cuadro completo! El tío Cesáreo, «con sus ojos claros de cabra loca, su gran nariz conquistadora y un rostro que quedaba aniñado, á pesar de la tostadura del sol, de su cráneo calvo y su barba de *liguero*» (2); el matrimonio Hattéma, gordo, peludo, sentimental, en perpetuo plenilunio de miel, «cuyos besos retumbaban como palmas»; y veinte ejemplos más que podría citar. Lo propio en *El Inmortal*. Hemos visto circular á madame Astier, elegante y de aspecto joven aún; de repente miramos «en su cuello largo las grietitas (como de porcelana) que marcan la edad de la mujer». Luégo, en momentos de entrar en lucha de astucia la madre y el hijo: «El mismo talle flexible, el ojo gris impenetrable, y, en una y otra cara, una ligera tacha, apenas visible, la nariz fina, un poco desviada, dando una expresión marrullera, un no sé qué de poca confianza...» Etc., etc. La filiación física y moral se completa con cuatro ó cinco palabras precisas, y es

(1) «...et le pli de dégoût affaissant la lèvre inférieure, usée, fatigué comme une margelle où tout le communal est venu boire...»

(2) Cuente el lector el número y la variedad de las evocaciones en tres renglones; los extraños ojos estañados del animal que ha dado su nombre al *capricho*; el perfil aguileño de Francisco Primeró ó Condé; los coristas barbudos de los *Hugonotes*, etc...

definitiva. El mismo procedimiento es el que se emplea en todo el curso del a novela: es el de la vida real, sugerido por la experiencia y el hábito de la observación. No vemos á los individuos más familiares sino por fragmentos sucesivos, á medida que una circunstancia decisiva ó una emoción repentina hace resaltar en brusco relieve el rasgo demostrativo. Por eso, los más fugaces comparsas de *Numa Roumestan*, *Sapho*, *L'Immortel* cobran un aspecto de vida y naturalidad incomparables.

Pero el triunfo de la ejecución está sobre todo en el estilo, más suelto y colorido en *Numa*, más recogido y forjado en *Sapho*, ya excesivo y algo entrechocado en *L'Immortel*: casi igualmente eficaz y denso en las tres obras, siendo así que la segunda toda entera ostenta la plenitud magistral del talento en su apogeo. Siempre tuvo Daudet el don innato de la imagen nueva y de la expresión creada, que constituyó el rasgo genial de Flaubert y la deficiencia incurable de Balzac (1). Pero antes se exhibía con exuberancia; aparecía á ratos el *aria di bravura*, la página efectista en que verbos y adjetivos vistosos se alineaban en la frase, como los coristas á uno y otro lado del escenario en un final de ópera. Nada de esto en las obras maestras de la segunda época; todo parece motivado y necesario como en la misma naturaleza. Un paisaje exquisi-

(1) En las primeras obras de Daudet abundan las reminiscencias de Flaubert: más tarde desaparecen, y en *Sapho* apenas si se señalarían algunos encuentros de epítetos, probablemente inconscientes; v. gr. (última página del capítulo IV): «*l'éclair d'un rire libertin* es un eco de *Madame Bovary* (tercera parte, V).

to y profundo se despacha en tres plumadas atrevidas, con una pasmosa seguridad de mano. Los breves diálogos, por momentos un poco jadeantes, saltan del alma de los personajes, sin que nada revele el esfuerzo, el artificio, el dicho cortante y teatral á lo Dumas, hijo, acuñado para el público. Me falta el espacio para citar, pues sería necesario multiplicar los ejemplos. Por instantes, en cada página de *Sapho* se destacan de la trama los hallazgos de forma y observación, las sentencias breves, recogidas, de una *détente* interior prodigiosa, semejantes á la ecuación algebraica que contiene el desarrollo de la curva infinita. Y junto á ello estallan de repente los cohetes de cómica alogría, surgen á la vista encantada las perspectivas de gracia y frescura, los cuadros familiares de penetrante suavidad; y el lector saborea las emociones rejuvenecedoras y virginales de la más sana, de la más santa poesía.

Por lo demás, estas últimas novelas están ejecutadas por entero en escorzo; la concisión fragmentaria es sistemática. Pero no es seguramente este sistema el de la *mancha* impresionista, sino un procedimiento literario que trae el recuerdo de Velázquez en sus cuadros de *manera abreviada*, según la expresión de Palomino. Del fondo y de los personajes no están pintados de veras sino las partes esenciales; pero éstas, con un vigor y una realidad insuperables; el resto se esfuma apenas indicado, cuando no fundido en el ambiente neutro y oscuro, como en el cuadro de las *Meninas*, del Museo de Madrid (I). Conserváis de

(1) Cuando indiqué por vez primera este carácter del estilo de

tal ó cual fragmento de la novela una sensación profunda ó grandiosa, vuestra memoria cree guardar la fiel imagen de un vasto cuadro que ella ha elaborado ó completado; volvéis á abrir el libro: la escena ocupa diez líneas y la forman cuatro frases potentes y originales, henchidas de savia psicológica. Ese procedimiento de arte que Daudet volvió á encontrar y practicar en el corto período de su fecunda madurez, es propiamente el de los grandes maestros clásicos, desde Tácito hasta Merimée, y, bajo este aspecto de la ejecución artística se separa de Chateaubriand y Flaubert.

V

Ignoro si la temprana desaparición de Alfonso Daudet provocará un movimiento de reacción favorable á su personalidad artística; es muy difícil, en todo caso, que éste sea duradero y profundo. Está muy á la vista que, durante estos últimos años, su importancia exterior ha perdido terreno no sólo por el lado de la masa burguesa y filistea, que prefiere los cromos de Ohnet á las violencias de Zola, sino también ante el grupo de los innovadores: no queda ya para apreciarle—fuera de las mujeres que saborean

Sapho (en 1884) podía aparecer extraña la evocación de Velázquez, el gran realista; desde entonces Lemaître ha popularizado la noción de que entre Zola y Daudet, éste es el verdadero y único naturalista en el sano y limpio sentido de la expresión.

ante todo su refinado sentimentalismo—más que el reducido cenáculo de los artistas puros, extraños á toda secta y preocupación. Este reflujó del entusiasmo público encierra sin duda un fondo de injusticia é ignorancia. Sin embargo, si es cantidad despreciable, estéticamente hablando, el voto de la mayoría democrática ó cosmopolita, existe otro indicio más significativo: éste es el crecimiento incesante de la gloria de Flaubert, irresistible y lento como el desarrollo secular de un roble en la selva que su copa domina más y más. En vez de instituir, entre el maestro y el exdiscípulo (quien naturalmente, apenas llegado á la emancipación, acentuó la divergencia (1) para afirmar su personalidad), un paralelo en que, sin duda, yo presentaría como buenas razones mis secretas preferencias, juzgo más útil esbozar el método de trabajo que empleaba Daudet en aquella época.—El de Flaubert era muy conocido, aun antes de exhibirse en la plena luz de su *Correspondencia*: es el método severo de los clásicos y de los maestros cinceladores del Renacimiento; algo que podría llamarse el «misticismo de lo Bello»: el genio templado en la voluntad, que persigue con tenaz é incansable anhelo la

(1) Artística, se entiende; las relaciones personales fueron siempre cordialísimas.—Con Daudet, los rasgos más sinceramente sentidos suelen sazónarse con un grano de sal tartarinesca. Recuerdo que, cierto día, en su cuarto de trabajo, su hijo, (entonces colegial y examinando mío en Louis-le-Grand) tomó por juguete una de las numerosas pipas de amigos colgadas en la pared: inmediatamente, el padre, con un tono de doloroso reproche, en que retozaba interiormente la *galejada* provenzal: *Voyons, Leon, à quoi penses-tu? La pipe de Flaubert!...*

dolorosa realización de su alto ideal. La literatura moderna no conoce igual ejemplo de invencible energía y conciencia escrupulosa, unidas á tan soberana potencia plástica. Ahora bien: con sus dotes excelsas, dominadas por un criterio estético impecable, en cuarenta años de reclusión absoluta, de exclusiva y porfiada labor literaria, Flaubert ha escrito la materia de cinco ó seis volúmenes: la quinta parte del *bagaje* de Daudet, la décima del de Zola ó Goncourt—para no mencionar la fecundidad pululante de Balzac ó Jorge Sand. Por otra parte, aquel método de Flaubert no se parecía, en modo alguno, á la tarea de jornalero tranquilo, que, invariablemente, «llueva ó truene», ejecuta Zola, escribiendo cuatro horas al día, de ocho á doce, á razón de una página por hora, sin haber sospechado jamás la angustia creadora ni la fiebre extenuante de la inspiración. Flaubert era un entusiasta, un agitado, un neurópata, al igual que Daudet; pero era tal su religión artística, su desdén soberbio del lucro y del vulgar aplauso, que, semejante á Benvenuto, Cellini fundiendo el *Perseo*, hubiera arrojado á la hoguera su lecho y su mesa de comer antes que tolerar un desperfecto en la obra sublime. Es muy sabido cómo, en su soledad de Croisset, cerca de Rouen, á raíz de absorber sendos volúmenes para acertar con el único rasgo exacto y significativo, entraba en el infierno de la composición, rehaciendo durante días y noches la comenzada página, que siempre consideraba inferior á su lúcida visión, y consumiendo semanas y meses en la redacción definitiva de un capítulo. Y así ha resultado lo que sabéis, lo que se admirará eternamente, mien-

tras exista una literatura francesa y no se haya perdido el sentimiento de la realización estética. (Porque aquél era un sabio ingerido en un poeta, como bien lo mostró cuando el arqueólogo alemán Frœhner quiso criticar temerariamente la erudición de *Salammbó*, saliendo avergonzado y corrido de la empresa.) El arte supremo de Flaubert era la flor tardía y magnífica del árbol de la ciencia; y en el ambiente de credulidad é ignorancia en que viven generalmente los escritores naturalistas (1), el contraste de aquel saber variado y profundo, rematando en la creación imaginativa más perfecta del siglo, contiene una preciosa enseñanza y un saludable ejemplo.

Todo ello es más conocido que el *modus operandi* de Alfonso Daudet, á pesar de cuanto se ha referido al tanteo por *reporters* y cronistas. Ni el crítico Lemaitre ni el psicólogo Binet, han tenido ocasión ó tiempo para seguir de cerca, durante varios meses, la curiosa elaboración de la obra de arte en el autor de *Sapho*. Es precisamente lo que he logrado; hame tocado asistir, como testigo interesado y simpático, á la incubación y alumbramiento de la mencionada novela; y considero que esta larguísima observación, consignada en mis apuntes, merecería ser referida, al menos compendiada, pues constituye un capítulo de retórica viva y de valiosa psicología artística.

Cuando el ilustre novelista me hizo el honor de admitirme en su intimidad, estaba casi concluído el plan de

(1) FLAUBERT, *Correspondance*, IV: «L'aplomb de Zola s'explique par son inconcevable ignorance.»

Sapho y, *mutatis mutandis*, recogidos los datos relativos á las escenas y personajes; estos apuntes ocupaban dos ó tres cuadernos de letra microscópica. Daudet estaba lleno y como poseído de su obra en germen; no veía más que ella en el mundo; veinte veces al día mentaba á Gaussin, Fanny, Divonne, como á personas reales. Pero no tardé en notar que si en mi presencia, como delante de la familia y el secretario Ebner, refería episodios ó hallazgos repentinos de su libro futuro, se abstenía de cualquier confianza circunstancial ante diaristas y literatos. Me cuesta agregar que el mismo Goncourt no estaba, al parecer, excluído de la regla; una mañana en que entrara el autor de *Chérie*, mientras Daudet «ensayaba» un pasaje, éste dió un giro nuevo á la conversación y no volvió sobre el asunto. No olvidaba el escamoteo del tema de *Numa Roumestan* por Claretie, que frangolló su rapsodia (I) en pocas semanas, teniendo la bonita audacia de dedicarla al mismo Daudet; la mala pasada le había dejado rencor profundo y jera de oír cómo vestía en sus momentos de buen humor al futuro administrador de la Comedia y académicol

Durante la primavera de 1883, después de «poner en pie», como él decía, los primeros capítulos de la novela, se sintió fatigado; mejor dicho, hallábase alegre y dispuesto para contar su libro, pero experimentaba una especie de inhibición física para tomar la pluma y emprender la redacción definitiva. Prolongóse el *relâche* con gran

(1) *Monsieur le Ministre*.

provecho mío, pues fueron las semanas en que le vi más á menudo fuera y dentro de su casa, y pude estudiarle mejor. Por su lado, él me hojeaba como un libro, preguntándome de mi vida americana, prodigándome los consejos y estímulos. En mayo ó junio, se puso á esbozar el capítulo del hotel intérope y de la fiesta campestre en Enghien; costábale gran trabajo, como que conocía mal á sus dos horribles españolas, Rosario y Pilar, cuyos nombres le suministré (¡famosa colaboración!), amén de algunas palabrotas castellanas que, más ó menos estropeadas, salpican de crudo exotismo la disputa de las dos harpías.

Dos ó tres veces recibí en mi alojamiento (calle de l'Arcade, donde vivió Sapho!) esquelas de Daudet, dándome cita para la mañana siguiente. Me recibía solo y me anunciaba que me iba á leer el famoso capítulo... No lo leía, pues no estaba realmente escrito; pero sí lo contaba, lo cantaba, lo gesticulaba y representaba con un brío de improvisación y un desborde de talento inauditos. De vez en cuando, para observar el efecto de un rasgo atrevido y nuevo, se incrustaba el monóculo bajo la ceja y me examinaba al lanzar el cohete. Aquellas representaciones oratorias y dramáticas me causaban una sensación extraordinaria, que el estilo enfriado é impreso nunca logró reproducir íntegramente. Después de oírle, encontraba siempre que algo faltaba á su prosa tan intensa y viviente: y era el acento vibrante y la acción expresiva. Yo apreciaba debidamente el honor que para mí contenían estos «ensayos» á puerta cerrada de lo que él llamaba la *littérature*

debout (1); y aunque muy parco en observaciones, tratándose de aprendiz á maestro, pareceme que lograba su objeto, pues repetía la invitación. Pero, apenas concluía el recitado, me abría la puerta y, dándome una palmada en el hombro: «Váyase al punto: voy á escribir todo esto, calentito!...»

Así esbozó en mi presencia dos ó tres capítulos más; y cuando más tarde recibí la novela concluída, con una cariñosa dedicatoria, parecióme al pronto que era otra *Sapho*, más pálida y fría que la de marras. Y ciertamente que traía muchos cambios, y no era del todo ilusoria mi sorpresa. ¿Ha sido siempre feliz la supresión? Recuerdo, por ejemplo, en el capítulo de Castelet, un cuadro conmovedor de la viña muerta, rōida por la filoxera, y recorrida á la luz de la luna, como un cementerio cubierto de cruces negras que eran las cepas en esqueleto — la ruina de la familia y la inminente catástrofe. El fin del libro que escuché era una conferencia del médico Bouchereau, mortalmente herido por la traición de Juan y la desesperación de su hija—su sobrina en la novela —y desplomándose en su cátedra del Colegio de Francia, al pronunciar su lección sobre las enfermedades de la vo'untad... Sin duda su conciencia de artista consumado, y un concepto más alto de la obra severa, le aconsejaron estas y otras mutilaciones; —pero eran cuadros soberbios y patéticos, y sigo pensando que el autor ha suprimido algunas irremplazadas bellezas.

(1) Alusión á la división de la magistratura francesa: los jueces forman la *magistrature assise*, los abogados generales, procuradores, etc, el *parquet* ó *magistrature debout*.

Ahora bien: descartado todo lo que el procedimiento revela de potencia imaginativa é irradiación inspiradora, ¿debe aconsejarse tal manera de concebir y elaborar la obra de arte, que asimila lo que es para otros una lenta cristalización de la belleza, á una fogosa improvisación oratoria, gesticulada ante la visión trepidante de un cinematógrafo? ¿Aparecen allí buscadas y halladas las verdaderas condiciones del monumento duradero y definitivo, *aere perennius*, que el otro gran escritor, modelo y maestro de toda la literatura contemporánea, tenía la conciencia de haber erigido para su gloria y la de su nación? La respuesta fluye de las reflexiones precedentes; y la sentencia más justiciera que, respecto de Daudet, pueda pronunciarse, es que su producción intermitente y admirable da la idea é inspira el sentimiento de la obra genial que podía hacer y no ha hecho: nos ha dado el polvo de diamante que hace reverberar al sol sus mil facetas microscópicas, en lugar del único brillante, tallado y valiosísimo, que la suma de aquellos cristales diminutos representa para la sola imaginación.

Así conocí y amé al gran artista que acaba de extinguirse, á la edad que para otros representa la plena madurez y el apogeo del talento. Para mostrarle mejor, he tenido que ponerme en escena, refiriendo cómo me fué dado estudiarle en la intimidad. Pero no he hablado bastante de su aguda perspicacia intelectual, de su perpetua irradiación creadora; no he insistido en sus cualidades de hombre y amigo, tan negadas por la impotencia y la envidia. Acaso debí referir algunos actos caritativos de que he sido

único testigo,—como cierta visita desgarradora que hicimos juntos á una boardilla del barrio Montparnasse,— y mostrar con qué generosidad espontánea, ese irónico burlón tendía la mano á los infortunios que llaman diariamente á la puerta de los hombres célebres.

Temeroso de que se pudiera atribuir á satisfacción pueril la ingenua expresión de mi agradecimiento, tampoco he hablado de su bondad para conmigo, de su amabilidad inagotable para presentarme á los que entonces merecían ser vistos y escuchados, de su indulgencia por mis ensayos, finalmente, de sus consejos alentadores que me mostraban todavía posible un porvenir más halagüeño, si no más feliz... Confieso que me dejé tentar por el gran seductor; y en la tarde triste de mi salida de París, cuando joven y lleno de anhelos de gloria, creía, que pronto había de volver: al alejarme por la avenida de la Opera, me daba vuelta por momentos hacia el Apolo de Millet que erguía su lira de oro en el espacio, como un llamamiento falaz... Había de volver después de doce años, tan obscuro é ignorado como antes, con algunas ilusiones menos y algunas decepciones más,—quizá por haber quedado fiel, como el Posa de Schiller, á los ensueños de mi juventud. Y acaso no haya osado confesarme á mí mismo que no quise entonces ver á Daudet ni á los otros, porque retornaba á mi patria, hijo pródigo cuadragenario, á quien nadie podía ya recibir en el umbral paterno, sin haber realizado uno solo de mis anhelos ni cumplido una sola de mis promesas.

LA OBRA DE BIZET

CONFERENCIA DADA EN EL ANFITEATRO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
EN LA NOCHE DEL 27 DE ABRIL DE 1903

Señoras, Señores:

.....
.....
... Voy á referiros ingenuamente las emociones pasivas, mejor diría el íntimo turbamiento que en mí han renovado, tantas veces como las oyera, ya en América, ya en Europa, las páginas sueltas de aquella inspiración genial que, así fragmentaria y trunca como la quiso el destino, se yergue á modo de obelisco alto y estrecho por sobre los veinte edículos de la moderna escuela francesa.

No he conocido personalmente á Bizet. Con todo, puedo decir que, después de admirar al artista por el contacto repetido de sus producciones, he amado al hombre á través del cariño fraternal que Alfonso Daudet le conservaba

desde aquella memorable colaboración de *l'Arlesienne* (1). ¡Cuántas veces pedí al vibrante novelista «tarasconés» que evocara para mí solo la simpática figura, en ese reducido gabinete de la Avenida del Observatorio, que se estrechaba aun por los estantes de libros en desorden, y se me antojaba un santuario artístico, con sus ex-votos de cuadros y bustos dedicados al maestro—sin que, por cierto, fueran parte á entibiar mi devoción literaria las venerables pipas de Flaubert alineadas en armero contra la pared! Hasta ese año de 1883, que señaló la tardía rehabilitación de *Carmen* ante el público francés, no existían biografías de Bizet; y tan sólo por las efusiones que vengo recordando llegué á entrever algo de su atrayente persona, de su carácter generoso y cordial, de su robusto buen humor parisiense que, sin dejar que trascendieran jamás al ambiente doméstico los ecos del combate, derramaba la felicidad, como anticipo de la fortuna y de la gloria, en el hogar ya ilustre que Genoveva Halévy, hermana encantadora de la ideal «Hebrea», perfumaba de distinción y elegancia. Aunque poco iniciado en la música de estilo, Daudet recordaba todavía su estremecimiento de trovador instintivo ante lo exquisito y raro de las armonías que acariciarán á su Arlesiana en la noche triste del estreno. «Pase, decía, que los filisteos literarios estrangulasen mi pobre idilio trágico, ¡pero que los críticos musicales tuviesen oídos de Sarcey para tales melodías!»—Solía interrumpir entonces

(1) Para otros detalles, véase el estudio sobre el novelista, en este mismo volumen.

sus indignados estallidos para entonar en el dialecto original *La Marcha de los Reyes*; y su voz frágil de flautín provenzal, que acompañaban rumores de follajes del vecino Luxemburgo, cobraba inusitada melancolía al evocar, en la paz funeraria de la tarde, al compañero de los años juveniles, al Marcelo del arte cuya fama póstuma volvía ya del extranjero, pidiendo á la patria arrepentida las únicas flores de mágica virtud que consagren una memoria y ¡reparación tardía! la embalsamen para la inmortalidad.

Acabáis de aplaudir la sinfonía *Patrie*, con su entrada arrebatadora que recuerda la fulgurante marcha de Rakkoczy,—como que podría ser de un Berlioz joven, menos romántico quizá, pero más equilibrado y melódico que el otro. Oiréis luego ese poemita de gracia que se titula *Les Feux d'enfants*, la maravillosa *Danse bohémienne* de la *Folie fille de Pertch*, toda la *Arlésienne*, en su forma sinfónica y definitiva; por fin, los preludios ó entreactos de *Carmen*, que no necesitan calificativos.

Pero dicho se está que, tratándose de un compositor esencialmente teatral, todo programa de concierto sinfónico, por dilatado que se lo suponga, elimina necesariamente las faces más importantes y significativas de la obra artística. Las producciones puramente musicales de Wagner pasan de cincuenta, entre sinfonías, marchas, poemas y sonatas, algunas de ellas tan interesantes como el *Idilio de Siegfried* y la *Marcha de fiesta*: ¿quién duda, sin embargo, que no podría llamarse wagneriana cualquier audición de Wagner en que brillara por su ausencia

el repertorio de Bayreuth? Esta forzosa deficiencia de nuestro programa, exclusivamente instrumental, es la primera razón justificativa de mi monólogo sobre Bizet: os diré algo de las partituras que conozco, sin disimularme que cualquier comentario en prosa, aunque fuera menos incompleto y desautorizado que el presente, no equivaldrá jamás á la prueba experimental de la más pobre ejecución. Siento en especial que no podáis saborear siquiera un specimen de su primera manera dramática: por ejemplo, ese magnífico dúo de los *Pescadores de perlas*, que ajustado por Guiraud al *Pie Jesu* litúrgico, resonó bajo las bóvedas de la Trinidad el día de los funerales del maestro. Hubierais comprobado, á par de la belleza melódica, el precoz dominio de la ciencia armónica que poseía, casi al salir del aula, este compositor de veinticuatro años. Ya desde entonces sólo podía madurar y desarrollarse su concepto estético de la obra del arte: como inspiración y factura, su genio musical estaba completo, cual ocurre con las individualidades potentes que señalan el término y el supremo *épanouissement* de una serie hereditaria.

Bizet era, en efecto, de raza artística. Hijo y sobrino de músicos distinguidos, á los nueve años interpretaba á su modo las sonatas de Mozart. Ingresó en el Conservatorio con dispensa de edad, ocupando desde el principio y guardando hasta el fin el primer puesto, sin esfuerzo aparente, con el movimiento tranquilo de la nave que sube con la marea. Ganó naturalmente todos los primeros premios: de solfeo, de piano, de órgano, de fuga y de composición —por fin, en 1857, el gran premio de Roma que,

como sabéis, vale al laureado una pensión con tres años de residencia en nuestra Villa Médicis.

Apreciador entusiasta de la belleza italiana, así natural como artística, supo conciliar su culto por los Kapelmeisters clásicos con su admiración por estos calientes y fáciles cantores de la pasión y de la vida, sin exceptuar al violento y rudo Verdi, cuya espontaneidad sanguínea se avenía con el temperamento dramático del futuro autor de *Carmen*. Estas afinidades electivas del genio en sus labores contienen indicaciones preciosas, y acaso podríamos definir á Bizet, sin asustarnos por el contraste de los nombres, diciendo que su originalidad consistió en combinar el metal puro de Mozart con una fuerte aleación del maestro parmesano. Y es por lo menos curioso comprobar que el estilista refinado, á quien tanto se reprochó su pretendido wagnerismo, pidió ser eximido del viaje facultativo á Alemania, prefiriendo prolongar un año más su fecundo *far niente* de Roma y Nápoles. La consecuencia fué que algunos de sus envíos anuales no encajaran en el molde reglamentario: así cierta ópera bufa titulada *Don Procopio*, que fué mandada al grave Instituto por el maestrino retazón, en cambio de la misa solemne que el reglamento exige. Otro envío menos herético fué su *Suite d'orchestre* con el delicioso *scherzo* popularizado por Padeloup, y que Ambrosio Thomas tuvo el buen gusto de hacer ejecutar en presencia de nuestras cinco academias. Entre tanto había concluido el dulce noviciado, con sus enjambres de ilusiones nacidas al calor del alegre compañerismo y del cielo azul: París fascinante y terrible Minotauro de la glo-

ria, reclamaba su tributo de víctimas. La realidad se alzaba ahora, formidable, sobre los frágiles escombros del castillo aéreo. Principiaba la subida á la cumbre, por entre los peñascos de la preocupación que obstruyen la vía y los abrojos de la rivalidad que desgarran la carne. ¡Lúgubre ascensión, y tanto más áspera, cuanto el que la emprende se muestre más desdeñoso de las sendas trilladas, nutriendo la ambición heroica de llegar á la cima por senda virgen, abierta por sus manos en la roca hostil! Este jóven obscuro sentia bullir en su cerebro el inquieto fermento de la novedad, que implica la contradicción, la lucha sin tregua con la opinión reinante, el guante arrojado á las potencias del día, el santo furor de un Polieuto contra los falsos ídolos. ¡Ay de los que, en nuestra edad de hierro, padecieren sed de ideal, porque tendrán que aplacarla primero con su sangre y sus lágrimas!...

Estos años difíciles, los *hard times* del artista ignorado, fueron particularmente dolorosos para Bizet. Había llegado de Italia para cerrar los ojos á su anciana madre; hallábase solo, pobre, desvalido, sin otro cordial en los desfallecimientos de la inspiración que el parabién sospechoso de los émulos—cuando no se llamaban Reyer, Saint-Saëns, sobre todo Guiraud, el amigo fraternal de los días buenos y malos. Atrincheradas las puertas de los grandes teatros, á pesar de su privilegio platónico como alumnos de Roma, los laureados de ayer se ingeniaban para deslizar un número vergonzante en los conciertos del domingo; y de tiempo en tiempo, haciendo en breve tregua á la labor diaria y juntando en humilde cenáculo sus soledades, estos

Tántalos de la fama se confiaban las primicias del talento para darse la ilusión del aplauso del público. Pero Bizet estaba templado para el combate; pertenecía al grupo de los fuertes que se yerguen y se atiesan ante el obstáculo hasta vencerlo.

Sufrió sin amilanarse las leyes de la necesidad; aceptó con silencio altivo las tareas más pedestres de la profesión: copia y corrección de manuscritos, lecciones á domicilio, transcripciones de óperas vulgares, fabricación de música de baile—y apenas si las peores concesiones al mal gusto público, sórdidamente fomentado por los editores, lograbán arrancarle un rugido. Tenía su castillo interior, donde se refugiaba á la noche para oír cantar á solas el himno de su genio. La única transacción que no consintió jamás fué la de exhibirse en público como pianista. Todos sus amigos, desde su maestro Marmontel, el más severo y competente de los jueces, han celebrado su admirable ejecución, en que se traslucía la intensa personalidad del artista por la manera especial de destacar, en cualquier página de los grandes maestros, la frase melódica por entre su séquito armonioso. Á su asombrosa memoria musical, que le permitió cierto día reproducir instantáneamente, en presencia del mismo Listz, un temeroso estudio inédito que el incomparable virtuoso acababa de tocar,—unía Bizet una facilidad de lectura que por lo portentosa se había hecho proverbial. Refiere Gounod que, para tener una primera impresión de conjunto de sus obras recién escritas, solía llamar á su joven amigo: llegaba éste á la noche, abría sobre el piano la partitura manuscrita, de tan confuso ga-

rabato que su mismo autor no acertaba á descifrarla; y, á primera vista, sin lectura previa, improvisaba la complicada reducción, juntando en haz armonioso los diez hilos distantes de la orquesta y tarareando el canto con su voz blanca de aficionado. Pero no lucía sino en reuniones de artistas estas habilidades secundarias: no quiso ser y no fué más que compositor.

Compositor teatral —ello va de suyo. Para el músico sin fortuna no hay término medio entre la carrera vegetativa del profesorado y la tentativa escénica. La composición puramente instrumental no asegura la existencia, no paga, como dicen crudamente los yankees. El mismo Saint-Saëns, que tiene escritas diez obras maestras de música pura,—entre éstas la sinfonía más bella y perfecta quizá que desde la tercera de Mendelssohn se haya oído,—sólo deberá al éxito tardío de *Samson et Dalila* el *otium cum dignitate* de su vejez. Las sinfonías se escriben para la gloria de los autores y la fortuna de los editores. La igualdad moderna, al emancipar socialmente al artista, no ha hecho sino transformar su antigua servidumbre; y acaso la material, que antes le vinculaba á príncipes y señores más ó menos ilustrados, no fuera peor que la intelectual, que ahora encadena su inspiración á los caprichos de Calibán. Ahora bien: con saber que las empresas teatrales no pueden prosperar sino con la afluencia de la muchedumbre, está dicho que el poeta y el músico necesitan rebajar al nivel de quien las paga sus creaciones.

Ya hemos visto que Bizet no era hijo de banquero, como

Mendelssohn; pero es mi creencia que, aunque lo fuera, no habría resistido al llamamiento fascinador de la sirena teatral. Tenía, como he dicho, un temperamento esencialmente dramático. Por otra parte, con razón ó sin ella, creyó y manifestó siempre que su inspiración artística, hecha de precisión y finura francesa, no abarcaría sin esfuerzo las vastas proporciones de la ópera á lo Meyerbeer. Adaptó, pues, su primera obra, como las subsiguientes, al molde estrecho que se llamaba entonces con seriedad, y sigue llamándose con ironía: «el género eminentemente nacional».

La «ópera cómica», que tal es su nombre consagrado, evoca para muchos extranjeros la idea de una suerte de opereta ó zarzuela, antes alegre que sentimental, y que se caracteriza por la intercalación de diálogos entre los trozos musicales. Zarzuela aparte, nuestra ópera francesa, que no difiere esencialmente de la italiana de *mezzo stilo*, cuenta en su repertorio verdaderas joyas de gracia y distinción, desde el *Richard* de Grétry hasta el *Domino noir* del harto fecundo Auber; y al omitir, en gracia de la brevedad, á Boieldieu y Hérold, es el caso de repetir el célebre hemistiquio de Víctor Hugo: *Œn passe, et des meilleurs!*—La convención del diálogo se explica por el origen de la ópera cómica, que fué primitivamente una comedia ligera con mezcla de arietas. Tiene sin duda algo de chocante la inesperada substitución de la música por los dimes y directes de los personajes,—tanto más, cuanto que los cantantes son por lo regular actores afectados y recitantes insípidos. Pero, á decir verdad, no le llevaba gran ventaja el

recitativo seco del *Barbero*, con sus puntos y comas de acordes perfectos...

Sea como fuere, nuestro «género nacional» reinaba entonces sin disputa. Libreto y música fundaban su excelencia en sus cualidades, también nacionales, de exquisita elegancia y límpida claridad. Asomaba á ratos un suspiro de tristeza sentimental para realzar la gracia picante: una lágrima entre dos sonrisas: la pesadilla de una noche de verano; y el conjunto deliciosamente artificial, era algo así como el cuento azul de la pasión. La menor tentativa armónica se reprimía como un exceso de ciencia pedantesca; y pudiera aplicarse á nuestra antigua música la fina imágen con que Voltaire (rey espiritual del siglo en que la gracia fué reina) definía su prosa cristalina: «la transparencia del arroyo proviene de su poca hondura». El éxito teatral más ruidoso de entonces no era el de *Fausto* de Gounod,—también dialogado en su primera forma y declarado muy abstruso por la crítica,—sino la *Circasiana* de Auber, puesta en las nubes por el famoso Scudo, autor de cierto *Fil de la Vierge* inofensivo, con que el inocentón creyó estrangular á Wagner.

Tal era la situación al tiempo que Bizet se ceñía los lomos para entrar en la liza, dos años después de caer el *Tannhäuser* en la gran Opera. El público imponía las cavatinas y romanzas á los autores, los trinos y volteretas á los cantantes; á todos, el convencionalismo y la frivolidad. No le era dado siquiera al recién venido, que no contaba con altas influencias, correr el albur de un ruidoso fracaso, casi tan eficaz como una victoria para sacarle de la obs-

curidad. Aceptado á duras penas por el empresario, con la condición de que su obra se ajustara al corte tradicional, ésta no hubiese, en caso contrario, pasado más allá de la primera lectura. Era el rechazo, el silencio, el limbo artístico... Y lo que quiere ante todo el autor primerizo, que vive de ilusión é invencible esperanza, es el gozo inmenso de ver palpitar, materializada ante el mundo, la creación de su espíritu, siquiera salga mutilada y contrahecha de las tenazas directoriales. ¡Vivir, existir á todo trance y á cualquier precio: tal es el grito de la juventud!

Así las cosas, muy lejos de reprochar al pobre Bizet las concesiones de sus primeras partituras al mal gusto reinante, debemos tenerle en alta cuenta el que las haya entreverado de tantas páginas exquisitamente originales; y que, teniendo á la mano el éxito seguro con la fácil imitación de Adolfo Adam, haya preferido inspirarse, aunque fuese por cortos momentos y como á hurtadillas, en los divinos modelos de Mozart. No es tanto por la frescura y espontaneidad de las melodías de Bizet, por lo que el otro gran nombre vuelve á mis labios, —pues al cabo la florecencia melódica es don natural de la juventud,—cuanto por la precoz maestría de estilo que dichas obras revelan: por su impecable ortografía instrumental, si tal puede decirse, digna, en efecto, de recordar, guardadas las proporciones, al genio sublime que supo la música casi sin aprenderla, como una lengua nativa, y para encerrar en un tercio de vida su obra prodigiosa, necesitó no tener infancia como no tuviera vejez.

La primera obra teatral de Bizet, *Los Pescadores de perlas*, se estrenó en la Ópera Cómica el 29 de septiembre de 1863. El poema exótico y legendario carecía de acción dramática, si bien ofrecía algunas situaciones favorables al desarrollo musical. Habéis aplaudido en Colón y la Ópera las encantadoras barcarolas ó romanzas de Nadir y Leila, impregnadas de vaga poesía oriental, según se la entendía desde el *Desierto* de Felicien David.

Pero otras páginas más amplias y originales honran altamente al músico: así los preludios instrumentales, los coros de los pescadores invisibles, mecidos al compás de las olas nocturnas; otro coro bailado en la selva sagrada; por fin, el gran dúo mencionado, inspiración patética, que, como dije, fué cantada en el templo el día del entierro de Bizet, juzgándose la más adecuada que otra alguna suya para simbolizar sus «novissima verba».

La ópera no tuvo éxito, á pesar de su excelente interpretación—y agregaré: á pesar de las cadencias, trinos obligados, arias y dúos vaciados en el molde italiano, como el de soprano y barítono en el tercer acto. Las fórmulas triviales no lograron que el público perdonase al compositor sus novedades y delicadezas armónicas, el colorido original de su instrumentación: todo lo que anunciaba un maestro á la joven escuela lírica. Fuera del gran Berlioz, que pronosticó la carrera futura del astro que surgía al horizonte, la crítica se mostró arisca y, hay que confesarlo, todavía más ininteligente que hostil. Entonces salió á luz aquella eterna acusación de wagnerismo, que había de perseguir al músico hasta la tumba, por más que ambos

maestros, en sus obras posteriores y las más características de uno y otro, acentuasen más y más su divergencia. La insostenible afirmación se estampa aún diariamente; hasta se la encuentra formulada en un libro reciente, y por otra parte muy estimable, del profesor Lavignac. No se necesita gran doctrina, sin embargo, para demostrar que, en lo esencial, la concepción lírica de Bizet se aparta en absoluto de la wagneriana, que sólo se manifiesta plenamente en los dramas posteriores á *Lohengrin*. Sabido es que los elementos principales del wagnerismo consisten: primero, en la llamada melodía infinita; luego, en el empleo sistemático del *leitmotiv*; por fin, en la preferencia concedida, para la instrumentación, á la marcha independiente de las partes—que los técnicos llaman estilo fugado—sobre la combinación armónica propiamente dicha.

Ahora bien: aquel arabesco sinfónico que se prolonga y complica indefinidamente, sin atender á la tonalidad, á la cuadratura rítmica ni, mucho menos, á las cadencias perfectas, significa, sin duda, el polo opuesto del estilo de Bizet, siempre preciso, sobrio, de contornos nítidos, con sus frases marcadas y como talladas en facetas. Considerado como repetición ó *rappel* de una frase característica, el *leitmotiv* se encuentra en los compositores más célebres, desde Gluck y Mozart hasta Weber y Berlioz: recordad, para sólo citar ejemplos familiares, el tema de los anabaptistas en el *Profeta*, y allí mismo el sueño de Juan, en que aparecen los motivos de la consagración. No es discutible que esta forma libre del motivo evocador—que es también la usada en *Tannhäuser* y el *Buque Fantasma*—sea la que

empleó Bizet para caracterizar ciertas escenas ó personajes de *l'Arlésienne* y *Carmen*; pero, de ningún modo el procedimiento novísimo de la última manera wagneriana, que consiste en una prodigiosa amalgama y como dilución de los temas típicos en la sonora masa orquestal. Finalmente,—y aquí, bien lo comprendéis, me apoyo en opiniones mucho más autorizadas que la mía,— la instrumentación nerviosa y colorida del artista francés sólo se parece á la profunda polifonía del mago de Bayreuth: en el propósito patente de conferir á la orquesta la verdadera interpretación del drama; en la adaptación perfecta de cada instrumento y timbre especial á las escenas y peripecias; en la eficacia sinfónica del conjunto, basada en la labor maravillosamente prevista y acabada del menor detalle. En todo lo demás,—digamos, en lo personal,—subsisten los contrastes de escuela y temperamento.

Bizet conserva la tradición de Mozart, quedando clásico hasta en sus arranques dramáticos más violentos y apasionados, sin desleír jamás la melodía vocal en el tejido armónico. Wagner acumula y funde en sus obras colosales todos los procedimientos conocidos; pero, donde su originalidad enorme se destaca y afirma con relieve único, es en la intensidad inaudita de la sugestión musical, que suele llegar á la angustia, y es obtenida, ya por medios efectistas, ya por hallazgos geniales que los maestros de la sinfonía no sospecharon jamás. Y claro está que un artista sincero como Bizet, aunque no hubiera visto representar á Wagner,—sólo había oído á *Rienzi*—tenía estudiadas sus obras, al par que las de los otros maestros; pero

su propia personalidad salió ilesa del contacto, su preocupación constante del realismo dramático no se contaminó de simbolismo legendario, y su admiración razonada por el genio repudió los excesos del sistema, muy lejos de llegar á la imitación. —En definitiva, no es excesivo afirmar que Bizet se parece tan poco á Wagner como un cristal á una enredadera; y las supuestas semejanzas, que se persiste en descubrir entre sus obras, sólo revelan la fuerza del prejuicio y la superficialidad de la crítica.

La Folie fille de Perth, segunda ópera de Bizet, que fué representada en 1867 en el *Théâtre Lyrique*, no alcanzó mejor éxito que su hermana mayor. Ha sido reestrenada en el mismo teatro, en 1890, cuando ya la fama de Bizet llegaba á su apogeo, sin conseguir, no obstante, que la crítica reformara la primera sentencia.

Es probable que entre por algo en el desvío del público la elección del libreto, que no ha sacado de la novela de Walter Scott sino sus defectos: el estilo descolorido y el andar pesado del original, sin el relieve de los personajes y la virtud de evocación histórica. Mucho me temo que la encantadora Katie Glover quede ahora sepultada para siempre, y no pueda resucitar sino en forma de puro simbolismo musical, como la Arlesiana. No es dudoso que la partitura sea superior á la de los *Pescadores*, y seguramente podrían extractarse de ella una ó dos *Suites d'orchestre* que alcanzarían en los conciertos éxito triunfal.

Dos páginas incomparables y absolutamente originales bastarían á salvarla del olvido: vais á oír una de ellas:

aquella arrebatadora *Danza bohemia*, que ha merecido ser comparada al coro de las *Ruinas de Atenas* de Beethoven, y, en la noche del estreno, fué saludada con largas aclamaciones. La otra, de una belleza más nueva y extraña aún, es una escena de embriaguez, tan lúgubramente desesperada que llega á los límites artísticos de la tristeza y del terror. Muchos otros fragmentos delicados ó grandiosos merecían escapar al naufragio. Así lo comprendió el mismo Bizet, al engastarlos en otras obras más felices, cual hizo con el segundo minué de *l'Arlésienne*, finísimo encaje en que las hadas podrían mecér el sueño de su reina Mab, y que no es sino un acompañamiento melódico de la *Folie fille*.—Lo propio ocurre con *Djamileh*, deliciosa miniatura sobre la *Namouna* de Musset, sin cualidades escénicas, y que ganaría inmensamente con ser convertida en poema sinfónico, á semejanza del *Paraíso y la Perí* de Schumann. *Djamileh* cruzó por la escena de la Sala Favart, sin dejar otra huella de su paso que un soneto vengador de Saint-Saëns sobre *la perle aux pourceaux jetée*. Pero es justo consignar que la alta crítica parisiense, ya confiada á manos tan competentes como las de Reyer, Weber y Joncières, saludó sin reticencias el advenimiento del nuevo genio musical. Bizet no tardó en justificar el anuncio; *Djamileh* fué su última incursión en el orientalismo de mampara; y henos ya en presencia de las dos obras maestras de realidad intensa, hoy universalmente aplaudidas, que bastan para asegurarle la inmortalidad.

Sabéis que la *Arlesienne* no era primitivamente sino la

música de escena intercalada en un drama de Daudet. El éxito fué lamentable; y era lógico que los abonados de Vaudeville, que cerraban los ojos ante los cuadros luminosos de la tierra provenzal, no abriesen los oídos para las exquisitas melodías inspiradas en aquéllas. La gracia literaria del diálogo, la emoción íntima del estilo, la verdad de los cuadros y caracteres, la sanidad agreste y la fragancia de alhucema que esa prosa cincelada trascendía: todo fué letra muerta para el dócil rebaño de Sarcey. Daudet solía decir que éste asesinó la pieza. No fué propiamente un asesinato. Acabo de recorrer el folletín: es el retozar inconsciente de un elefante en una cristalería de Bohemia; ó si preferís, su irrupción en un invernáculo de plantas raras, donde el buen paquidermo vuelca macetas, pisotea helechos y orquídeas, ramonea flores delicadas, diciéndose sin duda, en sus adentros elefantinos, que tanta hojarasca y fruslería no vale un manojo—ó un trompada—de alfalfa. Por cierto que aquello se lee ahora con toda la sonrisa de desprecio compatible con el bostezo. Obligado á retractarse doce años después, ante la *reprise* triunfal del Odeón, el crítico ejecutó un cambio de frente, atribuyendo ahora el gran éxito á la música, que antes declarara insignificante ¡y hasta nociva para drama! El público se rió del buen tío; pero con risas no se curaba la antigua herida. Y fué seguramente una herida moral, si no física, la que recibieron aquella noche las dos víctimas de la triste jornada. Tomados del brazo, según me refería uno de ellos, salieron juntos del teatro, desdeñando hipócritas condolencias; y en tanto que los inútiles del «Tout Paris» se desparra-

maban por los lujosos salones de Bignon y la *Maison dorée*, los vencidos fueron á cenar en un hodegón de los mercados, consolándose mutuamente con el tétrico ¡*E pur si muovel* de las derrotas injustas.

Con todo, la rehabilitación fué para el músico menos tardía que para el poeta. Un mes después de la caída, Padeloup ejecutaba delante de un público entusiasta una *Suite de l'Arlésienne*. Más tarde, á pedido del director de los conciertos populares, Ernest Guiraud, el fiel Acates del malogrado maestro, compuso una segunda *Suite*, también extractada de la partitura,—á excepción del minué de la *Folie fille de Perth*,—y no menos bella que la primera.

Este desquite de la *Arlésienne*, en los conciertos, fué bastante significativo para que el director del *Opéra comique* confiara inmediatamente á Bizet la música de *Carmen*, extractada de la novela de Mérimée, nada menos que por Meilhac y Halévy. El libreto era excelente, diestramente cortado en la preciosa novela y de alto sabor literario—como que los hábiles *faiseurs* se habían ceñido estrechamente á la prosa de Mérimée;—por fin, las decoraciones y trajes pintorescos eran los de la única región que haya podido sufrir la invasión romántica sin perder su colorido y sabor local. *Carmen* subió á las tablas el 3 de marzo de 1875. Pero, en su marco escénico de crudo realismo, y en razón de la admirable interpretación de la Galli-Marié, la obra produjo un efecto de escándalo: cayó herida de muerte bajo la acusación de inmoralidad. El fallo me parece erróneo, ó por lo menos excesivo; y quizá alguno de mis oyentes, no del todo parisiense, pudiera extrañar este

acceso pudibundo por parte del público que aplaudía á Offenbach. La razón está en que no era el mismo público: en esto estribaba la equivocación de los expertos libretistas. La Sala Favart era entonces, mucho más que hoy, un teatro de familia: el punto de cita, en ciertos días, de los novios ó candidatos al noviazgo. Las señoras de la buena burguesía francesa no conocen la mayor parte del repertorio «eminentemente parisiense», y sus hijas solteras lo ignoran en absoluto. De ahí, el carácter algo insulso de la ópera cómica tradicional que tengo descrita, y de ahí también el choque sufrido en presencia de *Carmen*, que por cierto no pecaba de insulsez. En suma, *Carmen* no es inmoral: su crudeza de pintura está salvada por la belleza artística. Pero los folletinistas teatrales no podían en general sentir tales bellezas. De la música rutilante, el bien comido público ño aplaudió débilmente sino las melodías fáciles que pudiera tararear á la salida: la habanera imitada de Iradier, que le pareció un «rappel» de la canción entonces popular ¡Ay! *chiquita!*; el coro de los niños, el estribillo ó muletilla del toreador. En cuanto á la crítica musical, se dividió en dos campos: el de los pelucones, que reprochaban al compositor sus audacias de estilo, y el de los melenudos, que le escarnecían por sus tímidas concesiones al gusto burgués. Unos y otros concordaban en pronosticar corta vida á la pieza. El destino realizó generosamente la profecía macabra; la misma semana vió acabarse la obra y el obrero: Bizet había muerto en Bougival el 3 de junio, de un ataque cardíaco.

Creo, señores, que yo nunca podría, aun poseyendo la competencia técnica que me falta, emprender una apreciación razonada de *Carmen*. Hoy mismo, al escucharla por la trigésima vez, perdería mi sangre fría: toda mi crítica habría de reducirse á un redoble de palmadas. Lo aplaudiría todo, desde el sonoro prelude, de ritmo tan franco y desenfadado, hasta el ahogado sollozo del matador. Muy difícil me sería, por otra parte, presentaros bajo un sesgo nuevo materia tan sabida; y al ensayar una revista cinematográfica de la más popular de las obras maestras, temería parecerme á ciertos viajeros americanos que, no bien desembarcados en Europa, nos transmiten con alborozo su descubrimiento de Londres y París.

Siquiera esta circunstancia me permitirá ahorraros una reseña del argumento: soy demasiado cortés para dudar de que seáis lectores de Mérimée, ó por lo menos, abonados de la Opera.

No ignoráis, pues, que el navarrés José se encuentra suspenso, como Roberto el Diablo, entre su ángel bueno y el malo. La elección no puede ser dudosa: José se adhiere á la satánica gitanilla, que le abandona por un toreador, y una cuchillada pone punto final á la discusión. Es, como diría Heine, la vieja historia siempre nueva, sólo rejuvenecida aquí por la crudeza realista de la ejecución, bajo el espléndido sol andaluz que pone marco de oro á la brutal pintura. Después de este rápido saludo á Mérimée (I), entremos un instante en la joyería de Bizet.

(1) Sobre la *Carmen* de Mérimée, tengo escrito un ensayo, reproducido en el libro *Une Enigme littéraire*.

El brillante preludio sinfónico está construído sobre el plan de Hérold y Weber, ó, si preferís, de la primera manera de Wagner: vale decir con los motivos principales de la ópera. Vais á oírlo luego. Forman su primera parte la impetuosa entrada de la cuadrilla y el estribillo del torero, ambos de admirable sonoridad y ritmo irresistible. En seguida, tras un breve silencio de los cobres, el trémolo febril de los violines, en tonalidad audazmente cambiada, prepara el estallido de una frase estridente, que será el tema de la gitana, y la seguirá, acariciadora ó terrible, hasta el sangriento desenlace. El motivo característico se desarrolla y arrastra por las cuerdas hasta terminar con un acorde fulminante y brusco como un hachazo armónico. Después del original exordio, se alza el telón sobre una plazoleta de Sevilla,—sin duda la de San Fernando,—á vista de la «Fábrica de tabacos». Van y vienen los grupos de mujeres, por entre los dragones de Almanza que les dedican flores de cuartel; el sargento Morales ensaya con Micaela sus cuchufletas; tras la guardia entrante invaden la escena los pilluelos, mezclando sus voces agudas á la de los pífanos; y todo el cuadro musical rebosa vida y gracia picaresca. Pero ya surgen y se agolpan las inspiraciones bellísimas: el coro fugado de las cigarreras, la entrada de Carmen y su lenta habanera cromática que rodea y envuelve en sus curvas serpentina la jadeante cuadrilla acosadora; y luego,—en pos de la flor de acacia arrojada á la cara de José: *Prends garde a toi!*—el estallido orquestal sobre el fatídico tema que pinta el hechizamiento de la víctima: todo ello, tan magistral por la invención como por

la factura... El dúo en contrapunto de José y Micaela es encantador, á pesar de su sentimentalismo un tanto romancesco, pero de ningún modo comparable con el que sigue, entre los dos protagonistas, y mucho menos con el del segundo acto. Éste forma un solo collar precioso desde su preludio—sobre el tema de los dragones de Almanza, finamente dialogado por el clarinete y el fagot—hasta el admirable final, construído con el motivo del gran dúo de amor. Nada más pintoresco y original que la danza de las gitanas en la taberna de Lillas Pastia, con el crescendo mareador de su frenético torbellino, hasta la entrada del torero y su séquito popular.

Cuanto se diga, contra la vulgaridad de las coplas de Escamillo, queda letra muerta ante el efecto infalible de la ejecución: nadie resiste á la cuadrada gallardía del ritmo arrebatador, con su bonita entrada de sopranos en el retornelo; y todos vosotros saldréis de aquí, tarareando el inarrancable ¡*Toreador!* Éste volverá siempre, á través de la partitura, á modo de *leitmotiv* realista y plebeyo, hasta la explosión final, en que lo vibren cien pechos unísonos como el himno brutal de la lidia y de la sangre vertida.—Después del chispeante quinteto de los contrabandistas y las muchachas, suena la voz clara de D. José que acude á la cita; y aquí comienza la situación más grandiosamente bella del drama y de la música: la que llena el resto del acto con sus múltiples peripecias internas, apenas separadas por gestos ó incidentes exteriores que jalonean el trayecto psicológico. ¡Qué voluptuosa languidez en la danza bohemia que inicia la obra de seducción, brusca-

mente interrumpida por el furor arrabalero de la gitana! ¡Qué infinita melancolía en los arranques de la pasión varonil, que se postra al fin y desfallece en la sollozada cadencia! Pero la Dalila eterna no puede enternecerse; prosigue implacable su obra de hechizamiento y sortilegio: «Ven con nosotros,—insinúa pérfidamente: allá en la montaña, te esperan la dicha y libertad...» Y cuando el soldado y cristiano viejo retrocede ante la desertión y la promiscuidad infame; cuando ha logrado arrancarse del pecho la enherbolada flecha con jirones de su carne palpitante: la llegada del oficial, prevista por la diabólica mujer, provoca el acto irreparable. El arma sacada contra el jefe ha cortado de un solo golpe todos los vínculos que ligaban á José con su familia, su hogar, su bandera. De su honrada existencia de ayer nada ha quedado en pie: tendrá que hacerse bandido. Y el desventurado se arroja al abismo, en tanto que la sabática ronda levanta en torno suyo un hurra salvaje á la vagancia criminal y al merodeo.

Nada más bello, lo repito, que estas dramáticas escenas; señalan la meseta culminante de la obra, después de la cual parece que no se pudiera sino descender. Así ocurre sin duda en absoluto; pero, en la segunda mitad del drama lírico, es tan insensible el descenso, que para nosotros, la cumbre genial se prolonga hasta el fin. Sin conservar la intensidad trágica del segundo, el tercer acto casi le iguala por la novedad y la riqueza del colorido. La escena figura el campamento de los gitanos en la sierra de Ronda, y esta serie de cuadros pintorescos forma propiamente

el poema musical del contrabando y la florida picardía. Después de un corto preludio—delicado arabesco cuyo principio recuerda una frase de la *Africana*, y que ni por su carácter ni por su origen pertenece al drama—un retornado persistente y temeroso acompaña el desfile de los bohemios por las sendas ásperas de la sierra; el sordo é inquieto murmurar cromático, que ritma la entrada de la cuadrilla, se funde en la marcha instrumental hasta formar un conjunto de admirable factura armónica. Un breve diálogo de Carmen y José, rápido y seco como un choque de aceros, revela la situación y deja entrever el siniestro desenlace. Y luego se suceden las inspiradas páginas: el terceto de las cartas; el delicioso terceto y coro de los «aduaneros»; la tierna cantinela de Micaela, reflejo de luna sobre un cuadro sombrío y violento á lo Salvator Rosa; el duelo de los rivales, y el final tan característico, con el estribillo lejano de Escamillo que subraya las amenazas terribles de José contra la indómita mujer.

El último acto, que por cierto tenéis presente, es un deslumbramiento de colores crudos y contrastados bajo el implacable sol andaluz. Después de una encantadora malagueña se alza el telón sobre la plaza de toros de Sevilla, cuajada de populacho que espera impaciente y bullanguero el paso de la cuadrilla. Ésta aparece al fin, y cada grupo desfila saludado con gritos de loco entusiasmo; el tumulto armónico llega á su paroxismo con la entrada del espada, sobre el ritmo arrebatador, ahora reforzado por el *tutti* formidable de los coros y de la orquesta. El deliberado efectismo teatral de ese conjunto casi agota la sensa-

ción física. Pero, de pronto, una frase de amor, solemne y grave, nubla de insólita melancolía la despedida de Escamillo, que él cree momentánea y será eterna... Con un agudo y lancinante tema de la orquesta se inicia y precipita el dúo frenético, entrecortado de rugidos y súplicas, cubierto á ratos por el clamor lejano de la corrida—hasta la catástrofe final, que petrifica en un grupo de trágica belleza al verdugo y á la víctima.

Tal es la obra maestra de Bizet y, para muchos, del drama lírico moderno, la que, después de recorrer el mundo, asentara al fin su planta triunfal en el mismo teatro que antes le brindó tan fría acogida.—Es tenida hoy por el diamante sin precio del repertorio francés. Hace cuatro años, al tratarse del estreno de la nueva sala, no hubo un segundo de vacilación: *Carmen* fué la obra elegida por el gobierno y designada por el público. Me fué dado asistir á la consagración definitiva, por entre los esplendores de un aparato escénico nunca igualado, á que servían de marco regio y artístico las flamantes pinturas de Gervex y Collin, bajo el vaporoso cielorraso de Benjamín Constant. El monumento de Bizet, esculpido por Falguière, se erguía solo al pie de la escalera de honor, imprimiendo así carácter más significativo á la dedicación nacional. Si por un instante, reviviendo la fe en los mitos antiguos, pudiera creerse que la sombra del maestro vagaba en torno de su apoteosis, debió de sentirse mejor desagraviada por esa ofrenda de su pueblo que por todas sus victorias en tierra extraña. No hay beso sino de madre; y aquella noche, en

el ambiente cálido de aclamaciones y aplausos, percibiase de veras la caricia inmensa y dulce de la Francia materna, hacia el hijo que orlaba las sienas gloriosas de la patria con otra corona póstuma.

En veinte años de universal triunfo, hanse agotado en torno de la obra de Bizet las fórmulas admirativas; y acaso sea más significativa que muchas otras, la que le dedica Federico Nietzsche, antiguo adorador y más tarde iconoclasta de Wagner. Por entre sus anatemas enfermizos al «cómico de Bayreuth», no sé en verdad si este poeta de la metafísica, y estilista de apocalipsis, no ha dejado caer sobre *Carmen* algunos de sus más hondos aunque contradictorios vaticinios:

«Esa música de Bizet (dice en su *Caso Wagner*) me parece perfecta. Ella se acerca con su andar ligero, flexible, acariciador. Es amable, no hace sudar... Su refinamiento es el de una raza, más que de un individuo. Es rica, es precisa: construye, organiza, acaba; y por ello forma contraste con la «melodía infinita»,—el pólipo de la música. ¿Hanse oído jamás en la escena acentos más dolorosos y trágicos? ;Y cómo se los obtiene! Sin gestos ni contorsiones, sin falsificación, sin la mentira del gran estilo. Por fin, esta música supone al oyente con inteligencia, aun siendo músico; y en esto también es la antítesis de Wagner... La obra de Bizet es también redentora; con ella nos despedimos del norte húmedo, de todas las nieblas del ideal wagneriano. Ya el poema nos libra de ellas. La música ha conservado de Mérimée la lógica en la pasión, la línea recta: todo lo que es propio de los climas cálidos. Envidio á Bizet esta sensibilidad, que hasta ahora no tenía expresión en la música de la Europa civilizada—quiero decir la sensibilidad meridional, ardiente, morisca...»

Así hablaba Zarathustra. Y por cierto que, al aplaudir los cinco ó seis relámpagos geniales que surcan sus caóti-

cas tinieblas, me hago cargo de la terrible objeción que suscitan las paradojas de quien, después de reflejar á Wagner en el plenilunio de su razón, se puso luego á enseñarle los cuernos de su cuarto menguante. Pero sólo he alargado la cita hasta ver asomar la tesis aquella de «color local» en la música, que, por lo mismo que goza de valimiento en el vulgo, me sorprende encontrar bajo la pluma del más furioso enemigo de los «filisteos».

Nietzsche nos habla allí de música «meridional ó morisca», empleando casi el mismo estilo que Blaze de Bury al analizar el sabor «histórico y protestante» de los *Hugonotes* ó la «fragancia alpestre» de *Guillermo Tell*. Aun corriendo el riesgo de exagerar las proporciones de esta conferencia, necesito prolongarla algunos minutos más, hasta dejar en el suelo ese fantasmón estético de la supuesta música expresiva.

Los anales del teatro traen mil ejemplos de obras líricas, cuya música pudo adaptarse á tiempos y lugares completamente diversos sin perder un ápice de su eficacia y propiedad. Hemos visto al mismo Bizet intercalar páginas «escocesas» de la *Folie fille* en *l'Arlésienne* y de esta misma en *Carmen*. Nadie, por supuesto, pudo notar la menor discordancia; por la razón muy obvia, de que no existe más música escocesa, provenzal ó española que los aires ó danzas populares de Escocía, Provenza ó España. —y esto, únicamente para los conocedores de aquellos rasgos locales. No hay en *Carmen* más música española que la «malagueña» del tercer entreacto; y por eso, los castellanos viejos se encogen de hombros ante la gitani-

lla de París y vuelven á sus caras «Verbenas», como el mochuelo á su olivo.

Mucho más especiosa y tenaz que la del «color local», es la preocupación de que la música constituye por sí sola un lenguaje expresivo de las emociones: y ello proviene de que la tesis no es completamente absurda, como la anterior, pues contiene una mínima parte de verdad, incorporada á una masa de ilusiones y sofismas. No es propiamente en la melodía, donde los estetas se atrincheran, cuanto en el ritmo y en la tonalidad. Respecto de la última, es indiscutible la impresión diferente que resulta, según se emplee el modo mayor ó el menor. No puede negarse que haya en éste algo de incompleto y desfallecido que inclina el alma á la melancolía. Según las teorías más recientes de la sensibilidad, el estado de tristeza y tedio sin causa provendría de una depresión nerviosa ó astenia general del organismo. Ahora bien: el tono menor, correspondiendo á una merma ó falta anómala en la tercera del acorde, tiene que producir, como en efecto produce, la sensación musical de una decepción penosa, de un esfuerzo intentado sin éxito. Admitamos, pues, que las tonalidades diversas despierten las impresiones antagónicas de placer y dolor.

Más evidente aún es el poder del ritmo, asociado á la intensidad variable del sonido. Sin insistir en nociones harto triviales, citaré un ejemplo extraído del famoso *allegretto* de la séptima sinfonía. No habiendo Beethoven señalado el compás ni el tema de la sublime inspiración, se ha dado en ejecutarla con la lentitud de una marcha fúne-

bre, y todos los críticos—siguiendo á Berlioz—han descrito el efecto de inmensa tristeza que así produce. Però, en 1882, se descubrió un manuscrito del autor, que fijaba el movimiento rápido de la pieza, destinada á pintar una boda de aldea!... Este curioso incidente demuestra al pronto la influencia poderosa del ritmo,—pues no es dudoso que, tocado como *andante*, el *allegretto* despide honda melancolía; pero nos enseña también cuán discutibles pueden ser las impresiones resultantes de la melodía y la tonalidad,—fuera de revelarnos, una vez más, la parte de inconsciencia que las creaciones del genio encierran.

La música, pues, no es expresiva sino de los estados generales y extremos de dicha ó pesar; pero es hondamente *impresiva*, en el sentido de sugerir, con mayor eficacia que arte alguna, todos los estados psíquicos intermedios. Con su belleza puramente formal, las combinaciones sonoras despiertan ecos simpáticos en nuestros centros nerviosos, poniendo en exaltada actividad la potencia imaginativa. Ha podido asemejarse su acción á la del hachich oriental, y también á la de los perfumes. Pero el influjo de éstos es harto vago y fugaz; y el estupor del narguilé, sea cual fuere la substancia aspirada, se diferencia profundamente de la excitación consciente y estética que la música sugiere. Con todo, la asimilación es en parte justa. Como aquéllos, la música es edificadora de ensueños, y por esto, desde la antigüedad, aparece asociada á los filtros en las escenas de encantamiento. Será, si se quiere, una suerte de hachich espiritual, mucho más sutil y sublimado que el otro, como que el soñador despierto sólo absorbe ondas

radiantes y etéreas por la más íntima «ventana del alma». Ello admitido: ¿qué analogía puede existir entre esa vibración misteriosa de la materia, que provoca en nosotros estados psíquicos indefinibles, y la palabra que exterioriza la idea y es imagen perfecta del objeto? ¿Cómo pudo asimilarse á una lengua,—á la *la lengua* misma, transcripción precisa de la realidad,—esa otra sensación oscura cuya esencia es la falta de realidad y precisión? Las engañosas metáforas, pedidas á la poesía y la pintura, han creado ese espejismo, totalmente ilusorio y falaz. El encerrar intenciones concretas en la vibración musical parece pretensión tan insólita é indiscreta, como la de atribuir virtud lingüística al fluido que circula en los hilos del telégrafo.

La música instrumental, por ser su forma más genuina y pura, suelta la rienda á nuestra libre fantasía. Sólo sugiere, como dije, estados generales de bienestar ó tristeza, dejando que nuestro albedrío los sitúe en el tiempo y el espacio, á guisa de materiales destinados á fabricar el castillo aéreo. La página más intensa del más intenso de los músicos,—digamos el adagio de la sonata en *do* sostenido menor,—sugerirá á diez oyentes iniciados otros tantos comentarios diversos. Las efusiones ingenuas de Berlioz le pertenecen por entero y nada tienen que ver con Beethoven ó su *Giulietta*. Lo único propio del autor, es la fórmula nueva que ha sabido dar á su apasionada melancolía para que pudiera conmover nuestras almas, pues, como dice admirablemente el poeta de *Secreto Agravio*:

Al fin la queja se entiende,
Si se ignora la canción...

La música dramática, empero, al amalgamarse con los elementos precisos del poema, les brinda potencia nueva y eficacia singular. Al paso que las melodías se materializan, dejando de ser *speechless songs*, — como les puso Shakspeare, dos siglos antes que Mendelssohn, (1)—no sólo las palabras, sino las decoraciones y demás accesorios teatrales, revisten al pronto insospechada belleza. Si en el segundo acto de *Carmen*, la gracia perversa de la gitana y la pasión de José nos estremecen más hondamente que la página correspondiente de Mérimée, no es porque la música esté «impregnada de carácter español», como van repitiendo las gacetillas, sino porque esta música, con ser original y fuerte, pone en vibración nuestro ser interior, sugiriéndonos una visión intensamente colorida que se grabará en la mente y nos acompañará siempre, aunque sea,—como yo mismo lo experimentara en la plaza de Sevilla y la sierra de Ronda,—ante la misma realidad para idealizarla y embellecerla. Gracias al músico inspirado que ha herido nuestras íntimas fibras, nos constituimos en correctores inconscientes de los prosaicos libretistas; arrojamos un velo de púrpura sobre la vulgaridad de los cantantes y la indigencia del aparato escénico; creamos en verdad con nuestra fantasía, mágicamente fecundada por el efluvio sonoro, la vida plástica y la poesía ausentes: logrando que las fórmulas escapadas á esos labios de autómatas desperten ecos sublimes en nuestras

(1) Soneto VIII

almas, al modo que el choque de la moneda vil retumba con magnificencia en una urna de cristal.

Voy á concluir, señores, y quiero sacar mi conclusión de las mismas palabras de Nietzsche que dejo transcritas. Lo que de ellas se deduce al pronto, es que la situación musical se plantea por ahora entre los dos músicos citados, que son los jefes representativos del novísimo drama lírico. Según sea la preferencia que los compositores actuales manifiesten por una ú otra fórmula, por uno ú otro estilo (y no es dudoso, por ejemplo, que la joven escuela italiana se inclina á Bizet), saldrán sus producciones vaciadas, ya en el molde de *Lohengrín* ó *Tristán*, ya en el de *Carmen*,—sin que ello importe trabar el vuelo de la inspiración personal. En la hora presente, y gracias al fervor contagioso de los neófitos, la obra gigantesca de Wagner provoca ese entusiasmo *snóbico* que arrastra á las mayorías. Apenas si me atrevo á insinuar mi escasa fe en la duración de este culto excesivo, faltándome tiempo para expresar mis razones. Creo que en los escasos límites de mi comprensión musical, admiro á Wagner en lo que tiene de admirable: no soy de los que necesitan, para saborear la finura de perspectivas y la gracia encantadora de las orillas del Sená, desconocer la majestad y la grandeza del Rhin. Pero me es imposible cerrar los ojos y los oídos á la evidencia: y ésta me muestra el exceso, la enormidad, la amalgama de metal puro y liga común en el repertorio de Bayreuth: el efectismo sistemático junto á tanta inspiración estupenda y belleza inaudita. Además, aque-

llas ejecuciones superan las fuerzas humanas, colman la medida de la ordinaria capacidad emotiva. El supuesto sentido ú órgano suplementario que, al decir de algunos, hubiera brotado espontáneamente en el cerebro ó el alma del público burgués, se me antoja postizo; y mucho me temo que, entre los que afirman soportar sin cansancio las formidables sesiones á que la moda les arrastra, figuren los mismos que de antemano han jurado divertirse con los dramas escandinavos de Bjoernson—y cumplen con secreto heroísmo su juramento.

¡Librenos Dios de todo snobismo admirativo! Éste, no la incomprensión serenamente confesada, es el que nos crea una situación humillante y servil. Sólo conozco una actitud mental más ridícula que la de los *clubmen* que silbaron el *Tannhäuser* bajo el segundo Imperio; y es la de los mismos, ó parecidos sordos congénitos que lo aclaman bajo la tercera República: al cabo, aquéllos eran sinceros. Creo en verdad que el mentido culto por una belleza artística que no se siente, sea ese misterioso pecado contra el espíritu, de que nos habla el Evangelio—el único que no merezca perdón.—En lo que á mí respecta, es tal mi amor de la sinceridad que, al terminar, quiero expresar mi estimación por algunos oyentes—digámoslo así—que con elocuentes cabezadas, han manifestado entender muy bien que á ellos no iba dirigida esta larguísima cuanto mal leída conferencia...

TELEPATÍA

El punto de arranque de esta charla sobre telepatía es un hecho probablemente telepático. Hace algunas semanas, al pasar en coche por la calle de la Florida con un joven amigo mío, me ocurrió dirigir la mitad de un expresivo saludo á un transeunte que, mejor mirado, me resultó más incógnito que la equis. «Cosa rara», murmuré para explicar mi error: «al pronto le confundí con N., siendo así que en nada se parecen».—«Sí, algo tiene», contestó mi compañero sin convicción. No habían transcurrido diez segundos cuando en la misma acera y cincuenta pasos atrás, apareció el verdadero N., tan risueño como siempre y, por cierto, muy ajeno de toda preocupación *mediúmnica*.

Conversamos un rato de estas coincidencias, quizá har-
to frecuentes para ser del todo fortuitas. Concluí diciendo: «Uno de estos domingos (1) os hablaré de telepatía;

(1) Este artículo y los dos siguientes forman parte de unas *Notas semanales* que publicaba cada domingo en el diario *El País*.

los fenómenos de previsión y comunicación á distancia vuelven á llamar la atención de los psicólogos. No e- tá de más advertir á nuestro público que esas «patrañas» merecen consignarse verídica y cuidadosamente, se entiende que por los actores ó testigos presenciales, no por otros».

Veo que en un número reciente del *Figaro* (febrero de 1900), Anatole France trata de «lo maravilloso»; mejor dicho, lo hace maltratar por su *alter ego* Bergeret, cuya ironía, de paso sea dicho, parece que algo hubiera perdido de su antigua ligereza y finura desde su memorable divorcio con el *Mannequin d'osier*. El amable escéptico trae á colación dos casos históricos de presentimiento: uno de éstos nada tiene que ver con la telepatía. El otro, en cambio, es clásico: lo narra Cicerón como «muy conocido» (*De Divinatione*, I, 27), usando en su relato un estilo mucho más sencillo, si menos expresivo que Bergeret. — Se trata de dos amigos que llegan de jornada á Megara. Se separan: el uno se hospeda en la posada; el otro, en casa particular. Á media noche, éste sueña que su amigo le pide auxilio contra el mesonero que intenta asesinarle; despierta, sobresaltado, y está á punto de correr á la posada, pero triunfa la preocupación, ó la pereza, y vuelve á dormirse, *idque visum pro nihilo habendūm*. Segunda aparición: esta vez, el amigo asesinado le pide venganza, indicando las circunstancias del crimen y el lugar en que yace su cadáver. El otro corre al punto señalado, encuentra todo lo anunciado y hace condenar al asesino.

Para mí, entre las dos apariciones (Bergeret inventa una

tercera, inútil), media un abismo: el que separa la vida de la muerte. Ni el orador romano, ni el crítico moderno han reparado en él. Para Cicerón, lo mismo que para France, la aparición del *vivo* y la del *muerto* son de carácter análogo: el primero cree en una y otra á pie juntillas, el segundo se sonríe de ambas con igual desdén. Se despacha á su gusto lo sobrenatural (la telepatía inclusive) con dos ó tres frases lapidarias, que recuerdan aquella famosa de Berthelot sobre el misterio: «Un hecho científico es un hecho que puede ser predicho ó reproducido: un eclipse es un hecho científico, pero no lo es la telepatía». Así discute Bergeret, sin tener la disculpa de haber pasado su vida en un laboratorio. —Sin duda, venerable Bergeret: la telepatía no es un hecho científico del mismo orden que un eclipse; pero bastará, si los hechos en que se apoya resultan ciertos, que sea del mismo orden que la caída de un aerolito ó la aparición de un cometa no periódico. Un aerolito y un cometa son hechos reales, aunque imprevisibles;—tan reales como el accidente á que debisteis ¡oh Bergeret! vuestra independencia conyugal, aunque pudiera éste reproducirse *ad libitum*, y hasta ser predicho...

La distinción que nos es fuerza establecer entre lo científico y lo real, no da motivo para envanecernos, sino para humillarnos; sólo revela cuán grande es nuestra ignorancia, y qué ínfimo islote nuestra ciencia representa aun en el mar sin orillas del misterio. Esta isla irá emergiendo más y más del océano tenebroso, sin dejar de ser nunca un punto apenas perceptible en lo infinito: *ignorabimus*. Pero sería intolerable y ridícula la actitud científica del avestruz,

que para el sabio consistiera en cerrar los ojos, á fin de no ver lo que es inexplicable, y luego salir negando la existencia de lo que no quiso ver. Decía Aristóteles: «se prueba un hecho, mostrando su causa». El aforismo no es absoluto, aunque lo emita Aristóteles. El número de hechos naturales, cuya causa ignoramos, es incalculable; ¿habremos por eso de negar su realidad? Comencemos, entonces, por dudar de nuestro propio funcionamiento mental, cuya causa es un misterio, y, más radicales que Berkeley, proscribamos por junto la materia y el espíritu.

En el caso presente, duéleme comprobar que Anatole France anda tan atrasado de noticias telepáticas como pudiera estarlo un simple Faguet, el cual, vez pasada, tartamudeó también sobre el asunto. Uno y otro parecen creer que el «ocultismo» es un tejido de supersticiones á uso de muchachas histéricas y aldeanos iletrados.—Sobre el modelo de la *Society for psychical research*, fundada en Londres bajo el patrocinio de los primeros pensadores contemporáneos (Sidgwick, Wallace, Taine, Gladstone, Ribot, etc. etc.), se han formado grupos análogos en los principales centros europeos y norteamericanos. El método severo, que presidió á la recolección de los primeros casos publicados por Gurney, Myers y Podmore (*Phantasms of the living*), es el mismo que, con raras excepciones, informa las publicaciones periódicas actuales. Nada menos parecido á la propaganda espiritista. Recientemente se ha producido una escisión, en el grupo de Londres, por haberse admitido en la revista telepática la relación de un caso de aparición

post mortem. La telepatía de que hablo nada quiere saber con los difuntos; y por esto, es muy extraño que Richet, en su prefacio en la traducción francesa de *Phantasms (Hallucinations télépathiques)*, asiente esta herejía: «Por vez primera, nos atrevemos á estudiar científicamente el *lendemain* de la muerte». No hay un solo caso de alucinación verídica, en los 600 relatados por Gurney, que se refiera al *día siguiente* de la muerte. Pero Richet, como prologuista, suele no leer la obra de que discurre; y esto le permite encontrar v. g. que cierto *Uomo di genio*, de Lombroso, tiene valor científico.

Para fijar las ideas del lector, transcribiré (abreviándolo) un caso típico de alucinación telepática, que se refiere precisamente al Río de la Plata y viene publicado en los *Annales des sciences psychiques*, de 1898. El remitente Heurtault es un antiguo oficial superior de la marina francesa, es decir un hombre en quien, además de su alta cultura científica, la exactitud y la sinceridad son cualidades profesionales.

«En 1849, una escuadra francesa bloqueaba á Buenos Aires. Yo era aspirante embarcado en la fragata *Atalante*, cuyas embarcaciones vigilaban la costa. En uno de esos cruceros me tocó mandar una chalupa cuyo patrón, llamado Troquemé, era un bravo bretón de Douarnenez. Una noche, estábamos fondeados cerca del Rosario. Oigo llover; me incorporo; era Troquemé: «¿Qué tiene usted?» le pregunto. Sin vacilar me contesta: «¡Ay, señor, mi hermano acaba de morir!»

«Yo tenía diez y siete años; confieso que tuve miedo;

creí que el infeliz estaba loco. Con todo, después de un breve silencio, le dije: «Mi pobre Troquemé, ha estado usted soñando...» — «No, señor, no sueño; mi hermano ha muerto: acaba de aparecerme. En mi familia no hay moribundo que no dé aviso á sus deudos lejanos apareciéndoles... No parece que cree usted lo que le digo, señor; pues bien, apunte en su libro la fecha y la hora, y cuando reciba la triste noticia, confrontaremos.» — «¿Dónde está su hermano?» — «En Chandernagor.»

«Algunos meses después, Troquemé me trajo una carta de su mujer, en que ésta le comunicaba la muerte de su hermano, ocurrida en Chandernagor. Abrí mi diario; era la misma fecha anotada por mí.»

El solo libro de los *Fantasmas de los vivos* trae varios centenares de casos parecidos á éste, alestiguados por jueces, profesores, jefes militares, estadistas, los cuales se refieren á la muerte de seres queridos; no es admisible que la mayor parte de esos testimonios sean mentiras, puras invenciones sustentadas en público, delante de amigos y deudos. El mayor escéptico aceptará la realidad de una parte de esos mil y tantos casos (incluyendo los posteriores á 1890). Ahora bien, con sólo admitir que *diez* de ellos fuesen verídicos, la probabilidad de que dichas apariciones no pudiesen atribuirse á coincidencias fortuitas, representaría un número tan enorme que casi equivaldría al infinito, es decir, á la absoluta certeza. Aquí, la actitud anti-científica y absurda es la de la negación.

Respecto de estas alucinaciones telepáticas, la conducta prudente, por ahora, es la información minuciosa y seve-

ra. Todos los autores hacen notar que, en los sujetos normales, no sólo la alucinación es un fenómeno raro, sino que casi nadie ha tenido en su vida más de una ó dos.— Por mi parte, fuera de algunos casos de premonición ilusoria, como el que al principio he referido, no he podido observar en mí mismo una sola alucinación durante la vigilia. En mi libro *Del Plata al Niágara* aludo á una obsesión ó presentimiento que sufrí en Belizé (Honduras), y que, según me lo confirma mi amigo García Mérou (por una carta recibida de dicho puerto), correspondería efectivamente á una fecha fúnebre. Con todo, mi espíritu crítico se resiste á presentar como anuncio telepático lo que pudo ser simple coincidencia, siendo las horas de abatimiento melancólico harto frecuentes durante las soledades de un viaje penoso, á dos mil leguas de la familia.

El carácter común, pues, de los centenares de casos catalogados y comprobados por los autores de *Phantasms of the living*, consiste, como el título lo indica, en referirse únicamente á espectros ó apariciones de *vivos* (casi siempre moribundos ó agonizantes, es cierto) y nunca á «fantasmas» en el sentido vulgar de la expresión, ó sea á difuntos resucitados, como ocurre en las sesiones de espiritismo. Trátase, además, de alucinaciones espontáneas y no provocadas. Á nadie puede escapar la importancia de este carácter diferencial. Admitir la realidad de cualquier *comunicación* directa entre este mundo y «el otro», sin que dicha comunicación se manifieste jamás por acciones mecánicas ó químicas: sólo equivale científicamente á clasificar

dichos fenómenos cerebrales entre las alucinaciones puras, que nacen y se desvanecen *sur place*, sin necesidad de antecedente ó excitante exterior.

No ocurre lo mismo con los «fantasmas de los vivos». Sin atrevernos todavía á formular, ni aun á balbucir un principio de explicación, podemos sí afirmar que la tentativa no se estrella, como en el caso anterior, contra la pared de la razón humana. La noción de una *forma* incorpórea, que sobreviviese á la muerte del cuerpo de que es imagen, ó sea á la disolución y *transformación* de sus elementos materiales, es irracional: vale decir, no sujeta á la jurisdicción de otro tribunal que el de la fe. Podemos, muy al contrario, concebir la posibilidad racional de una comunicación entre dos organismos *simpáticos*, más ó menos distantes: una telepatía sin agente intermedio, análoga á la telegrafía sin hilos, y, si se quiere, tan superior á ésta, como el maravilloso microcosmo humano puede serlo á cualquier aparato de madera ó metal.

Esta hipótesis racional no importa en manera alguna aceptar la realidad exterior de la aparición: ésta queda meramente subjetiva, imaginaria; pero admitimos que, en ciertos casos especiales, haya podido ser suscitada por un llamamiento exterior, que establece la necesaria correspondencia entre el agente lejano y el sujeto. Esta *chiquenau-de* (1) inicial, que es la que imprime su carácter verídico á la alucinación, es también el punto crítico, maravilloso ó «sobrenatural» del fenómeno. No está el «milagro» en que

(1) Alusión á un *pensamiento* célebre de Pascal.

el sujeto vea ú oiga, despierto ó dormido, el espectro de un ausente: sino en que coincida precisamente esta aparición con la muerte ú otro lance trágico de dicho ausente.

La expresión «sobrenatural» es un abuso de lenguaje, mejor dicho, un adjetivo hiperbólico, como *inaudito*, *prodigioso*, y otros que se aplican usualmente á casos muy explicables. Principia el inconveniente cuando la ciencia ó la filosofía acepta el vocablo por su valor expreso. Para la ciencia positiva no puede caber en la naturaleza cosa ni fenómeno sobrenatural. Cuando negamos *a priori* la posibilidad de un fenómeno, es porque nos apoyamos en una serie de experimentos anteriores, que declaramos bastante probantes para ahorrarnos el trabajo de otro más: esto significa que, aceptando esos resultados uniformes como ley general, no admitimos la realidad de un fenómeno que á dicha ley contraviene. En absoluto, nuestra decisión no es legítima. Sólo representa una economía de tiempo *casi* justificada; es una petición de principio fundada en la probabilidad; damos por demostrado lo que está en cuestión, á saber: que todos los fenómenos positivos encuadran *sin excepción* en nuestra ley. En consecuencia, al enunciarse algunas de esas excepciones, decimos al pronto que son «sobrenaturales», y las rechazamos sin examen desde el umbral de la puerta *a limine*.

Ahora bien, esta actitud es poco científica. Precisamente una de las funciones de la ciencia moderna consiste en formular leyes cada vez más amplias que abarquen hasta esas excepciones proscriptas, cuando fueren reales. Si re-

sultase debidamente comprobada una sola aparición después de la muerte, sería necesario ampliar nuestra actual definición de la vida. Por lo pronto, la telepatía nos obliga á ensanchar el concepto clásico del «fluido» nervioso, y acaso á formular nuevas leyes psicofísicas que abarquen toda una clase de fenómenos, hasta ahora tenidos por sobrenaturales ó «milagrosos».

Me vuelven juntamente á la memoria, sin duda por asociación natural, las reflexiones pertinentes de dos grandes doctores, muy alejados en el tiempo, pero próximos en el genio y la sinceridad. Después de observar San Agustín, en uno de sus comentarios al Evangelio, que «los milagros asombran á los hombres, no por lo grandes, sino por lo raros», agrega estas palabras profundas: «el gobierno del universo es obra mucho más prodigiosa que la de alimentar con cinco peces á cinco mil hombres en el desierto». ¿No parece que Pasteur glosara magníficamente ese tema del obispo de Hipona, cuando, al recibirse en la Academia Francesa, concluía su elogio de Litré (delante de Renán, que afilaba ya sus irónicas saetas) con esta declaración solemne: «El que proclama la existencia de lo infinito (y nadie puede sustraerse á ello), acumula en esta afirmación mayor suma de sobrenatural que la contenida en todos los milagros de todas las religiones?...» Y Renán, recogiendo al punto la afirmación temeraria, le contestaba con su risa mefistofélica: «*Vous allez un peu loin, monsieur...!*»

Yo me limito á decir, á modo de conclusión provisional, que el solo hecho de que divisemos la Cruz del Sur,

lo que importa que llegue hasta nosotros *algo* despedido por una *estrella*, encierra un prodigio incomparablemente mayor que todas las comunicaciones telepáticas entre dos puntos de nuestro minúsculo planeta.

L. A., Mars, de 1901

ENTRE SUEÑOS

La soberana virtud de este clima isleño (1) reside en lo que el médico de Molière llamaría su «propiedad dormitiva». Sólo durmiendo es como puede uno reponerse de tanta ociosidad. El famoso precepto de la escuela salermítana (*sex horas dormire...*), aunque expresado en excelente latín de cocina, nos sabría á chiste de mal gusto. ¡Seis horas de decúbito! Admitamos el *mínimum* de ocho ó nueve, en gracia de la pedagogía, y supuesto que no falta cada tarde su siestita de guardar. Tampoco hay que temer las consecuencias; las reservas de sueño son aquí tan inagotables como las ondas del Paraná: después de cuatro golpes de remo, á modo de hipnótico, mucho será que podáis ir tirando hasta el toque de queda. De mí sé decir que con este régimen he dominado los peores insomnios,—los que trae el viento norte al amanecer,—sin recurrir al remedio extremo, y siempre peligroso, de las lecturas prohibidas,

(1) Las islas del Paraná, á pocas leguas de Buenos Aires.

quiero decir tediosas. Este ambiente vegetativo es una bendición para los nervios: paréceme á ratos que me estoy volviendo sauce...

Á manera de exvoto al dios Morfeo, consagraré, pues, esta charla dominical al tema sedante que el título anuncia; y no se dirá por esta vez que no poseo mi asunto. Estudiada debidamente la materia, ó sea entre duerme y vela, no resultaría tan baladí como parece. El sueño no es el paréntesis de la vida, sino una de sus fases más curiosas, como que nada en el misterio y confina en lo sobrenatural. Por eso, los poetas lo entienden mejor que los fisiólogos. En tanto que los segundos vienen discutiendo sobre si el estado cerebral, durante el sueño, corresponde á la anemia ó á la congestión, sin que el problema tenga respuesta definitiva: los primeros, desde Homero hasta Ténison, entrevén la verdad al través del prisma irisado de la ilusión. El más grande de todos ha dejado caer esta palabra profunda, que llega hasta donde no penetran sondas ni psicómetros: «Somos hechos del mismo tejido que nuestros sueños...» Y un héroe de Musset, comentando á su modo al divino Shakspeare, canta deliciosamente:

La vie est un sommeil, l'amour en est le rêve...

Pero ¡qué delicado instrumento psicológico el nuestro! Qué moderna y matizada lengua, ésta que, bajo el soló rótulo de *sueño*, sigue metiendo en las alforjas de Sancho toda la familia de *sommeil*, *somme*, *songe*, *rêve*, *rêverie*, etc., reduciendo la gama entera á esa única nota de trombón!

No soy en extremo soñador,—durmiendo, se entiende. Suelo pasar noches consecutivas sin probar ese devaneo de la «cerebración inconsciente», que para otros es sinónimo de dormir. Y como me consta que ni en actos ni en ademanes soy somnámbulo, debería admitir, según la teoría corriente, que, las más de las veces, si no me acuerdo de mis sueños, es porque no los tengo. Veremos pronto cómo también én esto hay que distinguir, siendo la realidad un poco menos simple que la teoría. Sea como fuere, he reflexionado bastante sobre esta singular disociación orgánica, que representa un como divorcio periódico del alma y del cuerpo. Acaso, en razón misma de su poca frecuencia, mis sueños conserven mayor fijeza que los de otros. De mi lejana infancia me han quedado cuatro ó cinco, casi tan lúcidos como el de anteanoche, que precisamente ha sido ocasión de estas líneas y luego resumiré. Otros tengo anotados en mis cuadernos: algunos de carácter tan extraño ó pavoroso que, hoy mismo, me basta releer el apunte para resucitar la sensación primitiva en su paroxismo de angustia y terror.

Además, he observado en mis prójimos, y muy de cerca á veces, los accidentes exteriores del sueño, especialmente de la pesadilla. Por cierto que mi existencia tan movida me ha suministrado materia observable. En la promiscuidad de los viajes, desde los *tambos* de Bolivia hasta los camarotes de buques y los *sleeping-cars*, he presenciado más de lo necesario los dramas y comedias de la humanidad durmiente. Pero ninguna experiencia ulterior ha sido tan completa y continua como la primera, que voy á re-

ferir por tratarse de un sujeto desaparecido. Ha sido ésta la base de mi pequeña teoría personal acerca del sueño: á ella he referido invenciblemente mis observaciones posteriores, y hasta las afirmaciones de los libros, para comprobar su exactitud. Muchos años han transcurrido, y puede que tenga hoy más aguzado el instrumento analítico; con todo, subsisten para mí los resultados de aquella larga iniciación juvenil, y encuentro que la piedra de toque no ha envejecido.

Vivía yo en Salta, hace veintitrés años, en casa de un comerciante tucumano. Jóvenes é íntimos amigos, dormíamos en el mismo cuarto para charlar de cama á cama, aunque sobran habitaciones desocupadas en nuestro caserón colonial, capaz de albergar cómodamente á la familia de Noé. Nos recogíamos casi siempre juntos; pues, cuando por gran casualidad no fuera común el programa noherniego, el primero que caía al redil solía esperar al otro en el vecino «Billar de Lavín». Como yo tuviese ya la pésima costumbre de leer acostado, quedábame una ó dos horas velando el sueño de mi amigo. Este, que despierto no rompía un plato, dormido se tornaba un *mauvais coucheur*. Cuando más tranquilo, roncaba como un trompo alemán, hasta despertarse asustado por su propio trompeteo. Pero no era éste su peor exceso. Mi compañero soñaba en voz alta, padeciendo crueles pesadillas que me tenían con el... Jesús en la boca,—si así puede llamarse lo que con la impaciencia se me salía. Cuando palpé los inconvenientes de la cohabitación, era muy tarde para re-

mediarlos. Primero me detuvo el cariño; luego la curiosidad, ó mejor dicho, un interés creciente por ese drama cerebral que á mi vista, ó si se quiere á mis oídos y á telón bajado, se representaba, y en cuyo desempeño pasé insensiblemente de testigo mudo á entendido colaborador.

No insistiré en los detalles que concuerdan con la teoría clásica, y que mi propia experiencia de varios meses ha confirmado, limitándome á señalar los rasgos que la contradicen abiertamente. Lo que más suele echarse de menos en los tratados de medicina, y desde luego en la psiquiatría—la más conjetural y arriscada de estas ciencias en mantillas—es precisamente el verdadero espíritu científico, que no se paga de *magister dixit* ni de fórmulas convencionales. Se nos advierte, por ejemplo, que las alucinaciones del gusto, y sobre todo las del olfato, son mucho más raras que las de los otros sentidos: la observación carece de alcance, supuesto que en el estado normal las sensaciones del gusto y del olfato no son representativas: nos es imposible *imaginar* el olor del jazmín con su carácter propio, y distinto, v. g., del de la violeta. En cuanto al gusto, cuyas sensaciones están indisolublemente unidas á las del tacto, su vaga ó supuesta representación en el sueño ha de ser ilusoria ó debida á dicha asociación.

El voluminoso tratado de Brierre de Boismont está lleno de casos pueriles, tan desnudos de crítica como los de Lombroso; así, el clásico de la famosa sonata de Tartini que, según decía el compositor, le fué «dictada por el diablo». La interpretación psiquiátrica, que atribuye aquella obra á un fenómeno de cerebración inconsciente, reve-

la en el sabio una potencia de credulidad igual á la del músico, si no mayor: por mi parte, prefiero aún la leyenda en bloque, con el diablo y sus cuernos.

Más graves todavía me parecen las anécdotas relativas al somnambulismo, y que los autores se transmiten piadosamente, aunque choquen con sus propios principios teóricos. Tal es la célebre historia del monje, traída por Fodéré y reproducida por todos sus sucesores. Refiere un prior de la gran Cartuja cómo cierta noche, en que quedaba escribiendo en su celda, vió entrar á un joven religioso, tieso, con los ojos fijos y las facciones contraídas. El somnábulo se dirigió á la cama del prior, felizmente vacía, y hundió tres veces en ella un gran cuchillo que traía abierto... Al día siguiente, el prior interrogó al fraile, y éste le refirió punto por punto la escena, agregando que había sido impelido al crimen imaginario por un sueño en que viera á su madre asesinada por el prior...

Sin discutir el caso mismo, que puede ser real, no parece dudoso que, fuera de otros detalles evidentemente apócrifos, toda la confesión del paciente haya sido fraguada. El hombre que sigue durmiendo, después de un acceso de somnambulismo, no conserva, al despertar, memoria alguna de sus actos, mucho menos del sueño que le hubiera impulsado: la amnesia es absoluta (1). No sucede así en los casos de pesadilla que se interrumpen bruscamente por una causa exterior; y esta diferencia, que creo

(1) En mi obra reciente *Une Énigme littéraire*, he criticado la escena de los cueros de vino del *Quijote* (I, xxv), en la cual el célebre alienista Ball encontró un modelo de observación!

fundamental, se verá confirmada por mi caso tucumano, ó salteño.

No parece que la pesadilla debe distinguirse *psicológicamente* del sueño ordinario, ni acaso del somnambulismo parcial; si bien es muy sabido que, entre éste y aquélla, las diferencias patológicas quedan características. El somnambulismo espontáneo es una entidad mórbida: una neurosis; en tanto que el *cauchemar* puede ser un accidente aislado, el episodio de una indigestión, ó el síntoma de una afección distante de los centros nerviosos. Vistos por defuera, ambos estados no difieren únicamente por el contraste que ofrece la impotencia física del sujeto en el uno, con la motilidad que le caracteriza en el otro y le ha dado su nombre: sino también por su terminación. Habitualmente, basta la misma angustia de la pesadilla para traer el brusco despertar; por el contrario, el acceso somnambúlico sigue su evolución tranquila—salvo accidente exterior—hasta refundirse en el sueño ordinario. Vueltos á la realidad uno y otro sujetos, el soñador conserva muy vivo el recuerdo de su sueño; el somnábulo lo ha olvidado completamente. Y aquí vienen las observaciones personales que anuncié.

Mi amigo de Salta no era propiamente somnábulo, aunque en dos ó tres ocasiones le vi incorporarse dormido y comenzar á vestirse; pero sus sueños angustiosos eran casi cotidianos. Padeecía una afección crónica del estómago; y, desde luego, cuando le ocurría cenar la pesadilla era infalible. Ésta llegaba con el primer sueño, revistiendo

casi siempre una misma forma exterior, como que correspondía á un drama interno poco variable, que veinte veces me hice referir. Omitiendo detalles, era casi siempre una reyerta con hombres *emponchados*, peones ó artesanos (mi amigo poseía un ingenio azucarero), que le injuriaban; el dormido se indignaba, profiriendo amenazas que me anunciaban la inevitable catástrofe; á poco, un breve quejido, acompañado de gemidos prolongados: había recibido una puñalada en el epigastrio y se sentía morir...

Mi pobre compañero me relataba la escena con una lucidez y un colorido conmovedores. Como tengo dicho, ésta no variaba sino por ciertos rasgos secundarios. Á poco, llegué á saberla tan de coro como el cuento de *Barba Azul*. Lo que al principio me sorprendía, era la fantástica rapidez de las peripecias que, contadas, parecía que durasen horas, y en realidad se sucedían y agolpaban en pocos segundos. Ya familiarizado con el incidente, y casi siempre despierto en ese momento, lograba á menudo prevenir el ataque, cambiando la postura del soñador. Otras veces, yo intervenía en la escena, fingiendo prestar ayuda al agredido, poniéndome á su lado, mostrándole á sus enemigos en fuga, ó tendidos por el suelo á nuestra arremetida heroica. Esta sugestión solía ser eficaz, y como, á más de benéfica, era para mí divertida, di en usarla prodigamente, buscando efectos nuevos.

Cuando el paciente despertaba en el acto de mi intervención, me refería de mí mismo hazañas tales que yo quedaba pasmado: mis cuatro gritos reales eran un breve y burdo cañamazo que el ensueño convirtiera en fantás-

tica epopeya. Empero, si ocurría que, dominada la crisis y facilitada la digestión, mi amigo entrara sin despertarse en el dormir normal, no conservaba por la mañana el menor recuerdo de su pesadilla frustrada. Esta doble observación, que he repetido muchas veces y que en otras circunstancias he confirmado, me permite establecer, contrariamente á lo que en varias partes he leído: 1.º, que la sugestión puede ser tan eficaz en el sueño normal (la pesadilla no es psicológicamente otra cosa) como en el somnabúlico; 2.º, que la amnesia consecutiva á la pesadilla ininterrumpida obedece probablemente á la misma causa que el olvido tan frecuente de los sueños ordinarios. Esta causa no es otra que la superposición de nuevas imágenes sobre las antiguas. Se ha dicho que la hora más propicia para los sueños es la que precede al despertar de la mañana, abriéndose entonces de par en par la puerta de marfil de la fantasía. Lo que sin duda ocurre es que los últimos sueños subsisten solos, porque cubren ó borran á los anteriores; del propio modo que, de una tropa en marcha, sólo las últimas filas dejan en el camino huella perceptible.

Respecto de la completa independencia de algunos ensueños, de su nacimiento y desarrollo sin relación aparente con nuestra vida diaria, de su fantástica incoherencia, por fin, sería también el caso de formular distinciones. No me parece que los observadores profesionales hayan parado mientes en un hecho psicológico de primer orden; y es que, para la elaboración del ensueño, no son elementos ó materiales precisos las cosas mismas, sino su

representación actual, cuando presentes—ó su evocación, cuando pasadas.—La imagen de Rosas, que una lectura me sugiriera ayer, y el paseo en bote por el río de las Corchas, que realizaba á la propia hora, eran para mí acontecimientos intelectuales del mismo orden y perfectamente contemporáneos, siendo así que se imprimían conjuntamente en la placa sensible del cerebro. Si la atención ha fijado en el mismo plano sus imágenes—al modo que el hiposulfito fija en la placa fotográfica á la imagen viva junto al cuadro antiguo de la pared,—podrá el sueño asociarlas y combinarlas con aparente incoherencia, pero en realidad con innegable lógica.

Referiré en cuatro palabras el sueño pueril y trágicamente absurdo que tuve anteanoche, y que, como dije, fué el punto de partida de esta charla soñolienta. —Me encontraba en el Cabildo de Buenos Aires, en presencia de Rosas que ordenaba mi prisión y ejecución inmediata: yo era Maza (1), sin dejar de ser Groussac. Lograba huir, y me hallaba de pronto en la azotea de San Francisco, rodeado de mi familia, que no era la real. Después de veinte escenas delirantes, se traía á la azotea un caballo, con el cual debía escaparme á las provincias del Norte, atravesando el Río de la Plata, etc. Ahora bien, todas estas insanias obedían, según me lo mostrara la reflexión, á este hilo lógico: el mismo día, y casi á la misma hora, me acordé de nuestra estancia de Santiago, viendo pasar á un gaucho

(1) El teniente coronel Ramón Maza, autor y primera víctima de la conspiración de 1839.

á caballo; luego tuve la idea de ir en bote hasta la isla que por aquí poseen los franciscanos; por fin, durante el trayecto, pensé largamente en un episodio del año 40, referido en un estudio sobre Rosas del marino francés Page, y que se desarrolla precisamente en las márgenes del Paraná.

We are such stuff—as dreams are made on... Repito las palabras profundas que Shakspeare pone en boca de Próspero, en la más bella, en la más poética y mortalmente triste de sus comedias. Somos hechos de la misma tela que nuestros sueños: es decir que, recíprocamente, tejemos nuestros sueños con nuestra propia substancia. La instintiva inquietud del poeta, pues, parece que penetraba á mayor hondura que el saber de los labios, el cual gira hace siglos en torno de la sospechada verdad, sin atreverse á darle fórmula positiva. ¿No será porque, lejos de arrojar al pozo del misterio la sonda experimental que sólo enturbia sus ondas, el poeta, al inclinarse sobre la tersa superficie, acierta á divisar el cielo reflejado que contiene la gran explicación?...

El sueño absorbe una porción considerable de nuestra vida, y, por otra parte, no parece dudoso que el soñar sea una forma intermitente de locura, un delirio periódico más ó menos caracterizado. *Delirar*, según la raíz etimológica, significaría propiamente: «sembrar fuera del surco». Esta idea no implica que sea el surco mal trazado ó la semilla averiada, sino simplemente el hecho de la impropiedad, de la dirección errada. Tal es el delirio en su forma más común: una serie de actos ó de palabras incoherentes, des-

provistos de consecuencia y apropiación; sin que ello obsté á que, aisladamente, cada acción pudiera ser razonable y cada palabra correcta. ¿Acaso sería otra la definición del ensueño?

Lo que se ha llamado «inestabilidad mental» no es un accidente, sino nuestro modo de ser fisiológico. Para quien estudia el cuerpo humano, parece un milagro de cada instante la persistencia de la salud: ¿qué diremos de nuestro aparato cerebral, que cada veinticuatro horas penetra en el cono de sombra de su razón eclipsada? ¿No es prodigioso que cada mañana, con la buena y santa luz del sol, emerja también la inteligencia intacta de sus tinieblas y fantasmas nocturnos?

Sin duda: el hogar, la familia, los rostros conocidos y amados, el trabajo, la sucesión regular de los actos habituales, han de ser otros tantos jalones y puntos de *repère* que mantienen en equilibrio la razón precaria. Ellos la guían por el laberinto de escollos donde pudiera zozobrar: á manera de la navegación antigua, que se movía prudentemente de cabo á cabo, buscando en la costa siempre visible su tímida orientación. Al fin, vino para el navegante la brújula tutelar, que le permitió surcar de noche como de día el *mare tenebrosum*. Efímeros exploradores de lo infinito: ¿dónde hallaremos la nuestra, si todo lo que antes llamábamos así se ha declarado vetusto y se arroja al desecho?

LA « TEMPESTAD »

Mis recientes apuntes sobre el ensueño traían una alusión á la *Tempestad* de Shakspeare; ha sido un buen pretexto para leer de nuevo la inmortal comedia, en mi modesto ejemplar yankee de 50 céntimos. De la lectura al comentario, el paso es resbaladizo: no hay enamorado discreto. Vengo, pues, en zaga de tantos otros, á referiros ingenuamente «cómo me ha ido» en la isla encantada de Calibán y Próspero. Y por cierto que este acto de fe shakspeariana habrá de parecerse á una crítica doctrinal, como v. g. un «himno al sol» se parece á un informe sobre el alumbrado público—en lo de tratarse en ambos de la luz.

Estas ediciones escolares de la casa Harper son excelentes; cada pieza suelta forma su pequeño tomo de bolsillo, de carácter bien legible é impreso como los americanos soben imprimir. «El formato» cuadrado, con sus amplias márgenes blancas, incita al lector á garabatear sus escolios; tanto más que las notas clásicas, en lugar de obstruir el texto; se encuentran juntas en el apéndice, reca-

tadas y sólo presentes cuando se las busca. Los tales libritos del doctor Rolfe, de Cambridge (Massachusets), nada dejarían que desear si se los despojase de algunas ilustraciones. Los *engravings* son realmente melancólicos. Pero estos reparos míos son melindres propios del viejo mundo y que no tienen alcance en el nuevo. Mucha agua ha de correr por el Hudson—ó el Plata—antes de que sientan los neomundanos todos, desde el arquitecto y el escritor hasta la modistilla, que suele pecarse contra el gusto, no por lo que falta, sino por lo que sobra.

Shakspeare es un autor difícil, así por la exuberancia de su estilo y la audacia de su sintaxis, como por sus bruscas salidas y brincos repentinos á través de la historia, de las letras antiguas y modernas, ó de las ciencias, artes y usos contemporáneos. Su vocabulario es el más frondoso de la literatura inglesa. Hallam le compara á un autor griego, cuyo texto sólo se hace inteligible merced al aparato crítico. Basta, en efecto, considerar la copia de notas y discusiones de una regular edición—digamos la de Oxford, destinada á ingleses cultos—para comprender cómo un extranjero no pueda llegar sin ayuda á la inteligencia cabal del texto shakspeariano. Á fuer de estudioso, uno se lanza, pues, por esas sendas escabrosas, apoyado en las muletas de los escoliastas. Pero al cabo de penosos y repetidos experimentos, el caminante de buena fe comprueba, entre despechado y satisfecho, que, á trueque de serle útiles para salvar ciertos pasos ásperos, las tales muletas sólo le sirven de estorbo en lo más largo y pintoresco de la ruta. En términos claros: se reconoce que todo lo que

es realmente bello y original en la obra maestra, es también lo que menos requiere explicación; ocurriéndoles en cambio á los minuciosos glosadores de la letra quedarse mudos y lelos ante el espíritu.

Enrique Heine, que solía encubrir tanta razón profunda debajo de su gracia irónica ó sentimental, comprobaba, ha mucho tiempo, que Inglaterra no había producido más comentador de cuenta que Hazlitt—el cual no era propiamente un crítico. En realidad, son los poetas, los filósofos á par que artistas del verso y de la prosa, desde Lessing y Goethe hasta Taine y Renan, quienes han consagrado al maestro de los maestros. Y ha sido un espectáculo grandioso el de aquellos electores coronados que venían á depositar en la urna de la gloria el voto que elegía á Shakspeare, como dice el mismo Heine, «emperador de la literatura».

Sólo un artista siente plenamente á otro artista de su familia. Él sabe que es tiempo perdido el intentar traducirle ó comentarle á la menuda. Su crítica fecunda se dirige al conjunto para engrandecerlo, en tanto que la del retórico se encarniza en el detalle para pulverizarlo. Por eso es que las veinte páginas aladas de Heine encierran más substancia que los volúmenes compactos de Stapfer ó Knight. Es tarea vana y ridícula la de probar á medir una montaña con un metro de bolsillo. Ahora bien: la cumbre shakspeariana señala el límite superior del arte humano; ante esa alteza soberana y única no hay otra actitud posible que la admiración *inteligente*. Ha dicho Vic-

tor Hugo, refiriéndose precisamente á Shakspeare: *Fadmire tout, comme une brute...* Tampoco es eso, y acaso lo excesivo de la expresión revele lo ficticio del sentimiento. Hugo no era de la familia de Shakspeare: inmenso lírico, faltábale por completo la «simpatía», don supremo y virtud creadora del poeta dramático. El teatro de Hugo es un «entrevero» de titeres articulados que suelen recitar odas magníficas. Por otra parte, él admiraba poco, y está demás decir que nunca admiraría «como un bruto». La admiración es un acto de inteligencia; y lo propio de la estupidez está precisamente en la imposibilidad de sentir lo admirable: á las obras maravillosas de su amo, Calibán prefiere la botella de vino de Stéphanó.

La única actitud, lo repito, digna de un hombre y del mismo glorificado, es la admiración inteligente: la visión normal que contempla cara á cara la obra maestra, y es tan distante de la miopía negadora como del encandilamiento fanático. Para alcanzar este miradero, nos bastará desviar á la turba de chambelanes é intérpretes que obstruyen las antesalas del monumento, y pedir audiencia al genio con su solo libro en la mano.

Tratado por otro dramaturgo contemporáneo, el asunto de la *Tempestad* sería un cuento de hadas ingerido en una comedia de enredo gastado y pueril: la eterna trama novelesca del soberano destronado, que recobra la corona casando á su hija con el heredero del usurpador—ó de su cómplice que tanto vale. El argumento, tan machacado por el mismo Shakspeare, y que es para nosotros lo tedioso del drama, era lo único interesante para el grueso pú-

blico de Blackfriars, que daba de barato la poesía más nueva y la filosofía más profunda, siempre que su *story-teller* le sirviera una accidentada fábula. En estas condiciones, y para ese auditorio de mercaderes y marineros, es como ha escrito el pobre gran poeta. Esa atmósfera de taberna respiraron al nacer las más heroicas ó suaves creaciones de su fantasía; y la purísima Miranda murmuró sus primeras y virginales confidencias ante una plebe de teatro, ebria como Stéphanos y ruda como Calibán.

Se admite hoy que la *Tempestad* sea la última producción de Shakspeare; figuraría, en todo caso, entre las postreras, aun suponiéndose, como algunos pretenden, que el adiós melancólico de Próspero á sus artes encantadas hubiera sido agregado más tarde, para significar el adiós supremo del poeta á la inspiración. Murió poco después, al cumplir cincuenta y dos años, casi el mismo día que Cervantes (1). Tendría á lo sumo cuarenta y cinco cuando escribió este drama: la edad de la plena y fecunda madurez, en que otros llegan al apogeo y Milton da principio á su *Paraíso perdido*. ¿Qué significa, entonces, la confidencia desgarradora del *Epilogo*, esta confesión de impotencia y vejez prematura: «Ahora no tengo ya bríos para ejecutar, arte para encantar, y mi fin será la desesperación si no me salva la plegaria...?» ¿Sentiría ya el poeta los primeros ataques del mal que le iba á arrebatarse casi súbitamente; ó

(1) El 23 de Abril de 1616. Sabido es que la coincidencia aparente de ambas fechas encubre en realidad una diferencia de diez días: los ingleses no adoptaron la reforma gregoriana hasta 1752.

sería que, semejante á Mozart, Rafael y otros genios exuberantes, hubiese gastado en treinta años de creación incesante las energías de una existencia secular?

Sea como fuere, realizó su regular fortuna y retornó á su aldea, donde acabó su vida como un tendero retirado, sin acordarse jamás de lo que hubiera escrito: y acaso este olvido absoluto del portento creado sea un fenómeno más extraordinario que el de la misma creación. Murió sin componerse un epitafio, sin redactar otro testamento intelectual que el de Próspero. En su otro testamento distribuye minuciosamente su fortuna entre sus deudos y sus compañeros de teatro, y ¡ni una palabra relativa á la colección de sus obras—á esa herencia inmortal que dejara á su patria y al mundo, y se tiene hoy por más preciosa que todo el imperio británico! El *Omnia vanitas* del Eclesiastés no se compara á esta indiferencia sobrehumana por la gloria, que ni siquiera se digna encontrarle expresión. ¡El desprecio, el olvido, el silencio! Y el poeta se extinguió sin sospechar que el más ínfimo de sus legados serviría para costear la primera colección de sus dramas.

Ese desapego de Shakspeare respecto de lo que entregara al teatro (es notorio que no corregía jamás sus manuscritos), se manifiesta desde luego por el escaso cuidado que prestaba al asunto. Tomábalo á diestra y siniestra, como cosa sin importancia: una novela italiana, un cuento francés, una leyenda popular, un capítulo de Plutarco, una reminiscencia, propia ó ajena, del teatro griego ó romano. Sobre ese cañamazo cualquiera improvisaba su poesía; y tal es el origen de las obras más bellas que

existan en lenguaje humano. Hazlitt ha publicado en seis volúmenes compactos la colección de los materiales, más ó menos informes, *employed by Shakspeare*. Cada una de las treinta y tantas piezas enseña su ascendencia legítima, con una sola excepción, y ésta se refiere precisamente á la *Tempestad*. Todos los esfuerzos de la tribu escoliasta no han tenido más resultado que atribuir á un recuerdo de Montaigne el discurso de Gonzalo, en la primera escena del acto segundo. Pero, acerca del origen literario, del núcleo primitivo, nada se ha descubierto, ninguna hipótesis sólida al menos, pues hasta el drama alemán que se suponía anterior resulta ahora posterior al de Shakspeare. Dada la posición del problema, no dejaría de ser curioso que la solución correcta, inútilmente buscada por los críticos profesionales y universitarios europeos, fuese encontrada por un simple aficionado de Sud América... Voy á someter á los estudiosos, para que la examinen y discutan, la conjetura de que la idea fundamental de la *Tempestad* procede del *Cíclope*, de Eurípides: única muestra subsistente del drama satírico, que es muy sabido era una suerte de entremés cómico que acompañaba á la trilogía griega.

La crítica moderna reconoce unánimemente que se ha exagerado la ignorancia literaria del autor de *Pericles* y *Julio César*. El conocido dicho de Ben Jonson, sobre el saber de su amigo y rival (*small Latin and less Greek*), no prueba mucho. Ben Jonson era uno de los primeros *scholars* de aquel siglo de humanistas, y su juicio recuerda el de Descartes sobre Pascal matemático: «Un joven

aficionado... Ya sea que los leyera en el original ó en una traducción, está muy á la vista que Shakspeare conocía á los clásicos; cualquiera de sus dramas lo revela. Además, el genio es una perpetua adivinación; un pedante no sospecha con qué rapidez instantánea un artista original logra asimilarse el conjunto por un detalle, y un libro entero por una página. Por fin, Shakspeare pertenecía al club de la *Sirena*, donde se reunían Ben Jonson, Chapman (el traductor de Homero) y otros célebres eruditos: en estas discusiones diarias habían de surgir á menudo los trágicos griegos, especialmente Eurípides, que circulaba entonces en la bella edición de Canter. Cien ejemplos confirman esta presunción: baste recordar, en *Troilus* (tan impregnado de helenismo en su giro paródico), la escena del desfile, imitación visible de la primera de las *Fenicias*...

El caso de la *Tempestad* es mucho más característico y, á mi ver, decisivo; me limitaré, para ser breve, á unas pocas indicaciones. Desde luego, es el mismo el lugar de la acción, ó muy poco menos. La antigua crítica colocaba el país de los cíclopes en la punta oeste de Sicilia, entre Marsala y Trápani, enfrente de las vecinas islas Egades. No es dudoso que en una de éstas ocurra la *Tempestad*: el buque naufrago volvía de Túnez á Nápoles y no hay otras islas en el trayecto directo (1). Podriase también estable-

(1) Por el mero hecho de mencionarse una vez en la pieza las islas Bermudas, no ha faltado un comentador que coloque allí el naufrago del buque ¡que volvía de Túnez á Nápoles! No es sólo entre los cervantistas donde hace estragos lo que podría llamarse (salvo el barbarismo): *furor scholiasticus*.

cer un paralelo curioso entre los principales personajes de ambos dramas: Calibán es Polifemo, Próspero es Ulises, Miranda puede proceder de la Galatea de Teócrito, por una aproximación natural. Stéphano y Trinculo reemplazan á Sileno y los sátiros, para completar la escena de la embriaguez, que es el centro de la acción en una y otra obra, etc.

Empero, todos esos cotejos aproximativos podrían ser tenidos por meras coincidencias. Un indicio más significativo fluye para mí de una sola palabra: el retruécano sobre *Nadie* (*Nobody*), que no parece natural haya podido ocurrir á Shakspeare, á no ser por reminiscencia de Eurípides. Este primogénito de los *calembours*,—pues Eurípides lo ha tomado en la *Odisea*,—nace de la respuesta de Ulises, al ser interrogado por el Cíclope: «Me llamo *Nadie* (*Cutis*)». Aquí viene el equívoco burlesco: «¿Por qué gritas, Cíclope?—*Nadie* me ha reventado el ojo.—¿Entonces, no estás ciego?... etc.» Se ve la escena y se escuchan las risotadas del público.

Claro está que, alrededor de este núcleo central, se han depositado otras reminiscencias que flotaban en la memoria del poeta: cuentos, viajes, relaciones escritas ú orales del heroico Raleigh, que también era parroquiano de la *Sirena*. Según su procedimiento habitual, el poeta ha *transportado* en otra clave el clásico «motivo». Al conservar el tema principal de Eurípides, lo ha envuelto en un enredo novelesco para satisfacer el gusto público; al propio tiempo que lo bordaba con los deliciosos arabescos de

su fantasía, para satisfacer su gusto propio. ¡Y ha sido la obra maestra!

Todo está dicho acerca de la novedad y belleza de los caracteres protagónicos. Como casi siempre ocurre con Shakspeare, los personajes han llegado á ser otros tantos tipos literarios, cuya substancia no agotarán tres siglos de citas y comentarios. Pero, aún más que tipos, Miranda, Próspero, Ariel, Calibán, han revestido la forma aérea y luminosa de símbolos. Después de individualizar al mismo poeta, su «mágico prodigioso» ha venido representando á la ciencia vencedora del grosero materialismo. Calibán ha sido la barbarie elemental, la bestia humana recién desprendida del limo nativo; Ariel, la fantasía poética; Miranda, la Psiquis romántica: el alma de ilusión y candor, tan inocente y pura, que no alcanza á empañar su cristal la sombra de la curiosidad. Más tarde, el simbolismo se ha sutilizado aún, perdiendo hasta su apariencia irisada para tornarse una entidad abstracta, una metáfora. Y así, para Renán, nuestro Platón contemporáneo, Calibán y Próspero han representado los *signos* de la democracia en pugna con la aristocracia; la lucha eterna y desigual entre la muchedumbre y el grupo selecto y superior; la sórdida protesta del apetito y del instinto contra los ideales de la conciencia y del espíritu. El monumento de Shakspeare era la gótica catedral, esculpida y cincelada como joya gigantesca, y cuyas vidrieras, pintadas de simbólicas figuras, dejaban el recinto bañado en una penumbra propicia al misterio y al éxtasis; la comedia fisiológica de Renán es el templo del libre pensamiento, de exquisita elegancia

en sus líneas severas y por cuyas ventanas de incoloro cristal entra á raudales la claridad del día para alumbrar una inmensa desnudez.

¡Shakspeare! Cuando ha pensado y escrito—hablo de lo realmente *suyo*, se entiende—ese portento de la humanidad, revistió al pronto la forma definitiva é incorruptible de una cristalización. Pensar que haya de envejecer su poesía olímpica, es como suponer que el bloque de oro nativo pueda algún día oxidarse —Si fuéramos sinceros, confesaríamos que la mitad de nuestra admiración por Homero, Dante, Calderón, Molière y otros ídolos cultos nacionales, proviene de sugerencias escolares á que obedecemos dócilmente. No los saboreamos en su plenitud ni sin esfuerzo. Necesitamos situarnos en su época, restaurarlos, aplicarles el criterio relativo: gastar, por fin, una suma enorme de buena voluntad con algo de convencionalismo. —Shakspeare es enormemente joven como los dioses helénicos, perpetuamente actual como la naturaleza. Es el intérprete del inquieto pensamiento moderno, no menos que del sentir tumultuoso de su siglo. Forman sus dramas la inagotable lección de moral humana y de historia soñada,—es decir revivida,—que nuestros abuelos aprendieron y nuestros nietos repetirán. Al igual que la Isis egipcia, su filosofía contiene lo que ha sido, es y será. Extraño á cualquier disciplina científica, mucho más al proceso experimental, que casi nadie poseía en su tiempo y que el mismo Bacón sólo llegara á instituir: todo lo presintió y comprendió en esencia, puesto que todo lo adivi-

nó. Las inducciones más atrevidas de la psicología contemporánea se hallan en germen, como caídas al acaso de su gesto sembrador, en *Hamlet*, la *Tempestad* y otras creaciones de su edad madura. Ha entrevisto á bulto el alma antigua, con la misma realidad íntima y familiar que Niebuhr ó Michelet la antigua civilización. No conociendo de los poetas latinos sino á Plauto y al frívolo Ovidio, ha vuelto espontáneamente á sentir como Virgilio y á pensar como Lucrecio. En *Romeo y Julieta* se encuentra el verso más profundo del *Natura rerum*, que nunca había leído, y que Vigny repitió, probablemente sin recordar ni una ni otra procedencia:

Omniparens, eadem rerum commune sepulchrum... (1)

Su genio, exuberante de savia generosa y creadora virtud, abarca la ciudad y la selva; caben en él la naturaleza y la humanidad. Su teatro es un mundo en pequeño, un microcosmo ideal, donde el realismo más palpitante y crudo se amalgama y combina, como en la vida misma, con la poesía más etérea y el sentimiento más patético. Se encuentran y codean allí, en una promiscuidad de danza macabra, toda la historia, desde la Grecia pelasga hasta la Inglaterra de Isabel; toda la leyenda, desde el cuento mitológico hasta la superstición espiritista; toda la jerarquía

(1) *Romeo and Juliet*, II:

The earth, that's nature's mother, is her tomb...

A. DE VIGNY.—*La Maison du berger*:

On me dit une mère et je suis une tombe...

social, desde el emperador y el arzobispo hasta el mendigo y el esclavo; todas las idiosincrasias, desde el genio de César y el atroz civismo de Bruto hasta el delirio furioso de Otelo, la alucinación impulsiva de Macbeth y la chochez senil de Polonio, con las cien variedades intermedias de la patología cerebral. Ha hecho suyas todas las formas empleadas en treinta siglos de literatura, además de las propias, que nadie más que él empleó. Su estilo recoge por instantes el inmenso registro armónico de la sensación y la idea. Entre el devaneo sublime de Próspero y el gruñido primitivo del Calibán apenas desbastado, que señalan extremos polares, caben el trino lírico de Ariel, el soliloquio metafísico de Jacques, los cohetes voladores de Mercurio, el pesimismo sarcástico y literario de Hamlet, la jerga plebeya de Bottom, la cavilación infernal de Yago, la incomparable arenga política de Marco Antonio, el inefable himno nupcial de Romeo y Julieta, el balbuceo demente del viejo Lear —y veinte timbres más de la orquesta universal, que el maestro soberano maneja con espontaneidad absoluta y certeza infalible.

Aludía poco antes á la presciencia del genio: ¿qué otro nombre merece la aplicación anticipada, por el instinto sintético de Shakspeare, de las leyes sobre la correlación de las formas y la subordinación de los caracteres, en que, dos siglos más tarde, asentara Cuvier la anatomía comparada? ¿No son eso mismo aquellos tipos múltiples, resucitados á nuestra vista con un *débris* de historia ó un jirón de crónica, y cuyos actos y palabras brotan de las dramáticas situaciones con un relieve y un acierto imperturba-

ble, con una lógica tal que no concebimos que dichos actos ó palabras fueran otros de lo que son?—Sólo existe otro artista soberano que produzca esta misma sensación de plenitud—y cuyo nombre emularía el esplendor único del inglés, si Beethoven contuviera á Mozart, como Shakspeare contiene á Molière.—Mientras escribo estas líneas, oigo tocar cerca de mí el *allegro* de una de sus sonatas menos célebres (la *op.* núm. 7, en *mi bemol*): es la propia impresión shaksperiana: la inspiración continua y completa que no permite al oyente pensar que pudiera ser diferente. La frase sigue á la frase, sin una vacilación, sin un esfuerzo, sin un desfallecimiento: á manera del curso de un río caudaloso que no puede amenguarse ni detenerse, como que la onda que pasa, fluye adherida á la que ya pasó.

Tal he sentido al poeta sublime que todo lo abarca y domina en su obra inmortal. Es vario y grande como la naturaleza; en sus dramas frondosos, el pensador tropieza por instantes con el grupo formidable y trágico, vecino á la visión de infinita gracia y dulzura. Y me aparece semejante á nuestros paisajes de la Cordillera, en que el viajero descubre á cada paso sombras apacibles junto á despeñaderos, flores balsámicas al borde del precipicio; y donde, por la quebrada abierta entre paredes de granito que asombran la vista, corre cantando el fresco arroyo que apaga la sed.

LA ACCIÓN TEATRAL (1)

Á PROPÓSITO DE SARAH BERNHARDT

Terminaron hace tres días las representaciones de Sarah Bernhardt; podría decirse que flotan aún en el Politeama las últimas vibraciones de su voz aplaudida. Sin embargo, ya parece casi tarde para resumir en un artículo de diario las impresiones acumuladas durante una serie de funciones que comenzó hace poco más de un mes. ¡Inevitable desquite del organismo sacudido hasta la saciedad por sensaciones harto repetidas y prolongadas! *¡Tout casse, tout passe, tout lasse!* como decía una antecesora de Sarah Bernhardt.

No soy de los que dieron á su venida las proporciones

(1) No sé si recogeré algún día mis folletines teatrales que, aun podados de sus detalles alusivos á la representación, constituyen sin duda lo más efímero de mi producción literaria. Pero me ha parecido que en el presente se expresaban ciertas ideas generales, relacionadas con la estética y la psicología, y que podían reproducirse.

de un acontecimiento internacional; ni tampoco de los que comprometen en aventuras de bastidores el sentimiento patrio. Pero, como antes en la Comedia ó el Vaudeville, aplaudí desde su estreno á la aciriz de indisputable talento, que nos traía un exquisito programa de fiestas intelectuales, con la exhibición de cinco ó seis obras maestras del teatro francés. La promesa no fué exactamente cumplida: me es posible aceptar, por ejemplo, al *Maitre de forges* como un sucedáneo de *Andromaque*. En cambio, y muy antes de la hégira al Rosario, se reveló la incurable insuficiencia del resto de la «tropa». Con todo, bastó el brillo de la estrella para aclarar la situación y asegurar el resultado comercial—y aun artístico—de la campaña. Yo me mantuve firme hasta el fin, y casi sin reservas, en mi primera admiración. Y esto, más que por blandura natural, en previsión de las injusticias que deseaban algunos cometer contra la interesante artista, en represalias de no lograr entenderla. Confieso que, por momentos, refunfunaba como Orestes:

Mon innocence enfin commence à me peser...

Pero, sin adelantar un elogio que no fuera sincero, me resigné á no decir toda la verdad. Hasta me pareció que alguna vez, al desfogarme bajo la impresión reciente, mi entusiasmo hubiera cobrado cierto viso de exageración. Percibí en efecto, después de mis artículos sobre *Fedra* y *Adriana*, indicios inequívocos del descontento de la protagonista: comprendí al instante que mis elogios excesivos habían herido su modestia. En lugar del retrato franco y

sin retoque, que ella sin duda esperaba, sólo le había ofrecido una relamida pintura sobre porcelana, tan desprovista de sombras y contraste como de acentuado relieve. Aunque un poco tarde, le pido que acepte este más reposado juicio como un acto de reparación.

Una preocupación todavía bastante esparcida, respecto de la acción teatral, es la que atribuye al actor de talento la sensación real de cuanto expresa y nos hace sentir. En literatura nos hemos librado ya de la «inspiración poética». Creo que, sólo en España y Sud América, es dable hallar algunos rezagados vates que sigan invocando á las «Píerides» con fe inquebrantable: *¡Préstale inspiración al arpa mía!*... Nosotros hemos almacenado definitivamente esos instrumentos de cuerda. En la actualidad, sabemos todos que la «musa» no es sino la energía intelectual. El gastado mito del vate inconsciente envuelve para nosotros á un hombre de imaginación que sabe bien la lengua, busca sus expresiones, las corrige y lima pacientemente—sin que sea necesaria ni útil su propia emoción para despertarla en sus lectores.

Pero subsiste la candorosa ilusión para la estética que con los cómicos se relaciona. Al tratar de cualquier interpretación acertada, reaparece la inevitable cita de Horacio: *Si vis me flere...* Hace más de un siglo que Diderot se esforzó en demostrar irrefutablemente la *necesidad* de que, para conmover al público, el actor quedase testigo sereno é impassible de sus fingidos arrebatos. Hace ochenta años que el trágico Talma repetía á sus discípulos estas razones, fruto de su experiencia: «Desconfiad de la emoción:

la voz se sentiría, faltaría la memoria, los gestos serían falsos y nulos los efectos».—No importa: siempre que un crítico ó un autor quiera halagar la vanidad de un comediante, resucitará la famosa teoría de la «encarnación» del tipo representado. Así, Víctor Hugo escribe, después de su *Ruy Blas*, estrenado por Frédéric Lemaître: «Tiene lágrimas, verdaderas lágrimas, de esas que hacen llorar á los demás»; y sigue el consabido estribillo de Horacio. Con todo el respeto que el gran poeta se merece, debo confesar que ha expresado allí exactamente la opinión de Polonio, en la famosa escena del *Hamlet*: «Pero mirad: ¡el cómico ha mudado de color! ¡tiene lágrimas en los ojos!»

No hay que decir si, para Sarah Bernhardt, ha vuelto á florecer en todos los folletines la secular teoría: hemos tenido, además de las lágrimas reales, al corazón despedazado, la sangre encendida por la fiebre, todo el ser inmolado en el altar de la pasión...—Polonio es inmortal.

Por supuesto que los actores fomentan por lo regular la patética leyenda: prefieren que el vulgo les atribuya una misteriosa facultad innata, antes que una habilidad adquirida por el estudio. El rasgo es humano y, por tanto, general: todos sacamos más vanidad de las ventajas naturales que de las conquistadas por nuestro esfuerzo. El haber nacido rico acaricia más el amor propio que el mérito de haber labrado su fortuna; el reblandecido y vago descendiente de algún Montmorency se muestra más satisfecho de su dudoso origen, que Gambetta de su gloria personal. Supongamos por un momento—ya sé que es imposible, pero admítase la hipótesis—que pudiera existir un

tenor con talento: tened por seguro que daría de barato su valor intelectual siempre que aplaudierais su voz.

Parecerá á algunos lectores un rasgo de ingenuidad el venir á repetirles ahora que para Sarah, como para Talma, Kean y Rachel, la acción teatral no es, y no puede ser, sino un arte de ficción. Nadie ignora que el recto sentido de la voz griega *hypocritês* es el de actor: únicamente por metáfora es como la palabra ha venido adquiriendo su moderno y deprimente significado. La emoción real de un actor en escena no sería tan sólo una imposibilidad fisiológica, tratándose de situaciones que han de repetirse idénticamente cada noche y por centenares de veces: importaría un grave error estético y, por tanto, un fracaso teatral. La expresión real de un sentimiento no alcanzaría jamás ante el público el efecto apetecido; al propio modo que el jardín auténtico de Gretchen no valdría, á la luz artificial, su decorativo remedo de brocha gorda. El teatro tiene su óptica especial, muy diferente de la realidad. No dudéis que la agonía ficticia de Sarah Bernhardt sea infinitamente más patética, para espectadores sentados, que la verdadera de Froufrou ó Adriana. Ha dicho nuestro venerable Boileau:

Jamais Iphigénie, en Aulide immolée,
N'a coûté tant de pleurs à la Grèce assemblée
Qu'en a fait, sous son nom, verser la Champmeslé...

Pues bien, ello, que pudiera tomarse como una hipébole de versificador, resulta ser una estricta verdad psicológica.

La acción teatral contiene su parte de iniciativa artística, en medio á tanta rutina tradicional y receta de oficio como la componen. La dificultad y el mérito de la interpretación no consisten en copiar servilmente la realidad, sino en encontrar los efectos expresivos y deformados que simbolicen para el espectador la verdad convencional, exteriorizando con belleza y relieve la intención del poeta creador. En un orden todavía inferior, sucede lo propio con las decoraciones, trajes y accesorios teatrales. No encontraríais un paisaje tropical, en la India ó en el Brasil, que produjera el efecto escénico de un telón de Rubé. Tomad el cuadro más realista y moderno del repertorio de Sarah: la escena final del cuarto acto en *La Dama de las camelias*, y figuraos si podéis la sensación repugnante ó grotesca que os produciría el espectáculo verdadero de Armando jugando con su rival, profiriendo en alta voz alusiones insultantes á Margarita, y concluyendo por arrojarle al rostro, después de una lluvia de improperios, el dinero que acababa de ganar. Aquello sería intolerable, nauseabundo, imposible. En el teatro, y merced á una óptica especial, la escena resulta altamente dramática. Es así como los rasgos más brutales y excesivos traducen, mejor que los medios tintes delicados, los efectos de la pasión frenética. La exactitud parecería falsa en un medio artificial.

Es necesario, pues, enterrar de una vez aquella preocupación infantil de la «verdad» en el teatro: no tan sólo porque las manifestaciones externas de las grandes emociones, como el rubor, la palidez, las lágrimas, son fenó-

menos involuntarios y reflejos, sino también porque tales manifestaciones serían de todo punto insuficientes é ineficaces para conmover al público. En nuestro individuo, la mínima parte de la sensación, que arranca del centro nervioso, llega á la periferia. No sólo la experiencia de la vida embota las emociones, sino que adquirimos el hábito de disimularlas casi por completo. Esto se llama «dominarse», ser «dueño de sí»;—y el acto de revelar exteriormente las impresiones del alma, pasa por un indicio de debilidad indigna de un hombre. En el teatro, no sólo es necesario ostentar cada efecto sensacional, sino exagerarlo para hacerlo evidente á treinta pasos y para dos mil espectadores.—En el drama moderno, sin embargo, y desde luego en la comedia en prosa, la palabra suele ser un medio de traducción suficiente para que se contenga en justos límites la parte de necesaria exageración. Pero cuando el verso, con su lirismo é imágenes atrevidas, debilita el poder traductor de la palabra: en la tragedia, y sobre todo en la ópera: ¡recordad las exageraciones grotescas de la mímica—los inefables pucheros del tenor y los ridículos arrebatos del barítono barbudo!

Así, la acción teatral resulta ser un pura convención. La habilidad profesional consiste en ocultar la preparación y el esfuerzo debajo de una apariencia de espontánea naturalidad. El actor busca cuidadosamente cada matiz de entonación, estudia los menores detalles de su dicción y ademanes; después de encontrarlos, nunca los modifica. Reproduce la escena aprendida con la precisión invariable de un cantante que modula su cavatina; es mero asunto.

de memoria (1). Aun respecto de ese largo aprendizaje previo de cada papel, se ha exagerado mucho la intervención que en él tenga la experiencia de la vida. Es indudable que el simple *virtuoso* teatral necesita haber observado en la escena ó la realidad la acción que se esfuerza en traducir públicamente; hasta para el actor capaz de *crear* un tipo, como hoy se dice con ridículo énfasis, las propias emociones pasadas pueden ser útiles como base de la ficción presente. Pero no son indispensables al artista genial: éste posee la imaginación asimilativa, que es también, en grado incomparablemente superior, la facultad maestra del poeta dramático. Shakspeare era un lugareño poco ilustrado, de escaso mundo y pobre lectura; pero tuvo la imaginación más «simpática», como ha dicho Taine, que haya existido jamás: veía, oía á sus personajes ideales, *sentia* con ellos, encontrando sin esfuerzo aparente sus lógicas actitudes y su estilo propio. Descendiendo al artificio escénico, sabemos cómo la pequeña judía callejera que se llamó Rachel, adivinaba á los quince años las regias y complicadas idiosincrasias de Hermiona y Fedra.

En las representaciones de Sarah Bernhardt y durante aquellas, especialmente, en que condescendía con el pú-

(1) Sería necesario completar esta teoría, un tanto sumaria, con las consideraciones siguientes: 1.^a La repetición de los actos deliberados tiende á transformarlos en automáticos ó reflejos; 2.^a Los órganos que concurren á la realización de un acto complejo (en la escena: la palabra, el ademán, la actitud, etc.) quedan relacionados y solidarios, de suerte que uno de ellos *llama* al otro espontáneamente. De ello puede resultar, en ciertos casos, cierto grado de emoción real, aunque sea por reflejo y reminiscencia.

blico hasta darle el ejemplo de una amable confianza, hemos podido disfrutar los paréntesis de risa y chacota con que solía amenizar sus lances más trágicos. ¡Vaya si sentiría de veras las angustias de Fedra, como que le oí murmurar, entre dos versos de la más patética escena, después de un sonoro estornudo del paraíso: *Dieu te bénisse, nîgaud!*—También asistí á un ensayo de *Theodora*, después de proveerme del anillo de Gíges que me volviera invisible. Creo que esa noche era yo el único profano en el santuario, y no sentí haberme proporcionado tan instructiva como barata diversión. Particularmente sabrosa resultó la gran escena de la muerte de Marcellus: infeliz farfullero á quien la «augusta» interrumpía á cada paso con su voz del boulevard para dirigirle una observación técnica ó una broma. Entre dos apartes de Sarah, la emperatriz Teodora tomaba su máscara tremenda y declamaba con voz estridente el terrible papel: era realmente la fiera coronada, deshecho el rostro, extraviada la mirada, que alzaba la mano convulsa para hundir el «estileto» en el corazón de la víctima: *Vlan!*... y una carcajada de la *cabotina* remataba la ejecución.

Sarah Bernhardt tiene, pues, las dotes de una verdadera comedianta: se muestra dueña absoluta de sí propia y de sus efectos escénicos. Pero no mucho más que la coqueta mundana que engaña en la misma noche á diez adoradores, ó nuestro amigo Don Juan, al fingir admirablemente su momentánea pasión—pues la *hipocresía*, es decir la acción cómica, es una aptitud natural que casi todos poseemos. Procuremos, pues, analizar en pocas palabras ese talento de gran hipócrita.

Entre los elementos que más contribuyen al éxito teatral—y son: la persona física, el gesto, la voz y la dicción,—Sarah Bernhardt posee en alto grado los dones nativos más raros y preciosos. No ha tenido que luchar, como Kean y Rachel, con un exterior desgraciado y rebelde. De estatura apenas mediana, parece alta por la armoniosa proporción de las formas y la nobleza de la postura. La proverbial esbeltez de su cuerpo nervioso ha conservado el garbo de la juventud, sin que por excesiva obste á la belleza plástica. La cabeza no es regularmente hermosa, si bien toda ella modelada en facciones expresivas, que forman un conjunto de extraña seducción. La fisonomía está hecha de relieves y *méplats*: ninguna redondez. La curva netamente hebraica del perfil se interrumpe de golpe sobre el duro relieve del labio corto, desdenoso, con los surcos de la ironía marcadísimos. Las alas de la nariz se dilatan fácilmente en los momentos de pasión; durante los raptos de ira, el músculo piramidal se hincha agresivo, entre las cejas fruncidas. El párpado espeso cubre los admirables ojos de agua marina ó turquesa, pues su color parece mudable como el del mar, que se aclara con la calma y obscurece en la tormenta.—*false as water*. Sobre esa máscara enérgica y movable, la cabecita leonina se yergue, *nimbada* por la revuelta cabellera de un rubio ardiente, remedando un reflejo de incendio. Todo el conjunto es inquietante y sospechoso, aun en los abandonos de ferneza, que revisten no sé qué dulzura equívoca, cual si las invisibles uñas felinas estuviesen siempre próximas á salir. Tal es Sarah Bernhardt.

En *Fedra* aparece exquisitamente bella: de una belleza sin duda más moderna y grácil que la soñada por el poeta griego—y aun por Racine,—pero irresistiblemente seductora, con su peplo de pliegues rectos que acusa vagamente la forma estatuaria; su toca de lino que estrecha más aún el óvalo exangüe del rostro, y sobre cuya blancura los rizos de oro parece que continuarían el bordado de la túnica. Es una visión encantadora. Y así, pálida y consumida por la pasión interna, da gana de decirle como á la cigarra de Anacreón: «Querida de las musas, Febo te dió la voz armoniosa. Eres sin carne ni sangre, como los dioses».

Quien sólo la mirase en la tragedia griega, escultural y siempre noble, hasta en sus arrebatos más frenéticos, no podría sospechar la elasticidad nerviosa y el terrible resorte que despliega Teodora, la coronada plebeya bizantina; ni tampoco la gracia perversa y magnética con que Margarita ó Fedora sabrá enlazar á su fascinado amante. Un ardor de vida inextinguible circula por ese cuerpo lánguido y al parecer enfermizo. De todo el ser rebosa la actividad febril, el tumultuoso oleaje de un alma eternamente inquieta é insaciable.

Todos sus ademanes son de una eficacia insuperable. Su mímica es un ritmo. Camina admirablemente; y es éste uno de los actos más difíciles, así en la escena como en el mundo: recuérdese el embarazo que experimentamos cuando sabemos que alguien nos ve llegar ú observa nuestra retirada.—En cuanto á la voz, su belleza es proverbial: ha sido uno de los más perfectos instrumentos vo-

cales que en el teatro hayan resonado. El timbre actual nada ha perdido de su sonoridad metálica ni de su potencia flexible: siéntese no obstante que ha sido esforzado; y en los momentos de murmurada confidencia, percíbense á ratos ligeras rajaduras, como la secreta herida de una copa de finísimo cristal. Pero queda incomparable en los estallidos de la pasión indignada y bravía.

Con tan preciosas dotes naturales, servidas por una inteligencia rápida y receptiva, una organización infatigable y una audaz independencia de carácter, Sarah había *conquistado*, contra viento y marea, el puesto más ostentoso en el Teatro Francés. Sin duda, como Kean y Rachel, como todos los actores originales, no le era dado abarcar un variado repertorio—pero había hecho suyos cuatro ó cinco tipos violentos y exóticos, casi inaccesibles para otros y que ella realizaba con un brío incomparable. Con todo, se sentía estrecha—moralmente, se entiende—en la solemne casa de Molière, y su fracaso en la *Aventurera* de Augier—á quien ella desprecia ahora como á un «escritor burgués»—dió la señal de la emancipación. Al cabo se encontró libre para desarrollar sin trabas sus cualidades—y sus defectos, igualmente estrepitosos. No sólo eligió su repertorio, sino que se hizo fabricar otro nuevo á su medida. Por fin, dió rienda suelta á sus genialidades, y se tornó estrella errante, cosmopolita, intermitente, ambulante. Y es así como la acabamos de aplaudir en Buenos Aires, siempre la misma Sarah Bernhardt, y, hoy más que nunca, la gran caprichosa, la irresistible desorbitada del teatro contemporáneo.

Actualmente su desempeño escénico, exacerbado por tanta aventura teatral ante todos los públicos del mundo, ofrece una extraña mezcla de rasgos vulgares y magníficos hallazgos, de enervantes afectaciones y arrebatadores arranques; cuyo conjunto desequilibrado y heterogéneo—si bien nunca vulgar—arranca al fin el aplauso admirativo. Con explotar hasta el abuso todas sus dotes nativas, ha hipertrofiado sus órganos privilegiados, exigiéndoles más de lo que podían dar, á expensas de los que necesitará desarrollar para ser perfecta. La extraordinaria belleza de su voz le ha hecho inventar esa melopeya, cantante en demasía, y que seduce irresistiblemente durante una hora para enervar en las dos siguientes. Así, una muchacha de linda boca abusa intolerablemente de la risa. La dicción, antes purísima é impecable, resulta un tanto farfullada y hasta ininteligible en ciertos pasajes de vehemencia. Durante las escenas violentas, el sonido se produce estridente y bronco, mientras la articulación se abre difícilmente paso por entre los dientes apretados, á lo Paul de Cassagnac. Repite sin cansancio—para ella—ciertos procedimientos mímicos: así el de las manos convulsas que oprimen el borde de la mesa, cuando se alza rígida en los momentos de angustia y febril ansiedad (*Fedora, Le Maître de Forges*, etc.). Otra actitud frecuente, y más discutible aún (aunque tenga un antecedente artístico en la *Sapho* de Pradier), es la de las manos alzando la rodilla, como en *Teodora, La Esfinge, Fedora*: ademán que, sobre muy suelto para reinas ó patricias, no resulta feliz por el ángulo agudo que forma la rótula.—Muchos otros detalles, críti-

cables por su audacia ó repetición, podrían señalarse; pero me limitaré al más grave y general, que consiste en la monotonía del tipo representado, tan poco variable como la catástrofe final. Es siempre la misma mujer histérica y funesta: una naturaleza *sublimada*, en el sentido químico, muy atrayente y subyugadora; pero falta de blandura femenina, de sana humanidad, de ternura y delicadeza emotiva. Parece que viviera en la pasión ardiente como en la llama aquella salamandra legendaria. Se siente que la aparente dulzura de la mujer, en ciertas horas fugaces de la vida, hubo de ser otro artificio cómico; y se sospecha porque la voz amorosa y suplicante acaricia el oído sin llegar al corazón del espectador...

Pero formuladas todas estas reservas y algunas otras que omito en obsequio á la brevedad, queda en pie la intérprete incomparable del ímpetu irresistible y de la borrascosa pasión. Nadie como ella supo marcar con rasgos de fuego el alzamiento soberbio del alma indómita contra el deber ó la convención; el batallar tremendo y sublime del ser humano con el obstáculo natural ó social, cuando prefiere en su frenesí, antes que retroceder, estrellar la frente altiva contra el muro de bronce de la realidad.

El teatro, como el mundo de que es imagen más ó menos infiel, ostenta sus Gracias y sus Euménides, sus «ángeles» y sus «demonios»—y el artista más ricamente dotado tiene que optar entre la interpretación de los unos y la de los otros. Sarah Bernhardt no logró nunca realizar á la perfección las primeras figuras; pero nadie supo como ella prestar á las segundas color intenso y relieve eficaz.

En resumen, es posible, a pesar de la teoría arriba formulada, que su carácter le sirva en las tablas; y que sobresalga en la idealización de la maldad en el teatro, porque carece de bondad en la vida.

H. A., Septiembre de 1886.

EL «SARMIENTO» DE RODIN

En diciembre de 1898 acompañé al doctor Pellegrini al taller de Rodin; volví allá solo, algunas semanas después, llevando al artista mi noticia en francés sobre Sarmiento, para que pudiese penetrar en el carácter de su modelo y mejorar (¡oh candor nuestro!) ciertos detalles de la fisonomía; por fin, he contemplado ayer, como todo el pueblo de Buenos Aires, el monumento en su sitio, en el acto de la inauguración. Sin perjuicio de volver más tarde sobre este asunto artístico, cuando la vista se haya familiarizado con la insólita figura y su curioso pedestal—considerando el conjunto desde diferentes lugares y bajo luces diversas,—voy á resumir en pocas líneas, y con mi acostumbrada franqueza, las impresiones sucesivas que he experimentado.

No pretendo interpretar el sentimiento general, mucho menos conciliar las opiniones extremas de tal ó cual cenáculo: diré sencillamente lo que he sentido y apuntado en mi cartera—como Hamlet,—gastando la ingenuidad

de quien habla á solas consigo mismo. No puede en estas materias, menos aún que en las literarias, existir un canon absoluto que nadie tenga el derecho ni los medios de imponer al prójimo: baste recordar las encarnizadas batallas que la crítica de arte, sincera en su mayoría, tiene libradas al pie de cada obra del escultor. En lo que á mí respecta, desde luego, verá el lector cómo han venido corroborándose mis espaciados juicios, probablemente fundados todos ellos, y poco variables, á pesar de los distintos puntos de vista en que el espectador se situara. Conozco de antiguo, sobre todo como aficionado musical, esta evolución progresiva del gusto: por mi parte, no intervengo en ella sino con mi buena voluntad y mi buena fe. Dejo que, después de cada nuevo experimento, la sensación reciente complete ó rectifique las anteriores, elaborándose libre y casi inconscientemente la opinión definitiva, si ha de serlo alguna vez, á manera de un sedimento mental que poco á poco se deposita y toma consistencia.—Temo que esta actitud circumspecta no satisfaga á los espíritus felices que proceden *in promptu* y, sobre cualquier tema ocurrente, tienen siempre á la mano una sentencia decisiva. Pero esas son gracias especiales de que carecemos los que, tan incapaces de improvisar doctrinas propias como de repetir las ajenas, necesitamos meditar muchas horas á solas antes de hablar algunos minutos en público.

La primera impresión fué desastrosa. Ciertamente que contribuyeron un tanto á ello las circunstancias exteriores,

de que la obra misma no era responsable.—Sabido es que el taller de Rodin se encuentra en el depósito de mármoles del Estado, allá por el barrio de los Inválidos, cerca del Campo de Marte. De la calle silenciosa, y casi desierta en esta cruda tarde de invierno, penetramos en un inmenso hueco, húmedo y triste, cercado de altas paredes musgosas. Esparcidos sobre el escarchado césped, los blancos trozos poliédricos—cofres enormes y macizos de las futuras joyas artísticas,—remedaban, en esa calma de cementerio y bajo el frío polar, ya vagos cipos funerarios, ya enormes bloques de hielo que ningún sol alcanzaría á derretir. A lo largo del patio: una serie continua de altas barracas con vidrieras, sin más indicación que una letra en la puerta cerrada. Pellegrini empuja una de esas puertas, y nos encontramos en la primera de las dos espaciosas celdas que Rodin ocupa en el cenobio artístico.

El maestro está ausente, pero su obra casi entera, original ó reproducida, llena todo el recinto, transformando en regia galería la casilla de tablas. Cubren las paredes dibujos, esbozos, yesos y cartones; obstruyen el paso, concluidas ó en ciería, las obras celebradas, insultadas, algunas de ellas ilustres antes de haber visto la luz. Se tropieza con un «burgués de Calais»; los bustos palpitan-tes y casi convulsos de Rochefort y Dalou, escoltan una concha pretenciosa que sólo contiene á Mirbeau; la reducción del *Genio de la guerra* abre el gesto frenético y la boca de la *Marsellesa* de Rude, junto á la adorable *Madre joven* y al simiesco *Grupo fraternal*. Siento un choque rudo en la cintura: es el pie ciclópeo de Víctor Hugo,

cuya masa colosal se desarrolla tras de mí, estupenda, admirable, absurda: con la cabeza modernísima sobre el cuerpo desnudo, y enseñando, cual otro Job desesperado y furioso, su pierna izquierda deformada por la elefantiasis. Más allá, un primer *jet* del fantástico Balzac en su vaina de yeso; un bosquejo de los caballos de Nancy; el terrible *Pensador* de la *Puerta del infierno*. Por fin, contra la pared derecha: la misma «Puerta», apocalíptica y pavorosa, con sus montantes de seis metros en que se re-tuercen los trágicos grupos dantescós; con su ancho table-ro de bronce, que figura el río de tortura, allí donde

Una palude fa, ch' ha nome Stige,

y de cuya superficie emergen á medio cuerpo, como larvas dolientes aún enlazadas por el crimen ó la pasión, todos los reos, todas las víctimas del tétrico poema...

Entra Rodin, robusto, recogido, la tez rosada, sin una cana en su larga barba rubia: el aspecto entre campesino y burgués, pero con algo más, metido tras la surcada frente y la aguda mirada del ojo gris: viste un saco burdo, con la roseta de la Legión de honor en el ojal, y calza zuecos. Salvamos un cancel divisorio, y aparece el *Sarmiento*,—no el de bronce, naturalmente, pero el modelo casi concluído, y que será el definitivo.

Quedé estupefacto... ¡Sarmiento! ¡Ese largo cuerpo desmadejado, con su pierna dislocada y á la rastra; ese cráneo dolicocefalo que aplasta el ángulo facial; esa boca fruncida, esos ojos hundidos y parpadeantes que han per-

dido sus lentes; esa apostura de cura Hidalgo, que ni el manteo quiso dejar; ese conjunto ingrato y triste, mezcla del alcalde de aldea que con su mano en el pecho arenga al vecindario, y de dómine aguafiestas que no se sonrió jamás: todo eso será Sarmiento, cuando así lo diga el zó-zalo!...

Aunque por la actitud de mi compañero, ya curado de sustos, comprendiera que era inútil cualquier tentativa ante el artista aferrado en su idea y que, hace un cuarto de siglo, vive en la contradicción como el pez en el agua, aventuré algunas observaciones... Respecto á la estatura, se dignó enseñarme una fotografía de aficionado, hecha en el Paraguay, y que, sin duda por el desnivel del aparato, había dado efectivamente un Sarmiento con cuerpo de Lincoln. Fué la única concesión de Rodin. No discutía; se limitaba á repetir, meneando la cabeza: *Je le vois comme ça*. —«Pero, al fin (gritèle exasperado) ¿qué es lo que ve usted en Sarmiento? Resultó que en su duro cerebro de escultor á secas, se había grabado el símbolo de no sé qué Pestalozzi americano, confesor y mártir del silabario. Quedamos en que le traería una reseña biográfica. En cuanto al pedestal, que creí sólo fuese un bosquejo destinado á destacarse en alto relieve: tanto me asombró, á propósito del *Facundo*, la evocación del dios de la armonía y maestro de las musas, que casi me dejó insensible la briosa emersión del Apolo vencedor fuera del caos de la roca. ¡Y hubo quien reprochara á Chapu la *Inspiración* griega de su monumento á Flaubert!

Volví, como dije, al cabo de algunas semanas. En el

intervalo había *rodinizado* concienzudamente, estudiando el resto de las obras accesibles, ó sus reproducciones en casa de Flourey, que preparaba entonces su lujosa publicación. Era ya mi convicción, —si bien sujeta á enmienda, que en nuestro escultor se amalgamaban en partes casi iguales el gran talento y el *pufismo*, fomentado éste y comprometido aquél por cuatro charlatanes de letras que conducen á un rebaño de *snoobs*. — Con su talento solo, ha producido el *Beso*, el *Pensamiento*, el busto de Mme. M. V.; con la amalgama: los *Burgueses*, el *Víctor Hngo*, el *Claudio Gelée*, la *Fuerta* y la *Guerra*; con el «fumismo» casi puro: el *Nariz rota*, el *Balzac...* y temo también que el *Sarmiento*. Cuanto se diga de aquellas obras universalmente aplaudidas, nunca podrá colocarlas arriba de las mejores de Falguière, Mercié, Dubois y algunos otros émulos de Rodin. Muchas de ellas están en el Luxemburgo, frente á frente. Fuera tan pueril sostener que de la comparación Rodin sale siempre vencido, como afirmar que resulta vencedor: forma parte del glorioso «grupo de los iguales».

Pero esta situación no le bastaba, y para hacer violencia á la gloria, nuestro grueso Alcibíades ha cortado la cola de su perro: el procedimiento es tan infalible en París como en Atenas. La pretensión de haber inventado la energía simbólica ó realista, después de Puget y Rude (para no salir de la escuela francesa), ó la expresión y el movimiento, después de Houdon y Carpeaux, no prueba sino la audacia impune de algunos *ratés*, parásitos de Rodin, y el descenso creciente del gusto público, bajo el régimen em-

brutecedor del reportaje y del reclamo. No está la cuestión en saber—lo que nadie discute—si Rodin modela cuando quiere al igual de cualquier escultor contemporáneo, sino en decidir si las estatuas y grupos de su manera estrepitosa, están concebidos y ejecutados como el *Beso* ó el *Juan Bautista*; y en especial, si algunos esbozos informes y deliberadamente caricaturales, como el *Balzac*, no pertenecen á la estética *hurluberlu* (1) de las brujas de *Macbeth*:

Fair is foul, and foul is fair.

Volví, pues, al taller de Rodin. El *Sarmiento* no había cambiado, ni yo tampoco; mucho menos la opinión incommovible del autor. El Apolo en bajo relieve y apenas destacado del mármol, quedaba así, inconcluso,—concluído. Ocurría lo propio con el modelo del *Sarmiento*, pronto ya para el sobrevaciado y la fundición. Conversamos de otra cosa. Me convencí de que Rodin casi no ha leído, ni viajado, que es otra lectura más importante aún. Sus amigos «estetas» le han conversado de Baudelaire ó Ruskin, y puede que haya hojeado á Dante para su famosa puerta. Conoce la historia y los símbolos griegos por los museos y los catálogos.

Esta falta de conocimientos generales, por otra parte, es muy frecuente entre los escultores.—En mi adolescencia he sido alumno de la escuela de Bellas Artes de Tou-

(1) La curiosa expresión se encuentra al principio del drama de Shakspeare, que quizá la tomara de Rabelais.

louse, el mayor semillero plástico de Francia. Ibamos algunos estudiantes del liceo á estudiar el dibujo, que forma parte del examen de admisión en las escuelas Naval y Politécnica. Me ruborizo recordando que tuvo el premio, en primer año, uno que no sabría perfilar hoy una nariz. Estaban allí Benjamín Constant, Rixens, Destrem, Marqueste y muchps otros. Jean-Paul, Laurens y Cot eran algo anteriores. Mercié, mayor que nosotros, iba á tomar el camino de París, con su gran premio y su pensión. Ya entonces era curioso el contraste entre las clases de la escultura y las de pintura ó dibujo: en las primeras casi todos los alumnos eran aprendices yeseros ó marmolistas: allí sólo se hablaba el patuá de la gaya ciencia. Idrac, con su hermosa cabeza de joven florentino del Renacimiento, estaba, aunque chico, entre los grandes; tenía la más deliciosa voz de barítono y vacilaba entre las dos carreras: *Fas-te cantaire* le decían sus amigos, casi tan cantores como él. Eligió la escultura; y, aunque murió joven, allí están en el Luxemburgo su *Salammbó*, sobre todo su delicado *Mercurio*, para probar que no erró su vocación...

Los escultores, pues, carecen en general de educación literaria: salen directamente de la robusta y fecunda capa popular. Por un Saint-Marceaux aristocrático, hay cien laureados plebeyos, que por eso no valen menos bajo otros respectos. Pero la observación subsiste, y tiene importancia al tratarse de la composición y del concepto de la obra plástica. Si el admirable curso de estética, que Taine profesaba en la Escuela, no era ininteligible para la

clase entera, lo debía de ser por lo menos para mis ágiles y diestros escultores tolosanos.

Con tales antecedentes, no podía sorprenderme la falta de cultura general, y aun artística, de Rodin, quien, por otra parte, es hijo del taller práctico, y no ha pasado por la Escuela. Ahora bien, su monumento de Sarmiento, que volví a considerar ayer (por vez primera después de su colocación definitiva) con toda la atención de que soy capaz, promueve dos órdenes de observaciones. Las voy á resumir en pocas palabras, quedando en los límites estrechos del asunto, á saber: la escultura de retrato, que es ante todo lo que la comisión y el público han pedido al artista. Reservo, por ahora, el pedestal, cuyo mérito es evidente, á pesar del error de concepto y de algunos defectos de ejecución, como verbigracia, el modelado del brazo derecho.

Con motivo de la falta absoluta de parecido, así en la fisonomía como en la estructura corpórea, tenía que salir á relumbrar la gastada y socorrida teoría del símbolo ó idealización escultural, que da de barato la reproducción viva y exacta del modelo. Es un sofisma de ocasión, destruído por todos los ejemplos magistrales, y, lo que para mí vale más, por las leyes científicas. La estatua *icónica*, ó de retrato, como decían los griegos, que la reservaban para los grandes servidores de la patria, es, ante todo, la biografía plástica y condensada del personaje. El retratista es historiador: parte de la verdad como base, para llegar á la belleza como coronamiento. Cuanto se diga en contra

de esto es divagación y fantasía. No existe un solo ejemplo, antiguo ni moderno, de estatua individual tenida por obra maestra, que, por los testimonios contemporáneos, no sea la reproducción reconocida, proclamada, *saisissant*, del modelo vivo ó muerto. Tal es el argumento de autoridad, irrefutable. He aquí ahora su explicación científica, que creo se formula por vez primera con la precisión debida,—si bien tengo, por falta de tiempo y espacio, que omitir su desarrollo. (Son las cinco de la tarde del sábado, y este artículo tiene que componerse y corregirse esta noche: espero, pues, que el lector disimulará lo incompleto y desaliñado de la demostración provisional.)

Todo organismo individual, desde luego el humano, es un conjunto de partes dependientes y solidarias. Suele decirse que un jorobado tiene, no sólo la fisonomía, sino la mano y el pie de un jorobado. Puede agregarse, sin acudir á la exageración teratológica, que, después de la raza, de la ascendencia y de la idiosincrasia nativa, continúan plasmando, así la estructura como el carácter del individuo, todas las circunstancias educativas de su existencia. Triunfos ó derrotas, toda la lucha de la vida retoca sin cesar nuestra fisonomía.

Por otra parte, cualquier variación, por mínima que sea, no sólo es necesaria, sino que repercute en el conjunto. Algunas de esas variaciones concomitantes han sido ya explicadas por la biología; otras, aunque constantes, permanecen inexplicables. Darwin trae ejemplos curiosos: citaré solo dos: todos los gatos blancos y de ojos azules son sordos; todas las flores purpurinas carecen de perfu-

me. La ley de causalidad domina el universo, y la naturaleza es una maestra á quien debemos obediencia, aunque no descorra todos sus misterios. La idiosincrasia individual, ó el temperamento, como antes se decía, está íntimamente relacionada: por una parte, con nuestra fisonomía y accidentes corporales; por otra parte, con nuestra sensibilidad y nuestra conducta. La fisiognomía, demasiado conjetural con Lavater, ha dado algunos pasos científicos con los sabios modernos, desde Duchenne y Gratiolet hasta Darwin y Piderit. Por el pronto, ha sido y es de aplicación instintiva en la representación mímica de los tipos y de las emociones, así como en la experiencia diaria y la determinación de nuestros actos. El hombre exterioriza su alma en la fisonomía, en la actitud del cuerpo, en el ademán y la expresión habitual. La naturaleza es la artista suprema. Ella ha sabido mejor que nadie reflejar en nuestras facciones los rasgos de nuestro ser interior. De ello se deduce que, para enseñar plásticamente al porvenir lo que fueron el talento, el carácter, y por ende la misión y la obra de Sarmiento, no hay mejor ni más seguro método que reproducir la persona física, el andar, el gesto, la frente, la boca, los ojos, la fisonomía toda de Sarmiento.

¿Resulta, entonces, que el arte es inútil, y que sería la mejor representación del ser humano el vaciado sobre el vivo ó la fotografía? De ningún modo. He dicho que se parte de la exactitud para llegar á la belleza artística. La belleza en el retrato, el concurso imprescindible del arte,

está en la *expresión*, tomada la voz en su pleno sentido filosófico, que es el de la etimología. *Expresar*, significa extraer el jugo de las cosas. El jugo que es necesario extraer del modelo inerte, es la esencia de su carácter y el resumen de su vida. En general la mejor fotografía no reproduce sino el vacío emotivo, la nulidad psíquica de un modelo que procura no moverse para *salir bien*, y no pensar en nada para salir mejor. Fuera tan vano buscar el alma ausente de tal simulacro físico, como inducir el carácter de un embajador por las palabras que pronuncia en una audiencia oficial: Hay, sin duda, minutos críticos: en que el ser integral se revela por entero en la fisonomía y el ademán: si pudiera entonces tomarse de él una fotografía instantánea é insospechada, resultaría una imagen expresiva, artística. Pero esos momentos son raros é imprevisibles.

Tal es la misión del artista, y á ello se reduce el mentado simbolismo. La reproducción maquinal, por fiel que sea, no da sino la exactitud exterior; equivale á la narración minuciosa del testigo ocular de un suceso grandioso ó trágico: nada ha sido omitido en el relato—sino su expresión. Entonces viene el escritor, que se apodera del documento verídico y realiza el cuadro animado, ante el cual el mismo testigo se sorprende y conmueve.

Toda existencia es un drama que el pintor ó escultor de retratos tiene que ver y expresar, primero con la línea exacta, luego con el color ó el relieve plástico. Rodin no ha querido aceptar el documento y la línea, ni ha podido amasar la vida real y propia del modelo con el relieve ar-

tístico. Su obra no es exacta ni bella, á pesar de algunos detalles admirables: no es *expresiva*, á pesar de sus artificios de *débrailé* y de su modelado en «bolsa de nueces». Aquel bronce no muestra el cuerpo ni revela el alma de Sarmiento.

B. A., Mayo de 1900.

ESTIGMAS FÍSICOS DEL GENIO

(CAPÍTULO DE UN LIBRO INÉDITO) (1)

La obra del profesor Lombroso (2) presenta, naturalmente, como establecidas las teorías en que toda ella se apoya: esto es, la ley de la degeneración hereditaria, de Morel, y la asimilación, formulada por Moreau, de ciertos caracteres patológicos del genio y la locura. Creo que he logrado demostrar, en las páginas anteriores, que la doble tesis, sustentada por los médicos franceses y aceptada por los italianos de la nueva escuela antropológica, se compone de afirmaciones gratuitas en lo principal, y de coin-

(1) Extraigo de una obra inédita (*El problema del genio*) este capítulo, escrito en 1890, por contener algunos datos críticos que pueden servir de apoyo al estudio que sigue, sobre la *Degeneración hereditaria*. Además de completarse ambos ensayos, me ha parecido conveniente mostrar que no me entraba de rondón en estas materias psicológicas.

(2) *L'Uomo di genio in rapporto alla psichiatria, alla storia ed all' estetica*. En el presente trabajo me refiero siempre á la sexta edición italiana.

cidencias vagas, sin precisión ni eficacia, en lo accesorio.

Con todo, los adversarios de la autonomía del genio se exhiben, más que como psicológicos y observadores, como sabios «positivistas», cuyas teorías no son sino la consecuencia necesaria de los hechos históricos y científicos. En suma, debemos reconocer que, á pesar de las conclusiones viciosas á que arriba el profesor Lombroso, algo de estas tesis de Morel y Moreau subsistiría si el cúmulo de datos por aquél allegados fueran exactos y congruentes á la cuestión. La mala interpretación de los resultados no hace fuerza contra su veracidad intrínseca, así como un error en la suma no compromete la exactitud de los sumandos. Nos resta ahora, pues, la penosa tarea de examinar el valor real de los rasgos degenerativos apuntados por Lombroso—y la exactitud de su aplicación á los «grandes hombres» que en su libro pululan. Sólo trataremos, en este capítulo, de los supuestos estigmas físicos, dejando para el siguiente cuanto atañe á las neutrosis y anomalías diatésicas que, según nuestro autor, son correlativas de aquéllos.

Los principales caracteres físicos á que se confiere, en el *Hombre de genio*, transcendencia degenerativa son: la corta estatura, la debilidad corporal (manifestada por la flacura, la palidez, el raquitismo, el aspecto «cretinoso», etc.), la tartamudez, el *mancinismo* (zurdería), las deformaciones craneanas y las lesiones cerebrales. Hemos dicho ya, y repetimos, que estos llamados «estigmas físicos», que cobrarían un fuerte valor presuntivo, en el caso de encontrarse varios de ellos juntos en el mismo indivi-

duo (como realmente sucede cuando la degeneración existe), no conservan importancia alguna al presentarse aislados. Hemos indicado también que, aun en conjunto, los rasgos físicos degenerativos distan mucho de tener valor absoluto. La razón es obvia: todos esos estigmas aparentes no pueden tomarse más que como *indicios* de estar herido el organismo y comprometido en su evolución normal. Ahora bien: tratándose de personajes históricos, poseemos generalmente la fecha de su muerte, es decir, la confirmación ó la contradicción precisa de un diagnóstico dudoso. ¿Qué pueden significar, entonces, los signos de mala salud, los tanteos conjeturales respecto de la constitución enfermiza de Voltaire, Newton ó Chateaubriand, siendo así que ella ha resistido, durante más de ochenta años, al desgaste formidable de tanto esfuerzo y fatiga como su producción enorme representa?

La frecuencia de una longevidad extraordinaria, en aquellos héroes de la lucha intelectual (que Lombroso y sus antecesores confiesan á pesar suyo), sería refutación suficiente de la tesis degenerativa. ¿Qué mayor absurdo podría imaginarse que la de un arquitecto moderno, empeñado en demostrarnos, con fórmulas estáticas, los vicios de construcción de una catedral gótica y la falta de resistencia del haz de columnitas que, cual tallos de lirio, sostienen la bóveda atrevida, siendo así que se yerguen hoy tan intactas como hace cinco siglos?—La prolongada vida de los hombres de genio es la mejor demostración de su vigor real, sean cuales fueran las apariencias, y también la prueba mas irrefragable de lo insignificante de dichas

apariencias, según nos lo confirmará el examen analítico.

El primer rasgo físico, á que atribuye Lombroso gran importancia patognomónica, es la pequeñez de estatura. Esta anormalidad podría, en efecto, ser un *indicio* degenerativo si fuera excesiva y, sobre todo, se presentase unida á una falta de desarrollo general. Para Geoffroy Saint-Hilaire, la exigüidad de la talla, siquiera raye en nanismo, no constituye un caso tératológico, para los efectos de la descendencia, sino cuando las demás partes del cuerpo hubieren sufrido una suspensión de desarrollo proporcional (1). Es así como el gentilhomme polaco Bowilaski, cuya cabeza y troncos normales descansaban en piernas diminutas, era sano é inteligente: casado á los veintidós años, tuvo varios hijos, todos ellos de estatura y conformación regulares (él mismo era hijo de padres robustos y altos). No había allí, pues, rastro alguno de degeneración. No sucede lo mismo con los verdaderos enanos—los que presentan una disminución *armónica* de todo el esqueleto:—casi siempre impotentes y caducos á los veinte ó treinta años, si no mueren antes, representan indudablemente una forma patente de la degeneración. Pero, debemos agregar que lo propio acontece con los «gigantes»: padecen de imperfecto desarrollo intelectual, esterilidad, vejez y muerte precoces. Se ve, pues, que así el nanismo como el gigantismo, sufren las consecuencias idénticas de su anormalidad; pero se comprueba también que no puede

(1) GEOFFROY SAINT-HILAIRE, *Histoire des anomalies*, libro I, capítulo I y II.

atribuirse importancia especial á la falta ó exceso de desarrollo orgánico, sino cuando llega á tocar los extremos.

Siendo evidente que dichos extremos no han podido figurar en un cuadro de hombres superiores—por elástico y complaciente que sea,—procuremos indagar qué límite fijan Lombroso y Moreau al rasgo actual (1). Según nuestra acepción moderna del «genio», entre los treinta y ocho personajes que «fueron famosos por su talla pequeña, tanto como por su genio», no pasarían de cinco ó seis los que pudieran aspirar al noble título: Alejandro (?), Platón, Aristóteles, Arquímedes, Linneo y Spinoza. Agreguemos, sin embargo, á la lista: Horacio, Alberto Magno, Cujas, Montaigne, Erasmo y Balzac: tenemos un total de doce nombres de celebridades, si no geniales, á lo menos de notoriedad indiscutible en las direcciones varias del espíritu. Desde luego, se nota que, para las necesidades de su tesis, Lombroso incluye en sus listas todos los nombres que—según referencias que no ha comprobado—responden al rasgo físico buscado. Merced á este procedimiento, aumenta su lista con una mayoría de intrusos. Hecha la advertencia, ¿qué sabemos acerca de la estatura de los restantes?

Respecto de la estatura de Arquímedes y Platón (2), no

(1) Muchos de los nombres citados por Lombroso figuran ya en la *Psychologie morbide*.

(2) Únicos documentos auténticos respecto de Platón: la *Vida*, de Diógenes Laercio; el *De Dogmate Platonis*, de Apuleyo, y el *Comentario*, de Olimpiodoro; ninguno menciona su corta estatura; el apodo *Platón*, significa «ancho de espalda». En los escasos datos, y todos discutibles, de Tito Livio y Plutarco sobre Arquímedes, no se menciona su corta estatura.

se tiene dato alguno digno de fe; pero se observa que el primero vivió 75 años y el segundo más de 80; además, sabe todo el mundo que Platón era de compleción hercúlea: un atleta victorioso. Alejandro era de talla *mediana* (1) (inferior á la de Efestión que era elevadísima, lo que explica la conocida equivocación de la madre de Darío), pero eximio en todos los *sports*, como hoy diríamos.—Aristóteles, al decir de Diógenes Laercio, era bajo, y de salud delicada; pero, según él también, vivió 70 años, según otros, 63.—Horacio era pequeño, pero sano y fornido; más tarde se volvió obeso; en todo caso, su compleción no fué obstáculo para que Bruto lo hiciera tribuno de los soldados, en Philippos (2). Erasmo y Spinoza eran de estatura regular (3). La de Montaigne, *un poco* inferior (4); pero tenía fuerte corpulencia y salud inalterable: lo mismo diríamos de Cujas, algo pequeño, muy robusto y alegre (5).

(1) El pasaje de Quinto Curcio (lib. V, II) relativo al trono de Darío, que resultó *multo excelstore quam pro habitu corporis*, ha de ser una exageración de novelista. Hoefler resume así las opiniones dispersas: «*Il avait les traits réguliers, le teint beau et vermeil, etc. la taille moyenne, fine et dégagée, le corps bien proportionné et fortifié par un exercice continuels*». Murió á los 32 años, de fiebre perniciosa.

(2) Á propósito de Horacio, pudiera Lombroso recordar que Virgilio era de alta estatura; pero esta singular ciencia elimina las contradicciones.

(3) DURAND DE LAUR, *Vie d'Érasme*, I, 675: *Sa taille n'était pas élevée sans être notoirement petite*.—COLERUS, *Vie de Spinoza* (única biografía auténtica, que precede la edición de Gfroerer): «*Il était de moyenne taille, les traits du visage bien proportionnés*».

(4) *Essais*, lib. II, cap. XVII. Lombroso suprime *un peu*, para acentuar el rasgo.

(5) HOEFER, Cujas: *Il était petit de taille et d'une forte corpulences*. Dos veces casado, tuvo hijos de sus dos mujeres y vivió 70 años.

En cuanto á Linneo, jera más bien alto! (1). Por fin, Balzac, con su cabeza enorme y su corpulencia atlética, «*parecía grande*» sin pasar de la medianía» (2).

En resumen, se ve que de la larga lista de «degenerados» por su baja estatura, apenas si dos ó tres responden á la nota estigmática, y estos mismos la compensan con la larga vida ó el vigor del organismo — si no es que la verdadera compensación resida en el mismo genio. En seguida, el autor nos cita una veintena de nombres, «los únicos que él recuerde» entre los hombres que reunían «ambas grandezas». Naturalmente, en éstos también dominan los «genios» que no son tales: no incurriré en la puerilidad de corregir ó aumentar su lista con centenares de nombres que me vienen á la mente: con facilidad igual se extendería indefinidamente la primera y la segunda. He querido únicamente presentar una muestra de la seriedad y erudición general de un autor, que blasona de exacto y concienzudo, y se permite improvisar en materias extrañas á su especialidad profesional. Sin errores ni fraudes, en efecto, es evidente que se encontrarían á millares los ejemplos congruentes, siendo así que, para Lombroso, todos los nombres citados en letra de molde son «genios», y todos los hombres que no son altos son pequeños, como por la lectura de sus ridículas listas se comprueba.— Según el *Annuaire statistique de la France* (1888), en un total de 316.000 jóvenes, pertenecientes á la clase de 1886,

(1) *Ibid*: *Linneé était d'une taille au-dessus de la moyenne.. Il jouissait d'une santé robuste.* Vivió 71 años.

(2) LAMARTINE, *Cours familier de littérature.*

se encuentran 111.664 cuya talla es inferior á la mediana (1^m64), es decir, más de la tercera parte. Ahora bien, la *Biographie générale* de Didot comprende acerca de 60.000 nombres más ó menos célebres; admitamos que tan sólo la cuarta parte corresponda á inteligencias superiores; es muy probable que entre estos 15.000 privilegiados, no bajaban de 5.000 los «genios» de corta estatura. ¿Qué significan entonces esas agrupaciones de treinta ó cuarenta nombres, pertenecientes á todas las edades y países, y tan torpemente elegidos, ó copiados de otras obras sin fondo ni crítica, que la mayor parte de ellos prueban lo contrario de la tesis que se formula?

Puesto que á la estadística apelan nuestros augures, no dejaremos sin un último comentario el documento oficial ya citado, y cuya exactitud general no puede ser materia de discusión. Encontramos que, en todo el contingente del año 1888, tan sólo 7.948 jóvenes han sido declarados exentos, definitiva ó condicionalmente, por falta de talla (inferior á 1^m54): es decir, que en la clase entera, más de 30 por ciento tienen estatura menor que la mediana; y 28 por ciento son definitivamente bajos (entre 1^m54 y 1^m62), sin que ello impida que estos 80.785 «degenerados» hayan sido declarados sanos, y aptos para soportar las rudas fatigas de la vida militar!—Cuando el profesor Lombroso opone así las estaturas extremas para establecer una ley sobre su pretendido antagonismo, se olvida de que, en cualquier agrupación numerosa, la medianía física representa la regla de que aquéllas no son sino excepciones más ó menos características. En suma, así en el ejército como en

la nación, el elemento de fuerza reside en el hombre mediano (*In pedite robur*, decía Tácito), en el hombre «normal» de Quételet, cuya estatura es la de los Goethe, Hugo y Napoleón—y este grupo pesa más, así en el reclutamiento militar como en la historia, que los otros dos grupos juntos.

Análogas consideraciones nos inspiraría el examen de los cuadros estadísticos que se refieren á la exoneración por achaques físicos—la mayor parte de los cuales se confunden con los «caracteres degenerativos» de Lombroso. No quiero por ahora apuntar sino la siguiente: la proporción de los «reformados» por causas físicas representa, poco más ó menos, 12 por ciento de la totalidad. Cierto es que algunas causas de reforma militar, como el estrabismo ó la miopía, no pertenecen todavía á la «degenerescencia»; pero también debe tomarse en cuenta que muchas enfermedades constitucionales ó hereditarias no se han desarrollado aún en el umbral de la juventud. Aplicando esta proporción á la multitud de los hombres célebres, se nota la puerilidad de las listas de Lombroso, con sus cinco ó seis nombres aislados: nada probarían éstas con ser exactos los casos citados; y si resultan falsos, como casi siempre ocurre, prueban tan sólo la falta de información ó de honradez científica del autor.

Otro carácter físico, á que atribuye Lombroso gran importancia, es la debilidad orgánica, manifestada por la gracilidad de las formas, la palidez del rostro ó las deformaciones del esqueleto. Lo justifica en estos términos: «la ley de la equivalencia de las fuerzas y de la materia, que

rige el mundo vivo, nos explica estas anomalías».—Si tiene algún sentido biológico esta vaga reminiscencia mecánica mal anunciada, se referirá probablemente á la ley llamada por Milne Edwards: *tendencia al equilibrio orgánico* (1). Ésta se manifiesta generalmente por el desmedro de ciertas partes del cuerpo, cuando adquieren otras un desarrollo excesivo: como si la energía vital, llamada á cumplir un trabajo extraordinario en un punto del organismo, se retirase en cierto modo de otros puntos para concentrar en el primero todo su esfuerzo. En el fondo, esta ley es la aplicación biológica del principio que rige la dinámica universal: la velocidad está en razón inversa de la masa; se pierde por un lado lo que se gana por otro. Por regla común, el extraordinario ejercicio mental debe traducirse por una disminución de energía física. Pero, precisamente esta *regla*, aplicable á la mayoría de los hombres, es la que, según la historia de las artes y de las ciencias, encuentra sus excepciones en muchos hombres de genio: éstos son excepcionales por esencia y definición. Y es así como los geniales y longevos Platón, Voltaire, Tiziano, Haller, Chevreul, Hugo, etc., pueden prolongar su labor hercúlea hasta los límites de la edad patriarcal (2). En los

(1) MILNE EDWARDS, *Introduction á la zoologie générale*.

(2) El último, por ejemplo, célebre desde los quince años, escribe hasta los 83, y muere «después de una agonía de toro» (Faguet).—Cf. TAINE, *Nouveaux essais: Pour publier (Balzac) en vingt ans quatre-vingt dix-sept ouvrages, si obtinément remaniés qu'il raturait chaque fois dix ou douze épreuves, il fallait un tempérament aussi puissant que son génie*. Es menester haber escrito un solo libro de ciencia ó historia para calcular el gasto físico que represen-

talentos ó ingenios incompletos, es donde el excesivo desgaste psíquico encuentra frecuentemente su compensación: bien en la brevedad de la vida y la fragilidad de la salud, bien en el carácter enfermizo ó fragmentario de la obra realizada. Pero, aun en este caso, el menoscabo físico no es un síntoma de predisposición vesánica, sino una como precaución refleja del organismo contra la locura. Por lo demás, aquella misma ley del balance fisiológico está confirmada por los hechos, que manifiestan la falta de relación y de alcance general de los rasgos aislados. Hemos visto, en efecto, que todos los hombres de genio, citados por Lombroso—salvo el caso dudoso de Aristóteles—por su estatura inferior á la mediana, compensaban esta pretendida «anomalía», cuando era real, con una robustez y una longevidad notables.

No sostengo aquí una tesis de abogado—aunque pudiera hacerlo con mejores argumentos que los de la tesis examinada: el deseo de refutar la insostenible teoría degenerativa del genio no me llevará á sustentar la teoría opuesta. No pretendo, pues, que el genio ni el talento representen una inmunidad contra ninguna forma de la decadencia hereditaria, inclusive la misma locura; creo y demostraré que el genio no es factor predisponente ni preservativo de dicha generación: es independiente. Nadie pone en duda que entre los millares de hombres superiores, que figuran en las *Biografías generales*, hayan exis-

tan las obras completas de Voltaire, Haller y otros, de quienes casi podría decirse lo que San Jerónimo decía de Orígenes: «Más es lo que ha escrito que lo que un hombre puede leer».

tido algunos centenares con uno ó varios rasgos «degenerativos», siendo débiles, cojos, tartamudos ó jorobados: lo extraordinario es que Moreau y Lombroso, al confeccionar sus listas «ejemplares», no nos presenten *sino excepcionalmente* casos auténticos. Unas veces, aplican los diagnósticos modernos más grotescamente técnicos á entes legendarios (1), ó á personajes reales y célebres, pero de cuya vida y figura tenemos tan pocas noticias como de los mitológicos (2); otras, presentan como casos de raquitismo ó degeneración, simples conformaciones accidentales, cuando no atribuyen una complejión enfermiza á verdaderos colosos cuya infancia fuera delicada. Y afirman todo ello, refiriéndose de oídas al testimonio de biógrafos sin crítica, ó á tradiciones desprovistas de autenticidad—si es que no adulteran á su antojo biografías y tradiciones (3). No vacilan en apoyar «leyes» científicas

(1) ¿Quién puede escuchar seriamente «diagnósticos» como los siguientes? «Empédocles era melancólico, lo mismo que Ajax (!) y Belorofonte» (!!). Sólo le ha faltado decirnos á qué familia zoológica pertenecían Pegaso y la Quimera, pues, montado Belerofonte en el primero, fué como mató á la segunda.

(2) Se encuentran en Moreau y Lombroso docenas de testimonios como los siguientes: «Lucrecio padecía *mania intermitente*: en los intervalos lúcidos compuso el *De rerum naturâ*»; «Tácito tenía un hijo idiota». Nada ó casi nada se sabe de ellos. La crítica moderna rechaza la locura de Lucrecio, sólo basada en un pasaje de San Jerónimo, el cual no vivió en Roma y repitió, cuatro siglos después, una vaga especie de Eusebio. Lo de Tácito se funda, según Moreau, en Bayle, quien precisamente (*Dictionnaire*, IV, *Tacite*, nota) refuta la conseja, debida á un contrasentido de un traductor de Plinio, que no se refiere al historiador, sino á otro Tácito.

(3) Ejemplos de raquíticos ó enfermos (*Uomo di genio*, 9): *Agésilao*: «Era cojo, pero cubría este defecto la belleza de su persona»

sobre palabras sueltas ó giros oratorios de poetas y filósofos antiguos, cuyo testimonio «antropológico» no se puede escuchar sin una sonrisa. Los Evangelistas y Padres de la Iglesia no merecen la confianza de estos materialistas feroces, sino cuando se les ha escapado una frase que pueda incorporarse á su muestrario. Y así tendremos la «palidez» degenerativa del genio, plenamente comprobada por este *único* dato extraído de San Gregorio Nazianceno: «Es la flor hermosa de los grandes hombres!» (1). Si no quedáis convencido con la demostración, es porque no habéis nacido para ingresar en la cofradía.

Estas pruebas de sainete son las que ocurren en cada página, en cada párrafo. La flacura revela la «degene-

(Plutarco); *Crates y Aristómenes*: nada se sabe de ellos exactamente; *Tirteo y Esopo*: su vida y su genio pertenecen á la leyenda; *Byron*: cojo por caída, complexión atlética; *Talleyrand*: *il éprouva au berceau un accident qui le rendit boiteux* (Sainte-Beuve); *Scarron* (¡el genio de Scarron!): tullido á consecuencia *d' une maladie de garçon* (Sainte-Beuve); Walter Scott: cojo á consecuencia de una caída por lo demás: *I was a healthy, high-spired and a sturdy child* (*Mémoires*); *Milton*: era tan bello, que se le aplicó este dístico exornado del inevitable calembour:

*Ut mens, forma, decor, facies, mos, si pietas sie,
Non Anglus, verum Herclé, Angelus*[ipse fores.

Etc., etc.

(1) El texto (*Orat. XXII, De Pace, v*) contiene una intención satírica y ὑψηλῶν no significa los «grandes hombres», sino los magnates: *Καὶ τὸ καλὸν ἄνθος τῶν ὑψηλῶν, τὴν ὠχρότητα*. La cita latina de Lombroso es de segunda mano: las primeras ediciones (*Uomo di genio*, pág. 8) contenían un *visorum* que después ha sido corregido, pero ha quedado la falsa atribución á la *Oración XIV*. San Gregorio hubiera podido traer á un literato el recuerdo de su íntimo amigo, San Basilio, cuya palidez era característica: *vultus palloratus pallore* (Vita S. Basilii).

rescencia del genio» porque, en un verso de Shakspeare (imitado de Plutarco), Julio César desconfía de los «*rostros macilentos de los Casios*». ¿Sentís la fuerza del argumento? Casio era un «jacobino» estrecho y testarudo—pero flaco; César tenía realmente genio, pero era de rostro lleno—*ore paulo pleniore*: luego, la flacura acompaña frecuentemente al genio!—Otro rasgo importante: la fisonomía cretínosa; y cita siete nombres, entre los cuales los únicos geniales son los de Sócrates y Darwin, quienes, con ser á la verdad poco favorecidos en punto á belleza, aparecen por sus retratos lo contrario de cretinos (1). Pero ¿qué mejor refutación que la expresada por el mismo Lombroso en la página anterior de su obra, cuando, con su inconsistencia habitual, declara que la degeneración del genio se nos oculta frecuentemente merced á la «nobleza de sus facciones?»

Bien me doy cuenta de lo árida y penosa que debe de ser para el lector tan larga revista de inexactitudes y puerilidades; no es más grato para mí este caminar rastrero, á cada paso interrumpido por tropezones en obstáculos. Pero, lo repito, el profesor Lombroso me impone esta forma de discusión, al declarar que sus adversarios no destruyen los hechos en que descansa su teoría, limitándose á combatirla con argumentos metafísicos y huecas decla-

(1) Sócrates pasaba por feo en el país de la belleza, pero su aspecto revelaba su genio: *les yeux à fleur de tête mais illuminés par le génie* (DURUY, *Histoire des Grecs*, II). Darwin: «de alta estatura, frente levantada, ojos azules hundidos bajo cejas tupidas, tez rosada y fina» (*Vie et correspondance de Ch. Darwin*, I).

maciones. Sea como fuera, concluyamos en cuatro palabras con los estigmas secundarios: esto es, la tartamudez y el *mancinismo* (uso habitual de la mano izquierda).

Desde luego, podría observarse que la tartamudez propiamente dicha no es el balbuceo ni el tartajeo, como parece creerlo el autor, al incluir en su lista al inevitable Demóstenes, á Alcibiades, Virgilio y otros tartajosos ó ceceosos célebres. Por otra parte, este defecto, que tiene valor neuropático como indicio concomitante, poco ó nada significa cuando aislado, pues es frecuente su curabilidad radical y, en todo caso, su disminución paulatina con la edad (1).

En cuanto al uso preferente de la mano izquierda, sin negar que su propensión pueda ser hereditaria, es tan fácilmente corregible que, con sólo frecuentar la escuela primaria, tiende á desaparecer... Su origen cerebral no pasa de ser una conjetura de Gratiolet repetida por otros (2); y en lo que toca á su importancia antropológi-

(1) Como siempre, los más de los casos célebres son inexactos. Demóstenes: Plutarco no habla de tartamudez *psellismos*; dice que «tenía la voz débil, la pronunciación penosa y la respiración corta»; sabido es cómo se curó. Alcibiades afectaba el *ceceo* (*blaso ore*), como nuestros *muscadinos*, y Plutarco refiere que esto daba encanto á la elocuencia del que era, según Demóstenes, «el primer orador de su tiempo». Ceceoso era Virgilio, y poco elocuente, como todos los tímidos. Ni Turenne ni Darwin eran tartamudos, ni cosa parecida; mucho menos Erasmo: *Il avait le visage enjoué et la langue bien délicate* (LAUR, *Vie d'Erasmus*, I, 675).—Verdaderos tartamudos á quienes no cita Lombroso, eran Tasso (y éste sí era genio enfermo); Cervantes, el prototipo de la sanidad física y moral, y también Manzoni, que vivió 90 años.

(2) El mayor desarrollo del hemisferio izquierdo y del miem-

ca, deducida de su mayor frecuencia entre las razas inferiores, ello es tan lógico como atribuir nuestros callos á la influencia directa de la civilización. Los salvajes son ambidextros como los monos son cuadrumanos: por adaptación provechosa del órgano á la función. En los tiempos modernos, el *dextrismo* ha venido caracterizando más y más la *destreza*, porque una cantidad de operaciones manuales, como nuestra escritura y el sesgo de ciertas armas é instrumentos, se han adaptado al funcionamiento del miembro derecho. El «sinistrismo», ó zurdería, podría ser, pues, una *causa de moins-value* social, en cuando revelara, salvo excepciones, lo inferior del medio en que pudo desarrollarse sin ser corregido por la educación ó la necesidad (1). Presentarlo como *efecto* de la inferioridad orgánica, es simplemente invertir los términos.—Entre los cinco ó seis nombres, más ó menos célebres, que en *L' Uomo di genio* vienen citados, el más notable y realmente auténtico—el del pintor Rafaello da Montelupo—tiende á probar precisamente lo extraordinario y «nunca visto» del caso, como él mismo lo apunta en su *Autobiografía*. Lombroso, en efecto, cita á los artistas Miguel-Angel y Sebastián del Piombo como «zurdos»—lo que es exacto—pero Rafaello comprueba que ni uno ni otro «*facedano niente con la mancina*», y agrega que

bro derecho son hechos correlativos; pero, á mi ver, el primero no es causa sino efecto del segundo, que proviene, á su vez, de la mayor actividad del órgano.

(1). Cervantes trae la misma observación (*Quijote*, II, XLIII): «No saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye que fué hijo de padres demasiado humildes y bajos, etc.»

su habilidad propia de pintar con la zurda ha sido probablemente única: «*cosa che forse non ha mai fatto nissuno di queste due arti, che sí sapia*» (1).

He reservado para el fin de este capítulo los estigmas físicos, relativamente importantes, que se refieren al cráneo y al cerebro.—Á pesar de haber sido cien veces refutadas, en sus conclusiones individuales, la craneología y la cefalometría renacen siempre de sus cenizas para servir de sempiterno alimento á la ciencia conjetural. Sabido es que no hay nada más fácil que encontrar la refutación categórica de cuantas series y datos antropológicos existen publicados: basta acudir al antropólogo de enfrente. Esta singular ciencia de índices y ángulos faciales se ha edificado sobre contradicciones: Broca contra Gratiolet, Virchow *adversus* Benedikt, etc. *Nomen ejus Babel*. Cada día se inventan nuevos procedimientos de aforo, nuevas líneas y ángulos de comparación; Topinard y Manouvrier tienen arqueados más cráneos que los amontonados en las pirámides de Tamerlan. Total: que después de millares de operaciones minuciosas y complicadísimas sobre la capacidad craneana, no hay antropólogo alemán, francés ó italiano que, colocado delante de los cráneos de Cervantes, don Quijote y Sancho Panza, se declarase capaz de atribuir con seguridad el cráneo del hombre de genio, del loco y del robusto patán, á su respectivo propietario. Tal es, en substancia, el balance de la craneología individual.

Ahora bien, la manera como Lombroso saca provecho

(1) MONTELUPPO, *Autobiografía*, quinto párrafo.

de esta anarquía antropológica, es realmente extraordinaria; admite *a priori* la verdad de todas las conclusiones contradictorias, reservándose el derecho de aplicar unas ú otras á sus casos particulares, según la oportunidad. Así el peso encefálico de Cuvier y Kant, superior al promedio, como el de Liebig y Gambetta, que resulta un tanto inferior, prueban con igual fuerza la anomalía del genio. Cita Lombroso, en la página 11, una serie de cráneos célebres, en que ha notado «muchos caracteres que los antropólogos atribuyen especialmente á las razas inferiores», pero, en el siguiente párrafo, nos repite la proposición de Broca sobre la capacidad de los parisienses modernos, que es superior á la de los del siglo XII, para luego agregar de su cuenta que «el promedio encefálico de los hombres de genio sobrepaja aún el de los primeros».

Hemos señalado ya (en el capítulo V) lo que nos cuenta de las lesiones craneanas que «frecuentemente producen el genio»—á semejanza de los violines de Stradivarius que, según una leyenda, necesitaban romperse después de concluidos y pegarse de nuevo sus añicos, para que adquiriesen sus exquisitas cualidades de sonido. Recuerda el lector cómo todos los casos apuntados resultaron apócrifos.—No son menos arbitrarios los datos que nos suministra, respecto de la capacidad ó deformaciones craneanas de personajes históricos. Sabido es que no hay apreciación más fluctuante y caprichosa que los tales arqueos, deducidos de la forma ó del almoldado (1). Entre

(1) BROCA, *Société d'Anthropologie: Incertitude des mesures prises sur les crânes moulés en plâtre.*

Broca y Gratiolet se promovió una larga discusión respecto del cráneo de Schiller, que el uno declaraba superior y el otro inferior al promedio, teniendo á la vista la misma reproducción (1). ¡Calcúlese, entonces, el grado de exactitud que puedan presentar los cálculos alegres, ó fúnebres, de Lombroso, hechos sobre los cascos problemáticos de Dante. Petrarca, San Ambrosio, Guido Reni (un tipo de belleza física!) y demás víctimas póstumas de la antropología! Baraja con incomparable intrepidez, así la «plagiocefalia» de Maquiavelo y la «hidrocefalia» de Milton, como las dolichocefalias de genios tan ilustres como Kay Ley, San Marsuy, O'Connor, etc., que ningún diccionario existente mencionara jamás. Para amontonar las cifras de su revoltillo, copia listas de cualquier procedencia, amalgamando los datos más contradictorios,— atribuyendo, v. gr., á Volta «un ángulo obtuso (*sic*) de 73 grados» (2); confundiendo los centímetros cúbicos de la cavidad con los gramos del cerebro, como si éste se amoldase exactamente en aquélla y fuese su densidad la del agua; demostrando, por fin, que ignora las definicio-

(1) BROCA, *Ibid.* 1861.

(2) Si el ángulo facial es el de Camper, como parece resultar de sus otras citas, vendría á ser notablemente agudo. Asimismo se nos habla del peso notable del cráneo de Volta (753 gramos): El peso del cráneo nunca se toma como elemento craneométrico, en razón de las variaciones enormes que provienen de su estado higrométrico: entre la humectación y la desecación completas, Broca encontró diferencia de 208 gramos. Por lo demás, en ningún caso la cifra que se da sería anormalmente excesiva. Según Broca, el promedio (cráneos secos) es de 614 gramos, los femeninos inclusive.

nes de las ciencias exactas en que pretende apoyarse (1). ¿Qué diremos de la «submicrocefalia» de Descartes, cuyo cráneo es célebre en antropología por su falta absoluta de autenticidad —y de la «asimetría» de Pericles, que se comprueba atribuyendo á Plutarco lo que nunca quiso decir? (2).

En cuanto á otros errores innumerables de Lombroso, en estas materias que pueden llamarse profesionales, no creo que deban atribuirse á otra causa que al afán de encontrar en todas partes argumentos para su teoría. Me parece imposible, por ejemplo, que un hombre de ciencia siquiera rudimental, al citar casos de soldadura de las suturas craneanas, coloque en la misma línea á Byron, Pascal y Humboldt. ¿Cómo podría la sinóstosis cobrar la misma significación en Byron, que murió á los treinta y seis años (3), y en Humboldt, que pasó de los noventa,

(1) Dice que, según Draper, Bacon no creía «*all' applicabilità della matematica alle scienze esatte!*». Draper es tan inocente de la fórmula inepta (*Development*, II, VIII) como Bacon del fondo absurdo. (*De Aug.*, III.)

(2) La palabra Ἀσύμμετρος, que emplea Plutarco, no tiene el sentido moderno de *asimétrico*, sino el de desmedido, *incongruente*, como traducían los latinos. Los varios apodos de Pericles equivalen, en efecto, á «cabezón». Por lo demás, este rasgo es tan frecuente que casi podría decirse que la *simetría* es la excepción. Pero, ¡la craniometría de Pericles, cuando discutimos aún la de Gambetta!

(3) Wagner niega la exactitud de las cifras relativas á la capacidad craneana de Byron; puede que tampoco sea auténtico lo de las soldaduras. El público sabio estaba entonces bajo la sugestión de Gall, como hoy de Darwin y su escuela. El peso cerebral de Byron (2.238 gramos) parece poco compatible con la sinóstosis precoz, que tiende naturalmente á la microcefalia.

es decir, del límite en que aquel fenómeno es ordinario y normal? Ello equivaldría á decir que las canas tienen el mismo carácter á los veinte años que á los cincuenta. En cuanto á Pascal, hace un tercio de siglo que Broca, en su célebre discusión con Gratiolet, citaba estas palabras de un manuscrito contemporáneo, referente á la autopsia: «los médicos observaron que tenía una cantidad prodigiosa de cerebro»; y agrega el siempre prudente maestro— ¡tan distinto de sus discípulos y sucesores! —que ello debe atribuirse á la persistencia de la fontanela anterior que «como es sabido, no se había cerrado sino muy tarde en este hombre extraordinario» (1). Esta conclusión es exactamente contraria á la sustentada por Lombroso...

No es posible rectificar todos los datos erróneos de este capítulo de Lombroso: fuera necesario escribir una página por cada renglón suyo. Se camina perpetuamente entre puerilidades y contradicciones. Para salir de estas fastidiosas triquiñuelas eruditas, que no podrían prolongarse indefinidamente sin aletargar al lector, levantémosnos sobre los detalles menudos, y detengámonos en la misma tesis de las lesiones y deformaciones craneanas, más ó menos auténticas (más bien menos que más), de los hombres de genio, y del volumen ó peso de su cerebro. ¿Qué pretende demostrar el profesor Lombroso con la repetición de datos tan aventurados? ¿Acaso que la inteligencia sea directa ó inversamente proporcional á la ca-

(1) BROCA, *Memoires d'Anthropologie*, I. El texto original del P. Guerrier (*troisième recueil*) es aún más afirmativo.

pacidad craneana (1), ó que la locura se manifieste necesariamente por estigmas físicos ó lesiones anatómicas en la autopsia? La primera proposición, apenas demostrable para las razas (2), ha sido cien veces refutada para los individuos. Broca declaró, en plena Sociedad de antropología, que «ningún hombre ilustrado podía tener el atrevimiento de medir la inteligencia, midiendo el encéfalo» (3). La estatura, la edad, la raza, el sexo—probablemente el temperamento individual, y aun la educación, en un grado que no puede fijarse—constituyen factores tan importantes, y algunos tan poco mensurables que es necesario abandonar decididamente este residuo de la frenología... Eso no es científico ni racional. No es cierto, como lo afirma Lombroso, que, por su volumen ó su peso, el encéfalo

(1) En la misma página (11) se señala la capacidad craneana, superior ó inferior al promedio, como *stigma* del genio; pero de la confusión que se comete entre el peso encefálico y la capacidad craneana, suele resultar que muchos casos de una y otra lista corresponden al promedio. Además, repetimos que la mayor parte de esas mensuraciones son conjeturales ó contradictorias.

(2) Según Bastian (*Le Cerveau*, II, 24), el peso medio cerebral de 11 *coolies* chinos de San Francisco resultaría superior al promedio europeo.

(3) Aun prescindiendo de las estadísticas extraordinarias de Sæmmering, Wenzel y Tiedemann, que fijan respectivamente la edad de 3,6 y 8 años para el maximum del peso encefálico, tenemos que, según el cuadro de Broca (*Memoires d'Anthropologie*, I), resumiendo 347 casos: el peso del cerebro crece hasta los 11 años, alcanza el maximum entre 11 y 21, para decrecer después. ¿Quién admitirá que sigan esta ley las manifestaciones intelectuales? ¿Se constatará que la actividad cerebral tiene otros empleos que la elaboración de ideas? Es precisamente la tesis que sustentamos en estas páginas.

del hombre de genio se aproxime más al del loco que al del hombre normal. Si se examina, por ejemplo, la lista más completa de los macrocéfalos, se encuentra que la primera docena empieza con Tourguéneff, al que siguen dos obreros sanos; un epiléptico precede á Cuvier y Abercombe; un sastre normal sigue á dos epilépticos y, por fin, dos locos se encuentran entre un herrero y un marino sanos; un gigante completa la serie. La misma arbitrariedad aparente continúa hasta en las regiones de la submicrocefalia, donde Gambetta y Tiedemann alternan, ya con los labradores sanos de espíritu, ya con locos confirmados (1). Más abajo, naturalmente, se pisa los umbrales de la imbecilidad y del idiotismo. Un minimum de peso cerebral es necesario para la razón, así como un minimum de peso corporal es necesario para la vida, y sin que por esto se pueda establecer una relación proporcional entre el peso del cuerpo y la longevidad.

La última objeción que provocan estas pretensiones, mucho más brutales que científicas, de apreciar el poder mental en hectogramos, no podía escapar á un espíritu tan precavido como el de Broca. El mismo reconoce que, al comparar el peso de dos encéfalos, no se comparan únicamente sus circunvoluciones, sino también el cerebelo, el bulbo, el cuerpo caloso, etc., que no intervienen directamente en la elaboración del pensamiento. Broca

(1) No sería válida la objeción de que, en las listas publicadas, la proporción de genios y locos resulta enorme, respecto de los sujetos normales: la autopsia es casi la regla para los primeros, y la excepción para los segundos.

valoró en un séptimo del peso total del encéfalo el de estas partes, distintas del cerebro propiamente dicho. Desde luego, pues, tenemos una masa de catorce por ciento que se toma ilegítimamente en consideración. Pero, no se limitaría á esta fracción el desfalco necesario. No es la masa entera de los hemisferios, es decir el peso total de las circunvoluciones, lo que se tiene hoy por materia «intelectual», sino la sola corteza gris anterior, cuyo peso exacto, ó siquiera aproximado, nadie ha podido determinar experimentalmente. Al comparar, pues, dos encéfalos totales, con el objeto de inducir conclusiones que tan sólo dependen de una mínima parte de aquéllos, cometemos la misma arbitrariedad que un fundidor que comparase dos minerales de oro por su solo peso bruto y sin analizar la proporción de metal fino en ellos contenida, atribuyendo á la ganga la misma importancia que al oro puro. La medición de la superficie de las circunvoluciones, indicada por Desmoulins y Gratiolet, se acercaría mucho más á la exactitud; pero no hay procedimiento riguroso para obtener esta medida, aun suponiendo que, en este particular, la calidad no tuviera tanta influencia como la cantidad. Por esto es que otros han emitido el parecer juicioso de tomar en cuenta la composición molecular de la substancia gris, la estructura junto á la forma y extensión; idea plausible, sin duda alguna, sin otro inconveniente que no hallarse su práctica al alcance de nuestros procedimientos actuales de investigación.

Al concluir, me permitiré insinuar una observación que no me parece haya sido tenida en cuenta en esta clase de

especulaciones. Los antropólogos de la nueva escuela admiten casi todos el principio de las localizaciones cerebrales. Sabido es que, salvo para el caso particular del sitio del lenguaje, — una de las glorias de Broca, — el principio no ha sido aún demostrado experimentalmente. Pero, si se admitiera su generalidad, ¿cómo no ven los antropólogos que desaparecería por completo la legitimidad de los cubajes encefálicos? La autonomía de los centros psicomotores tiene por corolario inmediato su independencia mutua; y de ello se deduce que la única comparación rigurosamente científica sería la que se aplicara á las regiones homólogas de dos cerebros distintos...

En resumen, y aun antes de examinar el valor de otros supuestos estigmas psicopatológicos, dejamos comprobado que ni la craneología ni la cefalometría ofrecen base científica para una comparación de las inteligencias; debiendo agregarse que la autopsia, que se practica casi siempre en encéfalos modificados por procesos morbidos, tampoco puede suministrar resultados del todo aceptables. Por una parte, no son probantes las deformaciones ó lesiones cerebrales de los hombres de genio, puesto que en muchísimos casos los alienados no las presentan; por otra parte, aun cuando la autopsia revelase dichas lesiones en ciertos individuos geniales ó locos, no se deduciría necesariamente que ellas fueran consecuencia del genio ó de la locura: podrían provenir, en los unos de la enfermedad terminal ó de la vejez, en los otros de las afecciones intercurrentes que complican la alienación mental.

Ante las dificultades y objeciones que levanta la antro-

pométrica, los mismos sabios que se inclinan á aceptar sus resultados generales,—Broca, Charlton, Bastian, Topinard, etc.,—expresan sus reservas respecto de los casos particulares, y, sobre todo, respecto de los hombres de genio, que son excepcionales por definición. El problema del genio no tiene por ahora solución directa: no al modo definitivo de la cuadratura del círculo, cuya imposibilidad es demostrable, sino al modo provisional de la ecuación del quinto grado ó del problema mecánico de los tres cuerpos. Quiere esto decir que, sólo por tanteo y aproximación, valiéndonos de sólidas inducciones y prudentes analogías, fundadas en la historia documental y en la ciencia de buena ley, podremos entrever una solución probable y parcial del problema directamente insoluble. Es lo que se intenta en la segunda parte de este trabajo, que, á falta de otros méritos más raros y harto próximos á su objeto, descansa por lo menos en esta condición primordial de toda pesquisa científica: la probidad del juicio y la exactitud de la información (1).

(1) En la segunda parte del *Problema del genio*, después de rozado el terreno de errores y polémicas, se establece, en un capítulo preliminar, lo incierto y vago de la palabra *genio*, que sólo equivale á un atributo de superioridad. El problema ha sido mal enunciado: de ahí lo estéril de los resultados. No hay propiamente «hombres de genio», sino matemáticos, pintores, filósofos, músicos, etc., superiores á la mayoría de su grupo respectivo, y únicamente en la facultad (algún día podremos decir: en la localización cerebral) que caracteriza dicho grupo. No existe entre Mozart y Cuvier, un solo factor intelectual común; y el adjetivo de *genio*, con que se califica al sustantivo *hombre* (sabido es que un sustantivo en caso genitivo equivale á un adjetivo), define tan poco como

el de «gran dignatario»; que suele aplicarse indiferentemente á un arzobispo, á un presidente de corte ó aun almirante. No hay, pues, un *genio*, sino cinco ó seis clases de genios (quizá más) que debemos suponer *a priori* independientes, para estudiarlas en sus varios procesos y manifestaciones. Así planteada la cuestión, se pasa á analizar, en otros tantos capítulos, la vida y la obra de los diez mayores individuos de cada grupo, desde el Renacimiento hasta nuestros días: poetas, artistas plásticos, músicos, matemáticos, prosistas y oradores, filósofos, experimentadores (químicos, biólogos, etc.), hombres de acción (estadistas, fundadores de instituciones, etc.). Se procura, en cada grupo, desentrañar el elemento común que ha sido el *quid divinum* de la creación: la facultad especial, memoria, imaginación, juicio, atención, sensibilidad, poder asimilativo, voluntad, que, auxiliada por las circunstancias, ha logrado el predominio y conseguido el éxito. Todos los materiales de esta segunda parte están reunidos, y no necesito decir que la labor ha sido considerable, habiéndome remontado en cada caso á las fuentes originales. La *Conclusión*, apenas entrevista en su conjunto, no ha sido redactada sino por fragmentos sueltos. En las condiciones actuales de mi vida, y con el peso de la edad que pronto se dejará sentir, no diviso la posibilidad de consagrar un par de años á la terminación de la obra empezada: capítulos escritos y apuntes á medio ordenar quedarán sin duda trunco é inéditos. Cuando más, me será dado aplicar á un caso concreto mis teorías en el libro en preparación: *La Vie et l'œuvre de Cervantes*.

LA DEGENERACIÓN HEREDITARIA

I

Creo que la tesis sustentada en la *Locura en la historia* (1) puede resumirse en las siguientes proposiciones. La locura, bajo sus formas insidiosas y parciales, ha desempeñado un papel capital en la historia de la humanidad, singularmente en los países de gobierno absoluto, donde, por naturaleza de éste y definición, la suerte de los pueblos dependía en un todo de la voluntad, de la inteligencia y del carácter de los monarcas. Á estas consideraciones de orden individual, el autor añade el estudio de las creencias y pasiones colectivas que, salvando las vallas de la razón, han obrado á manera de delirio comunicado ó epidémico, é influido desastrosamente en la evolución histórica de un pueblo: así, por ejemplo, la Inquisición española.

(1) Estas páginas sirvieron de Introducción á la obra del doctor José M. Ramos Mejía, titulada *La locura en la historia*. No he creído necesario conservar el preámbulo y el final, de pura circunstancia y sin relación directa con la teoría criticada.

Con gran acopio de erudición histórica de buena ley, —bien que de segunda mano, cuando no hayan sido asequibles las fuentes originales,—robustecida por el dominio de las ciencias médicas, y, desde luego, de la patología mental que el autor profesa con distinción; con la eficacia indiscutible de un estilo personal lleno de vida y colorido, aunque á las veces exuberante y exótico en demasía, el doctor Ramos Mejía asienta y sustenta vigorosamente su teoría psico-histórica, aplicándola á la historia religiosa de la edad media (con especial encono al proceso de la Inquisición de España, que revive bajo este punto de vista nuevo) y á la lenta degeneración de la dinastía austriaca.

Antes de examinar la doble base científica é histórica en que la teoría descansa, tomemos razón, con un ejemplo significativo, del procedimiento que sigue habitualmente el autor en su demostración.

Claro está que no puede tratarse, como factores históricos, sino de las psicosis obscuras ó parciales—*frustas ó larvadas*, que diría mi amigo, con su desdén del rigorismo peninsular. La locura caracterizada y crónica, que evoluciona fatalmente hacia la demencia, así como las formas de enajenación mental que arrancan de una indigencia congénita, son desgracias personales que poco ó nada influyen directamente en el proceso social. Sus víctimas, verdaderos muertos civiles, arrastran en la sombra una existencia vegetativa, tan impotente para el bien como para el mal.

No así los «locos de la historia» que el doctor Ramos

Mejía somete á su examen, tan desapiadado cuanto sagaz. El numeroso grupo comprende á todos esos «desequilibrados» que andan sueltos; cuya tacha invisible, é ignorada de ellos mismos, no empece en manera alguna su aptitud para las más altas funciones sociales, puesto que bajo el rótulo de originalidad, humor, extravagancia ú otro parecido, ha sido tenida durante siglos—y lo es aún—por un simple rasgo idiosincrásico. Son los que la novísima patología señala en la frente con el estigma de degenerados, cerebrales, fronterizos de la locura, hereditarios y otros calificativos desapacibles.—No nos apresuremos á compadecerles: en este décimo círculo dantesco se encuentran todos los hombres de genio, todos los héroes, ¡desde Platón hasta Renan!

Para dar una idea cabal del método demostrativo que usa la escuela psiquiátrica moderna, tomo en la presente obra el estudio consagrado á la casa de Austria, que llena la tercera parte y cuyos personajes son antiguos conocidos del lector. Desde el punto de vista patológico, la decadencia de esta dinastía ha sido sucesivamente estudiada por Jacoby, Ireland, Déjerine y otros; pero nunca presentada con el relieve y excesivo colorido que se ostenta en la *Locura en la historia*. El efecto es, en verdad, sorprendente y casi aterrador. Si el frío juicio no reaccionase, se inferiría con el autor que toda la familia real, cuyo destino se desarrolla durante dos siglos (1500-1700), comenzando con la histérica Juana para rematar en el imbécil Carlos II, constituía la cadena neuropática mejor eslabonada de la historia. ¿Es exacto, como nos lo enseña Ra-

mos Mejía en su cuadro sombrío, que los descendientes de Carlos V llevaran el peso de una fatalidad hereditaria acumulada de generación en generación, y que debía necesariamente terminar en la estéril idiotez de Carlos II?

El autor de la *Locura en la historia* hace desfilan ante nosotros á la infeliz reina Juana, madre de los siete dolores, seguida sucesivamente de sus descendientes hasta la quinta generación. La prevención y el prejuicio, que Ramos Mejía ha bebido en las fuentes psiquiátricas, son desde luego visibles. Mucho mejor informado históricamente que Jacoby y Déjerine, acepta las preocupaciones sistemáticas de estos autores, acomodando á ellas su propia erudición. Admite sin discusión referencias de Prescott, y otras más anticuadas, que han sido destruidas por historiadores modernos, respecto de la locura de doña Juana, la epilepsia de Carlos V y la degeneración hereditaria de los Felipes. Y, sentadas estas premisas, agobia á sus pacientes con las citas autoritarias de Magnan, Morselli, Schüle, Lasègue y demás alienistas contemporáneos, relativas á las vesanias ó neurosis que aquéllos «debieron» necesariamente padecer; por ser los eslabones intermedios de la cadena fatal, cuyos extremos ocupan Juana la Loca y Carlos II el Hechizado! (1)

Exceptuado el último, cuya imbecilidad es patente, podríamos, á disponer de mayor espacio, sustentar la tesis

(1) Basta el sobrenombre (con las escenas de exorcismo que evoca) para clasificar la mentalidad del tiempo, y el grado de confianza «científica» que merecen los testimonios contemporáneos.

contraria, apoyándonos en las mismas autoridades que invoca el autor, si bien en pasajes diferentes. Forneron, por ejemplo, á quien Ramos Mejía menciona con justo aprecio, se adhiere netamente á la opinión de Bergenroth ó, mejor dicho, á los documentos auténticos por éste producidos, y á las conclusiones de otros historiadores que no creen ya en Prescott (1). El propio Mignet proporcionaría argumentos contra la epilepsia de Carlos V, que sólo tuvo dos ataques de vértigo—probablemente dispépticos—en su juventud, no repitiéndose hasta su muerte. Respecto á Felipe II, «el hereditario averiguado» (¿por quién?), que heredó la gota pero no la «epilepsia» paterna (lo que, á la verdad, no prueba mucho, pues su transmisión íntegra es excepcional): á los pretendidos estigmas físicos apuntados, podríamos oponer una larga vida de trabajos y fatigas de toda laya que ese «raquítico» soportó sin desfallecer. El retrato que de él ha trazado el autor es vivísimo, pero pierde allí la verdad cuanto gana el arte. Con los vicios ó defectos de su época, jerarquía y nación, no fué Felipe II el alucinado delirante ni el maniaco que se nos describe. Vivió en la soledad, presa de su propia tiranía y de la preocupación religiosa que reinaba en la Europa toda, así en el campo reformista como en el católico; pero que se había exasperado en España durante ocho siglos de cruzada antisemítica, con-

(1) K. HILLEBRAND; G. H. BERGENROTH, *Calendar of letters, etc., preserved in the Archives of Simancas*; FORNERON, *Histoire de Philippe II*, I, Appendice C.

fundida con la reconquista del suelo nacional. Esto explica, no sólo á Carlos V y los Felipes, sino á la Inquisición y todos los excesos del furor ortodoxo, sin buscar argumentos en los anales psiquiátricos.

En resumen, Felipe II no fué más cruel ni vicioso que muchos soberanos contemporáneos, sobre todo ingleses, y cumplió mejor que todos ellos su misión exterior de gobernante absoluto. España le guarda culto, porque ha sido su rey más español.

Que fuera su hijo Felipe III, un santurrón sin inteligencia ni energía, nadie lo duda; pero el epíteto de «alienado», que Ireland le aplica, es odiosamente gratuito. Fué un pobre hombre, débil, afable, sometido á tutela de privados indignos, pero sin ningún estigma degenerativo, físico ó moral: «el mejor de los hombres á no haber sido rey». Tuvo siete hijos legítimos, en su mayoría sanos y robustos, cuya descendencia no se ha extinguido aún en Austria y Francia. En él, pues, y en su hijo Felipe IV, la reversión al tipo normal es completa. Éste, además, fué inteligente, de alta estatura y majestuosa presencia; se le atribuyen comedias y obras literarias; fué un rey indolente y disoluto, por supuesto, pero no más que todos los Valois y buena parte de los Estuardos y Borbones. A los cincuenta y seis años, agotado y rendido de excesos, se casó por razón de Estado, y de esa triste unión nació el triste Carlos II, enclenque y casi imbécil. El hecho de que este engendro de la vejez fuera su heredero, se interpreta como indicio de su cuasi esterilidad por algunos alienistas menos informados que Ramos Mejía. Pero Felipe IV tuvo

seis hijos legítimos y treinta y dos naturales (1); uno de éstos fué el ambicioso y vivaz don Juan de Austria, que dominó á su hermano menor. Suponed á don Juan heredero del trono, y toda la tesis degenerativa se vendría al suelo; ó mejor dicho, nadie pensaría en aplicarla á una serie histórica que tan evidentemente la rechaza (2).

Si algo significa la teoría de la herencia mórbida, no puede caracterizarse sino por una progresión acumulativa y casi fatal en la degeneración. De un ascendiente gotoso ó dispéptico, nacen hijos con ligeras anomalías: predominio del sistema nervioso en unos, tendencia á la congestión, irritabilidad en otros, etc. Algunos individuos de la tercera generación manifestarán ya afecciones cerebrales idiopáticas, hemorragias, neurosis diversas; en la cuarta puede que aparezcan las impulsiones y las perversiones instintivas; en la siguiente, por fin, unidos felizmente á la frecuente esterilidad, estallarán los resultados terminales de la evolución degenerativa: debilidad congénita, sordomudez, degeneración cretínica, idiotismo. La raza se extingue para no caer en la animalidad.

Creo que he reproducido fielmente la marcha de la degeneración hereditaria, tal cual la han *concebido* los autores clásicos, desde Morel hasta Magnan y su escuela. Cierto es que la socorrida metamórfosis substituye algunas entidades mórbidas por otras que, sin pruebas posi-

(1) DUNLOP, *Memoirs of Spain*, II, pág. 654.

(2) Para simplificar su teoría, nuestros alienistas no mencionan la influencia del medio anormal, del *poder*, al que Jacoby atribuye justamente gran importancia.

tivas, se reputan equivalentes. Pero el carácter hereditario que debe subsistir, si se trata de una ley, es la progresión acumulativa, el alejamiento cada vez mayor del tipo específico y normal. Discutiré luego esta hipótesis científica; pero si la admitimos provisionalmente, ¿quién aceptará que, sin torcer los hechos históricos y mutilar la misma doctrina, se encuentre cumplida en el célebre ejemplo de la dinastía austriaca, que los Jacoby y los Ireland nos presentan á porfía? ¿Qué progresión mórbida se manifiesta de Juana la Loca á Carlos V, hercúleo y genial; de éste á Felipe II, melancólico y adusto, pero sin más estigma que la gota (rasgo primitivo); y, por fin, de éste á sus descendientes, que representan el tipo normal y vulgar, con excepción de Carlos II, aborto senil y accidente único, entre muchos hermanos sanos?

El primer sofisma evidente de tales raciocinios, sobre las dinastías históricas, arranca de este error: se estudia la sucesión de los herederos de la corona como si fueran los únicos descendientes, siendo así que los oscuros ó desconocidos son innumerables. La historia, sobre todo la ciencia conjetural que examinamos, reduce á los cinco individuos que reinaron los descendientes directos de doña Juana: en realidad pasaron de doscientos que, en su mayoría, poblaron los conventos de España, sin contar á las hembras que entroncaron en el extranjero. Se entrevé, desde ya, la poca solidez de la inducción.

Gran parte de estas objeciones se dirigen, más que á la obra de Ramos Mejía, á la escuela que él, felizmente, no sigue ciegamente. Se echa de ver la mezcla de exagera-

ción y arbitraria hipótesis que por ahora infirma la teoría. Pero los ejemplos aislados podrían ser inexactos y apócrifos, sin que por ello se conmoviera la doble base científica é histórica en que el libro descansa. Ha llegado el momento de ahondar en su análisis. El título, tomado de un capítulo de Cullere (1), es de una claridad perfecta; equivale á una definición. *Locura é historia*, son los dos términos del problema. Veamos qué latitud abarcan para la escuela psiquiátrica, y si su empleo corresponde siempre á un concepto legítimo.

II

Respecto de la locura, los autores modernos no han hecho esfuerzo por rejuvenecer la definición clásica de Esquirol; casi todos la aceptan en su esencia. Ramos Mejía, aunque de escuela positivista, ingiere en su concepto, á imitación de Schüle, «la supresión del *libre albedrio*». La expresión es extraña bajo una pluma determinista, y no pertenece, por cierto, al vocabulario clínico. Sin remontarnos á la enérgica sentencia de proscripción spinozista (2), basta recordar que la novísima psicología científica está fundada en el desconocimiento del libre albedrio: no discute esta entidad metafísica, la ignora.

(1) *Les frontières de la folie*, X.

(2) SPINOZA, *Ethices*, III, Prop. II, Schol: *Qui igitur credunt, se ex libero mentis decreto loqui vel tacere, vel quicquam agere, oculis apertis somniant.*

Para los alcances meramente sociológicos de esta obra, creo que bastaría definir la locura: «Una perturbación cerebral duradera que se manifiesta aislada ó conjuntamente en la inteligencia, la sensibilidad ó la voluntad, en grado suficiente para que el individuo desconozca ó rechace las leyes fundamentales de su medio social». Claro está que tales enfermos, no actuando libremente en una sociedad organizada, no constituyen factores históricos. Como ya lo tenemos dicho, la locura caracterizada no figura sino por excepción en la historia. Al día siguiente de su violento acceso en la selva del Mans, Carlos VI de Francia deja de gobernar: es un enfermo cuidado en palacio.— En todo caso, ninguno de los personajes estudiados aquí, á la ley de la psiquiatria, padece de locura en el sentido corriente y legal de la expresión.

Á estar al rigor de los términos, pues, el título de la obra importaría una contradicción. No es ello mera cuestión de palabras. Si ninguno de los «locos» estudiados en este libro puede ser comprendido en la anterior definición, ni sería clasificado así por la medicina legal, tenemos que darnos cuenta de esta extensión abusiva del vocablo y precisar el nuevo sentido en que se le viene empleando.

La moderna psiquiatria se ríe del concepto vulgar de la locura: «los locos de la leyenda á quienes se entrevé, gesticulando y desmelenados, por entre el enrejado de una jaula en los manicomios» (1). El actual concepto científi-

(1) CULLERRE, *Les frontières de la folie*.

co es, en efecto, mucho más consolador; congloba en la locura «los innumerables desórdenes del espíritu y la sensibilidad moral que *proceden* de la enajenación mental ó *conducen* á ella». ¡Proceder, conducir! La determinación es vaga; y las «fronteras» de que se nos habla requerirían algunos mojones suplementarios. Si son candidatos á la locura, los «obsesos, dipsómanos, excéntricos, extravagantes, disipadores, utopistas, pleitistas, celosos, inventores, mentirosos, histéricos, místicos, fanáticos, etc.», no parece posible que escape la masa de la humanidad civilizada á una de las clasificaciones enunciadas, y que he abreviado. El mundo entero es manicomio, y según esa doctrina de la pan-psicosis, escasamente quedaría fuera un grupo bastante para vigilar á la multitud encerrada adentro...

Felizmente la misma psiquiatria nos brinda este consuelo: cierto es, dice, que la locura es *función* de la civilización, pero no hay que confundir con aquélla cualquier forma leve de la desequilibración mental. Todos los candidatos á la locura no resultan electos. Muchas neurosis no rematan necesariamente en la demencia terminal: se ramifican y transforman al transmitirse á las generaciones sucesivas. En resumen, según los psiquiatros más autorizados, la señal indeleble de que el desequilibrio arranca de la demencia ó conduce á ella, es la degeneración hereditaria, la cual se manifiesta por estigmas físicos, intelectuales y morales *inequívocos*.

Estos famosos estigmas degenerativos que, desde Moreau y Morel hasta Magnan y Lombroso, obstruyen la

patología mental, carecen de realidad específica. Como los del «criminal nato», que empiezan á mover á risa, resultan los restantes. Lo único que resista al examen de los hechos, es lo que se sabía ha tres mil años: es decir, que las partes del ser son solidarias, y que toda asimetría ó deformidad, toda tacha teratológica revela, salvo accidente, un vicio de nutrición y desarrollo cuya causa es general y, por tanto, repercute en todo el organismo, con particular gravedad en tal ó cual región (1). No procede detenernos en una refutación detallada que exigiría gran espacio, y que tengo ensayada en una obra especial (2). Por otra parte, lo que urge, es discutir la misma herencia mórbida: la conclusión respecto del tronco aplicable será *a fortiori* la de las ramas:

III

La teoría de la degeneración es una excrecencia parasitaria de la herencia general, que se ha hecho dogma con el triunfo popular del darwinismo. Sería arduo problema, y extraño á este examen, el de determinar si, en definitiva, la hipótesis transformista habrá estimulado ó detenido la marcha de la civilización. Después de ser escarnecida por la ignorancia, es ahora dogmatizada por la misma plebe

(1) GEOFFROY SAINT-HILAIRE, *Histoire des anomalies*.

(2) Véase el fragmento anterior sobre los *Estigmas físicos*.

intelectual; y se necesita ya tanto valor moral para discutir el darwinismo, como treinta años ha para defenderlo públicamente. Ahora bien, es prueba de que una libre opinión científica ha perdido su virtud, cuando queda erigida y petrificada en dogma intangible. ¡Curiosa evolución de las ideas: es precisamente en esta hora de su vulgarización, de su aceptación á ciegas por el público de Panurgo, cuando el transformismo pierde terreno en el campo científico! La conciencia, la buena fe, la sagacidad de Darwin, su genio, si queréis, no están en discusión. Pero nadie que piense por sí mismo acepta ya «en bloque» sus conclusiones temerarias (1); y mucho menos las hipótesis gratuitas y los árboles filogenéticos de la secta haeckeliana, á quien el transformista Claparède pudo llamar: «los niños terribles del darwinismo».

Darwin fué poco á poco arrastrado por el torrente de su propia teoría, más allá de sus primitivas inducciones. Además, es muy sabido que multitud de referencias, traídas en apoyo de su doctrina, provenían de fuentes extrañas. Por el mundo entero, degeneró en moda vanidosa el enviar «contribuciones» al sabio inglés, quien, si era personalmente el más prudente y precavido de los observadores, cometió la falta de atribuir candorosamente sus mismas cualidades á sus corresponsales desconocidos, aco-

(1) G. ROMANES, *Physiological Selection* (1886): «At the present time it would be impossible to find any working naturalist who supposes that survival of the fittest is competent to explain all the phenomena of species-formation».—Romanes ha sido el discípulo favorito, el amigo y comensal de Darwin durante catorce años.

giendo cualesquiera datos sin la necesaria crítica (1). De ahí, el cúmulo de afirmaciones aventuradas que la experiencia de los criadores y sabios prácticos ha desmentido. Fallando las pruebas justificativas, se ha puesto en duda la solidez de la hipótesis. Algunos de los adeptos más ilustres del transformismo han formulado reservas, cada vez más fundamentales, hasta abrir en la teoría de las especies brechas irreparables. Para sólo citar á darwinistas fervorosos de la primera hora: Romanes, en la obra citada, demuestra que la selección natural no es sino un hecho secundario en la formación de las especies y aun de las variedades, mucho menos importante que la acción del medio, tan desdeñada por el maestro; hace resaltar la confusión cometida por éste, respecto de la fecundidad de los híbridos, entre razas y especies; mostrando, además, la inutilidad de la mayor parte de los caracteres específicos y llegando á esta conclusión abrumadora para la tesis transformista—y sus allegadas de la psicopatología:—lejos de acentuarse la variación por la herencia, la ley de ésta es la regresión al tipo normal.

Las objeciones del célebre naturalista Carl Vogt no son menos categóricas: habré de resumirlas para ser breve. En sus *Lecciones sobre el hombre*, y especialmente en los estudios que llevan este título significativo: *Herejías darwinistas* (2), destruye el aserto relativo á la constancia de

(1) Así, para traer un ejemplo casero, asegura (*Variations*, I, 95) que existe en la pampa de Buenos Aires una verdadera *raza* bobina ñata; y este hecho extraordinario ha sido religiosamente aceptado por los naturalistas argentinos: *Magister dixit*.

(2) *Revue Scientifique*, 1886.

las «razas» híbridas, y en particular del lepórido, que tanto se ha afirmado; vuelve á levantar la formidable objeción, que embarazaba al mismo Darwin,—de la ausencia de escalones intermediarios en paleontología; sepárase del monofiletismo de Darwin y Haeckel, mostrando la contradicción elemental que éste comete al admitir, por una parte, la generación espontánea y, por otra parte, la descendencia de un solo grupo originario; por fin, el sabio alemán (1) reduce á sus proporciones verdaderas la pretendida ley de la supervivencia de los más aptos; combate, como Romanes, de la divergencia—herencia acumulativa de los psiquiatros,—y demuestra, para muchas especies elevadas, que los descendientes son menos desemejantes que los antepasados y vuelven al tipo específico.—Hasta el mismo Huxley, el ardiente y arrebatado apóstol, declara (*Lay Sermons*, 1887) que «no se tiene prueba de que un grupo de animales, por variación ó selección sexual, haya dado origen á otro grupo que fuese *infértil* con el primero»: es decir á una especie. Llama á esto «una pequeña grieta en la pared» (2): ¡es la teoría entera que se desploma, como lo indica el título mismo de la obra fundamental—*Origen de las especies!*—No hay necesidad de prolongar la discusión, y mostrar otros numerosos ejemplos de oposición ó disidencia transformista. La teoría está destruída en sus cimientos; mejor dicho: subsiste como una hipótesis más, acerca del misterio eternamente impenetra-

(1) Aunque era profesor en Suiza, donde pasara la mayor parte de su vida, Vogt nació y se educó en Giessen.

(2) *Lay Sermons*, 256: «*This little rift in the lute...*»

ble de los orígenes; y, después de treinta y cinco años, el firme y prudente Quatrefages, que quedara casi solo en la protesta, ha podido, al morir, verse rodeado por los que tanto combatieron su inmóvil timidez, y repetir en su último trabajo (1): «Lejos de conservar la supremacía, el darwinismo parece destinado á colocarse próximamente entre ese conjunto de concepciones diferentes, y á veces diametralmente opuestas, con las que se ha pretendido vanamente explicar el origen y sucesión de las especies orgánicas».—Entre tanto, no hay gacetillero que no discurra sobre descendencia y, como dijera Sarmiento del *ergo* cordobés, la selección natural «anda por las cocinas...»

No es solamente por su parentesco evidente con las modernas doctrinas patológicas, por lo que he debido establecer el balance del transformismo; ni es este proceso una mera digresión. Si, fuera del concepto fecundo de evolución, que Darwin ha vulgarizado más que descubrir, nada ha de quedar de sus conclusiones generales en la ciencia positiva, estamos por ello mismo en presencia de un hecho trascendental. La ruina del transformismo acarrea la de cuantas teorías adventicias se le habían adherido estrechamente, del propio modo que la bancarrota de la casa central arrastra la quiebra de las sucursales y conmueve á las relacionadas.—Es evidente, desde luego, que nuestra «herencia mórbida» no puede desinteresarse de las objeciones formuladas contra la ley hereditaria absoluta, y singularmente contra algunas de sus formas des-

(1) *Journal des Savants*, 1889 y siguientes.

mentidas por la observación. Contra varias de esas «leyes» antojadizas, han protestado en nombre de la práctica experimental muchos criadores y agrónomos. Es así como la herencia colateral, admitida por Darwin, y la de influencia ó impregnación—tesis imaginaria sostenida también por Prosper Lucas,—carecen probablemente de toda realidad (1). La transmisión hereditaria de los caracteres adquiridos, proclamada por Lamarck, no parece más fundada y sólida en sus términos latos... Y es así como, de duda en negación, sentimos estremecerse en su base este frágil edificio de la patología mental, aun antes de acometerle directamente.

El vicio íntimo, insanable, radical, de muchas teorías «científicas» actuales reside, lo veremos luego, en el método mismo, que no es propiamente científico. Sería negar la ciencia, el admitir que las tesis transformistas y sus derivadas, tenidas por verdades demostradas durante veinte ó treinta años, pudiesen, con asentarse en hechos positivos y probantes, ser desmentidas por una experiencia ulterior. Nada tiene que ver esa *tabula rasa* periódica con la perpetua evolución del saber. Las teorías transitorias no son científicas: ya por fundarse en hechos mal observados, ya por habérselos generalizado temeraria y prematu-

(1) No es posible—ni tengo competencia para ello—reproducir aquí las razones embriológicas que se oponen á esa hipótesis. El proceso material de la fecundación, estudiado por Van Beneden, Weissmann y otros, parece oponerse á toda influencia extraña ó anterior al encuentro de las dos células (*gonocito* macho y hembra). Para toda esa discusión véase: KOEHLER y DELAGE, *Revue Philosophique*, 1893.

ramente. Tal es el proceso de la psico-patología contemporánea en sus doctrinas extremas, y sin que pretendamos rebajar el mérito de muchos trabajos y monografías apreciables, entre los cuales puede figurar por algunos de sus capítulos el libro de Ramos Mejía. Es por haberse apresurado á concluir, antes de conocer en realidad la anatomía y la fisiología cerebrales,—pues la localización de Broca sea acaso el único punto firme en esa arena movediza de las hipótesis,—por haber desdeñado el impecable método del genial Claudio Bernard (1), por lo que los Moureau, Morel, Magnan, Lombroso y sus discípulos, han retardado más que acelerado el triunfo del determinismo experimental. Así, con el empleo abusivo de la historia y la filosofía mal sabidas, de las estadísticas aventuradas ó fragmentarias, han dado á luz sus obras vacías de substancia que, sin propósito de escarnio, podrían llamarse las novelas de caballerías de la ciencia.

IV

El eje de la novísima psiquiatría, aplicada á la historia y á la sociología, es la teoría de la degeneración hereditaria. Examinemos su estructura científica, antes de verifi-

(1) «Il vaut mieux ne rien savoir que d'avoir dans l'esprit des *idées fixes* appuyées sur des théories dont on cherche toujours la confirmation en négligeant tout ce qui ne s'y rapporte pas.» *Introduction á la Médecine expérimentale*, 66 y *passim*.

car la exactitud de sus aplicaciones históricas y sociales.

No hay necesidad de recordar que la herencia específica es una ley absoluta por definición: es eso mismo lo que constituye la especie. Aunque menos rigurosas, no son más discutibles las transmisiones atávicas de la raza, y las individuales de los autores. Nótese, desde luego, que siendo esta última *bilateral* en la gran mayoría de los casos, la energía propia del atavismo—salvo en los ejemplos infinitamente raros de consanguinidad sistemática—decrece en progresión geométrica; puede admitirse que, después de la séptima generación, la influencia atávica es infinitesimal (1). No es menos admisible, en sus términos latos, la herencia patológica, caso particular de la fisiológica: según la cual puede transmitirse á los hijos, además de la susceptibilidad diatésica inherente á cierto blástema ó tejido orgánico, la predisposición á la propia entidad mórbida que el ascendiente ha padecido. —En resumen, así para la ley específica como para las predisposiciones posibles del individuo, lo que la herencia significa es la continuidad y persistencia en una generación de ciertos rasgos externos ó íntimos, normales ó anómalos, ya existentes y semejantes en la generación anterior. La semejanza es el carácter esencial de la herencia.

Lo propio acontece en patología mental, sea cual fuese la clasificación adoptada. Cuando se enuncia que la predisposición hereditaria domina la etiología de la locura

(1) Es lo que expresan las legislaciones religiosas, al decir que en ese grado se borra el pecado hereditario, ó las civiles, que declaran extinto el parentesco.

sistematizada ó de la lipemania, se pretende establecer que una forma de vesania análoga ha existido generalmente en uno de los autores. Ello no importa aceptar la ley dudosa de las estadísticas; ni tampoco negar la existencia de causas personales, que pueden provocar la explosión de la locura fuera de todo vestigio hereditario.

Ahora bien: ese principio de la similitud, que domina el concepto hereditario y parece esencial, es el que desaparece con la creación del grupo de los «degenerados». Esta degeneración «creada», como ellos confiesan ingenuamente, por los nuevos alienistas, constituye por sí sola una entidad mórbida con evolución muy especial. Se introduce un concepto extraño á la noción corriente: el de la metamorfosis, según la cual *el descendiente hereda del ascendiente ¡lo que éste no tuvo jamás!*

La fórmula de Morel, exagerada por Magnan y sus discípulos, estriba, pues, en la hipótesis de que cualquiera neurosis ó diátesis se transforma, por degeneración, en cualquier afección mental y *viceversa*: lo que, en verdad, resuelve cómodamente una infinidad de problemas oscuros. Admitido el postulado, ó la premisa, las consecuencias fluyen sin obstáculo. Desgraciadamente, se echa de ver al pronto que la premisa descansa en una petición de principio, como en la escuela se dice, siendo así que la tesis se apoya en lo que precisamente se trata de establecer. ¿En qué se funda la serie degenerativa de Morel? En una sugestión personal, en una hipótesis. ¿Sobre qué descansa toda la literatura subsiguiente de la escuela? En el cuadro de Morel. De esto no se sale. Se trata de estable-

cer científicamente la legitimidad del concepto metamórfico, y para ello sólo se nos repite, *ne varietur*, que el delirante actual descende de padre artrítico ó de madre supersticiosa—y, como dice el eterno Molière, *voilà pourquoi votre fille est muette!*

La herencia de metamorfosis es una mera arbitrariedad en sus premisas y en sus conclusiones. En sus premisas: porque ni Morel ni otros han podido establecer la menor relación específica, entre la multitud de afecciones localizadas ó generales, que ellos presentan como antecedentes, y la locura, que sería su consecuencia; en sus conclusiones: porque nadie ha podido diagnosticar la demencia, como producto necesario ó probable de los antecedentes, por más recargados que en los autores aparezcan.—¡Mal podría la anatomía patológica revelar la analogía celular del tuberculoso ó artrítico con el vesánico, cuando no sabe descubrir hasta ahora la lesión anatómica correspondiente á ninguna enfermedad mental, excepción hecha de la parálisis gresiva! La bacteriología no ha mostrado la analogía del micro-organismo, cuya presencia fuera constante en tal ó cual antecedente, con el «germen» invisible del pretendido consecuente. Faltan aquí, pues, como en casi todos los cantones de la «ciencia» médica, las pruebas directas y tangibles. ¿Habremos, por eso, de rechazar *in limine* los argumentos pedidos á la estadística, á la historia y la filosofía? De ningún modo; pero vamos á examinarlos, y veremos que su análisis conduce al mismo escepticismo determinista que ha sido nuestro principio y será nuestra conclusión.

«La crítica experimental, dice Claudio Bernard (1), debe rechazar la estadística como base de la ciencia patológica y terapéutica...; es menester repudiar los hechos indeterminados, es decir, las observaciones mal hechas ó á veces imaginarias que se traen como objeciones (ó afirmaciones) continuas.» Seamos menos exigentes con la patología mental, si no queremos dar al traste con sus interesantes conjeturas; pero reconozcamos que la terrible y peligrosa estadística viene aplicándose allí con el olvido más completo de todo método científico. Los términos cardinales del problema no alcanzan la apariencia de una determinación. Hemos visto que esa extraña locura degenerativa abarca todas las peculiaridades idiosincrásicas, tan compatibles con la razón, la virtud, el talento, el ejercicio de las más altas funciones sociales,—en una palabra, con la salud,—que, bien mirada, la tesis se desvanece por su misma generalidad.—Los llamados «estigmas» son convencionales ó contradictorios, sin constancia alguna, ni, cuando existen aislados, susceptibles de explicación.—Los antecedentes mórbidos de la degeneración no tienen mayor fijeza; carecen, sobre todo, de significado especial, puesto que, según la doctrina nosológica moderna, difícilmente habrá enfermedad que no se vincule á la diátesis de Morel: hasta una parte del grupo infeccioso ha podido refundirse en ella, hasta las más leves deformidades ocasionales (2). En condiciones tan elásticas, se comprende con

(1) *Médecine expérimentale*, 340.

(2) ALTHAUS, *Maladies de la moelle épinière*, página 40: «Derniè-

qué facilidad habrá de descubrirse en los ascendentes la «tara» de la hereditaria fatalidad!

Á este extremo de confusión en los términos fundamentales, añaden muy á menudo los escritores alienistas la carencia más evidente de criterio científico, así en sus incursiones de aficionados por el campo de la historia y la filosofía, como en el manejo de la temerosa estadística. Debe decirse, en descargo, que es achaque general en toda la literatura médica. Las tesis más prematuras y atrevidas se promulgan en nombre de la estadística, aunque se estrellen contra las tesis opuestas, fundadas en otros tantas cifras contradictorias (1). Los que más alardean de rigor y aparato matemático, revelan á las veces no saber plantear una proporción, y, como Moreau (de Tours), deducen conclusiones primordiales de sus yerros aritméticos (2).

Para que las estadísticas alcancen algún valor indicativo, sería necesario que fuesen imparciales, numerosas y exactas. No son imparciales, encaminándose todas ellas, con vehemencia escolástica, á demostrar la tesis preconcebida, y girando en el círculo vicioso de la coincidencia y

rement, Herbert Page a essayé de trouver le point de départ de l'ataxie locomotrice dans un cor au pied»!

(1) Recuérdense, por vía de ejemplo, los debates internacionales sobre la contagiosidad del cólera, sobre la infección sífilítica, etc., etc. Con estadísticas, Chauveau, Charrier, Sturgis y otros demuestran que la madre es el *único* origen de la sífilis hereditaria, en tanto que Kôbner, Vogel y, en cierto grado, Fournier y Hutchinson demuestran la tesis contraria.

(2) MOREAU, *La Psychologie morbide*, 140 y *passim*.—CANDOLLE (*Histoire des savants*) da el ejemplo y el precepto de las estadísticas científicas (páginas 207 y siguientes).

del *post hoc, ergo propter hoc*. No son numerosas, es decir, no forman series prolongadas, reduciéndose para cada clínica particular á un grupo de casos favorables que no guardan proporción con los millares de casos ocurrentes en cada nación. Por fin, no son exactas en el procedimiento individual ni en la inducción general, segun se infiere de algunos ejemplos.

Cuando las listas estadísticas provienen de contemporáneos nuestros, refiriéndose generalmente á los oscuros clientes de un consultorio, no es dable comprobar la realidad de los antecedentes hereditarios. Y esto no reza únicamente con los lectores: en la inmensa mayoría de los casos, sobre todo en las clases populares, le es muy difícil al médico establecer la filiación patológica directa, aun en la primera generación. ¿Qué será en las anteriores, que se ramifican geométricamente? Cada uno de nosotros tiene cuatro abuelos y ocho bisabuelos, cuya biografía íntima ignoramos casi en absoluto, si no son personajes históricos. De los mismos padres, pocas noticias exactamente patológicas alcanzan los pacientes, salvo los casos de gravedad excepcional; ello se evidencia por la vaguedad y el poco alcance de los datos clínicos: «padre irascible, madre linfática: murió tuberculosa á los 75 años, etc., etc.»—Volveremos luego sobre estos datos de fecundidad y longevidad, que los autores apuntan sin reparar en que significan contraindicaciones degenerativas.—Además, la enorme divergencia de los resultados clínicos quita á la prueva estadística toda fuerza confirmativa. Cuando Legrand du Saulle, en su *Folie héréditaire*, presenta 45 estadísticas divergentes,—

¡desde 4 hasta 85 por ciento! —creyendo que, así las más bajas como las más altas, confirman el origen hereditario de la locura, no prueba sino que ignora los principios más elementales del cálculo estadístico. Es este modo de proceder, absolutamente reñido con el criterio científico y el método determinista, el que mantiene á la medicina en el nivel de un *ars conjectandi*, alejando más y más su incorporación á la ciencia experimental.

Si de esas conjeturas teóricas pasáramos á las pruebas que los alienistas han pretendido extraer de la historia, sería tan enorme mi conclusión, que me parece imposible formularla, no pudiendo acompañarla con la discusión de cada caso aislado, de cada traspíe individual. Tengo hecho este minucioso análisis para la *Psychologie morbide* de Moreau y el *Uomo di genio* de Lombroso. He comprobado irrefutablemente que la pretendida erudición de esos autores no es sino una recopilación de anécdotas y consejas sin autenticidad ni crítica, extraídas de crónicas y almanaques cuyos datos son en su mayor parte apócrifos. Y no tan sólo se han abstenido de toda observación contraria á su tesis, de toda verificación ó *experimentum crucis*, sino que han adulterado á menudo los hechos ó dejado subsistir errores públicamente reconocidos (1). Carecen evi-

(1) Citaré, como ejemplo que podría multiplicarse, la anécdota de Salomón de Caux. El caso es típico y revela el *modus operandi* de la escuela. Citado por Moreau, ha sido reproducido sin más trámite por todos los sucesores hasta Lombroso y Ramos Mejía (página 20), en apoyo de la tesis degenerativa: «Marion de Lorme encontró en el hospicio de locos de Bicêtre á Salomón de Caux, *inventor* del vapor, etc.» La leyenda, históricamente absurda, fué

dentamente esos sectarios del espíritu científico que debe presidir honrada é imparcialmente á toda investigación determinista. Á este respecto, me complazco en reconocer que la información del doctor Ramos Mejía es frecuentemente de mejor ley que la de sus «maestros», y mucho más sólida su argumentación. Ha confiado, por desgracia, en la seriedad de sus antecesores, aceptando sin la necesaria verificación hechos y datos abiertamente desmentidos por la historia.

¿Qué mucho que nuestros sabios tropiecen á cada paso en un terreno desconocido, cuando en el propio revelan la falta de crítica más absoluta y, con frecuencia, el desconocimiento ó el olvido de los resultados científicos relativos á su profesión? ¿Es admisible atribuir, como lo hace Moreau, la prostitución moderna, hecho social, al arrebató de la pasión erótica? ¿Puede tolerarse en un alienista la asimilación de los *tics* nerviosos que son hechos tangibles, á la famosa *aura epiléptica* que los buenos observadores no han observado jamás? Por este orden podríamos multiplicar los rasgos aventurados ó manifiestamente erróneos. Algunos son de tal gravedad que dan en el suelo con la

propalada en 1834 por Berthoud, en el *Musée des Familles*. La novela, el teatro y la pintura la vulgarizaron rápidamente. En 1847, su autor, avergonzado con el éxito de su mistificación, dió la prueba pública de lo inconsistente de la especie y confesó su delito. La rectificación fué reproducida en diez publicaciones y especialmente en los *Grandes inventos* de Figuier, en 1857. Dos años después, en 1859, Moreau publicó su obra; ni él ni sus sucesores han tenido en cuenta la rectificación que hasta en los diccionarios figura! De estas pruebas históricas, en la proporción de 80 por ciento, se forman las obras clásicas de la escuela.

propia teoría. Moreau asienta, por ejemplo, esta enormidad, como base de su tesis: la identidad originaria de la locura y del idiotismo. No vacila en confundir el idiotismo, la ausencia radical de pensamiento, la tabla rasa intelectual, con la «sobreexcitación mental», ó sea el estado de «eretismo y orgasmo del sistema nervioso»!—Por fin, inicia ya ese sistema de confusiones y equívocos, desarrollado por Lombroso, y según el cual son grandes hombres, y comprendidos en el grupo genial, los más vulgares criminales cuando resultaren autores de un dibujo caricatural ó de algunos versos insulsos é incorrectos. Á este respecto, hay que decirlo, Lombroso deja muy atrás á sus antecesores, pudiendo añadir á sus conjeturas audaces el formidable arsenal de la antropología (1).

Para concluir con esta ingrata discusión, agregaré que la impropiedad del estilo en esas obras deformes se aviene armónicamente con la cojera incurable del raciocinio y lo postizo de la erudición. No se contentan con ostentar la temeridad más intrépida en el dogmatismo, junto á la credulidad más ingenua respecto de cualquiera conseja

(1) La craneología, fuera de su aplicación á las razas, es un tejido de contradicciones y de arbitrariedades. El noble Broca ha sido traicionado por sus émulos y sucesores. Él mismo ha demostrado lo infundado de esas inducciones para el encéfalo individual: el cerebro no está *adecuado* á la caja craneana; el cerebelo bulbo, cuerpo caloso, etc., no intervienen en la intelectualidad; la materia intelectual no comprende el peso de las circunvoluciones, sino el de la sola corteza gris exterior; por fin, si se admiten las localizaciones, se debería comparar únicamente las regiones homólogas de dos cerebros, etc., etc.—Estamos todavía en plena torre de Babel.

puesta en letra de molde: sino que suelen tratar de ignorantes á los mismos de quienes extraen servilmente la información, á trueque de desfigurar sus ideas en el sentido de las propias teorías (2). Al comprobar el fondo de ligereza, y hasta de improbidad intelectual, en que se asientan estas tesis presuntuosas, se comprende la tristeza y el desaliento de un Claudio Bernard, empeñado en la improbable tarea de substituir tanto procedimiento empírico ó charlatanesco por la duda filosófica, la observación cien veces comprobada, la marcha segura y prudente del determinismo experimental. Con razón, citaba el dicho picante de Laplace: «Pongamos algunos médicos en la Academia de ciencias, para que puedan ver de cerca á verdaderos sabios»!

V

El mismo lector que aceptara como fundadas nuestras objeciones, á pesar de faltarles la documentación que reemplazara la propia autoridad, podría oponernos á su

(2) Un ejemplo entre ciento. En la página 220 de la *Psychologie*, Moreau ensalza al utopista Fourier, reprochando á sus críticos el desconocimiento de las obras originales; se personaliza con Ch. Reybaud y le increpa duramente: «Debiera usted leer la teoría de los cuatro movimientos, páginas 61, 77, 130, etc., etc.» y sigue mandando á la escuela al sabio autor de los *Reformadores*. Ahora bien, los únicos pasajes indicados por Moreau son los únicos citados por Reybaud (I, *Apéndice*), con la misma paginación y los subtítulos *que no existen en Fourier* y que han sido puestos por el solo Reybaud para mayor claridad. Todo ello ha sido copiado por el acusador, que probablemente no ha leído el original!

vez esta reserva fundamental: «Admitimos la fragilidad de los hechos aducidos en sostén de la degeneración hereditaria, y damos por comprobada la inexactitud de los ejemplos históricos; pero todo ello carece de valor contra la realidad de la misma tesis. Ésta puede ser cierta, aunque sean falsas las razones alegadas para su demostración: las erróneas explicaciones que la antigüedad y la edad media dieron del histerismo y de la alucinación, no destruyen la autenticidad de estas enfermedades». Si bien el deber de sustentar la tesis, el *onus probandi* toca á sus propagadores más que al impugnador, voy á mostrar brevemente que la teoría discutida contraviene á los resultados tenidos por sólidos en el estado actual de la ciencia; siendo, por tanto, aquélla incierta en sí misma y con independencia de toda documentación.

Reducida á sus términos esenciales, la degeneración hereditaria consiste en la evolución mórbida y acumulativa de un estado neuropático ó neurasténico especial, que se agrava al trasmitirse á los descendientes y, después de pasar por algunas formas graves de delirio crónico ó vesanias intermitentes, se extingue en la cuarta ó quinta generación por la demencia precoz, el idiotismo ó la esterilidad (1). Las víctimas de esta fatal evolución constituyen el grupo innumerable de los hereditarios, degenerados, anormales, cerebrales, desequilibrados, etc. Los alienistas que, como Magnan y Déjerine, extremejan la teoría, sostienen que la

(1) El esquema de Magnan, aunque más preciso, no difiere esencialmente del de Morel.

degeneración hereditaria es una entidad mórbida especial, presentando su proceso acumulativo como regular y fatal. Muchos autores disienten de este rigorismo, apoyados en la realidad de los hechos; pero no tenemos que volver sobre esta forma de discusión, bastándonos demostrar que la indicada evolución es improbable hasta rayar en lo absurdo.

Tomando á un «degenerado» en cualquier grado de la serie, por ejemplo en el primero, para que la observación sea plenamente eficaz, veamos á qué leyes biológicas queda sometida su evolución. Este «neurópata» presenta todas las apariencias de la salud física y moral; su inteligencia es íntegra, con alguna «tara» tan poco visible que no obsta á que nuestro «fronterizo» desempeñe su papel social y contraiga matrimonio. Esta unión se efectúa con una mujer que presenta ó no presenta antecedentes hereditarios. En el segundo evento, que es el más probable, los hijos se reparten desigualmente la herencia bilateral; pero, en cualquier caso, tiene que haber *atenuación* de la transmisión mórbida: no solamente por la madre que interviene en el proceso, sino por las otras fuerzas específicas y atávicas, todas ellas contrarias á la influencia paterna. Es lo que los hechos confirman, así en la zootecnia y la agronomía como en la historia *contemporánea*, la única que podamos observar científicamente.

En el caso muy improbable de unirse dos degenerados (I), la transmisión mórbida no sería fatal, puesto que

(1) La misma afinidad sexual que atrae á los contrarios en be-

las energías atávicas y específicas luchan por el predominio; ni es tampoco exacto que los gérmenes mórbidos se sumen,—lo que equivaldría á decir que, apuntando á dos números en la ruleta, se puede ganar dos veces el «pleno». Pero sí debe entonces admitirse la herencia como probable, si la unión resultare fecunda. Ahora bien: ¿será fecunda? Contestamos: si la misteriosa tacha degenerativa es esencial, la unión será estéril. Toda la biología proclama la excesiva susceptibilidad de las funciones de la degeneración: son las primeras heridas en cualquiera circunstancia, y la esterilidad de los híbridos no es sino la aplicación más frecuente de esa ley. Antes que procrear imbéciles ó idiotas, los degenerados cumplen con la ley de no procrear. No os atengáis á estadísticas inaccesibles; mirad á vuestro derredor: los idiotas son congénitos y no hereditarios; su desgracia es efecto de las circunstancias, del medio, de un accidente de generación ó de nutrición. La herencia no interviene sino en sus términos latos, para crear á las veces una susceptibilidad morbosa á semejanza de la paterna, según el precepto hipocrático (1), siempre que la deficiencia del ascendiente no se traduzca en impotencia generativa.

neficio de la especie es otro factor favorable á la normalización. Véase el admirable capítulo de Schopenhauer (*Le monde comme volonté*, II, página 803 y siguientes) sobre la *metafísica del amor*.

(1) *A sanis sana, a morbois morbosa*. Linneo ha formulado un axioma parecido.—Otra de las conjeturas fantásticas de Moreau, formulada con su dogmatismo habitual, es la que atribuye *siempre* (página 141) la semejanza física á uno de los autores y la semejanza moral al otro. ¡Bien parada queda así la fisiognomía—y aun la teoría de los estigmas físicos!

Tal me aparece el dilema científico: atenuación de la anormalidad y regresión al tipo específico.—ó esterilidad. La evolución degenerativa, prolongándose á través de cuatro ó cinco generaciones, es una quimera y una flagrante contradicción de las leyes biológicas, que se comprueban no en los manicomios y los consultorios, sino en los grandes establecimientos de cría científica y las escuelas de agronomía (1).

No se trata de negar en absoluto la realidad de la herencia mórbida en su proporción positiva, sino de reducirla á sus límites científicos. Para ello, basta asentar que la herencia patológica no es, ni puede ser, un factor orgánico distinto de la herencia fisiológica. Heredamos los defectos como las cualidades, en virtud de la misma ley; pero hay un absurdo evidente en el hecho de atribuir al ascendiente morboso un poder de transmisión superior y predominante que la ciencia y la experiencia diaria desmienten igualmente.

En cuanto á la llamada «herencia de metamorfosis», que ya hemos discutido en su exageración, claro está que, al negar la *entidad mórbida* de la degeneración, negamos implícitamente la de aquélla. La transmisión dependerá de su naturaleza propia; en ciertos casos podrá ser íntegra en su forma, si bien no en su energía: así en algunas diátesis; en otros la transmisión podrá girar en el círculo de una clase nosológica; pero no van hasta allí nuestros medios actuales de investigación y pisamos el umbral de la conjetura...

(1) A. SANSON, *L'hérédité*.

Anotaré, en conclusión, una extraña inconsecuencia: los alienistas filósofos, que procuran comprobar con la historia sus teorías y alumbrar á ésta con sus doctrinas psicopáticas, se han abstenido de explorar la historia contemporánea. En lugar de remontarse á épocas lejanas y hundirse «en la noche de los tiempos», ¿por qué no nos dan monografías psiquiátricas de las dinastías actuales? ¿Por qué no abandonan el río revuelto del pasado para navegar en las corrientes actuales, y permitirnos comprobar, desde la ribera, los resultados de su sonda científica?—La reina Victoria, por ejemplo, es nieta de Jorge III, que vivió loco y murió demente; hija del duque de Kent,—carácter templado, buen soldado, atlético, el tipo de la normalidad, madre de nueve hijos, generalmente robustos y sanos; por fin, abuela de una muchedumbre en que, por cierto, no aparecen los «estigmas» degenerativos. Desearía que el doctor Ramos Mejía aplicara á esta dinastía el cuadro de Morel ó Magnan. También podrían ser interesantes los estudios referentes á la casa de Hohenzollern, descendiente del «loco» Guillermo I, ó á la de Saboya que, malgrado la inserción del «degenerado» Carlos Manuel en el siglo pasado, ostenta una serie de guerreros valientes y sanos, desde el famoso Manuel Filiberto hasta los príncipes actuales. También sería instructivo el cuadro de esa bella familia *regenerada* de Orleans, ¡que arranca del «degenerado» Luis XIII!

Nada hallamos, pues,—aun entre las familias soberanas, cuyas condiciones de vida y enlace no consultan por cierto los intereses de la especie,—que se parezca á esa progre-

sión acumulativa y fatal del germen mórbido,—la cual sería contraria al principio biológico de la herencia y á la acción concurrente de las energías atávicas. La progresión geométrica es decreciente; la fuerza accidental, que tendiera á bastardear la raza, no desciende, sino que trepa á repecho el plano inclinado de la fatalidad orgánica, más y más contenida en su marcha por otras fuerzas contrarias, hasta parar y volver á caer. El *vires acquirit eundo* no es aplicable á la degeneración; como los alienistas lo afirman, sino al mismo degenerado, mostrándole apto para reaccionar, en su descendencia, contra el accidente que le desviara del camino real hereditario, ó sea del tipo específico y normal.

VI . .

Con alguna razón aparente, podría el doctor Ramos Mejía quejarse de que mi análisis crítico haya ahondado en la doctrina psiquiátrica moderna, más que en la obra misma de que es autor. Confío, empero, en que, al reflexionar, su recto sentido científico hallará justificado mi procedimiento. La teoría de la degeneración hereditaria es el eje de toda la literatura médica, á cuyo género pertenece la *Locura en la historia*. Siendo así, como no lo dudo, que el autor no ha perseguido la brillante y nociva entronización de una paradoja, y, muy al contrario, ha creído y probablemente seguirá creyendo que defendía una verdad, con el contingente de su talento y saber: era sin duda deber

mío atacar el punto más fortificado y peligroso, según los dictados de mi opuesta convicción.

Si, como pretendo haberlo demostrado, la degeneración hereditaria, con su especial evolución, no es sino una hipótesis destituida de fundamento, mal puede el grupo histórico de los degenerados ocupar el escenario de la historia, como Ramos Mejia y su escuela lo aseguran. Careciendo de realidad el lúgubre fantasma, que pretendía descorrer los arcanos dinásticos para los Hamletos de la psiquiatría, no queda de tanta tesis aventurada más que la memoria del talento malgastado en su defensa. Lo hemos dicho ya, y está patente: los llamados «locos de la historia» son otros tantos *pasionales*, ó sea pobladores errantes de esa vaga región frontera de la enajenación, aún más difícil de definir que de explorar, como que no tiene existencia determinada.

Tenemos que abandonar, entonces, ese concepto arbitrario, y sustituirle por una noción más sólida, á par que más filosófica, la cual podría condensarse en el título mismo de la célebre obra de Cabanis: *Relaciones de lo físico y de lo moral en el hombre*.

Para los alcances sociológicos de la locura, basta considerarla en sus términos amplios como una enfermedad mental. La enajenación es un estado morboso del cerebro: como la nefritis un estado morboso del riñón. Ahora bien, los dos términos extremos y correlativos—enfermedad, salud—son igualmente indefinibles con rasgos positivos. La definición más lógica de la salud sería: la ausencia de las 1.200 enfermedades enunciadas en las nomenclaturas

nosológicas. Pero ¿qué es la enfermedad? La frase analógica «perturbación ó desorden de una función orgánica» no define, ó sea, no limita nada. Todos somos enfermos. No hay organismo humano sin algún defecto de conformación ó principio de funcionamiento anómalo que, salvo accidente ó cambio de las circunstancias ambientes, debe acarrear la muerte, tardía ó precoz. El día lejano en que esté científicamente constituída la semiología, será posible prever desde la juventud los achaques individuales de la vejez y su término probable. Entre tanto: nerviosos, linfáticos, dispépticos, cardíacos, reumáticos confirmados ó incipientes,—vivimos, trabajamos, procreamos, envejecemos; cayendo y levantando, damos la carrera casi completa, como la dieron nuestros padres y nuestros hijos la darán, á pesar de tener señalado el punto flaco que, á no intervenir factores imprevistos, hará parar la máquina.

¿Qué mucho, así las cosas, que una prolija inquisición y un examen sistemático descubran estados patológicos en las dinastías, mayormente si de tiempos antiguos se trata, no menos característicos por su deplorable higiene, que por la falta de precisión en nuestro diagnóstico retrospectivo? Enfermos más ó menos graves, lo fueron y lo somos todos, desde que bajamos la pendiente de la vida, y aun antes si el examen fuere científico. Y lo que decimos del organismo en general, es evidentemente más cierto aún del centro nervioso, donde todas las funciones, todos los actos de la vida repercuten. Las llamadas «fronteras de la locura» no existen, si bien puede haber pródromos más ó menos positivos de la futura enajenación. Para la

infinita mayoría, empero, el despoblado de la locura parcial es campo vago que todos invadimos sin sospecharlo, en horas de inconsciencia ó arrebatos pasionales. Es muy claro, entonces, que los depositarios del poder supremo, cuyos actos revisten trascendencia exterior y solemne, tienen que aparecer como incurriendo frecuentemente más que otros en resoluciones ilógicas y anómalas. Pero el achaque es aplicable á todos los tiempos y condiciones; y el error empieza con particularizar lo que es universal, inventando un grupo de predestinados para explicar un rasgo común á la humanidad.

Aunque desconfío de las imágenes en materia científica, creo que la siguiente sea suficientemente exacta y significativa. Debemos figurarnos el cerebro *localizado* como un piano moderno, con su teclado exterior que comunica con el sistema nervioso interno, ó sea las cuerdas sonoras. El piano teóricamente afinado sería el cerebro normal. Pero, faltando el afinador asiduo, no existe en la práctica un solo piano de afinación perfecta: una ó varias notas del teclado resultan siempre discordes, y, en muchos casos, hay una tecla muda cuyo mecanismo está paralizado. Ello no impide ejecutar buena música: limitado al uso diario, el piano más ó menos incompleto desempeña regularmente sus funciones. Para la mayor parte de las piezas, las notas deficientes ó ausentes pasan desapercibidas (sobre todo si son extremas), en el conjunto armónico que el público alcanza. En ciertos casos especiales, sin embargo, para cual ó tal trozo musical escrito en un tono particular, el instrumento revela al pronto su des-

perfecto ó su herida. Tal es la situación general. Y ello, por supuesto, no importa negar todos los grados de descompostura posibles, desde el más leve hasta el más grave. Pianos hay, decididamente, que no combinan dos sonidos armónicos; y hasta que carecen de voz en absoluto, por falta de relación entre sus cuerdas y sus martillos: son idiotas.

ENFERMEDADES DE LA VOLUNTAD

Acabo de leer con vivísimo interés el librito que con este título ha publicado Th. Ribot, el sabio director de la *Revue Philosophique*. El autor no es un inventor; pero sí un espíritu sagaz y prodigiosamente cultivado. Gracias á su precisión y claridad de estilo,—unidas á una información científica de primera mano, ha conseguido un puesto distinguido en la filosofía contemporánea. Expone magistralmente. Sus estudios sobre la moderna psicología experimental, en Alemania é Inglaterra, son modelos de imparcialidad y amplitud crítica. El librito actual señala exactamente el estado de una importante cuestión psicológica, marcando las soluciones parciales ya alcanzadas, y las que la ciencia contemporánea puede entrever.

Es inútil repetir que las causas primeras escapan siempre á nuestra investigación. El *quid* del universo no es más obscuro que el del alma: cualquier existencia es un enigma sin clave humana. Nuestra ciencia es ilimitada, en el sentido de que aumentará sin tregua, mientras per-

sistan las condiciones habitables de nuestro planeta. Es una serie infinita, un eterno caminar por una senda que no tiene término. Se habla siempre del *pozo* de la ciencia: adoptemos la metáfora. Hace millares de años que la humanidad se afana por desaguar el pozo y ver su fondo: mide por siglos la profundidad del agua restante y el nivel resulta siempre igual. Sin embargo, no puede negarse que aumente el caudal extraído, pero el que queda se alimenta con las filtraciones invisibles de la tierra. La ciencia adelanta, pero hay que perder la esperanza de agotar jamás nuestra ignorancia. No tocaremos con el dedo lo absoluto.

Ello no obstante, las soluciones próximas y parciales merecen interesarnos como si nos condujeran á la solución final. Basta abrir un libro científico ó filosófico de hace un siglo, y menos aún, para tener el testimonio consolador de nuestros progresos. Hace ochenta años, el libro de Cabanis pasó por una escandalosa novedad. Hoy, las relaciones de lo físico y lo moral del hombre son la materia misma de la psicología, así experimental como universitaria y ortodoxa. Forman la base de todos los tratados sobre la materia: ya salgan de la universidad, como los de Bain ó Janet, ya del laboratorio, como los de Wundt ó Taine, ya del seminario, como los de los abates de Broglie ó Méric.

La primera ventaja del método experimental consiste en excluir la metafísica: no la combate, como Condillac y su escuela: la ignora. Es así como se escribe hoy un volumen sobre la voluntad, sin mencionar siquiera la cuestión secu-

lar del libre albedrío. Tampoco se ensaya una nueva definición del alma ó de la vida, cuya esencia se escapa á la investigación determinista. Que sea el alma una función, como lo creía Cabanis; ó la vida misma, como lo enseñaría la sola etimología de la palabra —y parece afirmarlo en otros términos el mismo Bossuet:—el psicólogo experimental no tiene que manifestar su opinión á este respecto. Su materia de estudio es el fenómeno; su único afán, el ligarlo al antecedente inmediato, después de investigar escrupulosamente su *modus operandi*. Lo propio sucede con la voluntad. La ciencia moderna considera las voliciones como resultados terminales y definitivos, en cuanto para ella sólo se trata de analizarlos y referirlos á los motivos que los producen. Nada más: (1).

Pero el libro de Ribot, como su título lo indica, estudia ante todo la patología de la voluntad, es decir la producción de las voliciones en circunstancias especiales y anómalas que fluyen de un estado mórbido del individuo. La patología es, aquí también, el auxiliar más precioso de la fisiología, porque, según la proposición fundamental de Claudio Bernard: «un órgano sano y un órgano enfermo no funcionan diferentemente».

Hay, pues, enfermedades de la inteligencia y de la voluntad, así como las hay de todas las partes del organismo.

(1) Ruego al lector tenga presente que éste es un artículo de diario, y escrito veinte años ha: la verdadera psicología, que de él se desprende, es la del autor, entonces joven y en plena efervescencia positivista. Por cierto que hoy se mostraría menos afirmativo.

Y aun algunas de estas enfermedades se producen por la acción directa de materias extrañas, que en nada se parecen á móviles psicológicos. El cloroformo envenena la inteligencia y el haschich envenena la voluntad, absolutamente como el óxido carbono, por ejemplo, envenena la sangre.

Entre las enfermedades de la voluntad, las hay de carácter tan grave, que conducen á la abolición y aniquilamiento de todo poder mental; así el éxtasis, el sonambulismo, las parálisis psíquicas. Pero sucede que, en cuanto un órgano está atacado profundamente, la enfermedad se propaga casi siempre al resto del organismo: esos casos de inhibición de la voluntad, cuando se prolongan, vienen á constituir verdaderas afecciones mentales, que entran ya en el dominio de la ciencia psiquiátrica. No son para nosotros los más interesantes, ni podríamos emitir opinión alguna respecto de su naturaleza y consecuencias.

Algo diferentes son otros achaques de la voluntad, parciales ó intermitentes, y mucho más generalizados que los primeros, como que no se clasifican de enfermedades, ni impiden que los sujetos desempeñen con éxito más ó menos feliz su papel social. Estos debilitamientos de la voluntad y de la atención se atribuyen generalmente al carácter blando, veleidoso, apático, aceptándose como rasgos idiosincrásicos que sería imposible curar ó modificar.

En realidad, son también enfermedades de la voluntad, transitorias ó crónicas según los casos,—pero muchas veces curables y, por lo tanto, de gran interés filosófico, á

más de la importancia social que su estudio presenta.

Reduciendo la cuestión á este caso más general, y despojándola del inútil tecnicismo científico, que obsta á que estos estudios sean accesibles al gran público, voy á ensayar una ligera exposición de las causas y efectos de esta interesante anomalía cerebral. Apreciaré de pasada las ideas de Ribot, mostrando, además, cómo las principales conclusiones de la ciencia moderna no vienen sino á confirmar el indelible sentido original de las palabras que, hace tres mil años, corren por el mundo.

En todo acto voluntario se notan dos elementos ó momentos: la conciencia, el «yo quiero» que señala una situación, pero sin eficacia por sí sólo; luego, un mecanismo á la vez mental y corporal—ó psicofisiológico—muy complejo, en que reside el poder de obrar ó impedir.—Es sabido que los antiguos psicólogos se consumían en equilibrar pirámides sobre la punta. Preguntábanse, por ejemplo, y durante siglos: ¿Cómo es que una idea produce un movimiento? La contestación de la ciencia actual enseña que las pirámides no se ponen en la punta, sino en la base. Una idea no produce un movimiento: el estado fisiológico correspondiente á una idea es el que contiene una potencia capaz de transformarse en acto. El lector no encontrará en Ribot esta demostración, que él supone conocida; pero puede verla admirablemente expuesta en el libro de Taine: *De la Inteligencia*. La sensación, la imagen y la idea no son sino eslabones sucesivos de la cadena: á cada uno de ellos corresponde una modificación fisiológica de la molécula cerebral interesada, aunque todavía quede el

oscuro proceso inaccesible á nuestra observación. Esta *vibración* especial é instantánea es la que se convierte en acto. Así, en un motor eléctrico, no es el flúido el que directamente *acciona* la rueda, sino un delicado mecanismo intermedio que obedece al flúido.

Compréndese cómo sea necesario suprimir aquí las proposiciones complementarias, y adoptar unas como imágenes de aumento para hacerme entender. Pero se hallará en Ribot la demostración científica y satisfactoria. No es, pues, la idea el móvil inmediato de la acción, sino la sensibilidad. En el niño y en el salvaje, la sensación impera despóticamente, por eso el impulso irresistible se traduce en acto—sin la demora ó el *arrêt* suspensivo de la reflexión. Pero en el hombre civilizado, la situación actual se encuentra casi siempre en conflicto con sensaciones é imágenes anteriores, ya transformadas en ideas y almacenadas en el cerebro: de este candal surge la reflexión, lo que se llama comúnmente la experiencia. De ahí, la retardación del acto ó su menor energía, y en muchos casos su completa anulación.

Cuando, sin embargo, la sensación revista extraordinaria potencia, el impulso puede ser instantáneo é irresistible—como en el niño. Una madre ve caer á su hijo al agua, y se arroja al abismo sin saber nadar. Un soldado recibe un insulto del superior y le mata en el sitio. La sensación presente ha *disparado* el acto, sin dar tiempo á las reflexiones moderadoras, ó sea á las sensaciones antagónicas, como el gatillo de una arma de fuego que cae en el fulminante.

Pero, en el decurso regular de la vida civilizada, el hombre manifiesta su volición después de escoger una determinación en el conflicto de sus encontradas tendencias. La voluntad es, pues, una elección, entre móviles desiguales que arrancan de su pasado individual ó atávico: raza, familia, educación, circunstancias, accidentes patológicos: todo lo que desde el nacer se le incorpora para formar lentamente su idiosincrasia y carácter. Y por una maravillosa coincidencia, resulta que las conclusiones de la ciencia se encontraban ya contenidas en el término estudiado. La etimología de la palabra *voluntad* nos hace remontar hasta una raíz sánscrita que significa *elegir*.

Observémonos, ahora, en las situaciones anómalas. Recordemos algunos de los trances de nuestra existencia—y por cierto que en la más quieta abundan—en que nos sintiéramos apocados, irresolutos, inhábiles para la acción. Si analizamos el origen de esta depresión, encontraremos siempre que fué la consecuencia de un debilitamiento corporal, de un gasto excesivo y reciente de energía nerviosa, cuando no de un conflicto de móviles y deberes. Después de un hondo sacudimiento moral, lo propio que á raíz de un gran cansancio físico, nos encontramos insensibles: nos parece todo igual, ¡nada importa! Agotada nuestra reserva psíquica, hemos perdido el poder de reacción. El que ha visto morir á un ser querido, queda inmune de sufrimiento durante un tiempo más ó menos largo; así como el hombre rendido por el cansancio se muestra insensible á todo acontecimiento moral. Mucho mejor que el «varón tenaz y justo» de Horacio, el desesperado náu-

frago es quien presenciaria impávido la ruina del mundo.

Ahora bien: esta inaptitud para la acción arranca las más de las veces, como lo dijimos, de la multitud de sensaciones antagónicas: no sabemos y parece que no pudiéramos elegir. Vemos la conveniencia de un viaje; pero también prevemos sus fatigas, nos acordamos de las amarguras de la separación, de nuestros hábitos contrariados, etc. Y el tiempo pasa sin que nos resolvamos. El ejemplo más familiar de estas inhibiciones lo tenemos en la lucha que se empeña, en las mañanas de invierno, entre nuestra pereza para abandonar la cama y el sentimiento del deber que nos llama al trabajo. Por eso se ha dicho que el mundo pertenece á los madrugadores.

En general, estos estados accidentales de *aboulia* se curan por sí solos; pero cuando se prolongan hasta ser casi crónicos, envisten un carácter gravísimo que llega gradualmente á deformar y atrofiar la voluntad. El hombre se vuelve atónito, sin resorte, incapaz de reacción contra la vida: una masa inerte abandonada á la corriente de los acontecimientos. Se torna incurablemente apático;—y compruébese de nuevo la filosofía profunda de las palabras: *apático* significa la incapacidad para sentir.

¿Cuál es el remedio? No existe otro que la lucha, el esfuerzo, la actividad impuesta como un sufrimiento, hasta que se haga un hábito y al fin una necesidad de nuestro ser. La gimnasia corporal y mental es la fuente del vigor. Hay que tonificarse con el desafío diario é incesante á esa acción que nos parece enemiga. La lucha del hombre con el trabajo es la de Jacob con el ángel: temple y fortifica.

La voluntad es el secreto de la victoria. Todos los grandes hombres han debido el triunfo al esfuerzo persistente, encarnizado, indomable de la voluntad. Querer es poder, dice el uno; el genio es la paciencia, dice el otro. Las dos expresiones son idénticas. La paciencia activa y varonil no es sino la eficacia de la voluntad humana en su eterno butallar con las circunstancias adversas: va derribando los obstáculos, sin amilanarse ni desfallecer, porque sabe que una sola victoria borrará todas las derrotas anteriores!

H. A., Septiembre de 1894.

Á PROPÓSITO DE AMERICANOS

I

Al corregir las pruebas del primer tomo de los *Anales de la Biblioteca*, he tropezado (digámoslo así) con cierto número de palabras extrañas al español clásico: de procedencia visiblemente indígena algunas (sobre todo quichuas ó guaraníes); otras, de dudosa estirpe, pero que por su aspecto arcaico ó su adaptación local, suelen incluirse en el grupo harto elástico y arbitrario de los llamados *americanismos*. Con ayuda de los vocabularios, he señalado de pasada el sentido de las primeras, lo cual no ofrece gran dificultad ni tiene (para los argentinos, al menos) mucha importancia. La presencia esporádica de vocablos puramente indios, tales como *puma*, *aguará*, *eurupay*, *libes*, *tambo*, *ñandí*, etc., etc., que designan animales, plantas ú objetos de la tierra, no influye en la contextura idiomática ni tiene alcance mayor que su dominio agreste, más y más reducido ó transformado por la civilización.

Inactos, ó poco menos, y nunca asimilados, se mantienen extraños al organismo lingüístico nacional, parecidos á las piedras ó bujerías indigestibles que el avestruz colecciona en su estómago.

Ocurre lo contrario con ciertas voces híbridas, españolas por su origen ó flexiones, americanas por su significado y empleo, pero al cabo incorporadas á nuestra lengua usual. Tachadas de espurias por la Academia, pugnan por obtener su carta de naturaleza lisa y llana, sin nota despectiva que las aprisque en un *ghetto* del léxico, á semejanza de los judíos tolerados en la ciudad cristiana. Esta clase es verdaderamente interesante; como que, á más de constituir el arsenal de los fatuos que persiguen un triunfo en la *babelización* del español americano, suministra no pocos indicios y materiales de gran precio para la historia evolutiva del lenguaje. No necesito decir que al coordinar en este artículo las notas marginales que una docena de «americanismos» me han sugerido, no pretendo tratar á fondo la materia. Me limito á ensayar la aplicación del mismo instrumento crítico á otro asunto, para que el lector aprecie libremente los resultados. Es mi creencia que si el experimento se extendiera á la clase entera, en vez de atenerse á unos cuantos casos particulares tomados como espécimen, se demostraría: á los lexicógrafos de aquí que el dominio «criollo» no es tan vasto como parece; y á los de allá, que muchos vocablos, proscritos por advenedizos ó dejados en el umbral del *Sanctum Sanctorum* académico, son tan castellanos como la Puerta del Sol, no teniendo de argentinos ó peruleros más

que su aspecto exótico, achaque natural después de tan larga ausencia. Pero me bastará, hoy por hoy, que al través de esta plática familiar, llegue á traslucirse cómo podría la etimología dejar de ser la cosa pueril y ridícula que bajo ese nombre se conoce entre nosotros, fundándose al fin como un estudio útil y serio.

Cada uno de estos pueblos hispanoamericanos tiene fabricado su vocabulario de *ismos* locales, más ó menos acertado (1). Casi todos estos repertorios presentan confundidas tres materias distintas: 1.^a, el grupo regional de voces propiamente indígenas, en que poco se adelanta á los trabajos de los misioneros; 2.^a, una colección de modismos locales, es decir de barbarismos castellanos, casi todos traídos de la Península, especialmente de Andalucía; 3.^a, un florilegio de etimologías conjeturales, en cuya abigarrada procesión suelen desfilar los mismos vocablos, derivados inevitablemente del nahuatl en México, del qui-

(1) Cumple decir que el *Vocabulario rioplatense*, de don Daniel Granada, á pesar de sus errores ó deficiencias, es uno de los más interesantes y atenedos al método histórico que aquí se recomienda. También es muy apreciable el *Diccionario brasileiro* del vizconde de Beaurepaire-Rohan; el de *Chilenismos*, de don Zorobabel Rodríguez, no carece de mérito, y lo tendría mayor si se lo despojara de ese gracejo de castellano viejo, que rebaja á la ciencia hasta la charla de sobremesa. Las conocidas *Apuntaciones* de don Rufino Cuervo casi se mantienen en el terreno gramatical; y huelga decir que, como Baralt, el purista bogotano se muestra mucho más papista que el papa, tachando de americanismos locuciones que figuran en los clásicos, singularmente en los autores picarescos.—No merece mención una rapsodia reciente, en que la ignorancia absoluta del asunto (comenzando por el castellano) toma la forma de una baja adulación al «criollismo» argentino.

chua en el Perú, del tupí en el Brasil, del araucano en Chile, y de cualquiera de los cuatro en esta república. Sólo con esta última parte, á la verdad la más importante y arriscada de todas, tienen relación las páginas presentes.

Es muy notoria la seducción que en todos los espíritus ejerce la rebusca etimológica: tiene el atractivo irritante del enigma. Ahora bien: poco es decir que aquí como en todas partes la leyenda ha precedido á la historia; debe asentarse que entre nosotros ésta no ha nacido aún. Aquélla sola es la que vive y se exhibe triunfante, eternamente alimentada por la ignorancia y la necesidad. A despecho de tantas obras geniales como en este siglo han surgido, fundando la filología comparada sobre principios científicos, siguen pululando los lexicólogos de afición, para quienes, según dije en otro lugar, la etimología se reduce á un simple acertijo (1). Basta, por otra parte, abrir la última edición del *Diccionario* para cerciorarse de que la venerable Academia española no ha salido aún del período isidoriano. ¿Qué mucho, entonces, que entre sus herederas y discípulas continúen floreciendo los métodos infantiles de la etimología al oído y del sonsonete? Hasta fechas recientes, el único progreso realizado consiste en la adopción de la flamante terminología lingüística—*fonema, enclítica, proparoxitona*, etc.—que tan gracioso contraste forma con la

(1) *Journal des Débats*, Agosto de 1898; reproducido en mi libro *Une énigme littéraire*: «Leur étymologie est toujours un *ars conjectandi*, le casse-tête de syllabes, une variété du calembour par à peu près...»

sencillez cristalina de un Renan; todo lo cual, aderezado con sus mechas de griego y sánscrito de baratillo, sírveles para enseñarnos que son quichuas ó guaraníes voces tan cabalísticas con.o *mocho*, *jarana*, *jarilla*, *zaguán*, *chínche*, *pallar*, *empatar*, *enlutar*, *iguana*, etc., etc., sin contar con que *noque* «muy bien puede ser voz cácana» (1). Es así como los chinos, provistos con fusiles de repetición y artillería Krupp, se muestran hoy tan «celestes» como ayer.

Max Müller, con su finura y profundidad habitual, hace observar que el chistoso sarcasmo de Voltaire, contra la etimología de su tiempo «en que las vocales no hacen nada y las consonantes muy poca cosa», ha venido preci-

(1) Estas y muchas otras lindezas lingüísticas se encuentran en dos «tesoros» de argentinismos hace poco salidos á luz. Casi todas estas voces son del más puro castellano, ya provengan del latín, ya del árabe. *Mocho* (derivados: *desmocho*, *desmochar*, etc.) es el latino *mutilus*, francés *mousse*, *émousser*, sin punta. *Jarana*, con su afin *jaleo*, está en la lengua desde el siglo XV; puede ser arábigo (Comp. el vascuence *jaialai*). *Jarilla*, diminutivo de *jara*, es el árabe *xara* que ya figura en P. de Alcalá; igualmente arábigos puros *zaguán* y *noque*, como lo que significan. *Chénche* = *cimex*, *cimicis*, tiene derivados científicos en todas las lenguas neolatinas. *Pallar* es castellano viejo (sin que importe decidir si el quichua *pallani* = separar, es mera coincidencia ó importación española, como v. gr. el aimará *azuca* = azogue ó el araucano *cahuallu* = caballo); corresponde al francés *or-pailleur* = el que extrae las *pajitas* de oro de la arena. *Empatar* es término primitivo del ajedrez, como el francés *pat*: probablemente de origen oriental, como *mat*, *Enlutar* (empleado correctamente por Haenke, pág. 90 de este tomo), cubrir de luten, embarrar, del latín *lutum* = lodo. *Yguana* es vocablo, probablemente caribe, ya usado en una nota del *Diario* de Colón.—En suma, se ve que lo que más les urge á nuestros lexicógrafos es aprender el castellano.

samente á ser uno de los principios de la nueva ciencia. El etimólogo moderno no se preocupa de la semejanza actual de dos palabras, ya en el sonido, ya en el sentido, al tratar de establecer ó desechar su parentesco: sólo atiende á su evolución y á su historia. Un vocablo puede descender directamente de otro sin tener con éste una letra común: recuérdese el ejemplo clásico *jour*, que deriva de *dies* (como *dia* y *giorno*), con los eslabones intermedios *dius* y *diurnus*. Tampoco la analogía del sentido es criterio filológico, pues dos palabras de mismo origen pueden tener hoy significado opuesto: basta citar el caso de *mañana* y *madurez*, ambas salidas de la latina *mane*, y por lo tanto hermanas, aunque sea cosa hartó sabida que la mañana de la vida es lo contrario de su madurez. Con el tiempo, suele torcerse por grados el sentido, llegando á ser el último, algunas veces, opuesto al primitivo. Tal ocurre en la pampa al viajero: con desviarse imperceptiblemente en cada paso sucesivo, concluye con volver la espalda al rumbo inicial.

Dicho principio no importa, por cierto, desconocer que en la mayoría de los casos las palabras afines conserven semejanza exterior, del propio modo que los hijos suelen parecerse á sus padres. Lo único que la ciencia sostiene y demuestra es que, ni en el caso lingüístico ni en el antropológico, puede servir el parecido como dato positivo. Para identificar al individuo, hombre ó vocablo, así en lingüística como en derecho, no puede uno guiarse por los rasgos fisonómicos, y sí únicamente por la filiación legal y la historia; lo demás es vago y conjetural.

Cuando de derivaciones indogermánicas se trata, especialmente de la familia neolatina, los principios asentados por Grimm, Díez y sus sucesores sirven de poderoso auxilio para remontarnos al origen de las voces y establecer su parentesco. Es sabido que tal forma latina se convierte en cual otra castellana, italiana, francesa, etc. Con todo, el requisito filológico no es suficiente; no prevé los accidentes y excepciones. Después de conformarse á la ley lingüística, una etimología, para ser admitida (salvo, por cierto, los numerosísimos casos de una evidencia inmediata), tiene que sufrir el examen histórico. Hay que rastrear el vocablo de texto en texto, hasta dar con la forma matriz de la cual todas las otras descienden. La historia de la palabra, es decir su empleo sucesivo por los autores de la misma lengua y las congéneres, es la que descubre la confirmación inapelable, el firme granito en que se funda el edificio etimológico. Y esto, que ya importa cierta diligencia cuando de una docena de voces difíciles se trata: aplicado á una lengua entera, representa una labor tan colosal que aun con encerrar el esfuerzo de una larga existencia solitaria toda consagrada al estudio, parece superior á una sola energía humana, pudiendo casi afirmarse que quedará único el monumento ya envejecido de Littré. Volvamos á nuestras pequeñeces.

La preponderancia del hecho histórico, respecto de la sola teoría, se manifiesta en uno de los ejemplos que los *Anales* suministran. En la página 97 del primer tomo, hay una nota relativa á la palabra *marlo*; Zerolo y otros la dan como americanismo, sin explicar su procedencia. Creo que

ésta sea latina, no americana, presentándose *marlo* como una derivación del arcaísmo español *maslo*, que descende á su vez del latín *másculus*. Había una dificultad filológica: el cambio de *s* en *r*, frecuente en otras lenguas romanas, casi no ocurre en español. Sin duda, era admisible el contagio de una pronunciación limítrofe ó provincial; pero se abría la puerta á la conjetura. La historia ha contestado irrefutablemente: se encuentra en Díez y en Godefroy, no tal ó cual forma analógica, sino la misma palabra, francesa y provenzal, *marle* = *masle* = *mascle*, que desvanece cualquier duda (1).

El ejemplo de la página 165 (*buque*) no es americanismo; pero, sobre ser curiosa y nueva su etimología, es buena muestra de concordancia entre las inducciones filológicas y los datos de la historia. Nos habla Haenke de «canoas de mucho *buque*»; la acepción es clara y castiza, si bien entonces ya predominaba la de «embarcación». En procura de la etimología, acudimos á las autoridades: para la Academia, *buque* descende legítimamente del socorrido celta: *buc* = magnitud, tamaño; Barcia reconoce en él al italiano *burghio* = especie de barco; otros no vacilan en tenerlo por el germánico *bûch*, tronco... Es visible que todas estas conjeturas han obedecido al sentido actual (2).

(1) Díez, *Grammaire des langues romanes*, I, 1; GODEFROY, *Dictionnaire de l'ancienne langue et de ses dialectes*, V..

(2) Por este camino conjetural encontraríamos la forma más vecina de *buceus* = *navigiū grandioris genus*, citada por Ducange (*apud Muratori*); de este radical viene el famoso *Bucentauro* veneciano, más probablemente que de βους.

Recorramos, entre tanto, la historia del vocablo. Hasta fines del siglo pasado, *buque* ó *buco* (formas análogas, como *coste* y *costo*, etc.) significa la capacidad, no sólo de la nave, sino de cualquier receptáculo. En su *Examen marítimo* (tomo II, cap. II), Jorge Juan enseña á calcular el *buque de la nave*, sin confundir por cierto al barco con su porte ó *jaugeage* (1). Medio siglo antes, el primer diccionario de la Academia (1726) trae la doble acepción, con estos ejemplos: «casa de gran buque, hombre de mucho buque...» Por no pecar de prolijo, omito otras citas y llego al principio del siglo XVII, en que Cervantes emplea *buco* en sus dos sentidos y ¡detalle curioso! en la misma página del *Persiles* (2): «saltaron algunos encima del *buco*...» y luego «aserraron el bajel por la quilla haciendo un *buco*...» Pero, desde el siglo XVI, ralea más y más el significado de barco; en varias *Ordenanzas* del tiempo, ya alterna *buco* (en el sentido de cubida) con *hueco*, y en las *Instrucciones* de 1585, solo aparece este último: v. gr. «el *hueco* de esta nao se divide en cubiertas». Finalmente, en 1493, Nebrija no trae *buque* ni *buco*, y sí *hueco*. Hemos llegado; tal es la etimología: *hueco* = *vocuus* (por *vacuus*), portugués *oco*, cuya forma se conserva en castellano *oquedad* (3).

(1) Así también, hacia el 1745, dicen en su *Diario* los PP. Cardiel y Quiroga: «por no permitirlo el *buque* del navichuelo». (ANGELIS, I, *Viaje á Patagonia*.)

(2) CERVANTES, *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, pág. 49 de la edición príncipe (1617).

(3) Conf. MEYER-LÜBKE, *Grammaire des langues romanes*, y GRÖBER, *Grundriss der Romanischen Philologie*, I, 767 (el capítulo de Cornu sobre fonética portuguesa).—Es también la etimología del

II

Ahora bien: esas condiciones varían notablemente cuando se trata de investigar la procedencia de ciertos vocablos híbridos, que aparecen arrastrados por la corriente hispano-americana, más ó menos desfigurados por la pronunciación, el significado indígena ó las flexiones de la lengua dominante. No puede aquí valernos sino indirectamente la experiencia filológica para aplicarla á palabras que presu- mimos exóticas y procedentes de idiomas sin vinculación conocida con los indogermánicos. En el caso más favorable (refiriéndonos, v. gr., al Perú ó México), nos hallaría- mos en una situación análoga á la de los orientalistas que rastrean las voces semíticas introducidas en el castellano por judíos y árabes (1), aunque infinitamente más desva- lida la nuestra, por carecer de la luminosa literatura judeo- arábica y no disponer sino de los «artes y vocabularios» al oído de los historiadores ó misioneros. Yuxtapuestas durante siglos dos civilizaciones en lucha, mezclados sus

italiano *bucco*, empleado por Dante (la derivación de *bucca* es in- aceptable). El contagio del italiano explica el reflujo de la forma *bucco*, á la vez más arcaica y más moderna que *hueco*.

(1) Más exacta sería la comparación con la jerga mozárabe, ó sea el castellano degenerado que llegaron á hablar los españoles que vivían en tierra musulmana. Véase Simonet, *Glosario de voces ibéricas y latinas*, cuya tesis es que el árabe salió del contacto se- cular tan impregnado de castellano como de árabe el español.

elementos hasta formar variedades étnicas, amalgamadas las lenguas y dialectos en un continuo amasijo: consiste el arduo problema (dejando aparte las voces netamente españolas ó indígenas) en analizar esas combinaciones de arcaísmos adulterados por el uso local ó de radicales indígenas envueltos en flexiones españolas. Lo que desde luego puede afirmarse (mayormente en estas provincias argentinas, donde la conquista ha sido mucho menos asimiladora que en otros puntos), es que en esta misma clase híbrida el grupo de los arcaísmos castellanos será mucho más numeroso que el otro. Tal debe ser el punto de vista científico.

La actitud contraria, naturalmente, es la que suelen elegir nuestros americanistas. Dominados por su exclusivismo maniático, se entran por esos montes y pantanos de la lexicografía, á caza de vocablos indígenas, y dicho se está que por un pato nos traen cien gallaretas. Generalmente extraños á toda disciplina crítica, y confundiendo la jerga de la ciencia con su espíritu fecundo: poco es decir que descuidan el estudio de la historia y de la lexicología romana anterior al descubrimiento de América; ignoran el vocabulario de los clásicos y, á las veces, nos sirven como fonemas quichuas ó guaraníes, términos que Cervantes ó Quevedo emplearan después de Tito Livio y Cicerón. Fuera extraño al objeto de estas líneas el penetrar en el dominio propiamente lingüístico para mostrar los resultados á que se ha llegado con ese prurito de «atesorar»: ya, como dije, americanizando de primera intención voces tan antiguamente castellanas como *chapetón*, *baqueano*,

morocho, chicha, etc. (1); ya barajando, para parodiar á los maestros, temas y raíces imaginarios (2) de idiomas cuya estructura no ha sido aún definida—dialectos algunos de ellos sólo conocidos por su nombre ó la vaga indicación de un misionero del siglo XVI,—ya, por fin, frangollando, á tontas y á locas, teorías fantásticas que cau-

(1) *Chapetón*, dice el uno: «del araucano *chiapi*, ladrón; el otro: «por el *chape* ó trenza que los españoles traían de Europa». *Baqueano*: «del nahuatl *pacyani*, peregrino». *Morocho*, del quichua *muruchu*, duro». *Chicha*: «del azteca», dice el «tesorero» de allá, y el nuestro solemne: «*debe ser voz cánana*».—Respecto de las dos primeras voces (opuestas y correlativas), no quiero agregar mis propias conjeturas etimológicas á las de los vocabularios; espero producir afirmaciones y pruebas en el otoño próximo; basta al objeto presente saber por ahora que *chapetón*=hisoño (comp. chapucero) y *baquiano*=experto, pertenecen ambos al vocabulario clásico del siglo XVI, sin referencia alguna á América ni á guía de caminos. *Morocho*, ó mejor *moracha* (pues no se aplica sino á mujeres) proviene de *moreno*, con sufijo diminutivo. *Chicha*, que no es sólo «cerveza de maíz», sino de cualquier grano ó fruto (en Chile especialmente de manzana, como en Normandía), es evidentemente *sicera*: antiguamente *cidra* y *cizra*, del latín *sicera*. (Conf. el francés *chiche*, de *cicer*.)

(2) Para que el lector induzca el estado de espíritu que ciertas etimologías presuponen, citaré la siguiente: «*Ñandú*, así llamado porque sólo come la fruta excesivamente amarga del *Ñandubay*». Cuéntense los desatinos que pueden encerrarse en una cláusula: 1.º, un compuesto que *origine* el tema es una monstruosidad; 2.º, el *ñandú* abunda sobre todo allí donde no hay *ñandubay*, v. gr., en la *Pamya* (y hablar del exclusivismo alimenticio del avestruz parece una broma pesada); 3.º, *ñandú* significa corredor; *yandubay* (tal es la forma correcta desde el P. Montoya hasta Azara) = *hendib-ai*, «arde mucho», por ser su leña uno de los mejores combustibles conocidos.—Por mucho menos nos ha dicho Renan: «L'etymologie reste encore parmi nous un véritable genre d'aliénation mentale». (*Mélanges d'histoire*, 197)

san la desesperación de los sabios más ingenuos y la risa de los más avisados. Tengo que limitarme en este breve esquicio á indicar el método que habría de seguirse, apoyándolo en cinco ó seis ejemplos característicos. No es mi oficio hacer descubrimientos filológicos, sino mostrar el rumbo que á éstos conduce, y es el mismo para cualquier investigación histórica. Según la conocida imagen de Horacio, la critica no es el instrumento de la ciencia ó del arte, sino la piedra en que éste se afila (1).

Entre los muchos vocablos anotados en las páginas de estos *Anales* y que figuran, por supuesto, en las listas de «americanismos» tomemos los siguientes: *aloja*, *maiz*, *chaera*, *gaucho* y *changador*, que presentan, á más de su importancia propia, la ventaja de conducir á conclusiones filológicas de orden distinto. ¿Cómo habremos de proceder para que nuestra tentativa etimológica no sea arbitraria y gratuita?

Trátase, desde luego, de palabras cuya procedencia indígena es discutible y no evidente, como fuera, v. gr., la de *Pilcomayo* ó *Iguazú*. Por otra parte, como ya advertimos, si dichas voces pertenecen realmente á alguno de los idiomas americanos, se tiene á éstos por tan extraños á las familias del antiguo continente, que ningún resultado lingüístico de allá puede servirnos aquí de un modo directo. Hoy por hoy, el grupo americano y los ariano-semíticos son mutuamente refractarios ó, como un matemático diría, primeros entre sí. ¿Habremos entonces de admitir el

(1) *Ars. Poet.*, 304: Ergo fungar vice cotis...

juguete aquel de la fuga de vocales, según el cual la misma palabra dislocada resulta araucana, azteca, quichua ó «probablemente cácana», conforme resida su padrino en Chile, México, el Perú ó la ínsula de Cacanía? De ningún modo; á falta del instrumento lingüístico, por ahora impotente, nos queda el histórico, más seguro y no menos delicado que el otro, aunque sin duda mucho más laborioso que el acertijo conjetural. Tenemos al pronto—mejor dicho tendríamos, si del castellano no se tratara—un jalón inmovible: la fecha del descubrimiento de América.—Si en tierras hispánicas se trabajara seriamente, consistiendo el patriotismo, no en desafinar himnos y flamear banderas, sino en emular, en cualquier cantón de la actividad nacional, á los pueblos creadores de la civilización, poseeríamos un léxico de todas las voces existentes en la lengua, desde su origen hasta el siglo XV (1); y tal repertorio significaría, precisamente en la misma fecha del otro, un verdadero meridiano de demarcación lingüística que, en gran parte, pondría término á estas locuras de la etimología al oído. Sabríamos que todo término allí presente, es decir anterior al año 1493, no puede ser americano; y con este solo dato tendríamos medio andado el camino de la razón.

Empero, si no existe el edificio cómodo, yacen por el

(1) Análogo v. gr. al ya citado de GODEFROY: *Dictionnaire de l'ancienne langue française et de tous ses dialectes du IX^e au XV^e siècle*. Pero ¡si no tenemos un diccionario decente de la lengua actual, y la primera edición crítica del *Quijote* es la de Fitzmaurice y Ormosby! impresa en Edimburgo en 1898.

suelo los materiales; y con algún trabajo, puédesse dar una ligera idea de los resultados que otro, con mayor dedicación y vagar, alcanzaría. Un primera y muy útil inducción,—ya formulada por Salvá y cuya exactitud general tengo comprobada,—es que, si una voz de apariencia exótica se encuentra usada de antiguo (v. gr. desde el siglo XVII) en varias regiones apartadas de América, debe presumirse que ella proceda de la metrópoli. Ahora bien: en este caso se hallan la mayor parte de las que llamé dudosas ó híbridas, y por lo pronto las tres primeras que he tomado como ejemplos. Procuremos examinarlas más de cerca para ver hasta qué punto la presunción se verifica.

III

Parece que la primera condición, para dar con el origen de una palabra, fuera conocer su sentido actual. Uno de nuestros americanistas se despacha, como sigue la voz *aloja*: «cerveza de la algarroba blanca... *Desde luego puede admitirse que es voz cacán* (1) (1): algarrobos no hay en

(1) Esta manía de achacar voces trashumantes á un dialecto completamente ignorado, recuerda una escena graciosa de un cuento de Poe (*The murders in the rue Morgue*): se ha cometido un asesinato y desfilan como testigos todos los vecinos que han oído la voz del asesino (un orangután). Los testigos son de nacionalidades diversas y cada cual ha percibido algunos vocablos, precisamente de una lengua que ignora: un inglés ha reconocido palabras alemanas, aunque *does not understand German*; un español vota á Dios que aquello era inglés; un italiano no puede dudar que la voz fuera rusa, pero *never conversed with a native of Russia*, etc.

el Perú (II): así es que mal podrían tener aloja ni menos el nombre de tal bebida». Sabe todo el mundo que el *proso-pis dulcis* es precisamente el algarrobo del Perú: *taccu* en quichua. Pero, lo que sobre todo importa á nuestro asunto, es que *aloja* no significa más «cerveza de algarroba» que de cualquier otra substancia; en varios puntos de América se confunde con *chicha*, y también con el «azucarillo» ó panal adicionado con especias. Según el principio arriba formulado, la presencia antigua de la voz en toda la América española hace presumir que sea metropolitana. Lo es, en efecto, y sin duda posible. Figura la bebida con su nombre en todos los autores antiguos: v. gr. Lope, Cervantes, Góngora, Céspedes, etc. En el primer Corral de la Pacheca, allá por 1580, había un *alojero* contratado que despachaba «réfrescos» á los mosqueteros del patio; y en la coronada villa se exhibían tantas alojeras como hoy pulquerías en México. El nombre y la cosa solían confundirse con el *aloque* árabigo, pero el origen es latino y griego. Con Nebrija, que por 1493 trae el vocablo, en la segunda parte de su diccionario, pisamos ya el meridiano de demarcación. Lo salvamos, y por mucho, con Ducange que extrae la voz de códices anteriores al siglo XIV; finalmente, Dioscórides cita el vino *aloxanthium*, cuyo nombre no deja lugar á duda (I).

Á resultados análogos nos conduciría el estudio histórico de otros «americanismos»: v. gr. *cimarrón*, *bellaquear*,

(I) DIOSCÓRIDES, *Materia médica*. V. xli, página 521 de la admirable edición del doctor Laguna (1555). Además, el comentador habla de la aloja, después de la «cidra» (*sic*), página 183.

picazo, ruano, rosillo (I), etc., etc. Pero tenemos que reservar el espacio para ejemplos de índole diversa; pues, lo repetimos, no pretendemos más que indicar un método. En el ejemplo siguiente, se muestra cómo el doble estudio histórico y filológico de una voz dudosa sirve, si se procede científicamente, es decir con imparcialidad y buena fe, para destruir un prejuicio erróneo, y este resultado no es menos importante que el otro para la disciplina del espíritu.

No hay noción más vulgarizada que la procedencia exclusivamente americana del *Zea mays* de Linneo. No nos atañe la discusión botánica, pero puede que del solo examen de la palabra *maíz* y sus sinónimos resulten argumentos en pro ó en contra de la tesis. El más ardiente y célebre defensor del origen americano, A. de Candolle, ataca las razones de los eruditos que no son naturalistas (2); podría dirigirse la crítica inversa, tanto más cuan-

(1) *Cimarrón* (la primera etimología de Monlau me parece buena) se encuentra como «montaraz» en textos del siglo XIV.—*Bellaquear* deriva de *vellaco* (nada de la etimología académica) y se confunde con villano (*villanus*) ó habitante de *villa*. En un interesante pasaje de la *Conquista de Ultramar* (imitado de la *Chanson d'Antioche*) figura al lado de *tahur*, que tampoco tiene el sentido actual.—*Picaza* es el nombre de la urraca, luego aplicado al color blanco y negro, como el francés *pie*.—En la *España Sagrada* (*fons sapientie!*), tomo 36, apéndice I, hay un instrumento del año 994, en que el rey Veremundo II acusa recibo de un regalo de caballos al abate Salvato, en este latín bárbaro y tanto más precioso: «Et accepimus de vos in ofertione caballos duos optimos, illo uno *rosello*, et alio *raudano* per colores...» Dice Littré: «origine inconnue»: hela ahí.—Todas estas indicaciones son provisionales y volveré sobre el asunto en un tomo próximo.

(2) ALPHONSE DE CANDOLLE, *Origine des plantes cultivées*, 312.

to que, apoyándose sobre todo en argumentos de erudición, omite mencionar á Plinio, cuya precisa descripción del *milium indicum* ha parecido casi decisiva á espíritus tan científicos como Fraas y Littré (1).

Nadie pone en duda que el maíz existiera en América antes del descubrimiento; pero ¿qué ortodoxia científica se opone á que ciertas especies sean comunes á ambos continentes, cual ocurre v. gr. con el banano, según Humboldt y otros sabios? La presencia á par que la absoluta variedad del nombre, en todas las lenguas y dialectos americanos, desde México (donde lo llamaban *tlaollí*, *xooba*, etc.) hasta el Arauco (donde le decían *huá*), prueba evidentemente que el maíz era indígena en dichas regiones. La ridícula tentativa de dislocar vocablos tan semejantes como *maíz*, *huá*, *abati*, etc., con el fin de aproximarlos, no merece un segundo de atención: para que nombres tan diversos como *sara* y *tonco* designen el maíz, en regiones tan vecinas y luego mezcladas como el Cuzco y Charcas, es necesario que dicho fruto fuera allí conocido antes del contacto de ambos pueblos.

Por otra parte, el hecho de esparcirse en la América entera el nombre «castellano» del cereal, á raíz de la conquista, indica á todas luces que esta propagación provino

(1) *Hist. Nat.*, XVIII, iv. La traducción de Littré forma parte de la colección Nisard, y en las notas del libro XVIII se menciona la opinión de Fraas en favor del maíz. Oviedo, que escribía por el año 1535, transcribe este lugar del Plinio, agregando (*Hist. Gen.*, VII, 1): «y pienso que el mijo de la India es lo mismo que llamamos mahiz».

de los conquistadores. ¿De dónde tomaron éstos el nombre, que Oviedo, uno de los más antiguos y considerables entre los historiadores oculares (otros escribieron de oídas ó vinieron después), ya da como usual en 1535? Es opinión general que el vocablo sea haitiano ó caribe. Sin embargo, no aparece en el *Diario* de Colón ni en las primeras relaciones, siendo así que se mencionan expresamente los nombres indígenas de todas las otras plantas alimenticias: ajes, mames, fajones, etc.; para designar el maíz, el *Diario* sólo dice *panizo*. Tampoco trae aquel nombre Alonso de Herrera, cuya *Agricultura General* es de 1513 (1). Laguna, en 1555, al comentar el capítulo de Dioscórides sobre el Κέγγρος, dice llanamente que es éste el maíz de las Indias, «por donde méritamente le llamó *Milium indicum* Plinio» (2).

Así las citas como las omisiones sugerían la duda acerca del origen indígena de la designación. No hubiera sido prueba, ni siquiera presunción, el hecho de encontrarse dicho vocablo en el vocabulario usual de las Antillas ó Tierra Firme, en los años de Oviedo, cuando se había extendido ya, como castellano importado, por todo el continente. Por otra parte, el excelente Vocabulario hispano-árabe de Dozy habíame lanzado por otra senda resba'adiza, al analizar la voz aparentemente afín de *mazorca*, en que *maza* significa *huso*, y, por analogía, como es sabido, la espiga de ciertos frutos.. Confieso que estuve á punto

(1) En su libro I (páginas 32-33 de la edición de 1790) hay dos capítulos consagrados al mijo y al panizo.

(2) *Op. cit.*, 186.

de aceptar la conjetura, aproximando *maza* á *maíz*. Pero me retrajo de estas fantasías la buena doctrina: compulsé autores: comprobé que en la preciosa colección de los concilios españoles, el perseguido vocablo, bastante frecuente en los concilios del siglo XVI (v. gr. en el Tarraconense de 1591: *Indico trítico*, mahiz *dicto*...) (1) no aparece nunca en los anteriores á 1500, en las listas análogas de frutos sometidos al diezmo ó exceptuados... Finalmente, me adherí, aunque sin plena convicción, á la tesis «americanista», al menos en lo que al nombre atañe, pues respecto de la planta misma me atengo á los varios centros de creación.—Agregaré, como coincidencia curiosísima, que, desde el siglo XV hasta nuestros días, el nombre propio del maíz en árabe es exactamente el mismo que en quichua: *zara* (2). Me permito desviar la ardiente imaginación de los etimólogos hacia esta pista poco trillada, y que puede ser fecunda en teorías semíticas no menos sensacionales y sólidas que las arianas.

Otras pesquisas pertenecen al género de las que Darwin

(1) JOSEPH S. DE AGUIRRE, *Collectio maxima Conciliorum*... VI, 296 (la p. siguiente mal foliada).

(2) Había encontrado *zara* = maíz, en el excelente *Glosario* de Eguilaz y Yanguas, pero desconfiaba de que fuera una de tantas designaciones locales, más ó menos desfiguradas por la pronunciación. Volví á dar con ella en el *Tratado del cultivo de las tierras* de Duhamel, traducido por Casiri y Campomanes, con un apéndice en que se traslada un escrito del árabe en Sevilla Abu Zacharia Ebn Ahmad. El sacerdote maronita P. Zoghi, á quien he consultado, ha confirmado la versión de los libros: *zara* es el nombre del maíz, así en los autores como entre el pueblo árabe, y se pronuncia exactamente como en castellano: el *zal* es una zeta.

llamaba «experiencias de imbécil» (1); y como él las solía practicar, no hay mayor inconveniente en merecer el epíteto al lado suyo. Después de montar un día entero puede ocurrirle al cazador volver *bredouille*: poco importa si ha observado y aprendido algo en el trayecto. Otras veces, la batida es más feliz, saltando la liebre donde se creía no existir el menor gazapillo.

Basta abrir cualquier vocabulario quichua para «saber» que la palabra *chacra*, tan difundida en América, sale del Cuzco (2), según todos los americanistas. Por lo demás, no significa propiamente sino *heredad*; siendo los otros sentidos derivados. Ahora bien: días pasados hallé en mi Covarrubias la voz arábica *xárragui* = «huerta de recreación». Seguí el rastro de los arabistas españoles, concluyendo por encontrar en Alcalá, Casiri, Martín, etc., las

(1) *Vie et correspondance* (trad. Varigny), I, 161. Ello consiste en aplicar la duda metódica á las nociones al parecer mejor demostradas, y con la casi seguridad de un resultado negativo.—Tal me ha pasado, por ejemplo, con la voz *enaguas*, cuya historia referiré en otro trabajo sobre el Diccionario de la Academia. Es deeedidamente americana, aunque no mejicana, sino maya ó yucateca. Lo más curioso es que en el Yucatán (por lo menos en el distrito de Mérida, que conozco), los indios actuales no emplean la palabra *naguas*, usando sólo la arábica *fustán*.

(2) Dice Z. Rodríguez (*Chilenismos*, 140) que no ha encontrado la palabra en ningún vocabulario «de los que tenía á la mano»: cou pequeñas diferencias ortográficas, está en todos—hasta en el compendio de Markham. Tampoco ha podido (ni con auxilio de su amigo D. Juan de Arona) averiguar el origen de la expresión: en «tiempo de *ñaupas* ó *ñaucas*». Ambos adverbios significan *antes*, *antiguamente*, y también (sobre todo el segundo) *delante* ó *en presencia*. Los muchachos de Santiago gritan á la lechuga para que vuelva la cabeza: *jhuasapi tian!* *jñauquepi tian!* ¡Atrás está, adelante está!...

voces más ó menos afines: *xara*—floresta, *enxara*—mata: en las *Partidas* (V. tit. V, ley XXI), *xahariz* figura entre olivar, viña, huerta, molino de aceite, etc. Finalmente, el *Glosario* de Eguilaz y Yanguas trae netamente *xachra* como origen de *cigarral*, y la Academia acepta la etimología: «En Toledo, huerta cercada fuera de la ciudad, con árboles frutales y casa para recreación». Sabido es que los clásicos, y desde luego Tirso, celebraban los cigarrales de Toledo. Sin discutir lo de *cigarral*, atengámonos á las voces *chacra* y *xachra* (ésta, evidentemente, es metátesis de la de Covarrubias): ¿será la doble identidad de sentido y sonido (1) mera coincidencia? Examinemos la historia de la palabra, sin tesis preconcebida ni ciega sumisión á las autoridades.

Á primera vista no parece dudoso el origen quichua de la palabra *chacra* ó *chácara*: la traen y repiten los historiadores,—con pocas aunque notables excepciones,—desde Las Casas hasta Cobo, aplicándola al Perú casi todos ellos. Valdivia (*Libro Becerro* citado por Rodríguez) la emplea en Chile desde 1546 y muy explícitamente; puede admitirse que la trajera de aquella región. Pero el documento de más peso en el asunto es una *Relación* del año de 1558, fechada en el valle de Chíncha y publicada en el tomo L de la Colección de Miraflores y Salvá (2); contiene una decla-

(1) El *schin* árabe se transcribe *x*; la equis en castellano antiguo no sonaba *j*, sino *sch*: de aquí la transcripción francesa é italiana *Quichotte*, *Chisciotte*, *Chimène*, etc.

(2) *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, L, 206.

ración circunstanciada y testimonial del régimen agrario de dicho valle al tiempo de su conquista por las Incas, explicándonos, no sólo la división de la tierra en chacras, sino su jurisdicción, forma y contenido. Con todo, esta declaración de indígenas, ante corregidor, visitadores y escribano, contiene muchos términos tan exóticos como: hanega, indios, cacique, etc. Poco después el mejicano Torquemada aplicaba dicha palabra á Nueva España (*Monarquía Indiana*, V); y tan de antiguo parece allí aclimatada que, según el sistema conocido, un nahuatlista nos da su etimología local (1). Desde muy temprano, pues, al igual que otras voces regionales ó castellanas (*maíz, canoa, cacique, galpón, chicha, aloja, mazorca*, etc.), pudiera ésta haberse difundido en toda la América, merced á los españoles. Por otra parte, el Inca Garcilaso, tan amante de lo indígena, no usa *chacra*, sino *tupu* (medida), precisamente en los casos en que los historiadores castellanos suelen emplear aquella otra voz como si no la reconociera como cuzqueña.

Empero, he aquí otro orden de argumentos de más peso. Sea cual fuere el origen ó la difusión de la palabra que nos ocupa, un hecho inatacable es que, desde el siglo XVI, se aplicaba preferentemente á los «heredamientos» de Charcas: así la emplea Cieza de León, Oviedo (que dice *charca*, como si hiciera confusión con el pueblo, á que llama Chalca); Herrera, en el único lugar en que la trae; y también

(1) FERNÁNDEZ FERRAZ, *Nahualismos de Costa Rica*: «Especie de ingenio donde la familia del agricultor pasa la época de la molienda: nos parece compuesta de *tzayani*=romper, etc.»

las *Leyes de Indias* (lib. VI., tit. XIV), refiriéndose á las «chácaras de Coca» del Alto Perú. Ahora bien: el *Vocabulario de la lengua aymará* del P. Bertonio, el más completo de los existentes, sólo trae *chácara* como voz castellana = *yapu*, con todas sus especificaciones para que no haya lugar á duda: *chácara* de papas = *amcapu*, *chácara* de maíz = *tomcapu*, etc. Se admite generalmente que la conquista y repartimiento del territorio al sud del Titicaca, donde habitaban las naciones Charcas que hablaban aymará, ocurrió bajo el reinado de Yupanqui, en el siglo XV; sin discutir la prioridad de las lenguas quichua y aymará, ni mostrar el origen de los centenares de voces que les son comunes (1), no parece dudoso que, á existir entonces en la primera la palabra *chacra* (2), el nombre se hubiese adoptado con la cosa, como tan rápidamente se adoptó á la llegada de los españoles: tanto más, cuanto que es muy sabido que, á raíz de la conquista, los Incas imponían á los conquistados el uso de la lengua cuzqueña. Estas consideraciones, unidas á las que fluyen de la extraordinaria coincidencia semántica y fonética, entre la voz «quichua» y la arábica, no resolvían, por cierto, la cuestión etimológica, pero la dejaban abierta. Faltaba, aquí también, en-

(1) El quichua y el aymará no son idiomas afines: esta apariencia resulta de haberse derramado el vocabulario del primero en el segundo después de la conquista incásica: es como si del hecho análogo ocurrido en España, y por causas idénticas, se dedujera la afinidad lingüística del castellano con el árabe.

(2) La palabra *chacra* se encuentra en el drama *Ollantay*, pero éste es de fabricación aún más moderna que los vocabularios impresos, en que figuran tantas veces de origen castellano.

contrar los eslabones intermedios: en lingüística, como en paleontología, reside la gran dificultad en el descubrimiento de las formas de transición. Creo, por mi parte, que el vocablo mozárabe del toledano Covarrubias da la solución del problema: *xarragui* ha formado *chacra* por un lado, y *cigarral* por el otro (con la metátesis, frecuentísima en árabe español, de *xárragui* = *xigarra*), manteniéndose íntegro el significado primitivo al través de las desviaciones fonéticas.

IV

Si es generalmente cierta la proposición antes formulada, también la recíproca habrá de serlo: es decir, que las voces híbridas que, sin proceder de una lengua indígena, sólo se empleen usualmente en alguno de los antiguos distritos coloniales, que forman hoy naciones distintas, no habrán sido traídas por los españoles, sea cual fuere su estructura idiomática. Ello equivale á decir que han nacido en el sitio *sur place*, por una suerte de generación espontánea. Es otra variedad interesante que, en el caso nuestro, constituye propiamente el grupo de los «argentinismos». Á este grupo pertenecen los dos últimos que he apuntado en el *Diario* de Alvear, y sin duda que lo representan con toda propiedad. Los substantivos *gaucho* y *changador*, á más de su importancia local y, para el primero, casi étnica, no forman parte de otro vocabulario americano que el rioplatense. Para cualquier europeo, el

gaucho es el habitante seminómade de las «pampas»; en Bolivia y el Pacífico, el vocable es sinónimo de «cuyano» argentino. En cuanto á *changador*, por mozo de cordel, su uso es exclusivamente local; si se empleara alguna vez en otra parte (mi propia experiencia me sugiere lo contrario, siendo así que es éste el primer profesional con quien tropieza el viajero), ello sería por reflujo de las provincias españolas, de donde vienen y adonde vuelven los changadores de Buenos Aires. A despecho del alejamiento que ahora existe entre estos dos tipos sociales, el uno urbano y el otro agreste, su aproximación en esta noticia no es caprichosa ni fortuita: ambos han nacido y criádose, no sólo en el mismo lugar, sino en el mismo tiempo y bajo el influjo del mismo factor histórico. El proceso evolutivo los ha alejado más y más, cual sucede con multitud de designaciones que la semántica muestra extrañas la una á la otra por el origen, luego afines por un accidente fortuito y nuevamente separadas por el vaivén sociológico: así, v. gr., gobernador y marinero, ligados por *gubernator* = piloto; artista y labriego, por el eslabón *arare*, labrar, etc., etc. Ocurren en lexicografía contactos casuales parecidos á los de la navegación transoceánica: encuéntranse de compañeros de mesa y camarote dos desconocidos, llegados á veces de comarcas apartadas: después de fraternizar algunas semanas y ser confundidos á bordo bajo el mismo número, sepáranse en el puerto de arribada para no volver á acercarse jamás.

¿Cuál es el origen de la palabra *gaucho*? Era imposible que el vocablo sonoro, representativo del grupo airoso y

exótico que arroja la nota pintoresca en el vasto escenario pampeano, no ejercitara la imaginación de los viajeros y amantes de color local. Casi todos han arriesgado su conjetura etimológica, presentándola, no como tal, sino como una conclusión fundada en su conocimiento de las lenguas indígenas. Algunos optan por *huacho*, término quichua que significa algo así como huérfano, aplicándose á los animales criados lejos de la madre. Otros prefieren emparentarlo con el chilenismo *guasó*, hombre de campo, que es, según Vicuña Mackenna, «palabra quichua y araucana á la vez»; es en todo caso quichua, y vale tanto como «lomo» ó «espalda». Casi todos los franceses adoptan la etimología de Martín de Moussy, que deriva *gaucho* «de la palabra araucana *gatchu*, que significa compañero» (1). He buscado vanamente *gatchu* (lo mismo que *guasó* ó *huazo*) en el vocabulario clásico del padre Febrés; pero sí he hallado *cachú* por «amigo», y lo propio en el *Manual de la lengua pampa* del coronel Bárbara. Por fin, no ha faltado un orientalista de ocasión que encontrara el origen de *gaucho* en el «árabe *chaouch*, tropero», cuyo nombre habría volado

(1) El ilustre egiptólogo Maspero, que estuvo en el Río de la Plata durante su juventud, publicó algunas observaciones sobre «el español hablado en la campaña de Buenos Aires y Montevideo» (*Mémoires de la Société de Linguistique*, II, 51). Allí incurre también en etimologías fantásticas y notas superficiales; así, por no conocer bien la lengua, acepta como formas indígenas un sinnúmero de andalucismos y arcaísmos castellanos. Me complazco en reconocer que el Sr. Maspero emplea un método más severo en sus admirables investigaciones egiptológicas.

desde el Yemen hasta el Plata sin asentarse una hora en España, donde nadie lo conoció jamás (1)...

He caracterizado ya las etimologías que así se descubren como quien juega á cara ó cruz: escapan á toda discusión. Tan gratuitas y arbitrarias son las citadas, como las que derivaran la palabra *gaucho* del francés *gauche* (por la actitud desmañada del paisano á pie) ó del castellano *gacho*, por la forma de su sombrero habitual (vocalos que, de paso sea dicho, tienen la misma etimología, que no es la que da la Academia); unas y otras sólo tienen la ventaja de exonerar á quien con ellas se divierte de toda investigación histórica. Ahora bien, tratándose de voces introducidas en la corriente general, y que de antiguo designan entidades étnicas ó sociales tan definidas como las que nos ocupan, parece evidente que en la historia es donde debemos rastrear su aparición y estudiar sus modificaciones sucesivas, no dando entrada á las hipótesis y conjeturas analógicas sino en caso extremo y desesperado.

Respecto del vocablo *gaucho*, lo primero que, por lo pronto, la historia nos enseñe, es que no es aquélla su forma primitiva, sino *gauderio*: ello basta, sin necesidad de otras razones que no faltan, para que se vengan al suelo todos los castillos de naipes etimológicos, sólo fundados en el parecido fonético. *Gauderio* se dijo al principio y se escribió durante muchos años, hasta que la abreviación

(1) GRANADA, *op. cit.* No se ha conocido nunca en España la palabra *chaucho*. En árabe y turco hay un vocablo *chaouck* = sargento, mayoral: ¿qué relación podría tener con *gaucho*?

denigrativa *gaucho* entrara en competencia con la voz originaria, concluyendo por desalojarla en absoluto. La desinencia despectiva tiene tanto que ver con la etimología como en los casos de *calducho*, *animalucho*, etc. (1). Creo que hasta fines del siglo pasado no se generalizó la forma que luego había de prevalecer. Por primera vez en la *Descripción del Paraguay del Río de la Plata*, que se redactó á principios del siglo, veo figurar yuxtapuestas las dos voces sinónimas (pág. 310): «Además de los dichos (los *Vaqueanos* [sic]), hay por aquellos campos, *principalmente por los de Montevideo y Maldonado*, otra casta de gente, llamados más propiamente Gauchos ó Gauderios». Ello no importa afirmar que nadie, antes de Azara, haya apareado ambas designaciones: claro está que si él halló que así se decía indistintamente, es natural que también otros lo hayan escrito. Pero no ha de ser mucho antes que Azara; y es notable, á par que instructivo, el hecho de que en tan breve lapso como el que media entre el virreinato de Del Pino y las guerras de la Independencia, haya caído en absoluto desuso la primera forma, sustituyéndola por completo la segunda. La revolución recogió el epíteto injurioso, como hicieran con el de *gueux* los flamencos del siglo XVI, y lo paseó triunfante por los ámbitos de tres virreinos (2).

(1) Los arrieros de las provincias llaman *marucho* al peón *madrinero*; y es sabido que los diminutivos *flacucho*, *feúcho*, etc., son de uso general. Entiendo que los orientales pronuncian todavía *gaúcho*, no *gaucho*, como los argentinos. Es presumible una forma transitiva *gauducho*.

(2) Sabido es que llegó á ser designación oficial de las milicias de Salta.

Á fines del siglo pasado, el apelativo *gauderio* era de uso corriente en estas provincias: figura en gran número de documentos privados, y también oficiales, v. gr. en los informes de los virreyes, y siempre apareado á «changador». Lo encontramos en el *Diario* de Alvear, y lo propio ocurre en los de otros comisarios ó funcionarios, como Doblas. Remontándonos algunos años, damos con una copiosa pintura del tipo en el *Lazarillo de ciegos caminantes*, impreso en 1773, pero cuyo autor se refiere al gobierno de la Rosa en Montevideo, por el año 65 (1). El gauderio es el vagabundo agreste de la campaña oriental. «Muchas veces se juntan de estos quatro ó cinco (á quienes con grandísima propiedad llaman *gauderios*), con pretexto de ir al campo á divertirse, no llevando más que el lazo, bolas y un cuchillo. Se conviene para comer la picana de una baca ó un novillo... otras veces matan una baca por comerle la lengua ó el mata hambre, etc.»

No se remonta, pues, más allá de mediados del siglo pasado la «literatura» histórica del gauderio. En ningún documento anterior á 1750 he hallado esta designación:

(1) Conf. Bauzá, *op. cit.*, II, III, y *Viaje de Malaspina*, 560. En el *Vocabulario* del Sr. Granada se transcribe con complacencia un extracto del *Viajero universal*, por D. Pedro Estala, «que escribía con no poco caudal de noticias sobre América». El caudal propio del presbítero Estala es nulo. Comenzó su colección traduciendo el *Voyageur français* de La Porte (sin perjuicio, según costumbre, de injuriar á su modelo) y la continuó fabricando sus cartas con extractos de todos los viajeros. El trozo sobre los *gauderios* (tomo XX, 114 y sig.) ha sido tomado en el *Lazarillo*, de Bustamente.—Nuestro ejemplar del *Viajero* es el que perteneció á D.^a María Rosario de Azcuénaga que, por cierto, tenía muy bonita letra.

no la traen el P. Lozano ni otros escritores misioneros de la región, mucho menos los de esta banda del Río de la Plata, como los PP. Cardiel, Quiroga ó Falkner. Por fin, las Actas del Cabildo de Montevideo, en las dos décadas que siguieron la fundación, contienen innumerables datos relativos á los indios minuanes y *vagabundos*, portugueses ó españoles mestizos, que depredaban las vaquerías y estancias; no mencionan la voz *gauderio*, á pesar de tener la de *changador* desde el año 1730, primero de la erección (1). El mismo tipo del vagabundo agreste, que dicho nombre designa, no ha de remontarse mucho más allá: nació y se propagó como producto parasitario de la población rural, y sucedáneo semieuropeo del indio reducido, alcanzando su pleno desarrollo con la expulsión de los jesuitas y la ruina de las misiones.

Los dos hechos positivos que de la historia resultan son, pues: 1.º, que el tipo *gauderio* ó *gaucho* es primitiva y exclusivamente uruguayo; 2.º, que no ha nacido, ó existido al menos como variedad distinta del indio cristiano, antes de 1750—y la segunda proposición es un corolario de la primera. ¿Cómo se formó este grupo nómada y parasitario de la reciente población montevideana? En gran parte, sin duda, de prófugos portugueses y argentinos arribeños, á los que se unieron algunas «peonadas», que los vecinos de esta banda mandaban continuamente á vaquear ó cortar leña en la otra.

La propagación hubo de ser rápida, en esa existencia

(1) P. MASCARÓ, *Revista del Archivo*, I, 447.

de vagancia y desenfreno moral; si bien el núcleo de gauderios puros, ó sea orientales, y distintos de los peones de estancia ó puesteros, no fué nunca muy numeroso. Más tarde, es decir, á fines del siglo, el nombre se extendió á todos los rurales de esta banda y aun á los de las provincias del Norte, aunque en éstas no se realizase propiamente el tipo del gaucho errante, pendenciero y trovador.—En cuanto al nombre, bastan las ligeras consideraciones anteriores para mostrar la inanidad de cualquier derivación quichua, araucana—¡ó árabe! La misma facilidad y rapidez con que la voz cundiera entre los españoles revela su origen castellano: es el *goderio* popular, usual en germanía, y transcripción española del *gaudeamus* clásico; por eso el *Lazarillo* repite varias veces que «con toda propiedad» se les llama así. Para él, ni para nadie entonces, la etimología presentaba dificultad. De *gauderio* saldría *gauducho*, luego *gaúcho*, por una derivación natural. y esta forma triunfó por ser más breve y característica (1).—Es curioso notar cómo la poesía gauchesca nació también allí mismo donde el gaucho tuvo su pobre cuna de tientos y jergones; los diálogos entre Chano y Contreras, de Hidalgo, que ya figuran en nuestra *Lira* de 1823, precedieron por mucho las composiciones apenas más artificiales de Ascasubi, Del Campo y Hernández. Su

(1) Los autores citados, al describir la vida gauchesca, insisten mucho en el *gateo* (cuya descripción es aquí innecesaria); es posible que haya habido, como frecuentemente sucede en lingüística, contaminación de la voz *gatuperio*. Cf. el francés *godaillet*.

fre el colorismo local al tener que confesar que el primer *payador* del Plata fué un simple barbero.

Mucho más breve, aunque algo más antigua, es la historia del *changador*. Éste fué sencillamente un contrabandista de cueros. Nació también en la otra banda, á principios del siglo XVIII, de las ranchadas que iban de ésta á vaquear y hacer carbón. Los changadores tenían sus guaridas en la costa, donde acopiaban los cueros destinados á cargar los barcos filibusteros, especialmente franceses, que cruzaban el litoral desde el Plata hasta las Antillas. Todos nuestros historiadores han referido, después del P. Lozano, el episodio del corsario francés Moreau, que durante años frecuentó estos parajes, cargando corambre por intermedio de los changadores; en 1720 fué sorprendido por una partida de Zavala y, después de un reñido combate, muerto con varios de sus marineros. Quedaron en poder de los de Zavala 8.000 cueros y los almacenes de bebidas, géneros, tabaco y bujerías que *cambiaban* por cueros. El tráfico con los changadores revestía, en efecto, la forma del truco primitivo: éstos llevaban corambre, recibiendo en *cambio* licores y objetos manufacturados para sus necesidades y sus «vicios». Ello sugiere la explicación conjetural del nombre. Es probable que los filibusteros franceses dijeran, en su media lengua, *changa, changar (échanger)*: y el criollo zumbón cazaría al vuelo la palabra: *vamos á la changa!* De ahí, changadores. Doy la explicación por lo que es: una conjetura; pero infinitamente probable, dada la estructura latina de la voz. El paso al sentido actual no ofrece dificultad: *changa-*

dor era el que llevaba y traía; junto al sentido primitivo, que duró hasta principios de este siglo (1), se ingirió el moderno de costalero y cargador; á poco desaparecía el contrabando en aquella forma pintoresca, y el vocablo sólo quedó con su sentido derivado.

V

Tal es el método de investigación filológica que considero aplicable á nuestro «americanismo». Como se ve, dicho método no difiere del que preside á todas las formas modernas de la historia: consiste sencillamente en remontarse por grados de lo seguro á lo probable, sin abandonar un instante el hilo conductor de la documentación auténtica y circunstancial. Hemos visto que no siempre se llega á la certidumbre; no pocas veces se acaba el hilo en medio del camino, y entonces la inducción más ó menos conjetural sucede á la rigurosa deducción. Es la suerte común de casi todas las pesquisas científicas, y no es cierto que por ignorarse la fuente del río deje de ser útil el levantamiento exacto de la hoya central. Basta que en este punto crítico se anuncie con sinceridad la entrada en la *terra incognita* de la hipótesis y de la conjetura. Estas son absurdas y anticientíficas cuando sirven de base para

(1) Se encuentra la palabra *changador* en el *Telégrafo Mercantil*, I, 249.

edificar teorías aéreas que se presentan como verdades. Por lo demás, no necesito repetir que estas indicaciones de un método de trabajo no se dan aquí como resultados filológicos definitivos: son el esquema más ó menos feliz en que se apoya la demostración.

No sé si estas vistas rápidas, é imperfectamente presentadas, merecerán fijar la atención del lector. Temo—sin que esta perspectiva me desespere—que no le parezca en suma sus resultados proporcionales al esfuerzo gastado en conseguirlos, diciéndose que, para llegar las más de las veces á nuevas conjeturas, tanto valía atenerse á las del punto de partida. Haciendo abstracción de mi propia inhabilidad, confío en que tal no será la impresión de los espíritus reflexivos. Para ellos escribo; y éstos no confundirán un instante dichos resultados, directos é indirectos, con el balbuceo silábico de los etimólogos al uso. Llamo resultado directo: la determinación precisa del origen de una palabra, ó, por lo menos, una limitación tan estrecha del campo de la conjetura, que la probabilidad fluctúe entre términos muy cercanos; creo que la mayoría de los ejemplos definidos satisface á la condición. Con todo, miro de más alto precio aún el resultado indirecto de la pesquisa, ó sea la historia misma de la palabra cuya etimología se persigue. Permítaseme valerme de dos ejemplos más para explicar mi pensamiento. Entre los *chilenismos* del Sr. Rodríguez, figura la voz familiar *cumpa*, que él da como «indudablemente de formación indígena», agregando que «puede que venga del quíchua *ccorpa* = huésped». Para quien haya vivido en nuestras provincias, la duda no es posible;

ateniéndonos al sentido corriente: *cumpa* es compadre, y *cuma* comadre,—también usados como el *compare* andaluz, que equivale á «compañero» ó «compinche». Por lo demás, compadre y compañero no tienen la misma etimología: á disponer de espacio, veríamos cómo la del segundo—pues la otra es evidente—es el compuesto *con* y *pan*: «compañeros», son los que comen el mismo pan; y remontándonos cinco ó seis siglos, veríamos surgir, gracias á este rayo de luz, un rasgo interesantísimo de la existencia medieval.—Pero me viene á la mente otra palabra, al parecer muy vulgar y «gauchesca», y cuyo rastro histórico abre, sin embargo, infinitas perspectivas. En otro «tesoro» de argentinismos, doy con la voz *achura*, acompañada de esta burda definición y peor etimología: «pedazo de carne que se da al que ayuda á voltear la res... *Achupalla* (en quichua) quiere decir las pesas, etc.».—*Achura* es desviación del castellano *asadura* (Cf. *cocedura* = *cochura*); y su sentido recto es el que da hoy la Academia, y daba Covarrubias hace tres siglos: «conjunto de las entrañas del animal»; se deriva de *asar*, como el francés correspondiente *fressure*, de freir. Freund trae *assatura* = *caro assa*, desde los siglos clásicos. Ahora ¿por qué se dijo *carne de asar* á las vísceras ó menudos? Porque eran las partes que se quemaban en el sacrificio, después de servir al arúspice para sus presagios. Así en Virgilio (*Æneid*, VI, 253): *Et solida imponit taurorum viscera flammis*. La historia de la palabra nos llevaría mucho más allá: hasta las hecatombes de la *Iliada* y los holocaustos del *Levítico*; de esta suerte veríamos el acto rús-

tico de un gaucho derivarse de un rito religioso; y el análisis de un supuesto americanismo evocaría las escenas más augustas de la antigüedad griega y bíblica. Creemos que ello basta para apreciar el método.

Debemos agregar que lo relativo y limitado de cualquier noción adquirida—sobre todo en estos tremejales de las ciencias históricas, envueltos en una atmósfera de brumas y mirajes,—antes que demostrar la inutilidad del estudio, hace presumir su fundamento y solidez. Lo que importa es la buena dirección, no la longitud del camino recorrido: que sea éste poco ó mucho, ningún paso vano si ha seguido un rumbo de verdad. Por otra parte, bien sabemos que, sea cual fuere el norte perseguido, éste quedará siempre lejos de nuestro alcance. La región de lo absoluto nos es tan inaccesible como la del infinito sideral que nos oprime, ostentando á nuestra vista, como una ironía eterna, el enigma del mundo escrito en jeroglíficos de luz. A donde quiera que tendamos nuestro corto vuelo de murciélagos encerrados bajo una bóveda de cristal, nos estrellaremos contra un *ignorabimus* inexorable. Nuestra ciencia, ha dicho magníficamente Royer-Collard, sólo consiste en derivar nuestra ignorancia de su manantial más elevado. No se aplaste, pues, bajo un desdén poco justificado, cualquier resultado real, por ínfimo que sea; todo lo humano es precario ó falaz, y la red de vanidades en que se agita nuestro mísero destino no tiene otra malla tan resistente como el goce de comprender.

La primera conclusión general que de estas ideas sueltas podría sacarse, si un solo grano del puñado que arro-

jo al vuelo cayese en tierra buena, es que cualquiera disciplina sinceramente practicada resulta sana para el espíritu, aunque sólo se especule en palabras, que son al fin concreciones de ideas. La segunda, más especial y vecina de la aplicación, es que necesitamos desde luego estudiar historia y la lengua española, si queremos conocer á medias las tradiciones americanas y los antecedentes argentinos. Sea ello motivo de satisfacción ó de pesar, la herencia atávica de España es un hecho indestructible que, para subsistir como tal, no necesita de nuestro asentimiento. La ilusión que consistiera, para estos pueblos nuevos, en tenerse por independientes de su pasado histórico, sólo probaría, si se prolongara indefinidamente, que del legado de la raza no han recibido más que los vicios sin las virtudes. Ha pasado irrevocablemente la hora de la elección. Esta sonó á principios del siglo; hallóse entonces esta colonia española delante de la encrucijada en que se bifurcaba el porvenir: prefirió seguir por la senda consuetudinaria á ser colonia inglesa. Ya no es tiempo de reaccionar; y, habiendo hecho la Reconquista, no nos queda más arbitrio que celebrarla y ser buenos hijos emancipados de la madre secular.

No necesito explicar al lector en qué sentido entiendo esta fidelidad atávica á raíz de un bosquejo filológico que tiende á mostrar la subsistencia del tronco castellano como centro de tanto injerto regional. La herencia que aconsejo á los argentinos conservar con respeto religioso, es la de la lengua, que es la tradición viva de la raza; así como la guardan con veneración esos angloamericanos, á pesar de

tenerse por los innovadores más audaces y felices en la acción (1). Aunque le fuera dable á un pueblo adulto cambiar de lengua, como ciertos entes menguados cambian de religión ó nacionalidad, la situación especial de estos hispanoamericanos les vedaría tan insensata tentativa, que sin provecho alguno desataría el vínculo continental. Estas ideas sanas han sido expresadas por un ministro de este país en una circular cuya redacción él me hizo el honor de confiarme: «La reacción y el remedio están en el estudio de nuestra lengua. Renunciemos á vanagloriarnos con nuestras incorrecciones: como lo repite expresamente este plan de estudios, no hay más idioma nacional que el castellano. Todos los pueblos hispanoamericanos deben así entenderlo si no quieren perder el inmenso beneficio de una lengua común á todo el continente...» (2)

No soy, ni puedo ser, de los que exaltan la belleza incomparable del castellano. Entendiendo que una lengua es un instrumento de ideas, no concibo cómo pueda existir para ella una belleza que sea distinta de su eficacia actual; ni he oído que nadie funde la superioridad de un piano Erard en sus entalladuras. El castellano ha sido un instrumento admirable en tiempos y en manos de Luis de León y Cervantes, como el latín y el griego en boca de Virgilio y Platón; se halla hoy casi tan inhábil como aqué-

(1) Véase el Prefacio de Prescott, en la última edición de su *Conquista del Perú*: agradece públicamente los buenos oficios del sabio director del *Athenæum*, «*whose minute acquaintance with the grammatical structure and the true idiom of our English tongue*» le permite enmendar muchas incorrecciones».

(2) *Plan de estudios secundarios de 1891. Circular á los rectores.*

llos para interpretar la civilización contemporánea. Admitamos que quede como instrumento perfecto para expresar las ideas de un pueblo que, desde entonces, no las tiene originales ni fecundas en ciencia, en filosofía ni en arte, caminando hace dos siglos á remolque de los que inventan y producen.

Empero dicho todo eso, y sobrentendido lo que se omite, queda siempre de pie un hecho indestructible: y es que el castellano existe. Será lengua anticuada y podrá parecer pueril la tarea de los aduaneros académicos, vanamente ocupados en rotular con nombres viejos las cosas nuevas que de fuera y á torrentes les llegan: no por eso deja de ser (con su hermano portugués) el idioma único de esta América latina. Compréndese que los pocos extranjeros que allá lo poseen literariamente desdeñen un instrumento harto pesado para las sutilezas modernas, comparándolo con otros afinados y *assouplis* por tres siglos de plástica incesante. Pero ¡aquí! Quitado ése, ¿con qué se le reemplaza? ¿Se rechazará la carabela en nombre de la jangada? Se declara caduco el idioma de Quevedo, para sustituirlo ¿con qué? ¿con el de Goethe ó Macaulay ó Renan? No: por el mismo castellano, tal cual lo hablan allá los que no saben hablar, y salpimentado de unos cuantos modismos tan genuinamente «criollos», que no se oye otra cosa en las esquinas de Triana y los malecones de Cádiz. —No existe tal «idioma argentino» en formación, ni tendría importancia, aunque fuera más original y completo, cualquier patuá rústico que aquí coexistiese con la lengua culta, como ocurre en todas las provincias de Europa.

Si tiene, al contrario, un rasgo evidente y plausible nuestra presente producción ó reproducción literaria, es el de un esfuerzo hacia la propiedad del lenguaje—es decir, hacia el español castizo. El «gauchismo», antes celebrado y hoy anticuado y *cursi*, va desapareciendo con el gaucho.

Los que piensan con cerebro ajeno, y emiten citas por ideas, suelen invocar los supuestos ejemplos de Gutiérrez y Sarmiento, confundiendo cosas tan distintas como el estilo y los sentimientos. Es la verdad que estos escritores argentinos, por causas que fuera largo enumerar, se mostraron adversos á la influencia española en su país; pero no es cierto que extendieran al idioma su antipatía, y practicasen la doctrina que se les atribuye. Deponen contra el aserto todos los escritos del primero. En cuanto al segundo, si es hartó visible que no dominaba la lengua, no lo es menos que jamás la ofendió deliberadamente: es muy sabido que la pureza gramatical, no menos que el buen gusto, fué una de sus mayores presunciones (1). Como otros muchos que no tapan sus roturas con jirones de pú-pura, no escribía más correctamente porque no podía—mejor dicho, porque, con ser tantas las cosas que en su vida aprendiera el gran autodidacta, no llegó nunca á saber es-

(1) Véase v. gr. el curioso prefacio del *Facundo* (última edición, *Obras*, VII). En las mismas polémicas de sus mocedades, los excesos del criollismo vienen como represalias de otros excesos puristas; el fondo de la doctrina es excelente y el estilo lleno de sabor. Las incorrecciones que tilda el señor Menéndez Pelayo, en una frase expresamente elegida (artículo del 22 de mayo de 1842), no existen en la edición de 1837; y es muy extraño que el eminente crítico no la tuviera á la vista para escribir, en 1895, su introducción á la *Antología de poetas hispanoamericanos*.

cribir con esfuerzo y descontento de sí propio, ¡arte difícil que constituye la mitad del escritor!

No hubo nunca, pues ni podía haber entre nosotros, escritores de valía actual ó virtual que desconociesen las leyes del pensamiento hasta el punto de profesar el solecismo, pretendiendo expresar mejor en jerga de barbarie sus ideas de civilización. Todos ellos tenían la noción, doctrinal ó instintiva, de cierta armonía necesaria entre el fondo y la forma, y á esta noción han ajustado su obra, en la medida de sus fuerzas y de su saber. He indicado otras veces lo que en esta materia podría intentarse, guardando el respeto debido al vocabulario y sobre todo á la sintaxis. Salvados estos justos límites, se entra á vagar —á *gaudear*— por las tierras incultas, dominio primitivo y arbitrario, donde no ha penetrado aún el arte con su belleza ni la ciencia con su verdad.

Es otra noción muy difundida, y por tanto superficial, la de existir no sé qué oposición orgánica entre la ciencia y el arte, afirmándose por algunos que las naciones dedicadas á la primera se deinteresan del segundo. La evidencia contraria es deslumbradora, y de ello se exhibe ahora mismo una prueba colosal en el centro del mundo. Son los mismos pueblos de Europa, los que llevan la doble dirección: los que siembran en laboratorios y academias, y cosechan riqueza y gloria con su industria floreciente y su fulgurante irradiación intelectual. El alegado ejemplo de los Estados Unidos perderá pronto su valor transitorio. Concluído el período de formación madrepora, veremos el organismo colosal, más y más centralizado, emprender

la evolución ordinaria de todos los organismos. Así su guerra de ayer como su manifestación presente en la exposición de París, desquician ya la teoría del *yankismo* pacífico, utilitario, y tan extraño á la ciencia pura como al estremecimiento estético. Bryce ha rehecho, después de medio siglo, el libro de Tocqueville: antes de veinte años transcurridos habrá que rehacer el libro de Bryce.

Es que no existe en realidad tal antagonismo entre la ciencia y el arte, ni tampoco entre la práctica y la teoría, siendo ésta, por lo contrario, la causa y condición de aquélla. Si, en el principio, los Estados Unidos han realizado su expansión material con prescindencia casi completa de la ciencia pura, es porque se valían de la europea. También aquí somos víctimas de otra ilusión; mejor dicho, formulamos como leyes absolutas, las que sólo son relativas á nuestra debilidad. Es seguro que, para la muchedumbre, se impone la elección entre una y otra disciplina, no bastando la amplitud mental para abarcar las dos fases de sabiduría. Pero es no menos cierto que los rayos dispersos vuelven á converger en la mirada del espíritu superior, pudiendo decirse, según la conocida fórmula de Bacon, que si un poco de ciencia aleja del arte, mucha ciencia nos aproxima á él. El saber ordinario es un análisis, el supremo es una síntesis; y junto al prisma de cristal que descompone el rayo de luz para estudiarlo, el genio coloca al segundo prisma que lo rehace en su divina sencillez.

Por eso, puede afirmarse y demostrarse que no actuó nunca un sabio genial que no fuera también un gran artis-

ta;—y esta dualidad, precisamente, es la que diferencia al genio del talento común ó del simple saber por vasto que sea. En el monumento del primero, la plenitud expresiva es algo más que un adorno. La gracia innata es de todas veras una *gracia*, en el sentido teológico: el signo de elección de los héroes espirituales. El aroma sutil que de la obra maestra se desprende, es emanación de una virtud balsámica que la preservará durante siglos de la destrucción. La belleza no significa solamente la seducción suprema: es el atributo soberano de la fuerza, y, en la esfera especulativa, el indicio de una ciencia más esencial y profunda.—Debe admitirse que el inmenso saber de un Littré representara una masa de adquisiciones no inferior á las de un Max Müller ó de un Renan; pero en el cerebro robusto de aquél faltaba la fibra magnética del ensueño y del misterio: podía levantar el grandioso *Diccionario*, pero no cincelar las joyas exquisitas de *Ma sœur Henriette* ó de *Deutsche Liebe*. De ahí el aspecto macizo de la obra y la actitud esforzada del atlético obrero. Los otros pensaron con alegría, conservando serenidad hasta en las luchas de la creación. Por el mismo camino en que el austero trabajador arrastraba su cosecha compacta, sin desviarse un punto de la línea útil,— los genios felices, con carga igual, iban sin fatiga, ajustado á secreta armonía el paso rítmico, abierta el alma cósmica así al gorjeo del ave como á la gloria del sol, y, por momentos, se detenían en el seto vecino para cortar una rosa silvestre...

FE DE ERRATAS

Página	9 línea	12	<i>dice</i> no deber ser; <i>léase</i> no debo ser...
	11	23	á conservar
	18	26	ó conservar...
	20	27	su verdadera gloria.
	27	22	y ver desfilar...
			la posteridad, que ha-
			brá...
	36	17	la vuelta...
	50	16	los contrafrentes
	97	15	los contrafuertes...
	97	20	, acaso nunca igualada,..
	104	14	y quizá, cual otras...
	105	18	el país más fuerte...
	109	15	tienen fuerza
			, ricas siempre de esté-
			tico carácter...
	119	29	industria
	127	6	industrial...
	130	28	cada más
	160	10	cada vez más...
	169	3	paso triunfal
			paso poco triunfal...
			el principio...
			que los grandes bule-
			vares...
	174	11	y aunquese realizó
	175	20	y siempre se realizó...
	183	2	esperémoslo,..
			¡tan superior al pri-
			mero!
	189	21	un turno entero
	209	9	un curso entero...
	209	29	en sus labores
	221	2	en sus albores...
			París, fascinante...
			los abonados del Vau-
			deville,..
	234	6	á <i>la lengua</i> misma,...
	243	3	de la traducción
	247	24	de la puerta, <i>a limine</i> .
	251	4	salernitana...
	252	16	Tennyson,...
	252	22	<i>La vie</i> ...

Página	257	línea	3		deba de distinguirse...
	266		27		su cómplice, que tanto vale.
	273		11	otros ídolos cultos	otros ídolos de los cultos..
	273		17		eternamente joven...
	300		10		las clases de escultura...
	300		17		<i>Fay-te cantayre!</i> ..
	308		18		las neurosis...
	321	nota			tartamudez (psellismos).
	322		24		<i>facevano niente...</i>
	323		3		<i>che si sappia...</i>
	336		13		arbitrariedad...
	344		14	á la ley	á la luz...
	346		13		será— <i>a fortiori</i> —aplicable á las ramas.
	349		11	de la divergencia	la de divergencia...
	358		26		contraindicaciones.
	375		2		cuya esencia se substraee..
	376		5	el óxido carbono	el óxido de carbono, ...
	383	encabezamiento		AMERICANOS	AMERICANISMOS.
	390		12		otro ejemplo citado (<i>buque</i>) tampoco es...
	391		22		en el castellano <i>oquedad</i> .
	393		16		indígenas; y por supuesto
	394	nota 1		en el otoño	en el tomo
	397		1		con algún trabajo puede un simple aficionado...
	397		2		los resultados que otro investigador,..
	399		17		podrá dirigírsele la crítica...
	406	nota 2		tantas veces	tantas veces...
	407		17		en el sitio, <i>sur place</i> ...
	416		7		nuestros «americanismos».
	417		8		que no le parezcan...
	419		11	ningún paso vano	ningun paso será vano...
	420		6		la historia y la lengua...
	420		24		fidelidad atávica, á raíz...
	424		3		nunca, pues, ni podía...
	424		20		se desinteresan...

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Prefacio.....	7
Sarmiento.....	15
El Relato del anciano.....	31
El Gaucho.....	47
Calandria..	77
España y los Estados Unidos.....	87
Apuntes de viaje:	
Cosas de España.....	107
Cosas de Francia.....	121
Alphonse Daudet.....	169
La Obra de Bizet.....	205
Telepatía.....	239
Entre sueños.....	251
La <i>Tempestad</i>	263
La Acción teatral.....	277
El <i>Sarmiento</i> de Rodin.....	293
Estigmas físicos del genio.....	307
La Degeneración hereditaria.....	335
Enfermedades de la voluntad.....	373
A propósito de americanismos.....	383

